This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

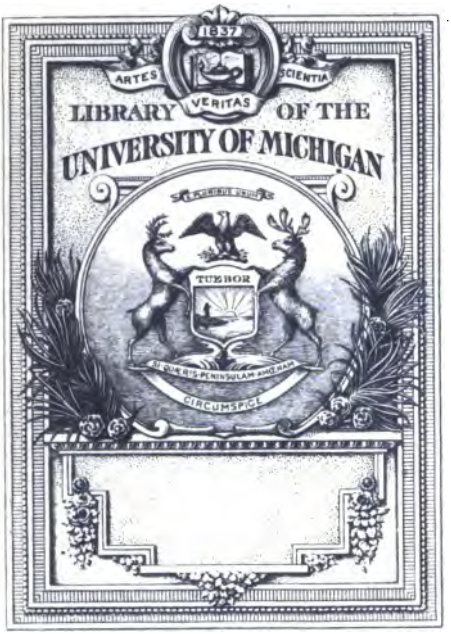
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 405218


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

F
2233
.C69

COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Ó CURIOSOS

QUE

TRATAN DE AMÉRICA

TOMO QUINTO

HISTORIA DEL ALMIRANTE

DON CRISTOBAL COLON

EN LA CUAL SE DA PARTICULAR
Y VERDADERA RELACION DE SU VIDA Y DE SUS
HECHOS, Y DEL DESCUBRIMIENTO
DE LAS INDIAS OCCIDENTALES,
LLAMADAS NUEVO-MUNDO

ESCRITA POR

DON FERNANDO COLON, SU HIJO

PRIMER VOLUMEN

MADRID 1892

990
C691
v.5

Hist.-So. Am.
Geuthner
7-10-24
10412

ADVERTENCIA

Por no haber tenido tiempo suficiente para preparar y dar á luz, los preliminares que ha de llevar esta obra, no se colocan al frente de este volumen, y se dejan para darlos en el tomo VI de esta COLECCIÓN.

Al publicar la biografía del hijo del gran hombre, cuyo centenario se ha de celebrar en este año, se ha de probar, sin dejar lugar á dudas (contra lo que escribió cierto americanista célebre), que la obra que hoy se da nuevamente á luz, fué escrita por D. Fernando Colón, hijo de D. Cristóbal Colón, *primero Almirante que descubrió las Indias.*

Se publicará también la lista de las obras

que se tiene noticia, escribió el fundador de la Biblioteca Colombina, por la cual se podrá ver lo fecundo que fué el noble cordobés, que se distinguió como literato, poeta, erudito, jurisconsulto, cosmógrafo, viajero, bibliófilo y bibliógrafo, y que en tan gran manera contribuyó á la conservación de las tradiciones, á que tanta celebridad debe su familia.

PROEMIO DEL AUTOR

Siendo yo hijo del Almirante D. Cristóbal Colón, sujeto digno de eterna memoria, que descubrió las Indias Occidentales, y habiendo navegado con él algún tiempo, parecía que entre las demás cosas, que he escrito, debía ser una y la principal, la vida y el prodigioso descubrimiento, que del Nuevo Mundo de las Indias hizo, no habiéndole dado tiempo para reducir las memorias á historia, los ásperos y contínuos trabajos, y enfermedades que padeció; y yo me hubiera abstenido de esta empresa, sabiendo que otros muchos la habían intentado; pero leyendo sus obras, hallé lo que regularmente sucede en la mayor parte de los historiadores, los cuales engrandecen ó disminuyen algunas cosas, ó callan lo que justamente debían escribir, con gran particularidad, por lo cual de-

terminé tomar á mi cargo el empeño y fatiga de esta obra, creyendo será mejor para mí tolerar lo que quisiere decirse contra mi estilo y atrevimiento, que dejar sepultada la verdad, de lo que pertece á sujeto tan claro, pues puedo consolarme con que si en esta obra mía se hallare algún defecto, no será el que padecen la mayor parte de los historiadores, que es la poca é incierta verdad de lo que escriben, porque ofrezco recoger lo que toca á su vida é historia de los escritos y cartas que quedaron del mismo Almirante, y de lo que yo ví, estando presente; y si sospechase alguno que añado algo, esté cierto, que de esto no podía seguirme ninguna utilidad en la otra vida, y que si tuviera algún fruto del trabajo mío, gozarán de él solamente los lectores.

CAPITULO I.

De la patria, orígen y nombre del Almirante D. Cristóbal Colón.

Porque una de las principales cosas, que pertenecen á la historia de todo hombre sabio, es que se sepa su patria y origen, porque suelen ser más estimados los que proceden de grandes ciudades y generosos ascendientes, querían algunos que yo me detuviese y ocupase, en decir que el Almirante descendía de sangre ilustre, y que sus padres, por mala fortuna, habían llegado á la última estrechez y necesidad, y que probase que descendían de aquel Colón, de quien Cornelio Tácito, al principio del libro 12 de su obra, dice que llevó prisionero á Roma al Rey Mitrídates, por lo cual le dió el pueblo romano la dignidad consular, las aguilas del tri-

bunal ó tienda consular, y querían también que hiciese una larga relación de aquellos dos Colones, sus parientes, cuya gran victoria alcanzada contra los venecianos, describe Sabelico como se dirá en el capítulo V, siguiente.

Pero yo me escusé de estos afanes, creyendo que el Almirante fué elegido por Nuestro Señor, para una cosa tan grande como la que hizo, y porque había de ser verdadero Apostol, como lo fué en efecto, quiso que en este caso imitase á los otros, á los cuales, para publicar su nombre, eligió en las orillas del mar, y no en los palacios y en las grandezas; y aunque imitase al mismo Cristo, que siendo sus ascendientes de la Real Sangre de Jerusalem, fué su voluntad que sus padres fuesen menos conocidos. De modo que cuanto fué su persona apropósito, y adornada de todo aquello que convenía para tan gran hecho, tanto menos conocido y cierto, quiso que fuese su origen y patria, y casi algunos, que de cierta manera quieren obscurecer su fama, dicen que fué de Hervi; otros de Cugureo; otros de Bugiasco, lugarcillos pequeños cerca de Génova y situados en su ribera; otros que quieren exaltarle más, dicen era de Saona, y otros genovés, y algunos también, saltando más sobre el viento, le hacen natural de Placencia, donde hay personas muy honradas de su familia, y sepultu-

ras con armas, y epitafios de los Colombos, que así fué el apellido de que usaban sus mayores; bien que el Almirante, conforme á la patria, donde fué á vivir y á empezar su nuevo estado, limó el vocablo para conformarle con el antiguo, y distinguir los que procedieron de él, de los demás que eran parientes colaterales, y así se llamó Colón: esta consideración me mueve á creer que así como la mayor parte de sus cosas fueron obradas por algún misterio, así en lo que toca á la variedad de semejante nombre y sobrenombre, no deja de haber algún misterio. Podríamos traer para ejemplo muchos nombres que fueron puestos como indicios de los efectos que habían de suceder por causas ocultas, como en lo que pertenece al Almirante, de quien fué pronosticada la maravilla y novedad de lo que hizo; porque si atendemos al sobrenombre común de sus ascendientes, diremos que verdaderamente fué Colombo, ó Paloma, en cuanto llevó la gracia del Espíritu Santo al Nuevo Mundo, que descubrió; mostrandose como en el bautismo de San Juan Bautista el Espíritu Santo, en figura de Paloma, manifestando que era el hijo amado de Dios, que no era allí conocido, porque sobre las aguas del Occéano, llevó como lo paloma de Noé, el ramo de oliva, y el aceite del bautismo; por la unión, y paz, que

debían tener aquellas gentes con la Iglesia, que estaban encerradas en el arca de las tinieblas, y la confusión, y consiguientemente, son muy apropósito al sobrenombre de Colón, que volvió á renovar, que en griego significa miembro, para que siendo el propio suyo Cristobal, se supiese de quien era miembro; esto es, de Cristo, de quien había de ser embiado para salud de aquellas gentes, y si queremos reducirle á la pronunciación latina, es *Christphorus Colonus*, y diremos que como se dice que San Cristóbal tuvo aquel nombre por que pasaba á Cristo por la profundidad de las aguas, con tanto peligro, de que fué llamado Cristóbal, que así como llevaba y conducía las gentes, que ninguno se atrevia á pasar, del mismo modo el Almirante que fué Chistophorus Colonus, pidiendo á Cristo su ayuda, y que le favoreciese en aquel peligro de su viaje, pasó él y sus ministros para que hiciesen á las gentes indias, colonos y habitadores de la Iglesia triunfante de los cielos; pues es de creer que muchas almas, de que imaginaba Satanás apoderarse, faltando quien las pasase por el agua del bautismo, fueron hechas por él colonas del cielo, y habitadores de la gloria eterna del Paraiso.

CAPITULO II.

De los padres del Almirante y su condición, y la relación falsa de cierto autor, llamado Justiniano, sobre los ejercicios que tenía antes que fuese Almirante.

Dejando ahora la etimología ó derivación, y la significación del Almirante, y volviendo á las calidades y personas de sus progenitores, digo que aunque fueron muy buenos en virtud, habiéndolos reducido á gran pobreza y necesidad las guerras y bandos de Lombardía, no hallo el modo con que vivieron y habitaron, aunque el mismo Almirante diga en una carta suya que su comercio y el de sus mayores siempre fué por mar: y para certificarme mejor de esto, pasando yo por Cugureo, procuré informarme

de dos hermanos Colombos, que eran los más ricos de aquel castillo, y se decía eran algo parientes suyos; pero porque el más mozo pasaba ya de cien años, no supieron darme noticia de esto, ni creo que por esta ocasión nos quede menos gloria del proceder de su sangre; pues tengo por mejor que tengamos toda la gloria de la persona del Almirante, que andar inquiriendo si su padre fué mercader ó cazador de volatería, puesto que de personas de semejantes ejercicios, hay mil cada día en todos los lugares cuya memoria, entre los propios vecinos y parientes, perece al tercero día, sin que se pueda averiguar después si vivieron; por lo cual estimo que me puede ilustrar menos la calidad y nobleza que proviene de los abuelos, que la que tengo por ser hijo de semejante padre, demás que por los claros é insignes hechos suyos no tuvo necesidad de las riquezas de sus predecesores, las cuales, como también la pobreza, no son ruedas de la virtud, sino de la fortuna; á lo menos por su famoso nombre y valor debía de ser tratado de los escritores, sin incluirle en artes mecánicos ó ejercicios manuales, lo cual alguno quiso afirmar, fundado en lo que escribe cierto *Agustín Justiniano* en una crónica suya, lo cual no negaré sino procuraré buscar términos y modos para probar lo contrario con testimo-

nios auténticos dado caso, que para claridad y verificación de una cosa, que ya falta de la memoria de los hombres, ni debe darse fé ni es Evangelio lo que *Justiniano* escribe, ni tampoco debería creerse que yo dijese que habían entendido otros mil lo contrario; ni quiero mostar su falsedad con las historias que otros han escrito de D. Cristóbal Colón, sino es con lo que el mismo autor dejó escrito, convenciéndole con su mismo testimonio, pues se verifica en el proverbio que dice: *Mendacem opportet esse memorem*, esto es, que el mentiroso debe tener memoria, pues sino, como loco, contradirá á lo que antes deja dicho y afirmado, como hizo *Justiniano* en este caso, diciendo en una comparación de las cuatro lenguas, sobre el *Psalterio* en aquel verso *in omnem terram, exivit sonus eorum*, las palabras siguientes: «Este Cristóbal Colón, habiendo adquerido en sus tiernos años los principios de las letras, siendo ya de edad adulta, se dió al arte de navegar, y pasó á Lisboa, en Portugal, donde aprendió la cosmografía, que le enseñó un hermano suyo, que hacía cartas de marear en aquel puerto, con lo cual y con lo que razonaba con los que iban á San Jorge de la Mina de Portugal, en Africa, y con lo que había estudiado en los cosmógrafos, imaginó poder ir á las tierras

que descubrió.» Estas palabras hacen manifiesto, que no se ejercito en arte mecánico, ó manual, pues dice que la niñez la empleó en aprender las letras, la juventud en la navegatoria y cosmografía; y la edad siguiente en sus descubrimientos; de manera que el mismo *Justiniano* se convence asimismo de historiador falso, y se dá á conocer ser inconsiderado, parcial, ó maligno paisano, pues hablando de una persona señalada, y que dió tan gran honra á la patria, que el mismo *Justiniano* quiso hacerse cronista de él y escritor de su historia, caso que los padres del Almirante fuesen personas viles, era más honesto que hablase de su origen con las palabras que usan otros diciendo: *Humili loco sen á Parentibus, pauperibus ortu*, y no meter en el *Psalterio* las injuriosas palabras que puso repitiéndolas después en la crónica con llamarle falsamente mecánico, en que aunque no se contradijese, la razón misma manifestaba, que un hombre que desde que nació estaba trabajando en algún arte manual ú oficio mecánico, había de envejecer en él para saberle perfectamente, y no andando en su mocedad por tantas tierras como anduvo, ni podría aprender las letras ni tanta ciencia como el Almirante tuvo, como están publicando sus obras, especialmente en las cuatro ciencias principales que se aprenden,

para hacer lo que él hizo, que son astrología, cosmografía, geometría y navegación.

Pero no es de maravillarse que Justiniano en este caso, que es oculto, no acertase con la verdad; pues en las cosas más claras de su descubrimiento y navegación, en media hoja puso más de doce mentiras en el Psalterio; las cuales tocaré con brevedad, sin dilatarme en responderlas, por no interrumpir el hilo de la historia, pues el curso de ella y lo que otros escriben, comprobará la falsedad de lo que Justiniano escribe. La primera es, que el Almirante fué á Lisboa á aprender la cosmografía que le enseñó un hermano suyo que estaba allí, y lo contrario es cierto, porque el Almirante vivía antes en aquella ciudad, y él enseñó á su hermano lo que supo. La segunda falsedad es que la primera vez que vino á Castilla aceptaron los Reyes Católicos, D. Fernando y doña Isabel su proposición, después de siete años, que les fué hecha por él, rehusándola todos. La tercera, que fué á descubrir con dos navíos, y todos saben que llevó tres carabelas. La cuarta, que lo primero que descubrió fué la isla Española, habiendo sido la de Guanahani, que llamó San Salvador. La quinta, que la isla Española estaba poblada de caníbales, indios que comen carne humana; siendo verdad que sus moradores eran la mejor gente y la más

civil que se halla en aquellas partes. La sexta falsedad es, que peleando tomó á los indios la primera canoa que vió, y consta lo contrario, pues en aquel primer viaje no tuvo guerra con indio alguno, sino paz y amistad con todos, hasta que salió de la Española. La séptima, que volvió por Canarias, cuyo viaje no es propio de la vuelta de aquellos navíos. La octava, que desde Canarias despachó un mensajero á los serenísimos Reyes Católicos, siendo cierto que no llegó á aquella isla, y que el mensajero fué él mismo. La nona cosa, falsamente escrita, es que volvió con doce navíos al segundo viaje, y es claro que fueron diecisiete. La décima mentira es, que llegó á la Española en veinte días, el cual es tiempo muy corto, áun para llegar á las primeras islas, y no fué sino en dos meses, y antes de las demás. La once es, que al instante salió de la Española con dos navíos, cuando fué á Cuba, y nadie ignora que fueron tres los que llevó. La doce falsedad que dejó Justiniano escrita, es que la Española dista de España cuatro horas, y el Almirante cuenta más de cinco, y para juntar la falsedad trece, dice que el fin occidental de Cuba dista seis horas de la Española, haciendo más dilatado el camino desde la Española á Cuba, que desde España á la Española; de manera que de la poca diligencia y confu-

sión que usó para informarse y escribir la verdad de estas cosas tan claras, se puede conocer cómo se informaría de lo que fuese más oculto, de donde procede la contradición que va observada en lo que escribe.

Pero dejando esta diferencia, con que imagino que he enfadado á los lectores, yo solamente, que por los muchos errores y falsedades que se hallan en su *Psalterio* y se ponen en la historia, la República de Génova, reconocida la falsedad de sus escritos, ha puesto grandes penas á los que tuvieren ó leyeren esta historia, y ha mandado recogerla en todas partes donde se hallare, para que por público decreto sea cautelada y extinguida; por lo cual volveré á mi intento principal, concluyendo con decir que el Almirante era hombre de letras y de grandes experiencias, y que no gastó el tiempo en cosas manuales ni artes mecánicas, incompatibles con la grandeza y perpetuidad de sus hechos maravillosos; y así pondré fin á este capítulo con lo que escribe en una carta al ama del serenísimo Príncipe don Juan, que contiene estas palabras: «No soy el primer Almirante de mi familia; pónganme el nombre que quisieren, que al fin David, Rey muy sabio, guardó ovejas y después fué hecho Rey de Jerusalem; y yo soy siervo de aquel mismo Señor que puso á David en este estado.»

CAPÍTULO III

De la disposición del cuerpo del Almirante y de las ciencias que aprendió.

Fué el Almirante hombre de bien formada y más que mediana estatura, la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar á gordo ó macilento, la nariz aguileña, los ojos blancos, y de blanco de color encendido; en su mocedad tuvo el cabello blondo, pero de treinta años ya le tenía blanco; en el comer y beber y en el adorno de su persona era muy modesto y continente; afable en la conversación con los extraños, y con los de casa muy agradable; con modestia y gravedad fué tan observante de las cosas de la religión, que en los ayunos y en rezar el Oficio divino, pudiera ser tenido por profeso en religión, tan enemigo de juramento y blasfe-

mia, que yo juro que jamás le ví echar otro juramento que «por San Fernando» y cuando se hallaba más irritado con alguno, era su reprehensión decirle: «os doy á Dios, porque hicísteis esto ó dijísteis aquello»; si alguna vez tenía que escribir, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: «Jesús cum María, fit nobis in via:» y con tan buena letra que bastara para ganar de comer.

Dejando otras particularidades, que en el contexto de la historia podrían ser escritas á su tiempo, pasaremos á contar las ciencias á que aplicó la primera edad. Aprendió las letras y estudió en Pavía, lo que le bastó para entender los cosmógrafos, á cuya lección fué muy aficionado, y por cuyo respeto se entregó también á la astrología y geometría, porque tienen estas ciencias tal conexión entre sí, que no puede estar la una sin la otra, y aun Ptolomeo en el principio de su Cosmografía, dice que ninguno puede ser buen cosmógrafo, si también no fuere pintor. Supo también hacer diseños para plantar las tierras y fijar los cuerpos cosmográficos en plano y redondo.

CAPÍTULO IV

De los ejercicios en que se ocupó el Almirante antes de venir á España.

Teniendo el Almirante conocimiento de estas ciencias, empezó á atender al mar y hacer algunos viajes á Levante y á Poniente, de los cuales, y otras muchas cosas de sus primeros años, no tengo bastante noticia, porque murió cuando yo no tenía atrevimiento ó práctica para preguntárselo, por el respeto de hijo, ó para hablar con más verdad, porque entonces, como muchacho, me hallaba yo muy lejos del pensamiento de escribirlo; pero en una carta que escribió á los Reyes Católicos el año de 1501, á los cuales no podría contar sino aquello que fuese verdad, dice las palabras siguientes: «Serenísi»mos Príncipes: Entré á navegar en el mar de

»muy tierna edad y lo he continuado hasta hoy, »pues el mismo arte inclina á quien le sigue á de»sear saber los secretos de este mundo, y ya pa»san de cuarenta los años que le estoy usando; en »todas las partes que hoy se navegan, mis tráficos y »conversaciones han sido con gente sabia, lati»nos, griegos, indios, moros y otras diferentes »sectas, y siempre he hallado á Nuestro Señor »muy propicio á este deseo mío, y se sirvió de »darme espíritu de inteligencia, hízome enten»der mucho de la navegación, dióme á entender »lo que bastaba de la astrología, geometría y »aritmética; me dió el ánimo ingenioso y las ma»nos hábiles para pintar la esfera y las ciudades, »montes, ríos, islas y todos los puertos, con los »sitios convenientes de ella. En este tiempo he »visto y estudiado en todos los libros de cos»mografía, historia, filosofía y otras ciencias, de »manera que Dios Nuestro Señor me abrió el »entendimiento con mano palpable para que yo »vaya de aquí á las Indias, y me puso gran vo»luntad en ejecutarlo. Lleno de este ardiente »deseo, llegué á vuestras altezas; todos los que »entendieron mi empresa la negaban, burlándo»se y riéndose de ella todos. Las ciencias que »he recibido no me ayudaron, ni la autoridad »de ellas, porque la constancia y la fé solo per«maneció en vuestras altezas;» y en otra carta

que escribió á los Reyes Católicos en el mes de Enero del año 1495, desde la Española, contando las variedades y errores que suelen hallarse en las derrotas y los pilotages, dice: «A mí me »sucedió, que el Rey Reinel (que ya le llevó »Dios) me envió á Túnez para tomar la galeota »Fernandina, y habiendo llegado cerca de la isla »de San Pedro, en Cerdeña, me dijeron que había »dos navios y una carraca con la referida galea»za, por lo cual se turbó mi gente y determinó »no pasar adelante, sino de volverse atrás, á Mar»sella por otro navío y más gente; yo, que con »ningún arte podía forzar su voluntad, convine »en lo que querían, y mudando la punta de la »brújula hice desplegar las velas, siendo por la »tarde, y el día siguiente, al salir el sol, nos ha»llamos dentro del cabo de Cartagena, estando »todos en concepto firme de que íbamos á Mar»sella.» Así mismo en una Memoria ó anotación que hizo, mostrando ser habitables todas las cinco zonas, probándolo con la experiencia de la navegación, dice: «El año de 1477, por Fe»brero, navegué más allá de Tile cien leguas, »cuya parte austral dista de la Equinocial 73 »grados y no 63 como quieren algunos, y no »está sita dentro de la línea que incluye al Occi»dente Ptolomeo, si no es mucho más occiden»tal, y los ingleses, principalmente los de Bris-

»tol, van con sus mercaderías á esta isla, que »es tan grande como Inglaterra; cuando yo fuí »allá no estaba helado el mar, aunque las mareas »eran tan gruesas que subían 26 brazas y bajaban »otro tanto.» Verdad es que Tile, de quien Ptolomeo hace mención, está en el sitio donde dice y hoy se llama Frislanda; y más adelante, probando que la Equinocial es habitable, también dice: «Yo estuve en la fortaleza de San Jor»ge, de la mina del Rey de Portugal, que está »debajo de la Equinocial, y soy buen testigo de »que no es inhabitable, como quieren algunos» y en el libro del primer viaje, dice «que vió algunas »sirenas en la costa de la Manegueta, aunque no »eran tan semejantes á las mujeres como las »pintan;» y en otro lugar, dice: «Navegando mu»chas veces desde Lisboa á Guinea, consideré »diligentemente, que el grado corresponde en »la tierra á 56 millas y dos tercios;» y más adelante que en Scio, isla de Archipiélago, vió sacar Almastiga de algunos árboles; y en otra parte dice: «Veintitres años he andado por el mar sin »salir de él, por tiempo que daba descontarse; »ví todo el Levante, y el Poniente, y al Norte, »Inglaterra. He navegado á Guinea, pero en »ninguna parte he visto tan buenos puertos co»mo estos de la tierra de las Indias,» y más adelante, afirma que empezó á navegar de ca-

torce años, y que siempre siguió el mar. Y en el libro del segundo viaje, pone estas palabras: «Yo me he hallado con dos navíos y he dejado »uno en Puerto-Santo, por cierta cosa que me »ocurrió, donde se detuvo un día, y llegué a »Lisboa ocho días antes que él porque me en»vistió una tempestad y vientos contrarios del »Sudoeste, y él no tuvo sino poco viento, que »es Nordeste y contrario.»

De manera que de estas autoridades, ó testimonios, podemos entender cuán experimentado fué el Almirante en las cosas del mar, y las muchas tierras y lugares que anduvo, antes que se metiese en la empresa de su descubrimiento.

CAPÍTULO V

De la venida del Almirante á España y lo que le sucedió en Portugal, de que resultó el descubrimiento de las Indias, que hizo.

El principio y causa de la venida del Almirante á España, y ser tan dado á las cosas del mar, fué un hombre muy señalado de su apellido y familia, llamado Colombo, muy nombrado por mar, por la armada que gobernaba contra los infieles, y también la de su patria: tal era su fama, que espantaban con su nombre hasta los niños en la cuna. Es creible que este sujeto y su armada fuesen muy grandes, pues una vez apresó con ella cuatro galeras venecianas gruesas, cuya grandeza y fortaleza no será creida sino de quien las hubiese visto armadas.

Llamaron á este general Colombo el Mozo,

á diferencia de otro más antiguo, que fué gran hombre de mar. Marco Antonio Sabelico, que es otro Tito Livio de nuestros tiempos, dice en el libro octavo de la década décima, hablando de Colombo el Mozo, que cerca de los tiempos en que fué elegido rey de romanos Maximiliano, hijo del emperador Federico III, envió la República de Venecia por embajador á Portugal á Jerónimo Donato, para que en nombre de aquella Señoría, diese gracias al rey D. Juan el segundo porque había hecho mantener y vestir á toda la chusma y gente de las referidas galeras gruesas que volvían de Flandes ayudándolos para que pudiesen volver á Venecia, porque cerca de Lisboa habían sido vencidos de Colombo el Mozo, corsario famoso que los había despojado y puesto en tierra; de cuya autoridad, siendo de un hombre tan grande como Sabelico, puede conocerse la pasión del referido Justiniano, pues en su *Historia* no hizo mención de ella, para que no se supiese que la familia de los Colombos no era tan oscura como decía, y si lo calló por ignorancia, también es digno de reprehensión, por haberse metido á escribir Historia de su patria, y omitido victoria tan notable, que la acuerdan los enemigos, pues el historiador contrario hace tanto caso de ella, que afirma se enviaron al rey de Portugal em-

bajadores. como se ha dicho, y el mismo autor, también en el mismo libro octavo, algo más adelante, como que no tuviese obligación de informarse del descubrimiento del Almirante, hace mención de él, sin mezclar las doce mentiras ya referidas que puso Justiniano.

Pero volviendo al propósito principal, digo que en tanto que el Almirante navegaba en compañía de Colón el Mozo, lo cual duró mucho tiempo, sucedió que entendiendo que las dichas cuatro galeras gruesas venecianas volvían de Flandes, fueron á buscarle y le hallaron entre Lisboa y el Cabo de San Vicente, que es en Portugal, donde llegados á las manos pelearon fuertemente y se acercaron de modo que se aferraron de ambas partes, con tanto odio y coraje, que andaban de un bajel en otro, hiriéndose y matándose, no solo con las armas, sino con alcancias, y otros fuegos; de manera que habiendo peleado desde por la mañana hasta por la tarde, muerta y herida mucha gente de ambas parres: se pegó fuego entre la nave del Almirante y una galera gruesa veneciana; y como estaban atacadas con ganchos y cadenas de hierro, instrumento que usan los hombres de mar para este efecto, no pudo ser socorrida una ni otra, por lo mezcladas que estaban, y por el asombro del fuego, que

en poco tiempo creció tanto, que no hubo más remedio que echarse al agua, para morir más presto y no tolerar el tormento del fuego; pero siendo el Almirante grandísimo nadador, y viéndose dos leguas, ó poco más, distante de tierra, tomando un remo que le ofreció la suerte y ayudándose dél algunas veces, y otras nadando, quiso Dios (que para mayeres cosas le había salvado) darle fuerzas para llegar á tierra, aunque tan débil, y trabajado del agua, y su humedad, que tardó muchos dias en repararse y porque no estaba lejos de Lisboa, donde sabía se hallaban muchos de su nación genovesa, pasó á la ciudad lo más presto que pudo, donde habiéndole conocido sus paisanos, le hicieron tantas caricias y tan buena acogida, que puso casa y se casó, y porque se portaba con mucha honra y tenía bella presencia, sin apartarse de lo honesto, sucedió que una señora, llamada doña Felipa Moñis, noble é ilustre, en el convento de todos los Santos, donde solía el Almirante ir á misa, tomó con él tanta conversación y amistad, que vino á ser su mujer; y por haber muerto su suegro, llamado Pedro Moñis Perestrelo, se fueron á vivir con su suegra, la cual viéndole tan aficionado á la cosmografía, le contó que su marido había sido gran hombre de mar, y que había ido con otros dos capita-

nes, y licencia del rey de Portugal, á descubrir tierra, con pacto de que hechas tres partes de lo que se ganase llevase cada uno la suya por suerte. Con cuyo acuerdo navegando la vuelta de Sudoeste, llegaron á la isla de la Madera y Puerto Santo, que hasta entonces no se habían descubierto y por ser la isla de la Madera mayor, la dividieron en dos partes, la tercera fué la isla de Puerto-Santo, que cayó en suerte á su marido Perestrelo, el cual tuvo el gobierno de ella hasta que murió. Y porque vió la suegra que daba mucho gusto al Almirante saber semejantes navegaciones, y la historia de ellas, le dió las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido, con lo cual el Almirante se acaloró más, y se informó de otros viajes y navegaciones que hacían entonces los portugueses á la Mina y á la costa de Guinea, teniendo mucho gusto y complacencia en tratar con los que navegaban á aquellas partes, y para decir la verdad, yo no sé si durante este matrimonio fué el Almirante á la Mina ó á Guinea, según dejo dicho, y la razón lo requiere; pero sea como quisiere, como una cosa depende de otra, y otra trae otras á la memoria; estando en Portugal, empezó á conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaron tan lejos al Mediodía, podría navegarse la vuelta

de Occidente, y hallar tierra en aquel viaje; y para confirmarse más en este dictámen, empezó de nuevo á ver los autores cosmógrafos, que había leído antes y á considerar las razones astrológicas que podían corroborar su intento, y consiguientemente notaba todos los indicios de que oía hablar á algunas personas y marineros, por si en alguna manera podría ayudarse de ellos. De todas estas cosas supo también valerse el Almirante, que vino á creer por sin duda que al Occidente de Canarias y de las islas de Cabo-Verde, había muchas islas, que era posible navegar á ellas y descubrirlas, y para que se vea de cuán debiles argumentos llegó á fabricarse, ó salir á luz una máquina tan grande, y para satisfacer á muchos que desean saber distintamente los motivos que tuvo para venir en conocimiento de estas tierras, y tomar á su cargo esta empresa, referiré lo que he hallado en sus escritos sobre esta materia.

CAPÍTULO VI

La principal razón y causa que movió al Almirante á creer que podían ser descubiertas las Indias

Llegando á decir los causas que movieron al Almirante á descubrir las Indias, digo que fueron tres los fundamentos naturales: la autoridad de los escritores y los indicios de los navegantes. En cuanto al primero, digo que es razón natural que él consideraba que toda el agua y la tierra del universo constituían y formaban una esfera, que podía estar rodeada de Oriente á Occidente, caminando los hombres por ella hasta llegar á estar piés con piés, unos con otros en cualquier parte donde se hallasen puestos; lo segundo, presupuso y reconoció por autores aprobados que ya se había navegado

gran parte de esta esfera, y que para descubrirla y manifestarla toda, no quedaba más que aquel espacio que había al fin Oriental de la India, el cual conocieron Ptolomeo y Marino hasta que siguiendo la vía de Oriente volviesen por nuestro Occidente á las islas de los Azores y de Cabo Verde, que era entonces la tierra más Occidental descubierta. Lo tercero, consideraba que este espacio referido que está entre el fin oriental, conocido de Marino, y las dichas islas de Cabo Verde, no podía ser más de la tercia parte del círculo mayor de la esfera, pues ya el dicho Marino había llegado hácia Oriente por 15 horas ó parte de 24, que están en la redondez del universo, y para llegar á las islas referidas de Cabo Verde, faltaban cerca de ocho, porque ni áun el dicho Marino empezó su descubrimiento sino hácia Poniente. Lo cuarto, hizo cuenta de que habiendo Marino escrito en su Cosmografía. por las 15 horas ó partes de la esfera hácia Oriente aún no había llegado al fin de la tierra oriental, y la razón precisaba á creer que este fin estuviese más adelante, y consiguientemente cuanto más se extendiese hácia Oriente, tanto más vendría á estar más cercano por nuestro Occidente á las islas de Cabo Verde; de suerte que si fuese mar este espacio, pudiera navegarse fácilmente en pocos

días; y si fuese tierra, se descubriría más presto por el mismo Occidente, porque vendría á estar cercana á las mismas islas. A esta razón se junta lo que dice Strabon en el libro quinto de su *Cosmografía,* que ninguno ha llegado con ejército al fin oriental de la India, el cual afirma Ctefias ser tan grande como toda la otra parte de Asia, y Onescrito afirma ser la tercera parte de la esfera; Nearco, haber cuatro meses de camino, sin lo que Plinio cuenta en el libro 6, capítulo 17 de ser la India la tercera parte de la tierra; de modo que argüía ser ocasión tal grandeza de que estuviésemos más vecinos á nuestra España por Occidente. La quinta consideración que hacía creer más que aquel espacio fuese pequeño, era la opinión de Alfragano, y los que le siguen, que pone la redondez de la tierra mucho menor que los demás autores y cosmógrafos, no atribuyendo á cada lado de ella más que 56 millas y dos tercios, de cuya opinión infería que, siendo pequeña toda la esfera, había de ser por fuerza pequeño el espacio que Marino dejaba por desconocido, y en poco tiempo navegando, de que infería asimismo que, pues aun todavía no estaba descubierto el fin oriental de la India, sería aquel fin el que está cerca de los otros por Occidente; y por esta razón podrían llamarse justamente Indias las tierras que descubrie-

sen, en lo cual se ve cuán desvariadamente Maese Rodrigo, arcediano que fué en Sevilla, y algunos secuaces suyos, reprendian al Almirante, diciendo que no debían llamarlas Indias porque no son indios, dado que el Almirante no las llamó Indias porque fuesen vistas y descubiertas por otros, sino porque eran la parte de la India allende el Ganges á, la cual ningún cosmógrafo señaló los términos á sus confines con otra tierra ó provincia, sino con el Ocáano, y por ser esta tierra la oriental de la India, no conocida, y porque no tenía nombre particular, las dió el nombre del país muy cercano, llamándolas Indias occidentales, mayormente porque sabía ser á todos notorio cuán rica y famosa fuese la India, por lo cual quiso convidar con este nombre á los Reyes Católicos, que estaban dudosos de su empresa, diciendo que iba á descubrir las Indias por la vía de Occidente, y esto fué lo que le movió á desear el partido del rey de Castilla, más que el de otro príncipe.

—o—

CAPITULO VII

La segunda causa que movió al Almirante á descubrir las Indias.

El segundo fundamento, que dió ánimo al Almirante para la empresa referida, y porque pueden llamarse Indias las tierras que descubrió, fué la autoridad de muchos hombres doctos, que dijeron que desde el fin occidental de Africa y España, podía navegarse por el Occidente hasta el fin Oriental de la India y que no era muy gran mar, el que estaba en medio, como afirma Aristóteles en el libro 2, del Cielo y el Mundo, donde dice que desde las Indias se puede pasar á Cadiz en pocos días, lo cual también prueba Averoes sobre el mismo lugar, y Séneca en los *Naturales*, libro 1, teniendo por na-

da lo que en este mundo se aprende, respecto de lo que se adquiere en la otra vida, dice que desde las últimas partes de España, pudiera pasar un navío á las Indias en pocos días, con vientos, y si como algunos quieren, hizo este Séneca las tragedias, podemos decir que á este propósito dijo en el coro de la tragedia de Medea.

«Venient annis
Secula feris, quibus Occeanus
Vinculararerum laxer, et ingens
Pateat tellus, tiphis que novos
Detegat orbes, ne fit Terris
Ultima Thule.»

que quiere decir, en los últimos años vendrán siglos en que el Occéano aflojará las ligaduras y cadenas de las cosas, y se descubrirá una gran tierra, y otro como Tphis; descubrirá Nuevos Mundos, y no será Thule la última de la tierra: lo cual se tiene por muy cierto haberse cumplido ahora en la persona del Almirante. Estrabón en el primer libro de su *Cosmografia* dice que el Occéano circuncida toda la tierra y que al Oriente baña la India; y al Occidente, España y Mauritana, y que sino lo impidiese la grandeza del Atlántico, pudiera navegarse de un sitio á otro por el mismo paralelo, y lo vuelve á decir en el libro 2. También Plinio en el

libro segundo de la *Historia Natural*, capítulo III, dice, que el Oceano rodea toda la tierra, y que su anchura de Oriente á Poniente, es desde la India á Cadiz. El mismo, en el capítulo 31, libro sexto, y Solino en el capítulo 48, *De las cosas memorables del mundo*, dicen que desde las islas Gorgoneas, que se cree ser las de Cabo Verde, hay cuarenta días de navegación, por el mar Atlántico hasta las islas Hespérides, las cuales tuvo por cierto el Almirante que fuesen las de las Indias.

Marco Polo, veneciano, y Juan de Mandavilla, en sus *Viajes*, dicen que pasaron mucho más adentro del Oriente, de lo que escriben Ptolomeo y Marino y aunque suceda que no hablen del mar occidental puede argüirse por lo que describen del Oriente, que la India esté vecina á Africa y España, y Pedro de Heliaco en el *Tratado de la imagen del Mundo*, capítulo 8, de la *Cantidad de la Tierra habitable*, Julio Capitolino, de los *Lugares habitables y otros muchos tratados*, dicen que la India y España son vecinas por Occidente; y en el capítulo 19 de su *Cosmografía*, dice estas palabras; «Según los filósofos y Plinio, el Occéano, que se estiende entre los fines de España, del Africa Occidental, y entre el principio de la India, hacia Oriente, no tiene muy largo intérvalo, y se tiene por muy cierto, que se pue-

de navegar de una parte á otra, en pocos días, con viento próspero, por lo cual el principio de la India por Oriente no puede distar mucho del fin del Africa, por Occidente.»

Esta autoridad, y otras semejantes de este autor, fueron las que movieron más al Almirante para creer su imaginación, como también un maestro, Paulo Físico del maestro Domingo Florentin, contemporáneo del mismo Almirante, el cual dió causa en gran parte á que emprendiese este viaje con más ánimo, porque siendo el referido maestro Paulo, amigo de Fernando Martínez, canónigo de Lisboa, y escribiéndose cartas, uno á otro sobre la navegación que se hacía al país de Guinea, en tiempo del rey D. Alfonso de Portugal, y la que podía hacerse en las partes del Occidante, llegó á noticia del Almirante, que era curiosísimo de estas cosas, y al instante por medio de Lorenzo Giraldo, Florentin, que se hallaba en Lisboa, escribió sobre esto al maestro Paulo, y le envió una esferilla descubriéndole su intento á quien el maestro Paulo respondió lo que se sigue, traducido de latin en nuestra lengua.

CARTA

DE PAULO (TOSCANELLI:) FÍSICO FLORENTIN
AL ALMIRANTE,
SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE LAS INDIAS,

Á DON CRISTÓBAL COLÓN,
PAULO, FÍSICO: SALUD:

«Veo el noble y gran deseo vuestro de querer pasar, á donde nacen las Especerías, por lo cual en respuesta de vuestra carta, os envio la copia de otra, que escribí algunos días há, á un amigo mío, doméstico del serenísimo rey de Portugal, antes de las guerras de Castilla, en respuesta de otra que me escribió de orden de su Alteza sobre el caso referido, y os envio otra carta de marear, semejante á la que yo le embié, con las cuales queda satisfecho lo que pedís; la copia de la carta mía es esta.

«A Fernando Martínez, Canónigo de Lisboa, Paulo, Físico. Salud; Mucho me agrada saber la

familiaridad qúe teneis con el Serenísimo y Magnificentísimo rey y aunque yo he tratado otras muchas veces del brevísimo camino que hay de aquí á las Indias, donde nacen las Especerias, por la vía del mar, el cual tengo por más corto que el que haceis á Guinea, ahora me decís, que su Alteza quisiera alguna declaración ó demostración, para que entienda y se pueda tomar este camino, por lo cual sabiendo yo mostrársele con la esfera en la mano, haciéndole ver cómo está el mundo, sin embargo he determinado para más facilidad y mayor inteligencia, mostrar el referido camino en una carta semejante á las de marear, y así se la envio á su Magestad, hecha y pintada de mi mano, en la cual va pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlandia, al Austro, hasta el fin de Guinea, con todas las islas que están situadas en este viaje a cuya frente está pintado en derechura por Poniente el principio de las Indias con las islas y lugares por donde podeis andar y cuanto os podríais apartar del Polo Artico, por la Línea Equinocial, y por cuanto espacio, esto es, con cuantas leguas podríais llegar á aquellos lugares fertilísimos de especeria, y piedras preciosas, y no os admireis de que llame Poniente al país en que nace la especería, que comunmente se dice nacer en Le-

vante porque los que navegaren á Poniente, siempre hallarán en Poniente los referidos lugares, y los que fueren por tierra á Levante, siempre hallarán en el Levante los dichos lugares. Las líneas derechas que están á lo largo, en dicha carta. muestran la distancia que hay desde Poniente á Levante, las oblicuas, la que hay desde el Norte al Mediodia: También le pintaba en dicha carta muchos lugares, en las partes de las Indias, donde se podrá ir sucediendo algún caso fortuito como vientos contrarios, ú otro cualquiera que no se esperase, y después porque quedeis plenamente informado de todo, diré lo que he averiguado. Las islas de que hemos hablado, están habitadas por mercaderes, que trafican en muchas naciones; se ve en los puertos mayor número de bajeles extranjeros, que en otra parte del mundo. De solo el puerto de Zaiton, uno de los más hermosos y famosos de Levante, parten todos los años más de ciento cargados de pimienta, sin contar otros que vuelven cargados de toda suerte de especerías. Es grande y poblado el país, tiene muchas provincias y muchos reinos del dominio de un Príncipe solo llamado el Gran Cam, que es lo mismo que Rey de los Reyes. Ordinariamente tiene su residencia en el Catay; sus predecesores deseaban tener comercio con los cristianos,

y há 200 años que enviaron embajadores al Papa, pidiéndole maestros que les instruyesen en nuestra fé, pero no pudieron llegar á Roma, y se vieron precisados á volverse por los embarazos que hallaron en el camino. En tiempo del Papa Eugenio IV, vino un embajador que le aseguró el afecto que tenían á los católicos, los Príncipes y pueblos de su país; estuve con él largo tiempo, me habló de la magnificencia de su Rey, de los grandes ríos que había en su tierra y que se veían 200 ciudades con puentes de marmol, fabricadas sobre las riberas de un río solo. Él país es bello y nosotros debíamos haberle descubierto por las grandes riquezas que contiene y la cantidad de oro, plata, y pedrería que puede sacarse de él; escogen para gobernadores los más sabios sin consideración á la nobleza ni á la hacienda. Hallaréis en el mapa, que hay desde Lisboa á la famosa ciudad de Quisay, tomando el camino derecho á Poniente, 26 espacios cada uno de 150 millas, Quisay tiene 35 leguas de ámbito, su nombre quiere decir ciudad del Cielo: vénse allí diez grandes puentes de marmol sobre gruesas columnas de una extraña magnificencia: está situada en la provincia de Mango, cerca de Catay. De la isla Antilla hasta la de Cipango, se cuentan diez espacios que hacen 225 leguas. Es tan

abundante en pedrería y oro, que cubren los templos y los palacios reales con planchas de ello. Aún pudiera añadir muchas cosas; pero como os las he dicho y sois prudente y de buen juicio, no creo debo repetirlas aquí. Deseo que mi carta satisfaga á su Alteza, á quien os ruego digais que estoy pronto y puntual en obedecerle cuando me mande cualquiera cosa.

Florencia, 25 de Junio de 1574.»

Otra carta del mismo, al Almirante después de haberle escrito la primera:

CARTA

DE PAULO (TOSCANELLI:) FISICO, Á CRISTOBAL COLÓN.

«Recibí vuestra carta con todo lo que me habéis enviado, de que quedo muy obligado: Alabo vuestro designio de navegar á Occidente, y estoy persuadido que habréis visto por mi carta que el viaje que deseais emprender no es tan difícil como se piensa; antes al contrario, la derrota es segura por los parages que he señalado; quedárais persuadido enteramente, si hubieseis comunicado como yo á muchas personas que han estado en estos países, y estad seguro de ver reinos poderosos, cantidad de ciudades pobladas; y ricas provincias que abundan de toda suerte de pedrerías, y causara grande alegría al Rey y á los Príncipes que reinan en estas tierras lejanas, abrirles el camino para comunicar

con los cristianos, á fin de hacerse instruir en la religión católica y en todas las ciencias que tenemos: Por lo cual, y otras muchas cosas que podían decirse, no me admiro tengáis tan gran corazón, como toda la nación portuguesa, en que siempre ha habido hombres señalados en todas empresas, etc.»

Esta carta aumentó el deseo en el corazón del Almirante de ejecutar su empresa, aunque el Físico se engañaba creyendo que el Catai y el imperio del gran Cam fuesen las primeras tierras que se hallasen, como por experiencia se vió después.

CAPÍTULO VIII

La tercera razón que movió al Almirante en cierto modo, á descubrir las Indias.

Esta fué la esperanza que tenía de hacerse dueño de algunas islas ó tierra, para continuar con más facilidad sus designios; afirmábase en este pensamiento con la lección de algunos libros de ciertos filósofos, que decían, como cosa sin duda, que la mayor parte de nuestro globo estaba seca, de que infaliblemente se seguía haber más tierra que agua. Demás que oyó decir á muchos pilotos hábiles, cursados en navegación de los mares occidentales, á las islas de los Azores y á la de Madera, por muchos años, cosas que le persuadían de que él no se engañaba, y que había tierras no conocidas hacia Occidente.

Martín Vicente, piloto del Rey de Portugal,

le dijo que hallándose á 450 leguas hacia Occidente del cabo de San Vicente, había sacado del agua un madero perfectamente labrado, y no con hierro, que el viento de Poniente había traído; y concluía, que en esta parte había infaliblemente algunas islas no conocidas.

Pedro Correa, cuñado del Almirante, le dijo que él había visto hacia la isla de Puerto-Santo, una pieza de madera, semjante á la primera, venida de la misma parte de Occidente; y añadía saber del Rey de Portugal, que hácia la misma isla se habían hallado en el agua cañas tan gruesas, que de nudo á nudo cabían en ellas nueve garrafas de vino. Discurría el Almirante que no conociéndose tierra que tuviese semejantes cosas, venían de alguna isla aún no descubierta; pues Ptolomeo, lib. 2 de su *Cosmografía*, cap. 17, dice que en las partes orientales de las Indias hay de estas cañas: Los moradores de las Azores, le contaron que cuando soplaba viento de Poniente, arrojaba el mar en sus orillas, especialmente en la isla Graciosa y el Fayal algunos pinos que no había en ellas: Añadían algunos, que en la isla de las Flores hallaron en la orilla dos hombres muertos, cuya cara y traza era diferente de los de sus costas: Supo también de los moradores del cabo de la Verga, que habían visto Almadias ó bar-

cas cubiertas, llenas de una especie de gente de quien jamás habían oido hablar.

Antonio Leme, casado en la isla de la Madera, le contó que habiendo navegado muy adelante hacia Occidente, había visto tres islas: El Almirante no se fió de lo que le decía, porque conoció, prosiguiendo la conversación haber navegado á lo más cien leguas, y podía engañarle, teniendo por islas algunas grandes rocas, que por estar muy lejos, no pudo distinguir; imaginaba también que estas podían ser las islas movibles, de que habla Plinio, cap. 27, libro 11, cubiertas de árboles, formadas de raíces entretejidas, que lleva el viento á diversas partes del mar, como se presume eran las de San Brandan, de que se cuentan cosas admirables, y las hay semejantes muy adelante del Septentrión, de las cuales queriendo Séneca, lib. 3, de los naturales, dar la razón, dice que son de piedra tan sosa y lijera, que nadan en el agua en la India; Juvencio Fortunato hace mención de dos hacia Poniente, un poco al lado del Mediodía, debajo de las islas de Cabo-Verde, las cuales andan siempre sobre el agua.

Por esta razón y otras, puede ser que los pueblos de las islas del Hierro, de la Gomera y las Azores, asegurasen que veían todos los años algunas islas á la parte de Poniente, y en el

año 1484 fué un capitán desde la Madera á Portugal á pedir una carabela para descubrir un país, que decía veía cada año; y siempre de una misma suerte; estas islas se pusieron como firmes en los mapas, conformando con los que decían haberla visto desde la de los Azores. Aristóteles, en el libro de las cosas naturales, habla de haber navegado por el mar Atlántico algunos mercaderes cartagineses á una isla fertilísima, como se dirá adelante, la cual ponían los portugueses en sus mapas con el nombre de Antilla, aunque no se conformaban en el sitio con Aristóteles. Ellos la tenían por la de las siete ciudades que los portugueses fueron á habitar el año 714, cuando los moros quitaron á España al Rey D. Rodrigo, y se hicieron dueños de este reino. Dicen que en áquel tiempo siete obispos, seguidos de cantidad de gente, habiéndose embarcado, abordaron á aquellas partes, donde fabricaron siete ciudades, y quemaron todos los navíos, porque la gente que los había acompañado no se fuese. Algunos portugueses han escrito, que los pilotos de su nación que han llegado á dicha isla, jamás han vuelto, y que no obstante, en tiempo del Infante D. Enrique abordó allí un bajel, y desembarcada la gente, la llevaron los moradores luego á su iglesia para ver si eran católicos, y

que habiéndolos reconocido tales, les rogaron se estuviesen con ellos algunos días, para esperar su Señor, que tendría mucho gusto de verlos; pero los pilotos, temiendo que los de la isla, quisiesen quemar sus navíos, se embarcaron á toda prisa para volver á Portugal; añaden que á su vuelta contaron al Infante todo esto, creyendo ser recompensados por no haberse querido quedar en aquellos pueblos no conocidos, y que el Infante les reprendió severamente, y les obligó á volver, pero que los pilotos no pudiendo resolverse, se escaparon. Dicen más, que mientras estaban en la iglesia de estos isleños, los que se habían quedado en los bajeles cogieron arena en la orilla, para el uso de la cocina, de que era la tercera parte oro.

Pedro de Velasco, natural de la villa de Palos, dijo al Almirante que habiendo partido del Fayal, y navegado más de 150 leguas hacia el Occidente, descubrió la isla de las Flores, siguiendo á unos pájaros que volaban á ella, y que después halló hacia el Nordeste el cabo de Clara, en Irlanda, por el Oeste, donde observaron muy grandes vientos de Poniente, sin inquietarse el mar, por lo que discurrieron le cubría alguna gran tierra hacia Poniente, y por ser Agosto no quisieron volver á la isla de miedo del invierno. Esto sucedió más de cuarenta

años antes del descubrimiento de las Indias.

Otro piloto, le contó en el Puerto de Santa María, que haciendo viaje á Irlanda, vió una tierra que tuvo por parte de Tartaria, que daba vuelta al Occidente, y sería la que ahora llaman de Bacalaos, adonde no pudo llegar por el mal tiempo.

Cierto Pedro de Velasco, gallego, le aseguró lo mismo en la ciudad de Murcia, diciéndole que navegando él hacia Irlanda, vió del lado de Poniente una tierra, que creyó ser la que un Fernan Dolmos procuró descubrir, en el modo que contaré fielmente como lo hallé en los escritos de mi padre.

Gonzalo de Oviedo refiere en su historia que el Almirante tuvo en su poder una carta, en que halló descriptas las Indias, por uno que las descubrió antes, lo cual sucedió en la forma siguiente: Un portugués, llamado Vicente Díaz, vecino de la villa de Tavira, viniendo de Guinea, y habiendo pasado la Madera, vió ó creyó ver una tierra y se lo dijo á un mercader genovés llamado Lucas de Cazzana, persuadiéndole á armar un bajel para ir á conquistarla. El mercader consintió en ello, alcanzó permiso del Rey de Portugal, y dió la comisión de armarle á un hermano suyo que se llamaba Francisco y vivía en Sevilla, el cual se burló de él y del encargo. Lucas de Cazzana lo hizo por sí mismo, y partió

poco tiempo después y buscó esta tierra toda su vida, pero no la halló; y me afirmó el referido Francisco haber conocido dos hijos del capitán que descubrió la isla Tercera, llamados Miguel y Gaspar, de Corte Real, que en diversos tiempos fueron á descubrir aquella tierra y perecieron en la empresa, uno después de otro, el año 1502, sin saber donde ni cómo.

CAPÍTULO IX

Que los españoles no han tenido ningún antiguo señorío en las Indias, contra la opinión de Gonzalo de Oviedo, que procura probar lo contrario.

El mismo Gonzalo Fernández de Oviedo, refiere en el tercer capítulo de su historia, que las Indias Occidentales estaban ya descubiertas en tiempo del Almirante, y lo prueba con las cosas que escribieron Aristóteles de la isla Atlante y Seboso, de la Hespéride; Oviedo, que no parece entendía griego, usó de las obras de Fr. Theophilo de Ferraris, que entre las proposiciones que juntó del filósofo, puso en su libro de las *Maravillas de la Naturaleza* un capítulo que contiene estas palabras: «Refieren que más

allá de las Columnas de Hércules, en el mar Atlántico, algunos mercaderes cartagineses, descubrieron una isla cubierta casi toda de árboles y florestas, habitada de fieras hasta entonces, en la cual había muchos y grandes ríos y partes de tierra que producían abundantemente todo género de bastimentos. Estos mercaderes hallando el temple bueno, se quedaron á vivir allí. Habiéndolo sabido el Senado de Cartago, prohibió con pena de la vida á los súbditos de su dominio ir á ella, y ordenó matar á los primeros que la habían descubierto. Este edicto fué para estorbar que alguna nación extranjera se apoderase de esta isla y después se declarase por enemiga suya.

Este es el fundamento de Oviedo para decir que las Indias estaban ya descubiertas en tiempo del Almirante, y cree, sin razón, que la isla de que habla Ferraris es la Española, ó Cuba y si hubiese hecho explicar el texto de Aristóteles por un hombre que lo entendiese bien, no habría hallado palabra de alguna isla de las Indias Occidentales.

Lo segundo, aunque Aristóteles lo dijese, no probaba que las Indias hubiesen sido descubiertas antes del Almirante. El filósofo habla de la isla de Atlante como de una cosa incierta, y se sirve de esta frase: «Dicen que antiguamente

descubrieron una isla;» pero no lo asegura. Demás Oviedo, creyendo que esta isla era fértil, cuando la descubrieron los mercaderes cartagineses, no pensó lo que adelantaba: pues una tierra llena de selvas, como dice él mismo, y que nunca se había cultivado, producía todo género de alimentos: ¿y qué juicio tendría el Senado de Cartago en prohibir á los cartagineses ir á habitarla de miedo de que la conociesen los extranjeros y tuviesen deseo de ocuparla? El edicto sería imprudente, porque habiendo sido esta isla descubierta una vez, era imposible que todos los que lo sabían se conformasen en callar, y en este caso mejor era viniese á poder de los cartagineses que al de otro pueblo que pudiese en adelante hacer la guerra que el Senado temía.

Si esta nueva isla era la Española, como quiere Oviedo, los cartagineses tendrían miedo sin razón, puesto que entre ambos estaba la tercer parte del mundo, en cuya distancia era muy dudeso que el pueblo se apoderara de ella. En fin, si fuese tan fértil, en lugar de dejarla debían conservarla, de miedo de que cayendo en el dominio de pueblo extranjero, no se aprovechase de su abundancia para hacerlos mal. Yo creo que si los cartagineses la hubieran descubierto, la conservaran como hicieron con las Casitcri-

des, que hoy llamamos islas de los Azores; ocultáronlas mucho tiempo por la cantidad de estaño que sacaban de ellas todos los años, y puede ser que estas sean las islas de que Aristéles quiso hablar.

Si se me opone que el filósofo hace mención de una isla que tenía muchos rios, grandes navegables, que no hay en las Azores, y sí en la Española y Cuba, respondo que pudo haberse engañado describiendo aquello de que habla; porque dice que tenía muchas bestias feroces; en Cuba ni en la Española no se halló alguna, ni tienen rios navegables. Fuera de esto, estas dos islas no están situadas en parajes donde las tempestades pudiesen arrojar á los cartagineses sin naufragar, y naturalmente ellos no tendrían intención de ir á descubrirlas, y menos siendo mercaderes que no querían alejarse de su país, especialmente en aquel tiempo, que se navegaba con grandes dificultades y que no se atrevían á emprender viajes largos, antes les parecían muy dilatadas las navegaciones breves, como se ve en la de Jason, desde Grecia á Colcos, y en la de Ulises por el Mediterráneo, en que gastaron tantos años, las cuales los hicieron tan famosos como celebrados por los más excelentes poetas, por la poca experiencia que entonces tenían del mar, hasta que en la edad nuestra se ha me-

jorado la navegación, tanto, que se han atrevido á rodear el mundo, contra el refrán: «Quien va á Cabo de Nom, ó volverá ó non», cabo en Berbería no lejos de Canarias. Además que es manifiesto error imaginar que pudiera ser Cuba ó la Española aquella isla, porque áun hoy, con las noticias que hay de ellas, es casi imposible aportar á sus costas sin que antes de dar en ellas hubieran hallado otras muchas islas que las rodean, de que no habla nada Oviedo.

En fin, si esta isla Atlántica, no era alguna de las Azores, podía casarse una mentira con otra, diciendo ser la isla de que Séneca hace mención en el sexto libro de las cosas naturales; dice, según el pensamiento de Tucides, que pendiente la guerra de Morea fué sumergida enteramente, ó en parte, una isla llamada Atlántica, de que habla Platón en su *Timeo*; y esto basta para el primer artículo.

Pasemos al segundo, en que Oviedo quiere que los españoles fuesen antiguamente señores de las Indias. Citando á una autoridad incierta, quiere sacar tres conclusiones verdaderas, no conformándose con Séneca, que en el libro 6, referido dice es dificultoso afirmar nada cierto, y distintamente en lo que se ha de tratar por conjeturas.

Fúndase en la autoridad de Estacio y Sebo-

so, que dicen, que ciertas islas llamadas Hesperides, estaban situadas hacia el Occidente, á 40 días de viaje de las Gorgonas; Oviedo cree, que estas Hesperides, son las Indias Occidentales, á quien dió su nombre Hespero, Rey de España, de que concluye, que los españoles dominaron las Indias.

Confieso con Seboso, que las Hespérides están en el Occidente; pero no dice que sean las Indias, ni habla del Príncipe que las sujetó, y si Oviedo afirma que Hespero, fué Rey de España, según Beroso. Es verdad que Beroso lo dice, pero no que diese nombre á España ni Italia, y viendo que en esto le faltaba autoridad que le patrocinase cita cautelosamente á Higino, sin señalar el lugar, para probar que las Hespérides eran las Indias Occidentales; pero Higino jamás habló palabra de esto, como puede juzgarse, por lo que puso en su libro de poética astronómica. Estas son las palabras: «Píntase á Hércules, como un hombre que quiere matar al dragón qne guardaba las Hespérides.»

Y más abajo: «Hércules, habiendo sido enviado por Euristeo, por las Manzanas de Oro á las Hespérides, y no sabiendo el camino, fué á Prometeo, que estaba atado en el monte Cáucaso, y le rogó se le enseñase, de que le manifestó la muerte del Dragón:» y según esto, ha-

brá otras Hesperides en Oriente, á las cuales podía también Oviedo decir que Hespero había dado nombre.

En fin, añade en el capítulo de los planetas, que Venus se llama Hesperus, porque trasmonta poco después que el Sol.

De todo lo cual podemos inferir que, si el que está acostumbrado á contar fábulas de poetas, como Higino, debe tener autoridad ó dar indicio alguno, sino contra Oviedo, ó si podemos afirmar ó presumir que se llamaron Hesperides por la referida estrella, asi como los griegos llamaron Hesperia á Italia, por la misma causa, según dicen muchos, diremos, que Seboso llamó Hesperides á aquellas islas y que para mostrar el sitio donde estaban, se valió el Almirante de las conjeturas y razones que hemos notado, para tener por cierto que semejantes islas estaban en aquellas partes occidentales.

Con lo cual podemos concluir, que Oviedo no solo quiere fingir autoridades nuevas en sus escritos, sino que se vale de cosas inciertas, ó por inadvertencia, ó por complacer al que se lo dijo, pues no tenía interés, y la repugnancia sola bastaba á manifestar el error. Por esto, si los cartagineses que llegaron á Cuba ó la Española, como dice, la hallaron sin más moradores que las fieras, ¿cómo puede ser verdad que los espa-

ñoles la hubiesen poseido mucho tiempo antes y que su Rey Hespero la diese su nombre? Si no que se diga que la despobló algún diluvio, y que otro Noé la puso en el estado en que la descubrió el Almirante; y por no fastidiar á los lectores en esto, vuelvo á seguir nuestra historia.

CAPITULO X

El Almirante rompe con el Rey de Portugal, sobre la proposición que le había hecho de descubrir las Indias.

Teniendo el Almirante por muy fundado su discurso, trató de ejecutarle y de correr el Occeano buscando las tierras referidas; pero reconociendo que empresa tan grande no convenía sino á Príncipe que pudiese hacerla y sustentarla, quiso proponérsela al Rey Don Juan de Portugal, en cuyo reino estaba; oyóle el Rey con gran atención, pero sin admitirle, escarmentado de los trabajos y grandes gastos que le causaba el descubrimiento de la costa occidental de Africa, llamada Guinea, sin que hubiese conseguido felicidad alguna, ni pasado el cabo de Buena Esperanza, cuyo nombre subrogaron

en lugar del suyo propio que era *Agesingua*, por ser el cabo y el fin de la buena esperanza de su conquista; aunque otros dicen le dieron este nombre porque aquel cabo le daba esperanza de mejor tierra y navegación. Sea como fuere, el Rey no se inclinaba á gastar más en descubrimientos.

El Almirante le instó, proponiendo tan buenas razones para acreditar su empresa, que le redujo á aceptarla, y solo dudaba en las condiciones y pactos con que la proponía, porque siendo el Almirante de generosos y altos pensamientos, capitulaba con gran honor y ventaja para dejar su memoria y la grandeza de su casa conforme á la de sus obras y merecimiento; antes de responderle consultó el Rey, al doctor Calzadilla, el cual le aconsejó que enviase algún piloto hábil á ver si podía descubrir la nueva tierra, pues si lo hacía no quedaría obligado á dar al Almirante tan gran recompensa. Siguió el Rey de Portugal este consejo, y con gran brevedad y secreto envió una carabela hacia donde el Almirante decía, como que enviaba víveres y socorro á las islas de Cabo Verde. Habiendo tomado los marineros la derrota que el Almirante había manifestado al Rey, no la acertaron porque les faltaba el Almirante, y su ciencia y constancia. Anduvieron errantes muchos días, hasta

que se vieron precisados á volver á las islas de Cabo Verde, y á Lisboa, burlándose de la aprensión del Almirante. Y aseguraban que era imposible hallar tierra alguna en los mares por donde quería navegar el Almirante.

La treta de Calzadilla fué tan desagradable al Almirante, que se enfadó con el Rey de Portugal y su tierra, y se salió del reino con su hijo Diego Colón, (que le sucedió en el Estado) porque su mujer había muerto, y se vino á Castilla con intención de hacer al Rey la misma proposición; temía que no la aceptase y verse precisado á recurrir á otro Príncipe, por lo cual envió á Inglaterra á su hermano Bartolomé Colón, que aunque tenía pocas letras, era práctico y juicioso en las cosas de mar, y hacía esferas y cartas de marear y otros instrumentos náuticos, enseñado del Almirante, al cual, y á los demás que iban á Inglaterra, robaron corsarios, y como se vió muy pobre y en tierra agena, se aplicó á hacer cartas de marear para ganar su vida, y empezó á tratar con Enrique VII, padre de Enrique VIII; presentóle un Mapa Mundi, en que estaban escritos estos versos, que hallé entre sus papeles, y que pongo aquí más por su antigüedad que por su elegancia.

Terrarum quicumque cupis feliciter Oras
Noscere, cuncta decens docté Pictura docebit

Qua Strabo affirmant, Ptolomeus, Plinius, atque
Isidorus, non una tamen sentencia quisque:
Pingitur hic etiam, nuper fulcata carinis
Hispanis zona illa, prius incognita genti
Torrida, quæ tamdem nuc est notisima multis.

Y más abajo decía:

«Pro Auctore fivé Pictore
Ianua cui patriæ est, Nomen cui Bartolomæus
Colombus de Terra Rubra, opus edidit istud
Londonijs Anno Dñi 1480; atque in super
Anno 8, decimaque die, cum tertia, Menfis
Februarij. Laudes Christo cantentur abundé,

y porque alguno reparará, que dice: «Colombus de Terrarubra,» digo que he visto algunas firmas del Almirante, antes que adquiriese el Estado, en esta forma: «Colombus de Terrarubra» y volviendo á la historia, digo, que habiendo visto el Rey el Mapa Mundi, y lo que le ofrecia el Almirante, aceptó gustoso su oferta, y le envió á llamar para ejecutar la empresa; pero como Dios la tenía guardada para Castilla, no tuvo efecto, pues ya el Almirante en aquel tiempo había conseguido lo que deseaba, como se dirá por su orden.

CAPITULO XI.

Sale de Portugal el Almirante, pasa á Castilla y proposiciones que hizo á los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel.

No contaré la negociación de Bartolomé Colón, por volver al Almirante el cual partió secretamente de Portugal al fin del año de 1484, por temor de que su Rey le estorbase, pues viendo que habían faltado á su obligación, los de la carabela, deseaba volviese á su gracia el Almirante, y á tratar de la empresa. Vino á Castilla; y dejando á su hijo en Palos, en un convento llamado la Rabida, pasó á Córdoba, donde estaba la Corte y con su afabilidad y dulzura, trabó amistad con las personas que gustaban de su proposición, entre las cuales, Luis de San Angel, caba-

llero aragonés, escribano de la Razón, de la Casa Real, sujeto de gran prudencia y capacidad, entró muy bien en ella. Habló al Rey sobre que el Almirante mostraría por razón la posibilidad de su empresa. El Rey lo cometió al prior del Prado, que después fué Arzobispo de Granada, para que con los más hábiles cosmógrafos confiriese con Colón, hasta que quedasen plenamente instruídos de su designio, y le informarse con su dictámen, y volverlos á juntar después para determinar sobre las proposiciones que hubiese hecho. Obedeció el prior del Prado, pero como los que habia juntado eran ignorantes, no pudieron comprender nada de los discursos del Almirante, que tampoco quería explicarse mucho, temiendo, no le sucediese lo que en Portugal. Los cosmógrafos dijeron al Rey «que el intento de Colón era imposible, y que después de tantos millares de años, no podía descubrir tierras desconocidas, aventajándose á un número, casi infinito, de gentes hábiles que tenían perfecta experiencia de la navegación.» Otros decían que el mundo era muy grande para ir en tres años al fin de Levante como quería, y en confirmación de esto traían la autoridad de Séneca en que por via de cuestión trataba, si el Océano era infinito, dudando si era navegable; y cuando lo fuese, dudaban si de la otra parte se ha-

llarían tierras habitables, y si se podría llegar á ellas. Añadían, que en este globo inferior, la tierra ocupaba la mayor parte, y que solo era habitada una corona, ó cinta pequeña, que quedaba en nuestro hemisferio encima del agua y todo lo demás era mar, y que cuando se concediese que llegase al fin del Oriente, podría también ir desde España á lo último del Occidente, y disputaban otras cosas á este modo, como los portugueses cuando navegaron á Guinea, asegurando que, si alguno hiciese este viaje, no volvería jamás, porque lo impediría la redondez de la esfera, antes se vería obligado á subir por la mar, como por una especie de montaña, «lo que era imposible aunque llevase buen viento.» Y aunque el Almirante respondía á todo esto, cuanto más eficaces eran sus razones, tanto menos las comprendian, y entendían; por que cuando alguno envejece con malos fundamentos en la matemática no puede alcanzar nunca la verdad, porque lo impiden las reglas falsas aprendidas, valiéndose del refrán castellano, que suele decirse, en lo que no parece razonable: y de San Agustín en el Cap. 9 del libro 21 de *Civitate Dei*, que reprueba y tiene por imposible que haya antípodas, y que pueda pasarse de un hemisferio á otro. También autorizaban su dictámen con las fábulas de las cinco zonas, y otras men-

tiras, que tenían por verdades muy seguras; por lo cual tuvieron, la empresa por vana, é imposible, y que no era decente, que tan grandes príncipes se moviesen á protejerla con tan débiles informes. Con que después de haber gastado mucho tiempo en esta materia, respondieron sus altezas al Almirante, hallarse impedidos de entrar en nuevas empresas, por estar empeñados en otras muchas guerras y conquistas, especialmente en la de Granada, en que se hallaban, pero que con el tiempo habría mejor ocasión para examinar sus proposiciones y tratar de lo que ofreció. Y en efecto, los Reyes no quisieron oir las grandes promesas del Almirante.

CAPITULO XII.

Como no quedando de acuerdo el Almirante con el Rey de España, determinó ofrecer á otro su empresa

En tanto que se trataba esto, no estaban siempre en un lugar los Reyes Católicos, por causa de la guerra de Granada, y por esto se dilató mucho tiempo la resolución y respuesta. Fué el Almirante á Sevilla, y no hallando en sus altezas mejor conclusión que la pasada, dió cuenta de su empresa al duque de Medina-Sidonia; pero después de muchas pláticas, no se concluyó nada como deseaba en España, y así determinó pasar á Francia, á cuyo Rey habia escrito sobre esto, con resolución, si no se le oyese, de pasar á Inglaterra á buscar á su hermano, de quien no había tenido noticia.

Fuese al convento de la Rábida con intención de llevar á su hijo D. Diego, á Córdoba y proseguir su viaje, pero Dios ordenó que no tuviese efecto, inspirando á Fray Juan Pérez, guardian del convento, á que tomase amistad con el Almirante, y á que le agradase tanto su empresa, que le causó sentimiento su resolución y lo que perdería España con ella; rogóle que no ejecutase el viaje, porque quería ir á ver á la Reina que esperaba le diese crédito, por ser su confesor, y aunque el Almirante tenia perdidas ya las esperanzas, por el poco ánimo y juicio que hallaba en los consejeros de sus altezas, por el gran deseo que tenía de que esta empresa la lograse España, le precisó á ceder á su ruego, teniéndose por natural de estos Reinos, que eran patria de sus hijos, y haber vivido en ella tanto tiempo. Esto dió motivo á rehusar las ofertas, que otros principes le habían hecho, como refiere en una carta suya, á los Reyes, donde dice: «Por servir á vuestras altezas no he querido empeñarme con Francia, Inglaterra, ni Portugal, como lo verán vuestras altezas por las cartas de sus Príncipes, que están en poder de Villarán.

CAPITULO XIII.

Como el Almirante volvió al campo de Santa Fe, y no habiendo conseguido nada de los Reyes Católicos, se retiró

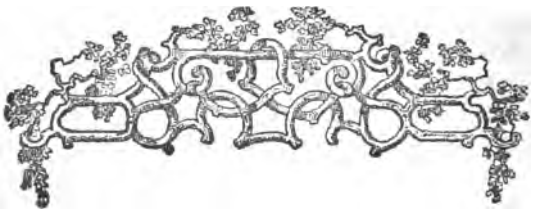
Partió el Almirante del convento de la Rábida, que está cerca de Palos, con Fray Juan Pérez, al Campo de Santa Fe, donde estaban los Reyes Católicos, entónces en el Sitio de Granada, habló Fray Juan á la Reina, con tan grande instancia que logró que su majestad mandase volver al tratado del Descubrimiento; pero como por una parte lo contradecían el Prior del Prado y sus secuaces; y por otra pedía el Almirantazgo y el título de Virrey, y otras cosas de tanta

estimación é importancia, pareció cosa dura concederlas: pues saliendo con la empresa, parecía mucho, y malográndose, ligereza; con lo cual se cesó en el negocio. No omitiré referir la grande estimación que hago de la sabiduría, corazón y providencia del Almirante, pues teniendo tan poca fortuna en esto, y deseando tanto, como he dicho, permanecer en estos Reinos, hallándose en estado y tiempo que debía reducirse á cualquier partido, tuvo ánimo tan constante, que no quiso aceptar sino grandes títulos y estados, pidiendo cosas que no podían ser mayores, si supiera de cierto, lo que sucedió después: y últimamente fué necesario que se le concediesen, haciéndole Almirante en todo el mar Occéano, con las prerrogativas, gajes y preeminencias que tenían los Almirantes de Castilla en sus distritos, y que en todas las islas y Tierra-Firme fuese virrey, y gobernador, con la autoridad y jurisdicción, que se concedía á los Almirantes de Castilla y León, y que proveyese absolutamente los oficios de Gobierno y Justicia, en todas las islas y Tierra-Firme, y que fuesen per él removidos los nombrados á su voluntad y arbitrio; y que todos los Gobiernos y Regimientos, se proveyesen, proponiéndo él, dos ó tres sujetos, y que en cualquier parte de España donde se comerciase con las Indias, pusiese jueces que de-

terminasen los pleitos tocantes á aquellas materias.

En cuanto á rentas y utilidades, de más de los salarios y derechos de los oficios de Almirante, virrey y gobernador, pedía la décima parte de cuanto se comprase, hallase y ganase, dentro de los términos de los Almirantazgos, bajadas las costas de la Conquista; de suerte que si en una isla se adquirían mil ducados, habían de ser ciento suyos, y porque sus contrarios decían, que no aventuraba nada en el viaje si no verse capitán de una Armada todo el tiempo que durase, pidió también que se le diese la octava parte de todo lo que trajese á la vuelta y pagaria la octava parte de los gastos de la Armada.

Siendo estas cosas tan importantes, y no queriendo sus altezas concederlas, se volvió á Córdoba para disponer su viaje á Francia porque estaba resuelto á no volver á Portugal, aunque el Rey le había escrito como se dirá adelante.



CAPITULO XIV

Cómo los Reyes Católicos mandaron volver al Almirante, y le otorgaron lo que pedía

Entrado el mes de Enero del año de 1492, el mismo día que el Almirante salió de Santa Fe acudió á la Reina Luis de San Angel, procurando algún remedio que impidiese su viaje, y con palabras, que el deseo le subministró, para persuadirla, y áun reprenderla, la dijo: que se maravillaba que habiendo tenido espíritu para emprender todas las cosas grandes é importantes, le faltase para una en que se aventuraba tan poco y de que podía resultar tanto servicio á Dios y exaltación á su Iglesia, no sin grandísimo aumento y gloria de sus Reinos y Estados; y

tal, finalmente, que si lo consiguiese otro principe, como el Almirante ofrecía, sería muy claro el perjuicio que resultaría á su Estado; en cuyo caso la reprenderían con justa causa sus amigos y aliados, y la despreciarían sus enemigos; pues todos dirían estaba bien empleada esta desventura; de que su alteza se dolería después, y sus sucesores tendrían gran dolor. Y puesto que parecía que el negocio tenía buen fundamento, y el Almirante que le proponía buen juicio y ciencia, y no por más premio que en lo que hallase concurriendo en parte de los gastos y aventurando su persona, no debía su magestad tener la empresa por tan imposible como decían los letrados, pues lo que oponían de que sería murmurada si no saliese el Almirante con lo que afirmaba, era contra el dictamen que él tenía formado, pues antes imaginaba, serían tenidos por príncipes magnánimos y generosos, porque emprendían saber las grandezas y secretos del Universo; lo cual habían hecho otros Reyes y Señores y merecido mucha alabanza; aún cuando fuese incierto el resultado de este empeño, era bien empleada cualquier suma grande de oro, por salir de dudas. Demás que el Almirante no pedía más que 2,500 escudos para disponer la Armada y por que no se dijese, que esta cortedad la detenía, no debía abandonar la

Empresa. A que respondió la Reina conociendo el buen deseo de Luis de San Angel, agradeciéndole su buen consejo, y díciendo gustaba de aceptarle con calidad de que se suspenpendiese la ejecución, hasta que descansase de los trabajos de aquella guerra y cuando le pareciese mejor, que se ejecutase luego, buscando sobre sus joyas el dinero necesario para la Armada. Visto por San Angel el favor que le hacía la Reina en aceptar lo que por consejo de tantos había desestimado, la respondió que no era necesario empeñar sus joyas, que él serviría á su alteza prestándola el dinero. Con esta resolución despachó luego la Reina un capitán á traer al Almirante, que le encontró cerca de la puerta de Pinos, á dos leguas de Granada, y aunque el Almirante se dolía de las dilaciones y pesares que había padecido en su empresa, informado de la terminación y voluntad de la Reina, volvió á Santa Fe, donde fué bien recibido de los Reyes y mandaron al secretario, Juan de Coloma, le despachase como lo pedía, y con su real firma y sello, le concedieron todos los capítulos y cláusulas que hemos referido, sin quitar ni mudar cosa alguna.

CAPITULO XIV (1)

Cómo el Almirante armó tres carabelas para hacer la empresa de su descubrimiento.

Concedidos por los serenísimos Reyes Católicos los capítulos expresados, al Almirante, salió al punto de Granada en 12 de Mayo del mismo año de 1492, para la villa de Palos, puerto donde había de hacer la armada, por estar obligada aquella tierra á servir á sus Altezas con dos carabelas, por tres meses, las cuales mandaron entregar al Almirante, el cual las armó con otro navío con la solicitud y diligencia necesaria. La capitana, en que iba, era llamada «Santa María,» otra la «Pinta», de que era capitán Martín Alon-

(1) En el original impreso, está repetido el capítulo XIV, y por no variar el texto en lo más mínimo, se repite aquí también.

so Pinzón, y su hermano Alonso Yañez Pinzón, (ambos de Palos) de la última. llamada la «Niña» que era latina. Proveidas de todo lo necesario las naves, con noventa hombres, se hicieron á la vela á 3 de Agosto al amanecer, en derechura á Canarias, y desde este punto puso el Almirante gran cuidado en escribir día por día cuanto sucedía en el viaje, muy por menor, especificando los vientos que soplaban, lo que caminaba cada uno, con qué velas y corrientes, lo que veía, pájaros ó peces y otras cosas, y lo mismo hizo en los cuatro viajes posteriores desde Castilla á las Indias.

No quiero escribirlo todo particularmente, pues aunque el escribir su viaje y navegación, es demostrar las impresiones y efectos correspondientes á sus cursos, y los aspectos de las estrellas y el declarar la diferencia de ellas y de nuestros mares y regiones, sería muy útil, no me parece que tantas particularidades serían del gusto de los lectores, á los cuales serviría de melestia alargar esta historia con discursos impertinentes, por lo cual diré solo lo que tuviere por necesario y conveniente.

CAPÍTULO XV.

De cómo el Almirante llegó á Canarias donde proveyó á sus navíos de todo lo que necesitaban.

Sábado á 4 de Agosto, que fué el día siguiente, en que salió de Palos el Almirante, saltaron los hierros del timón de la carabela «Pinta,» y le fué preciso componerle, sin embargo, del viento fuerte que hacía y de dudar si había sucedido por malicia del patrón, queriendo evitar el viaje, como lo había intentado antes de la partida; pero siendo muy práctico Pinzón, su capitán, compuso el timón, atando cuerdas, de modo que pudo seguir su viaje hasta el martes siguiente, que la fuerza del tiempo rompió las cuerdas y fué preciso que amainasen todos para volver á remediarlo.

De la desorden y desventura de perder esta carabela dos veces el timón, al empezar el viaje, pudiera conjeturar algún agorero la inobediencia y obstinación que tuvo después contra el Almirante, apartándose de él en dos ocasiones, por malignidad de Pinzon, como se contará más adelante.

Volviendo á lo que iba refiriendo, procuraron remediar entonces lo mejor que pudieron esta desgracia, por lo menos hasta llegar á Canarias, las cuales, descubrieron todas las tres carabelas, jueves á 9 de Agosto, al amanecer, y por el viento contrario y las calmas no pudieron tomar tierra en tres días en la Gran Canaria, de que estaban muy cerca, por lo cual el Almirante dejo allí á Pinzón, para que tomando tierra procurase haber otro navio; y para el mismo efecto navegó á la Gomera, llevándose la «Niña,» por si no hallaban navío en una isla, buscarle en otra.

Con esta determinación llegó á la Gomera el domingo siguiente, á 12 de Agosto y envió el batel á tierra, el cual volvió al dia siguiente diciendo que no había navío alguno en ella; pero que estaban esperando á doña Beatriz de Bobadilla, señora de la isla, que estaba en la Gran Canaria, que había de venir en el navío de Grageda, natural de Sevilla, que sería de 40 toneladas, el cual podría comprarse

por ser apropósito para el viaje; con esto esperó el Almirante en aquel puerto dos días, y viendo que no venía el navío, y que salía de la isla un carabelón para la Gran Canaria, envió á decir á Pinzón, con uno de los suyos, su arribo, y que compusiese su navío, porque volvía presto á ayudarle; pero no volvió con la respuesta, y así se resolvió el Almirante ir con sus dos navíos á la Gran Canaria á 23 de Agosto, y al dia siguiente encontró al carabelón, que por vientos contrarios aún no había llegado á Canarias, y recogiendo el hombre que iba en él, pasó aquella noche cerca de Tenerife, de cuyo monte, que es altísimo, vieron salir tan grandes llamas, que la gente se espantó y el Almirante les declaró el fundamento y causa del fuego, verificando su discurso con el monte Etna, de Sicilia, y otros en que se ve lo mismo.

Pasada aquella isla, llegaron el sábado 25 á la Gran Canaria, á donde Pinzón había llegado el día antes, con gran trabajo; y sabiendo que el lunes antecedente había partido doña Beatriz en aquel navío, lo sintió mucho, pero se conformó con la voluntad de Dios, pues sin él excusaba los disturbios que en su compañía tendría, y la pérdida del tiempo que en mudar la hacienda se causaría, y así trató de aderezar la «Pinta,» poniéndola timón nuevo, porque había perdido el

suyo, y mudó á la «Niña» la vela latina, en redonda, para que pudiese seguir con más quietud y menos riesgo á los otros navíos.

CAPÍTULO XVI.

Cómo el Almirante salió de la isla de Canaria á seguir su viaje ó dar principio á su descubrimiento y lo que le sucedió en el Occeano y observaciones primeras de la variación de la aguja.

Puestos en orden los navíos y á punto de partir, hizo desplegar las velas al viento el Almirante, viernes 1 de Setiembre por la tarde, partiendo de la Gran Canaria, y el siguiente día fueron á la Gomera, donde estuvo cuatro días proveyéndose de bastimentos, agua y leña, de suerte que el jueves 4, por la mañana temprano, que puede contarse por el primero de esta empresa y del viaje por el Occeano, partió el Almirante á la vuelta de Occidente; por el poco

viento y calmas no se pudo alejar mucho de la isla. El domingo al amanecer se halló á nueve leguas de la isla de Hierro, y en el mismo perdieron de vista la tierra, y muchos empezaron á llorar y gemir, temiendo que no volverían á verla en largo tiempo. Pero el Almirante, después de haberlos confortado, ofreciéndoles largamente tierras y riquezas, para aumentar su esperanza y disminuir el temor, que del largo viaje tenían, procuró rebajar las leguas que se navegaban, para que no se imaginasen estaban tan lejos de España; y aunque habían caminado aquel día 18 leguas, les dijo que eran 15, llevando para sí la cuenta cierta.

Continuando su viaje el martes 16 de Septiembre, al ponerse el sol, hallándose á 250 leguas de la isla del Hierro, hácia Poniente vieron un palo de navío, tan grueso, que había sido de 120 toneladas, parecía que hacía muchos días que estaba en el agua. Eran en aquel parage, y más adelante hácia Occidente, las corrientes muy grandes hácia el Nordeste; pero, habiendo corrido hácia Poniente 50 leguas, á 13 de Septiembre, observó que desde prima noche norusteaba la aguja de marear media cuarta, y al amanecer poco más de otra cuarta, en que conoció que no iba ajustada á la estrella polar, sino á otro punto invisible, y fijo, cuya variación hasta en-

tonces ninguno había observado, y por esta causa le admiró al tercer día, habiendo navegado casi cien leguas por aquellos parajes, porque observó que la aguja norusteaba ya con la cuarta, y por la mañana volvía á herir en la misma estrella.

CAPITULO XVII

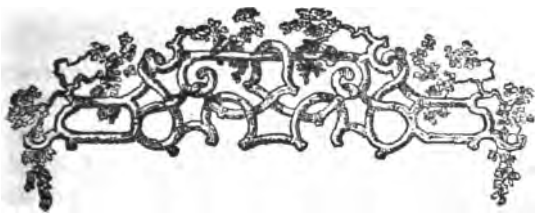
De las aves y otras señas, que denotaban tierras cercanas, que encontró el Almirante en su viaje.

Estando casi á trescientas leguas de la isla de Hierro, hácia Occidente, el sábado 15 de Setiembre, cayó del cielo á cuatro ó cinco leguas de los navíos una maravillosa llama de fuego, á la parte del Sudoeste, aunque era templado (como en Abril) el tiempo y bonancibles los vientos del Nordeste, al Sudoeste, el mar sosegado y las corrientes contínuas á Nordeste. Los de la carabela Niña dijeron al Almirante, que el viernes pasado habían visto una garza y otra ave llamadaRabo de junco, de que entonces se animaron mucho

por ser los primeros pájaros que habían visto, pero mayor admiración tuvieron el día siguiente, que fué domingo, que encontraron gran abundancia de yerba entre verde y pajiza, que se veía en la superficie del agua, y que parecía haber sido arrancada poco antes de alguna isla, ó escollo; al día siguiente no la vieron, por lo cual afirmaban muchos estar cercanos á tierra. Especialmente viendo un cangrejo vivo, entre aquella yerba, la cual dicen era semejante á la yerba Estrella pero no tenía pié, y los ramos eran altos y estaba cargada de fruta como la del lentisco: después observaron que el agua del mar era la mitad menos salada, que la pasada, y aquella noche siguieron á las carabelas muchos atunes, y se acercaban tanto á ellas, y con tanta lijereza, que mataron uno con un tridente los de la Niña, y estando ya á trescientas y sesenta leguas de la isla de Hierro, vieron otro Rabo de junco, ave llamada así porque tiene por cola. una pluma larga.

El martes siguiente, que fué 18 de Septiembre, había pasado adelante la carabela Pinta, que era muy velera y esperó al Almirante, y le dijo su capitán, que había visto muchos pájaros grandes volar hácia Poniente; por lo que esperaba hallar tierra aquella noche y que le parecía verla hácia Tramontana, á quince leguas de distancia,

y en el mismo dia al ponerse el sol, creyó lo eran unos nubarrones; pero porque el Almirante sabía que no era así, no quiso gastar el tiempo en ir á reconocerla, aunque todos lo deseadán, puesto que no se hallaba en el sitio donde según sus indicios y razones había de estar, y aquella noche pusieron una boneta, porque el viento refrescaba, habiéndose pasado once días, en que no habían amainado las velas un palmo, navegando contínuamente á Occidente viento en popa.



CAPITULO XVIII

Del cuidado con que todos procuraban ver las señales en el mar, y el deseo de tomar tierra.

No dejaban de murmurar todos los de la Armada, viéndose tan lejos de todo socorro, y en navegación tan larga y peligrosa, y como nunca veian sino agua y cielo notaban, siempre con atención cualquier señal que se descubría; como los que estaban más lejos á tierra, que hasta entonces ningunas personas habían estado; por lo cual referiré todo aquello de que hacían alguna estimación, á lo menos en la descripción de este primer viaje pero no hablaré de otras señales de

menos importancia, que suelen verse regularmente muchas veces, y así digo que á 19 de Septiembre por la mañana, se puso en el navío del Almirante un Alcatraz, y por la tarde otro, que daban esperanza de tierra, juzgando que estas aves no se alejarían mucho de ella; con esta esperanza, estando en calma, sondearon en más de doscientas brazas, y aunque no hallaron fondo conocieron que iban las corrientes hácia Sudoeste.

El jueves 20 vinieron otros dos Alcatraces, y de allí á un buen rato otro, y cogieron un pájaro semejante á Garza, aunque era negro y tenía en la cabeza moño de plumas blancas y los piés como Anade; y abordo mataron un pececillo y vieron mucha yerba de la referida; al amanecer se pusieron en el navío tres pajarillos cantando, y al anochecer desaparecieron, dejando á la gente algún consuelo, porque consideraban que los otros, por ser grandes y marinos, podían mejor alejarse de tierra; pero estos tan chicos, debían de ser de país cercano, y de allí á tres horas vieron otro Alcatraz que venía de Noroeste. El día siguiente por la tarde, vieron otro y un Rabo de junco y descubrieron cantidad de yerba hácia el Norte por todo el espacio que podía alcanzar la vista, con la cual se consolaban algunas veces, creyendo venía de tierra cercana, y

otras les causaba gran miedo por que había manchas tan espesas, que en cierto modo impedian la navegación, y como siempre propone lo peor el miedo, temían les sucediese lo que se finje de San Amaro en el mar helado, que no deja mover los navíos; por lo cual se apartaban de las manchas siempre que podían.

Volviendo á las señales, digo que otro dia vieron una Ballena, y el día siguiente, que fué sábado 22 de Septiembre vieron algunos Chorlitos, y también en aquellos días corrieron algunos vientos Sudoestes, más ó menos hacia Poniente; y aunque eran contrarios al viaje del Almirante, decía la gente que eran muy buenos, y que ayudaban mucho á la navegación, y esta era una causa para que la gente murmurase más, pues decían que llevando siempre viento en popa, le tendrían contrario á la vuelta, y aunque alguna vez experimentaban buen viento, para volver decían que no era durable, ni bastante á volverlos por el camino que dejaban atrás; el Almirante los replicaba diciendo que aquello procedía de estar ya cerca de tierra, la cual no dejaba levantar las olas y les daba otras razones; afirma que entonces tuvo necesidad especial de la ayuda de Dios, como Moises cuando sacó al pueblo de Egipto, pues el Domingo siguiente, 23 se levantó viento Hues-Noroeste, el cual turbó el

mar como la gente deseaba y de allí á tres horas, vieron volar una Tórtola sobre la nave, y á la tarde un Alcatraz y un pajarillo de rio, y otros pájaros blancos: en la yerba hallaron algunos can grejillos, y al día siguiente vieron otro Alcatraz y muchos Chirlitos que venian de hácia Poniente, y algunos pececillos, de que mató algunos la gente de los otros navios, porque no picaban en el anzuelo.

CAPITULO XIX

Cómo la gente murmuraba con deseo de volverse y viendo otras señales y muestras de tierra, navegó á ella más alegre.

Cuantas más señales, veían que salian vanas, tanto más crecía el miedo de la gente y se aumentaba la ocasión de murmurar y retirados en los navios, decían que el Almirante, con su loca fantasía, había resuelto hacerse gran señor á costa de sus vidas y peligros y morir en aquella empresa y que puesto que ya habían satisfecho á su obligación en tentar la fortuna y estaban tan remotos de tierra y de todo socorro más que otros algunos, no debian, siguiendo el viaje, ser autores de su propia ruina y privarse del tiempo de arrepentirse faltándoles los bastimentos y navios

que tenian tantos defectos que no podrian ya salvar hombres que estaban tan dentro del mar y que nadie tendría esto á mal, antes serían muy estimados, por haberse expuesto á empresa semejante y haberse adelantado tanto, y que por ser el Almirante extranjero, y sin favor, y su opinión reprobada y despreciada por tantos hombres doctos y sabios, no tendría quien le patrocinase y serían ellos creidos, echando la culpa á su mal gobierno y á su ignorancia, lo cual valdría más qne cuantas justificaciones pudiese hacer él en contrario; y no faltaron algunos que decían que para quitar contiendas lo echasen en el mar, sino desistia de su intento, publicando después que él se había caído estando mirando las estrellas y las señales, y que ninguno anduviese buscando la verdad sobre esto, pues no había otro fundamento cierto de su vuelta y salvamento que este.

Continuaban de este modo el viaje, murmurando, doliéndose y aconsejándose todos los días y el Almirante no ignoraba su inconstancia, y la mala intención que tenían contra él; pero unas veces con palabras suaves y otras resuelto á morir, los amenazaba con el castigo que haría si impidiesen el viaje, con lo cual templaba alguna cosa sus miedos y maquinaciones, y en confirmación de las esperanzas que los daba, recor-

daba las señales que habían visto, prometiéndolos que en breve tiempo encontrarian alguna tierra: y buscaban tan atentos contínuamente estas señales, que cada hora les parecía un año para ver tierra, hasta que el martes, 25 de Septiembre, al ponerse el sol, estando hablando con Pinzon el Almirante, que se hallaba muy cerca de su navío, gritó recio Pinzón: «Tierra, tierra, señor, no se pierda mi buena mano,» y le enseñó un cuerpo hácia Sudoeste: que parecía isla, á 25 leguas de distancia, de que la gente se alegró mucho, y consolada daba gracias á Dios y al Almirante, que por ser la noche oscura había creído algo de ello por tener consolada la gente, y por que no se le opusiesen é impidiesen su camino navegó hácia el bulto gran parte de la noche, pero á la mañana siguiente conocieron que eran nubes que muchas veces parecen tierra, por lo cual, con bastante dolor y enfado, volvieron á seguir la vía de Occidente, que continuaban siempre cuando el viento no lo impedía, y poniendo gran cuidado en las señales, vieron un Alcatraz, un Rabo de junco y otras aves semejantes á las referidas.

El jueves 27 de Septiembre vieron otro Alcatraz que venía de Poniente é iba hácia Levante y se aparecieron muchos peces dorados, de que mataron uno, y pasó junto á ellos un Rabo de junco y después observaron que las corrientes

no iban tan firmes y ordenadas aquellos últimos días, como solían, sino volviendo en derecho con las mareas, y la yerba era menos en el mar que al principio. El viernes mataron desde todos los navíos muchos peces dorados, y el sábado un Rabi-ahorcado que aunque es ave de mar, no se para en él, antes anda por el aire persiguiendo los Alcatraces hasta que los hace descargar el vientre y en el aire recoge la inmundicia para mantenerse, y con esta astucia y caza se alimenta en aquellos mares como en los contornos de las islas de Cabo-Verde; de allí á poco vieron otros dos Alcatraces y muchos peces llamados Golondrinas de mar, cuya grandeza es de un palmó, y con dos aletas vuelan encima del agua tanto como un tiro de escopeta, una lanza en alto, poco más ó menos, y algunas veces caen en los navíos; después vieron mucha yerba en una lista hacia el Norte, y medio día como primero, y otros tres Alcatraces y un Rabi ahorcado, que los perseguía. El domingo por la mañana se pusieron en el navío cuatro Rabos de junco; que por venir juntos imaginaron estar más vecinos á tierra, y especialmente, porque poco después pasaron otros cuatro Alcatraces y vieron mucha yerba hacia el Hues-Oueste á Les-Sueste y otros vieron muchos peces Emperadores, que tienen la piel durísima y no son de comer.

No por estas señales se descuidaba el Almirante de las del cielo en el curso de las estrellas, y notó en aquel parage que las guardas de noche estaban justamente en el brazo del Norte, y cuando amanecía, en la línea de debajo del brazo á Nordeste, lo que le causaba grande admiración y comprendía que en toda la noche no navegaban más que tres líneas, que son nueve horas, y todas las noches experimentaba esto. Notó igualmente que á prima noche nortesteaban las agujas por toda una cuarta, y cuando amanecía estaban ajustadas á la estrella polar, lo cual tenía muy confusos y afanados á los pilotos hasta que el Almirante les hizo entender que esto era por razón del rodeo que hace la estrella referida circundando al polo, con cuya advertencia se animaron algo, porque hallando tan gran diferencia, temían grandes peligros en tanta distancia y diversidad de países.

CAPÍTULO XX.

Cómo prosiguieron viendo los indicios y señales ya referidos y otros mejores con que tuvieron algún consuelo.

Lunes 1.º de Octubre, se puso un Alcatraz en el navío y dos horas antes de medio día otros dos, y las listas de yerba venían ya de Este á Oeste, y el mismo día por la mañana el piloto del navío del Almirante dijo que estaba hácia Poniente distante de la isla del Hierro 578 leguas, y el Almirante afirmó que estaba 584 aunque sabía que estaban 707, que eran 129 más de las leguas que contaba el piloto. La cuenta de los otros dos navíos era muy diferente, porque el piloto de la «Niña» dijo el miércoles siguiente por la tarde, haber navegado 540 leguas,

y el de la «Pinta» 634 quitando lo que habían caminado aquellos tres días; hablaban muy fuera de la verdad, porque siempre tuvieron buen viento en popa, y habían navegado más; pero como se ha dicho, el Almirante disimulaba y sufría el error, porque la gente no se entristeciese viéndose tan lejos.

El día siguiente, que fué 2 de Octubre, vieron muchos peces y mataron un Atún y vieron muchos pájaros y avecillas, una blanco, y la yerba muy vieja y casi reducida á polvo. No viendo el día siguiente pájaros, sino algunos pequeños, dudaron grandemente, si habían dejado algunas islas, y pasado por medio de ellas, sin verlas, imaginando la multitud de pájaros que habían visto hasta entonces fuesen de paso de una isla á otra, con que deseaban ir á una parte ú otra para descubrir aquella tierra, en lo cual no convino el Almirante, por no perder el buen tiempo que tenía y proseguir el viaje derecho á las Indias, navegando siempre á Occidente que era el camino que tenía por más cierto, y porque le parecía perdía la autoridad y crédito de su viaje, buscando á una y á otra parte lo que había afirmado, saber de cierto dónde estaba, por lo cual la gente estuvo para amotinarse, perseverando en las murmuraciones y conjuraciones, mas quiso Dios socorrerle con nuevas

señales, como va referido, pues el jueves 4 de Octubre, después de medio día, vieron más de cuarenta pajarillos; por la tarde, junto al navío, y dos Alcatraces que se acercaron tanto, que dió un muchacho una pedrada á uno, y antes de esto habían visto otro pájaro como Rabo de junco y otro blanco como el antecedente, y volaron en la nave muchas golondrinas. El día siguiente llegó al navío un Rabo de junco y un Alcatraz de hácia Poniente y vieron muchos pajarillos.

El domingo después, á siete de Octubre, al salir el sol, se vió muestra de tierra hácia Occidente: pero porque era oscuro, ninguno se atrevió á hacerse autor de la novedad, no por la vergüenza de decir lo que no fuese, sino por no perder la merced de 30 escudos de renta concedida por los Reyes Católicos á los que primero viesen tierra, pues como hemos dicho, para impedir que se diesen alegrías vanas, se había vedado con pena de perderla si dijesen tierra, no verificándose en el término de tres días, aunque después la viesen era noticia falsa, y por esto temían los de la nave del Almirante, no queriéndose arriesgar á decir «tierra, tierra.» Los de la carabela «Niña», que era más velera, creyendo firmemente fuese tierra la que veían, dispararon un cañonazo y levantaron bandera en señal de tierra; pero cuanto más ade-

lante navegaban iban perdiendo la alegría, hasta que totalmente cesó con la muestra que había visto. Poco después quiso Dios consolarlos, porque vieron grandes bandadas de pájaros de todas suertes y algunas de pajarillos de tierra, que desde Occidente iban á buscar qué comer hacia el Sudoeste; por lo cual el Almirante, teniendo por muy cierto, hallándose tan distante de Castilla, que pajarillos tan pequeños no pararían en tierra muy lejana, dejó de seguir la vía del Oeste y echó á la vuelta del Sudoeste, diciendo que si mudaba camino lo hacía porque no era muy distante del suyo principal, y seguir la razón y experiencia de los portugueses, que habían descubierto la mayor parte de sus islas por el juicio y vuelo de semejantes pájaros, y mayormente, porque los que habían visto hacían entonces casi el mismo viaje en que siempre tuvo por cierto debia hallarse tierra, según el paraje donde estaban puestos, que como sabían, les había dicho muchas veces que no esperaba ver tierra hasta haber navegado 750 leguas hacia el Occidente de Canarias, en cuyo término había también dicho que hallaría la Española, llamada entonces Zipango, y sin duda la hubiera hallado si no hubiese sabido que se decía estar á lo largo de Tramontana, á Mediodía, y por eso quedaba á la izquierda, hacia el

Mediodía, aquella isla y otras de Caribes, hácia lás cuales volaban aquellos pájaros y por estar tan vecinos á tierra se veía contínuamente tanta abundancia y variedad de pajarillos, que el lunes 18 de Octubre llegaron al navío, doce de los que tienen muchos colores y cantan en el campo, y después de haber volado un poco alrededor de las naves, prosiguieron su camino; también vieron desde los navíos otras muchas aves que volaban al Sudoeste y aquella misma noche fueron vistas otras aves grandes y bandadas de pajarillos que venían de hacia el Norte y volaban en derechura hacia los primeros, y demás de estos vieron muchos Atunes y por la mañana una Garza, un Alcatraz, Anade y pajarillos que llevaban el mismo camino que los otros; sentían los de las naves el aire muy fresco y oloroso, como por el mes de Abril en Sevilla; pero era tanta el ansia y el deseo de ver tierra, que ya no creían ninguna señal, de modo que aunque el miércoles, 10 de Octubre, de día y de noche, viesen pasar muchos de los mismos pájaros, la gente no dejaba de lamentarse ni el Almirante de reprender su poco ánimo, afirmándoles que bien ó mal habían de salir con la empresa de las Indias, á que les enviaban los Reyes Católicos.

CAPÍTULO XXI.

Cómo el Almirante vió la primer tierra, que fué una isla llamada de los Lucayos.

Viendo Nuestro Señor cuán dificultosamente se mantenía el Almirante contra tantos contradictores, fué servido de que el jueves á 11 de Octubre, después de medio dia, tuviesen gran ánimo y alegría porque hallaron indicios manifiestos de estar cerca de tierra, pues los de la capitana vieron pasar junto á ella un junco verde, y después un pez verde de los que no se alejan de los rocas. Los de la «Pinta» vieron una Caña y un Bastón y cogieron otro labrado ingeniosamente, y una tablilla, y una mancha de yerba de ribera. Los de la «Niña» vieron semejantes señales, y un ramo de Espino cargado de

Majuelas maduras, que parecía recién cortado, por cuyas señales y lo que dictaba el natural discurso, teniendo el Almirante por cosa cierta estar vecino á tierra, ya de noche, acabada la salve, que según costumbre cantan los marineros todas las tardes, habló generalmente á todos, refiriendo las mercedes que Nuestro Señor los había hecho de llevarlos tan seguros y con tanta prosperidad de tiempos y viaje, y á consolarlos con señales que á cada instante eran mayores, por lo cual les rogaba que velasen con atención aquella noche, trayéndoles á la memoria que bien sabían cómo el primer capítulo de la comisión y orden que se dió en Canarias á los navíos era que en navegando 700 leguas á Poniente sin hallar tierra, no navegasen desde la media noche, hasta el dia; y porque el deseo de tierra no tenía efecto, por lo menos supliese su ardimiento la buena vela, y pues él tenía muy cierta esperanza de que aquella noche había de descubrirse tierra, hiciese cada uno guardia, por su parte, porque además de la merced de 30 escudos de renta, que sus altezas habían señalado al que primero viese tierra, le daría un jubón de terciopelo.

Dicho esto, estando después el Almirante en el castillo de popa, dos horas antes de la media noche, vió una luz en tierra, pero dice que

era de modo que no se atrevía á afirmar que fuese en tierra, por lo cual llamó á Pedro Gutierrez, maestre-sala del Rey, y le dijo que mirase si veia la luz, y le respondió que sí, y luego llamaron á Rodrigo Sanchez de Segovia, para que mirase hácia donde se veía, pero no pudo verla porque no subió tan presto, ni después la vieron más que una ó dos veces, por lo cual juzgaron que podía ser candela ó antorcha de pescadores, ó caminantes, que levantaban ó bajaban la luz, ó que pasaban de una casa á otra, porque se desaparecía y volvía de repente, con tanta prontitud, que pocos creían por aquella señal estar cerca de tierra.

Prosiguieron el camino más advertidos, hasta que dos horas después de la media noche, la «Pinta», que iba delante por ser muy velera, hizo señal de tierra, la cual vió el primero Rodrigo de Triana, marinero, y estaba á dos leguas de distancia de ella; pero no se le concedió la merced de los 30 escudos, sino al Almirante, que vió primero la luz, en las tinieblas de la noche, denotando la luz espiritual que se introducía por él en aquellas tinieblas. Estando ya cerca de tierra, se pusieron todos los navios al reparo, teniendo por tiempo muy dilatado el que faltaba hasta el día, para gozar de cosa tan deseada.

CAPITULO XXII.

Cómo el Almirante tomó tierra y posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos.

Llegado el día, vieron una isla de 25 leguas de largo, llana y sin montes, llena de árboles muy verdes, con una gran laguna en medio, poblada de muchas gentes, que no con menor deseo corrían á la marina, todos asombrados y maravillados de ver los navíos, creyendo eran algunos animales, y no veían la hora de saber de cierto lo que fuese, ni los cristianos tenían menos prisa de saber quién fuesen ellos, pero presto fué satisfecho su deseo, porque de repente echó las áncoras el Almirante, y salió á tierra en la barca armada, desplegando el estandarte

real; lo mismo hicieron los capitanes de los otros dos navíos, entrando en sus barcas con la bandera de España, en que estaba pintada una cruz verde, con una F de una parte, y de la otra tenía otras coronadas, en medio de D. Fernando y doña Isabel, y dando todos gracias á Dios, arrodillados en tierra, besándola con lágrimas de alegría, el Almirante se levantó en pié y puso por nombre á la isla «San Salvador». Después tomó posesión en nombre de los Reyes Católicos con la solemnidad y palabras que se requieren, estando presentes muchas gentes de la isla que habían concurrido á verlos, y los cristianos le admitieron por Almirante y virrey, y le juraron la obediencia, como á quien representaba las reales personas de sus altezas, con tanto júbilo y placer como era justo, pidiéndole todos perdón de las injurias que por su temor é inconstancia le habían hecho; habiendo concurrido muchos indios á ver esta fiesta y alegría, conoció el Almirante que era gente pacífica, quieta y sencilla, les dió algunos gorros colorados y sartas de cuentas de vidrio, que se echaban al cuello, y otras cosas de poca importancia, que estimaron más que si fuesen piedras preciosas.

CAPITULO XXIII.

De la calidad y costumbres de aquella gente que vió el Almirante en la isla referida

Retirado el Almirante á sus barcas, le iban siguiendo los indios á nado unos y otros en Canoas, con papagayos y ovillos de algodon hilado, azagaya ó lancillas y otras cosas para trocarlas por sartas de avalorio, cascabeles y otras cosas de poca estimación y como gente sencillísima, andaban todos los indios desnudos, como nacieron y no tenía mejor vestido una india que se apareció allí; comunmente eran mozos de hasta treinta años, de buena estatura, tenían los cabellos gruesos y muy negros, cortados sobre las orejas, aunque había algunos que los traían largos hasta la espalda, y atados con un cordón grueso al rededor de la cabeza á modo de tren-

za; eran de agradable bulto y buenas facciones, aunque los afeaban algo las frentes, que tenian muy largas, su estatura era mediana, bien formados, de buenas carnes y de color aceituno como los Canaris, ó rústicos tostados con el sol: unos estaban pintados de blanco, otros de negro y otros de colorado, algunos en la cara, otros en todo el cuerpo y algunos solamente en los ojos ó la nariz; no tenian armas como las nuestras, ni las conocían, porque enseñándoles los cristianos una espada desnuda, la cogian por los filos bobamente, y se cortaban; ni tenían conocimiento alguno de cosas de hierro porque las lancillas que hemos dicho, eran de madera, con la punta aguda y tostada y en ella un diente de pez por hierro. Viendo algunos con cicatrices de heridas, se les preguntó por señas la causa de ellas y por señas respondieron que las habian recibido defendiéndose de las gentes de otras islas, que venian á cautivarlos, Parecían personas de buena lengua é ingenio, porque volvían á decir con facilidad las palabras que oían una vez, no había animales algunos, excepto los papagayos, que venían á trocar por otras cosas, como ya se ha dicho.

Después en el día siguiente que fué 14 de Octubre, salieron muchos indios á la playa y con sns barquillas (llamadas Canoas) vinieron por la

mañana á los navíos. Estas canoas eran de una pieza hechas del tronco de un arbol, cavado á modo de una artesa y en la mayor cabian cuarenta y cinco personas, otras eran más pequeñas y algunas habia en que no cabia más de un indio, bogaban con una pala á modo de las de horno, ó de las con que se muele el lino. Los remos no los atan como nosotros sino los meten en el agua y tiran derecho como gastadores con las zapas, y son estas canoas tan ligeras y fabricadas con tanto artificio, que si se vuelcan las enderezan nadando y echan el agua fuera, meneándolas de un ládo á otro como hace el tejedor, y cuando la tienen fuera, sacan el agua que queda con calabazas secas, que llevan para este efecto, partidas por medio.

Aquel día llevaron para trocar de las cosas que hemos dicho, y lo daban por cualquier cosa que les diesen, pero en ninguno se vieron joyas ni metales, sino algunas hojillas de oro, que traian colgando fuera y dentro de la nariz; y preguntándoles de dónde habían traído aquel oro, respondieron que de la parte de Mediodía, donde había un Rey que tenía muchas piezas, y vasos de oro, añadiendo y mostrando que hácia aquel lado del Mediodía y del Sudoeste, había muchas islas y grandes tierras, y como tenían tan gran deseo de llevar algo de lo que llevába-

mos y ser pobres no tenian con qué rescatarlo, y luego que entraban en los navíos y podian tomar alguna cosa, aunque fuese un casco de plato ó escudilla vidriada saltaban al mar y se iban á tierra con ella, y si traían alguna cosa, la daban por un pedacillo de vidrio roto ó cosa semejante, y hubo alguno que dió diez y seis ovillos de algodón por tres cuartos de Portugal que no valían un cuatrin de Italia, y estos ovillos pesaban más de veinte y cinco libras y el algodón estaba muy bien hilado. En este comercio se pasó el día y llegada la noche se fueron los indios á tierra y es de advertir que la liberalidad que mostraban, no procedía de que estimasen mucho la materia de las cosas que los nuestros les daban sino porque les parecia que siendo nuestras eran cosas dignas de mucha estimación, teniendo por cierto que los nuestros habian bajado del cielo, y por eso deseaban tener alguna cosa suya, para memoria de ellos.

CAPITULO XXIV.

Cómo el Almirante pasó de aquella isla y fué á ver otra.

El domingo siguiente á 14 de Octubre corrió el Almirante en las barcas por la costa de la isla, hácia el Noroeste, por si hallaba algo alrededor de ella, y halló un puerto capaz de cuantas naves hay en la cristiandad. Viéndole aquellos pueblos ir, corrian por la playa sus moradores gritando y prometiéndole bastimento, convidando á los que encontraban, que viniesen á ver á la gente del Cielo, al cual alzaban las manos, echados en tierra, como dándole gracias por su venida: muchos nadando ó en las Ca-

noas, como podian, iban en las barcas á preguntar por señas si eran venidos del Cielo. Logrando el que desembarcasen para descansar: pero el Almirante dándoles á todos cuentas de vidrio se alegraba increiblemente de tanta simplicidad, hasta que llegó á una Península que en tres días podía haberse rodeado por agua, habitable y donde podía hacerse una buena fortaleza, aquí vió seis casillas de indios con muchos jardines al rededor, tan hermosos como están los de Castilla en Mayo, mas por que la gente estaba cansada de remar y conocía claramente no ser aquella tierra la que buscaba, ni de tanta utilidad que pudiese poblar en ella, tomó siete indios, por intérpretes y vuelto á sus navios, navegó hácia otras islas que se veian desde la Península y parecian ser llanas, verdes y muy pobladas como lo aseguraban los mismos indios; llegó á una de ellas, distante siete leguas, el día siguiente lúnes 15 de Octubre, y le puso por nombre «Santa Maria de la Concepción» la parte de esta isla hácia San Salvador, tendría cinco leguas de costa, pero el Almirante fué por la del Leste ó Hueste, que tiene más de diez leguas de largo, y habiendo surgido hácia Occidente desembarcó para hacer lo mismo que en la isla antecedente; concurrió la gente de la isla prontamente á ver los cristianos, con la misma admiración que la

otra y viendo el Almirante que todo era uno, navegó el dia siguiente martes hácia Hueste, ocho leguas, á otra isla mucho mayor cerca de la costa de aquella que corre á Noroeste-Suoeste más de diez y ocho leguas.

Era tambien muy llana y de hermosas playas y la llamó la Fernandina, pero antes que arribasen á esta isla y á la de la Concepción, encontraron á un indio en una canoa pequeña que llevaba un pedazo de su pan, una calabaza de agua y un poco de tierra semejante á la sangre de Drago, conque se pintan aquellas gentes el cuerpo como dejamos dicho, y algunas hojas secas que estiman ellos mucho, por ser muy olorosas y sanas y en una cestilla llevaba una sarta de cuentas verdes de vidrio y dos monedillas de cobre de que se infirió que venía de la isla de San Salvador y haber pasado por la Concepción y de allí iba á la Fernandina, dando noticia de la llegada de los criastianos á aquella tierra; mas porque la jornada era larga se vino al punto á los navios, donde fué recogido con su canoa, y tratado muy bien por el Almirante, con ánimo de en llegando á tierra, enviarle á los indios con su embajada, como lo hizo, dándole algunas cosillas, para que las repartiese con los otros y su buena relación fué causa de que repentinamente viniese la gente de la Fernan-

dina, á los navios, en sus canoas á rescatar lo mismo y en la forma que los otros indios, porque aquella gente y la demás que se había visto, era de la misma calidad y cuando el batel fué á tierra á hacer aguada, los mismos indios enseñaban á los marineros dónde estaba, con gran alegría y cargando voluntariamente con los barriles en la espalda para llenar las botas en el batel, aunque es verdad que parecian gente de mayor advertencia y juicio que los primeros y regateaban los rescates. En sus casas tenían paños de algodón ó colchas, y las mujeres andaban cubiertas con una fajilla de algodón, y otras con un paño tejido que parecía tela. Entre otras cosas notables que se admiraron en aquella isla, fué ver los arboles de diversos ramos y hojas de varias especies, sin estar ingertos, sino producidos naturalmente, y había tronco que tenía cuatro ó cinco modas de hojas y ramas tan diferentes como las hojas de las cañas de las del Lentisco. Vieron también pescados de diversas hechuras y de colores muy finos, pero no hallaron ánimales algunos, sino lagartos y algunas culebras.

Después, para reconocer mejor la isla, navegaron hácia el Noroeste y surgieron en la boca de un puerto bellísimo que á la entrada tenía una isleta, pero no pudieron entrar en él por tener poco

fondo, ni hicieron caso por no alejarse de un pueblo que se veía poco distante, aunque hasta entònces no habían visto en la mayor isla que habían estado, más que diez ó doce casas, á modo de pabellones, en las cuales no había más adorno ni menaje que lo que llevaban á rescatar á los navíos. Sus camas eran como una red, á modo de onda, colgada; acuéstanse en medio de ellas y atan los extremos á dos postes de la casa; también vieron algunos perros como mastines, y Bracos, qne no ladraban.

CAPÍTULO XXV.

Cómo el Almirante pasó á otras islas, que desde la Fernandina se veian

Por no haber hallado en esta isla cosa de importancia, navegaron el viernes 19 de Octubre, á otra llamada «Saometo» á la cual puso por nombre la «Isabela», el Almirante, para proceder con orden en la imposición de los nombres, pues á la primera que llamaban «Guanahani los indios la llamó «Gloria de Dios,» que se la había mostrado librándole de muchos peligros; «San Salvador» á la segnnda por la devoción que tenía á la Concepción de María Santísima, y por el principal favor que en ella tie-

nen los cristianos, llamó, Santa María de la Concepción; á la tercera, llamó «Fernandina,» en memoria del Rey Católico y á la cuarta Isabela, por respeto á la serenísima Reina doña Isabel y después á la que halló primero que Cuba, la llamó «Juana», en memoria del Príncipe D. Juan, heredero de Castilla, teniendo cuidado de satisfacer, con estos nombres á la memoria espiritual y temporal.

Es verdad que en cuanto á la bondad, grandeza y hermosura, la Fernandina, se aventajaba mucho á las otras islas, porque fuera de ser muy abundante de aguas, bellísimos prados, y árboles, entre los cuales había muches aloes, se veían collados y montañuelas, que por ser muy llanas, no tenían las otras islas. Enamorado de su belleza el Almirante, desembarcó por hacer la ceremonia de la posesión en tierra de tanta amenidad y hermosura, como tiene España, por Abril; se oia el canto de los ruiseñores y otros pajarillos, tan suave que no sabía volver á la barca y no solo volaban entre lor árboles, sino en bandadas tan grandes pasaban, que obscurecían el sol; la mayor parte era diferente de los nuestros y por ser tierra de muchas aguas y lagunas, en una vieron una serpiente de siete pies de largo, y un pié de vientre, la cual perseguida de los nuestros, se echó en el agua; pero por no ser pro-

funda, la sacaron con las lanzas, no sin espanto y admiración, por ser de aspecto feroz y horrible; pero el tiempo adelante les enseñó la experiencia ser la más agradable comida que tenían los indios porque deshollada, tiene la carne muy blanca, de suavísimo y agradable gusto, y es llamada por los indios «Giwwana.» Aderezada esta caza, deseando conocer más la tiera, dejando para el día siguiente esta serpiente, en que mataron otra de la misma suerte, prosiguienron en reconocer la isla y hallaron un pueblo cuyos indios huyeron á los montes, con lo que podían llevar de su hacienda; pero el Almirante no consintió se tocase en cosa ninguna de las que dejaban, por que no tuviesen por ladrones á los cristianos de que resultó que perdiendo el miedo poco á poco los indios, volvieron á rescatar voluntarios á los navios, como habían hecho los demás.

CAPÍTULO XXVI.

Cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y las cosas que en ella halló.

Habiendo sabido el Almirante los secretos de la isla Isabela, y el tráfico y modo de aquella gente, no quiso perder tiempo corriéndola porque eran muchas islas semejantes entre sí, como decían los indios, por lo cual salió con buen tiempo para ir á una tierra muy grande, llamada Cnba, que estaba hacia el Mediodía, el domingo 27 de Octubre y llegó á la costa del Norte de ella; al punto que la vieron reconocieron ser de mejor bondad y calidad que las que van referidas, tanto por la hermosura de los montes y collados, como por la variedad de los árboles y de los campos y por la grandeza y dilatación de sus campiñas y

ríos, y para tomar lengua y noticia de sus gentes, echó anclas el Almirante en un gran río, donde los árboles eran muy pomposos y altos adornados de flores y de frutos y diferentes de los nuestros; había una infinidad de pájaros, diversos de los nuestros y tanta amenidad que era increible, porque se veía la yerba muy alta y diferente de la nuestra, aunque había Verdolagas, Bledos y otras semejantes, las cuales no eran conocidas por su diversidad y habiendo ido á dos casillas, que no lejos se veían, las hallaron sin gente, que había huido de miedo, dejando sus redes y los demás instrumentos de pescar y un perro que no ladraba, Pero no se llegó á cosa alguna, como había mandado el Almirante, porque le bastaba ver la calidad de las cosas que usaban para su mantenimiento y servicio. Vueltos á los navíos, prosiguieron su viaje hácia Occidente y hallaron otro río, al cual el Almirante llamó de los Mares; era mucho mayor que el referido, porque podía entrar por su boca un navío con mucha anchura, y estaban muy pobladas sus riberas; pero luego que sus gentes vieron los navíos, huyeron á los montes que se veían muchos, altos, redondos y llenos de árboles y plantas amenísimas, en los cuales escondieron los indios cuanto pudieron llevar; con que no pudiendo entender el Almirante la cali-

dad de aquella isla, por el temor de los moradores, y considerando que si volvía á desembarcar con más gente le aumentaría, determinó enviar dos cristianos con un indio de San Salvador, que llevaba consigo, y con otro de la misma isla, que se habían arriesgado á venir en una canoa á los navíos, mandándolos entrasen en la isla y se informasen de ella, acariciando á los indios que encontrasen en el camino, y porque durante el viaje de estos no se perdiese tiempo, mandó sacar á tierra el navío para empalmarle, y casualmente reconocieron que toda la leña de la lumbre que habian encendido para esto, era Almastiga, de que había grandísima abundancia en toda la isla. Este es un arbol que en la hoja y el fruto es semejante al Lentisco, aunque es mucho mayor.

CAPÍTULO XXVII,

Cómo volvieron los cristianos, y lo que dijeron haber visto.

Estando ya aderezada la nave y á punto de navegar, volvieron los cristianos y los indios á 5 de Noviembre, diciendo haber caminado 12 leguas por tierra y haber llegado á un pueblo de 50 casas, bastantemente grandes, todas de madera cubiertas de paja y á modo de pabellón, como las otras y que había en ellas hasta mil fuegos, porque en cada una habitaban los de una familia, y que los principales de la isla salieron á recibirlos y los llevaron en brazos á la

ciudad dándoles para alojamiento una gran casa de aquellas, donde los hicieron sentar en unos asientos hechos de una pieza de extraña forma, y semejante á un animal que tiene brazos y las piernas cortas y la cola un poco levantada para apoyarse, la cual no es menos larga que el asiento, para estar con más conveniencia, con una cabeza en la facha y los ojos y orejas de oro. A estos asientos llaman los indios «Duchi» en los cuales habiendo hecho sentar á los nuestros, al instante se sentaron todos los indios alrededor de ellos, en el suelo, y fueron llegando uno á uno á besarles los piés y las manos y los dieron á comer algunas raíces cocidas que sabían á castañas, rogándoles mucho que se quedasen con ellos, ó por lo menos, reposasen por cuatro ó seis días, y esto era porque los indios que iban con ellos decían á los otros muchos bienes de los cristianos; después, entrando muchas indias á verlos, se salieron fuera los indios, las cuales, no con menor maravilla y reverencia, les besaron los piés y las manos, como cosa sagrada, ofreciéndoles los dones que los llevaban.

Cuando les pareció tiempo recogerse á los navíos, quisieron venir acompañándolos muchos indios, pero ellos no consintieron que viniese nadie, sino es el Rey, un hijo suyo y un criado,

á los cuales hizo mucha honra el Almirante; los cristianos le contaron cómo al ir y volver, vieron muchos pueblos, donde les hicieron la misma cortesía y acogida, los cuales no tenían más de cinco casas juntas, que por las calles habían hallado mucha gente, que llevaba en la mano un tizón encendido para hacer lumbre y saumarse después, con algunas yerbas que para este efecto llevaban consigo y para tostar aquellas raíces que los dieron, que era su principal comida; vieron también otras infinitas especies de árboles y yerbas de que no habían visto en la costa del Mar, gran diversidad de Aves muy diferentes de las nuestras, aunque entre ellas había perdices y Ruiseñores; animales cuadrúpedos no habínn visto ninguno, excepto perros que no ladraban; lo que sembraban eran muchas raíces de aquellas, y cierta especie de habas, y otro grano que llamaban maiz, de muy buen sabor, cocido ó tostado ó hecho polenta, había grandísima abundancia de algodón bien hilado; de suerte, que en una sola casa vieron más de doce mil y quinientas libras bien hiladas. Los indios no plantan esta yerba, que ella se nace por los campos como las rosas y se madura, aunque no toda á un tiempo, en un mismo pié había pimpollos, en otro estaban abiertos y en otro maduros, de cuyas plantas llevaron los indios

gran cantidad á los navíos, y por una correa daban una cesta llena; ninguno se viste de su tela, porque solo les sirve para hacer sus redes y hamacas y hacer enaguas de mujer, que son los pañetes con que se cubren las indias. Preguntados después si tenían oro, perlas ó especería, hacían señas de que había grande abundancia hácia el Leste, en una tierra llamada Bochio, que es ahora la isla Española, que ellos llamaban Baveche que aún no se sabe de cierto por cuál entendiesen.

CAPÍTULO XXVIII

Cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se volvió á Occidente hácia la isla Española.

Entendida por el Almirante la relación referida, no queriendo detenerse más en el expresado río de los Mares, mandó que tomasen algún indio de la isla, con ánimo de llevar de todas partes alguno de ellos á Castilla, que diese cuenta de las cosas de su tierra, y así cogieron doce personas entre mujeres muchachos y hombres, con tanta quietud y tan sin ruido que cuando estaban para hacerse á la vela, fué á la nave en una Canoa un indio, marido de una de las mujeres que iban en ella, y padre de dos mucha-

chos, rogando á los cristianos por señas, le llevasen también á Castilla, no dejándole separado de su mujer é hijos, de lo cual fué muy alegre el Almirante y mandó que les tratasen muy bien y les acariciasen.

De repente el mismo día, que fué 13 de Noviembre, dió la vuelta á Oriente para ir á la isla que llamaban Bochio ó Baveche; pero por el viento de Norte que era muy fresco, se vió precisado á surgir en tierra de Cuba, entre algunas islas altísimas que estaban cerca de un puerto, que llamó del Príncipe, y al mar puso el nombre del Mar de Nuestra Señora, estaban tan espesas las islas que no había un cuarto de legua de una á otra, y la mayor parte distaba un tiro de arcabuz; los canales que formaban eran tan profundos y adornados de árboles y yerbas tan frescas, que daba gran deleite andar por ellos, y entre otros muchos árboles diversos de los nuestros, se veía allí mucha Almastiga, palmas con el pié verde y liso, y otras plantas de varias suertes; y como si no fueran pobladas estas islas, se veían también muchas señales de lumbres hechas por los pescadores, pues como después se vió por experiencia, la gente de esta isla de Cuba anda en cuadrillas de Canoas por estas isletas y otras innumerables que están por allí despobladas, y se alimentan del pescado que cogen, y de las

aves y cangrejos y otras cosas que hallan en tierra; aunque es verdad que los indios comen generalmente muchas inmundicias, como son arañas gruesas y muy grandes, gusanos blancos que se engendran en los árboles podridos y en otros lugares corruptos, y muchos peces casi crudos á los cuales antes de tostarlos, luego que los pescan, los sacan los ojos para comerlos, y de estas cosas comen otras muchas, las cuales no solo causan hastío, pero bastáran á matar á cualquiera de nosotros que las comiese.

A estas cazas y pescas van los indios, según los tiempos, ya en una isla, ya en otra, como quien muda pasto, fastidiado del primero; pero volviendo yo á las referidas islas del Mar de Nnestra Señora, digo que en una de ellas mataron los criatiános un animal que parecía Tejón, y en el mar hallaban muchas conchas de nacar, y con las redes, entre otros peces, sacaron uno que parecía puerco, con el pellejo durísimo, escepto en la cola que era tierno. Notaron también que en este mar y en las islas crecía y menguaba el agua más que en los lugases donde hasta entonces habían estado. y por consiguiente las mareas eran al contrario de las nuestras, y por por esto la luna hácia el Sudoeste á la cuarta del mediodía, era la baja mar.

CAPÍTULO XXIX.

Como el Almirante volvió á seguir el camino hácia Oriente, á la isla Española, y que uno de los navíos se apartó de su compañía.

Lunes 19 de Noviembre partió el Almirante del puerto del Príncipe, en Cuba, y del Mar de Nuestra Señora para ir hácia Levante á la isla de Baveche y á la Española; pero porque no le dejaban navegar los vientos contrarios como él deseaba, se vió precisado á volver á la Isabela, que los indios llaman Saometo, y al puerto del Príncipe, que está casi al Norte Sur, 25 leguas de distancia uno de otro. Por estos mares hallaba listas de yerba como había visto en el Occéano y conoció que iban siempre á las corrientes y que no las atravesaban.

Siendo avisado en este viaje Martín Alonso Pinzón por algunos indios que llevaba en su carabela de que en la isla de Bochio, que como hemos dicho asi llamaban á la Española, había mucho oro, se alejó codiciosamente del Almirante á 21 de Octubre, sin fuerza de viento ni otra causa, antes viento en popa podía llegarse á él, mas no quiso, procurando adelantar su camino cuanto podía, y era su navío muy velero.

Todo el jueves siguiente fué adelante, habiendo antes navegado uno á vista de otro, y llegada la noche desapareció, con que el Almirante se quedó con dos navíos, y no hallando tiempo á propósito para atravesar á la Española, le fué conveniente volverse á Cuba, á otro puerto que llamó Santa Catalina, no lejos de él del Príncipe; en este puerto vió un rio de donde se sacaban piedras con muestras de oro, y en la tierra había pinos tan altos que podían fabricarse de ellos árboles para navío y carracas, ni faltaba madera para tablazón, y fabricar buenos bajeles y cuanto se quisiese; habia tambien encinas y otros árboles semejantes á los de Castilla: pero viendo que todos los indios le encaminaban á la Española, siguió á la costa más á Sueste, diez ó doce leguas, por parajes llenos de puertos muy buenos, y de muchos y caudalosos rios.

De la amenidad y hermosura de esta región, estanto lo que dice el Almirante, que tengo gusto en poner aquí sus palabras, sobre la entrada en nn rio, que desemboca en un puerto que llamó «Puerto Santo» habla de este modo: «Cuando yo fuí con las barcas por frente, á la boca del puerto hacia Mediodía hallé en él un rio, en que podía entrar cómodamente una galera y es su entrada de tal modo, que no se conocía sino estando cerca; y su hermosura me movió á sondearlo; hallé de fondo desde cinco á ocho brazas; y habiendo andado por él en mi barca algún tiempo, me aconsejaban que me quedase allí. La amenidad de este rio. la claridad, del agua, en la cual se veía hasta el arena del fondo; y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles grandes, hermosos pajarillos, y verdes campos. Hay en este país, príncipes serenísimos, en tanta maravilla hermoso, que sobrepuja á los demás en amenidad y belleza, como el día en luz, á la noche. Por lo cual solía yo decir á mi gente muchas veces, que por mucho que me esfozarse á dar entera relación de él á vuestras altezas no podía mi lengua decir toda la verdad, ni la pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura que no se cómo contarlo Por que yo he escrito de otras regiones de

sus árboles y frutos, de sus yerbas, de sus puertos y de todas sus calidades, cuanto podía escribir no lo que debía; pero de esta todos afirman ser imposible que haya otra región más bella. Ahora callo deseando que la vean otros que quieran escribir de ella, pues conozco cuán poco puede ser considerado por mí el mérito del lugar, y puede ser afortunado en la lengua ó pluma de otro.»

Navegando pues, el Almirante en sus barcas, vió entre los árboles de este puerto, en tierra una Canoa fabricada de un tronco de árbol, que era tan grande como una fusta de doce bancos y en algunas casas allí cerca, hallaron un pan de cera, y una cabeza de muerto, dos cestillas colgadas de un poste; y en otra casa hallaron después lo mismo, por lo cual imaginaron los nuestros, que fuese del fundador de la casa, porque no había gente alguna de quien informarse, pues en cuanto veian los cristianos, huian los indios, y se pasaban á la otra parte del puerto. Después encontraron otra Canoa hecha como la que va referida de 95 palmos, en que cabían 150 personas.

CAPITULO XXX.

Cómo el Almirante atravesó la Española, y de lo quevió en ella.

Habiendo el Almirante navegado 17 leguas hácia el Levante por la costa de Cuba, llegó al cabo oriental de ella que llamó «Alfa» y el miércoles 5 de Diciembre atravesó hácia la Española, que distaba 16 leguas de la otra, el camino del Este, pero por algunas corrientes que hay allí, no pudo llegar hasta el día siguiente. que entró en el puerto, que llamó «San Nicolas» por ser en su día. El puerto es muy grande, y muy bueno y profundo, ceñido de muchos y grandes árboles, pero la tierra tiene muchas rocas y los árboles menores que parecían á los de Castilla, entre los

cuales había encinillas, mirtos, y otros arbolillos y corría por una llanura, á la vuelta del puerto, un rio muy agradable, y en el puerto había algunas Canoas, como fustas de quince bancos, pero porque el Almirante no podía tratar con aquella gente, siguió la costa hácia el Norte, hasta que llegó á un puerto que llamó la «Concepción» que está al Mediodía de una isleta que se llamó después la «Tortuga», y es del tamaño de la Gran Canaria.

Viendo que está isla Bochio era muy grande y la tierra y árboles semejantes á los de España, y que habiendo echado las redes desde los navios sacaron muchos salmones y otros pescados semejantes á los de España, determinó conformarla en el nombre y el Domingo 9 de Diciembre, la llamó Española y por que tenían todos mucho deseo de informarse de la calidad de la isla, en tanto que la gente estaba pescando en la playa, se entraron tres cristianos por el monte, y dieron con una cuadrilla de indios desnudos, como los antecedentes, los cuales viendo que los criastianos se acercaban á ellos, echaron á huir por el bosque espantados, con tanta ligereza como á los que no les estorban vestidos ni faldas. Los cristianos para tomar lengua corrieron tras ellos, y solo pudieron coger una muchacha, que llevaba colgando de la nariz una hojuela de

oro, la cual traída á los navíos fué regalada por el Almirante con muchas cosillas y cascabeles y sin hacerla disgusto alguno la envió al punto á tierra con tres indios de los que él traía de las otras islas y tres cristianos que la acompañasen hasta su pueblo.

El día siguiente envió nueve hombres á tierra, bien armados, y habiendo caminado cuatro leguas, dieron con un pueblo de mil casas esparcidas por un valle, cuyos indios, así que vieron á los cristianos, abandonaron la población y se fueron á los bosques; pero el indio guía de San Salvador, que llevaban los nuestros, fueron tras ellos, y tanto los llamó y dijo de los cristianos, afirmándoles que era gente venida del cielo, que los hizo volver quietos y seguros; después llenos de espanto y maravillados ponían la mano sobre la cabeza de los nuestros, como por honrarlos, y traían bastimentos y los daban cuanto encontraban sin pedirles nada por ello, rogándoles se quedasen aquella noche en su pueblo; pero los cristianos no quisieron aceptar el convite sin volver primero á los navíos con la nueva de que la tierra era muy amena y abundante en comida, y la gente mucho más blanca y más bella de cuanta hasta entonces habían visto en las otras islas, muy tratable y de muy buena conversación, y decían que la tierra donde se

cogía el oro estaba más al Levante. Entendido de todo el Almirante, aunque los tiempos eran muy contrarios, hizo desplegar las velas y el domingo siguiente, 16 de Diciembre, dando vuelta los navíos entre la Española y la Tortuga, encontró á un indio solo en una Canoa pequeña que temió se le tragase el mar, tanto era el viento y las olas, recogióle en su nave llevándole á la Española y le envió á tierra con muchas dádivas; él refirió á los indios las caricias que le habían hecho y dijo tanto bien de los cristianos, que al instante vinieron muchos á la nave; pero no traían cosa de valor, excepto algunos granillos de oro colgando de las orejas y las narices, y preguntándoles de dónde lo traían, hacían señas de que más adelante había gran abundancia.

El día siguiente llegó una gran Canoa de la isla de la Tortuga, cercana al paraje donde estaba surto el Almirante con cuarenta hombres, á tiempo que el cacique ó señor de aquel puerto de la Española estaba en la playa con mucha gente, trocando una hoja de oro que había traido, y cuando él y los suyos vieron la Canoa, se sentaron en el suelo en señal de que no querían pelear, y entonces desembarcaron casi todos los que venían en ella, contra los cuales el cacique de la Española se levantó solo y con palabras de amenaza los hizo tornar á su Canoa y des-

pués los tiraba agua, y tomando algunas piedras de la playa, las tiraba al mar contra la Canoa, y después que todos, como al parecer obedientes, se volvieron á la Canoa, tomó una piedra y se la dió en la mano á un ministro del Almirante para que se la tirase á aquellos de la Canoa, dando á entender que tomaba al Almirante en su favor contra los indios; pero el ministro no la tiró porque al instante se fueron los de la Canoa. Después de esto, hablando el Cacique sobre las cosas de aquella isla, que el Almirante había llamado Tortuga, afirmaba que había mucho más oro en la Española, y que en Baveche, era mayor la abundancia de él que en otra parte y podía distar del lugar donde estaban catorce jornadas.

CAPÍTULO XXXI.

Cómo el principal Rey de aquella isla vino à los navíos, y de la grandeza con que venía.

Después, martes 18 de Diciembre, el Rey, que había venido el día antes donde estaba la Canoa de la Tortuga, que vivía cinco leguas distante del lugar adonde estaban los navíos; á la una del día se fué á su pueblo, que estaba cerca del mar, donde se hallaban algunos que el Almirante habia enviado á ver, y traían alguna muestra mayor de oro; éstos, viendo que el Rey venía. fueron al Almirante á decirle que llevaba consigo más de 200 hombres y que no iba á pié, sino en unas como andas que traían cuatro hombres con gran veneración aunque era muy mozo;

llegado este Rey á poca distancia de la nave, después de haber reposado un poco, se llegó á ella con toda su gente, acerca de lo cual escribe el Almirante así: «Mucho habría alegrado á vuestras Altezas sin duda, ver su gravedad y el respeto que le tenían los suyos, aunque todos iban desnudos, el cual, luego que entró en el navío y supo que yo estaba en el castillo de popa, comiendo, cogiéndome de improviso, vino á sentarse junto á mí, sin darme lugar de que saliese á recibirle ni á levantarme de la mesa; cuando entró debajo del castillo, hizo señas de que todos se quedasen fuera, y así lo hicieron con grandísima reverencia, sentándose sobre la cubierta, excepto dos viejos, que creí eran sus consejeros, los cuales se sentaron á sus piés; decíase que este era el cacique, y creyendo yo que comería, mandé sacasen algunos platos de lo que comía yo y de todo probaron, enviando á los suyos lo demás, que comieron de todo; lo mismo sucedió en el beber que solo lo llegaron á la boca y después se lo dieron á los otros. Estaban todos con notable gravedad, hablaban poco, y á lo que yo podía comprender, las palabras que decían eran muy graves y reposadas. Los dos viejos miraban al cacique á la boca y hablaban con él y por él; después de la comida, un principal indio le trajo una cinta, semejante en la hechura á las

de Castilla, aunque de labor diferente, con mucha reverencia, la cual tomó en la mano y me la dió con dos piezas de oro labrado muy sutilmente. Yo pienso que de este oro se halla aquí poco, aunque el paraje creo que está cercano á la tierra donde nace y hay mucho, y creyendo yo que le agradase una colcha que estaba sobre mi cama, se la dí juntamente con una hermosa corona de ambar que yo traía al cuello, un par de zapatos encarnados y un vaso de agua de azahar, con lo cual quedó maravillosamente contento; mostraron gran sentimiento él y sus consejeros, porque no me entendían; ni los entendía yo; aunque bien comprendí que me decía que si necesitaba alguna cosa tenía toda la isla á mi disposición: entonces yo envié por mi cartera, donde tenía una medalla de oro, en que estaban esculpidas las imágenes de Vuestras Altezas, la cual le enseñé, diciendo otra vez que señoreaban la mejor parte del mundo y que eran grandísimos Príncipes y les mostré las banderas reales y las otras de la cruz, que estimaron mucho, por lo cual, vuelto á sus consejeros, decía que sin duda eran Vuestras Altezas grandes Príncipes, pues de parte tan lejana como es el cielo, me habían enviado sin temor hasta su tierra; otras muchas cosas pasaron entre nosotros que yo no entendí, aunque conocí que de todo se admiraba; pero siendo

ya tarde y queriendo irse, le hice entrar en la barca, honrándole mucho, y disparar algunos tiros, y puesto en tierra se fué en sus andas con más de 200 hombres y un hijo suyo que llevaba acuestas un indio muy principal; mandó dar de comer á todos los marineros y otra gente de los navíos, que había en tierra, y ordenó que fuesen muy bien tratados; después dijo un marinero, que le había encontrado en el camino, que llevaba delante de él todas las cosas que yo le había dado, un indio muy principal, y que su hijo no iba con él, sino detrás, con otra tanta gente como él llevaba, y casi con otra tanta un hermano suyo, que iba á pié, llevándole dos indios principales de los brazos, al cual también había yo dado algunas cosillas cuando vino al navío, después de su hermano.»

CAPITULO XXXII.

De cómo el Almirante perdió su navío en algunos bagíos por negligencia de los marineros y de lo que le ayudó el Rey de aquella isla.

Siguiendo, pues, el Almirante lo que pasó, dice: «Que hubo mucha calma el lunes 24 de Diciembre, excepto un poco de viento, que le llevó al mar de Santo Tomás, hasta la Punta Santa, sobre la cual estuvo más de un cuarto, que sería una media hora antes de media noche, y se fué á descansar por no haber dormido en dos dias y una noche; pero como había calma, el marinero que llevaba el timón se le encomendó á un grumete, lo cual dice

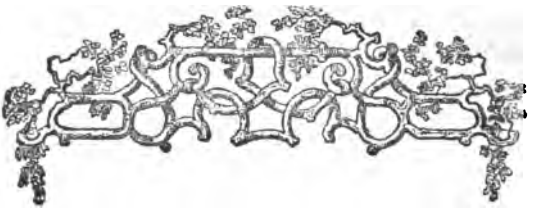
el Almirante había ya prohibido en todo el viaje, mandándoles que con viento ó sin él no dejasen jamás el timón á los grumetes, ni otros muchachos del navio, con lo cual iba seguro de bagíos y de escollos; porque el domingo que envie las barcas á aquel rey, habían pasado del Leste de la Punta Santa tres leguas y media poco más ó menos, y habían visto toda la costa y los bajos que están desde la dicha Punta al Leste Oeste, tres leguas, y habían reconocido por dónde se podía pasar, lo que yo no había hecho en todo el viaje, y fué Nuestro Señor servido de que á media noche, estando yo acostado en la cama, y el mar en calma muerta, y tan quieto como una taza de agua, se fueron todos á descansar, dejando á un muuchacho al timón, por lo cual sucedió que las corrientes muy tranquilamente dieron con la nave en un bagío de arena, con tanto ruido, que pudiera oirse á una legua de distancia. El muchacho que sintió arar el timón y oyó el rumor empezó á gritar muy recio, y oyéndole yo me levanté al punto, porque ninguno había sentido que la nave hubiese encallado. Salió luego el patrón de ella á quien tocaba la guardia, á quien dije, y á los demás marineros que entrasen en el batel que iba fuera del navío, echando una áncora por la popa; al instante se echaron al batel y creyendo yo que iban á hacer

lo que les mandaba, bogaron huyendo hacia la otra Carabela, que estaba media legua distante; viendo yo que huían con el batel y que las aguas empezaban á disminuirse, y que la nave estaba en peligro, mandé cortar luego el arbol y aligerarla lo más que se pudo para ver si podían sacarla de la arena; pero disminuyéndose todavía el agua, no pudo moverse por haber entrado mucha agua por las junturas, que habían llenado toda la quilla; á este tiempo llegó la barca de la carabela á darnos socorro, porque viendo la gente de ella que huía el batel, no quisieron acogorle y así se vió precisado á volverse al navío.

Reconociendo que no había remedio para poderla librar, fuí á la carabela para salvar la gente, y porque soplaba viento de tierra y era ya pasada gran parte de la noche, no sabíamos por dónde podría salir de aquellos bagíos, contemporicé con la carabela hasta que fué de día y por el mismo banco llegué á ella, habiendo primero enviado el batel á tierra, con Diego de Arana, de Córdoba, capitán y justicia mayor de la Armada, y Pedro Gutierrez, para que contasen al rey lo que me sucedía por querer irle á visitar á su puerto, como el sábado antecedente me lo había pedido, y que había perdido el navío en un bagío á legua y media de su pueblo.

Enterado el Rey del suceso, manifestó gran sentimie nto y lágrimas de nuestro daño, y al instante envió al navío toda la gente de su pueblo en muchas y grandes Canoas, con lo cual ellos y nosotros en poco tiempo descargamos toda la cubierta porque fué grande la ayuda que nos dió el Rey, pues él mismo con su hermano y parientes, hacía cuantas diligencias podía, así en mar como en tierra, para que todo fuese bien gobernado y de cuando en cuando, enviaba á sus parientes llorando, á rogarme que no tomase pesadumbre, que él me daría todo cuanto tenía; y afirmo por cierto á vuestras altezas que en ninguna parte de Castilla habría tan buena disposición y gobierno de nuestras cosas, por que toda nuestra hacienda la hizo poner junta cerca de su palacio, hasta que se desecuparon las casas que quería prevenir para salvarla. Puso luego guarda de hombres armados, á los cuales hizo estar toda la noche en vela y con los de la tierra lloraban, como si les importase mucho nuestro daño. Tan amorosa, tratable y pacífica era la gente, que juro á vuestras altezas, que en el mundo no la hay mejor, ni mejor tierra. Aman á su prójimo como sí mismos, y tienen el habla más dulce, y alegre del mundo, y siempre acompañada de risa; y aunque es verdad que andan desnudos, crean vuestras altezas, que tienen cos-

tumbres muy loables y que el Rey es servido con gran magestad, el cual es tan decente que causa mucho gusto verle, é igualmente considerar la memoria de este pueblo y el deseo de saberlo todo, que les precisa preguntar la causa de las cosas y efecto de ellas.



CAPITULO XXXIII.

Cómo el Almirante resolvió poblar en la tierra de aquel Rey y llamó el pueblo de Navidad.

El miércoles 26 de Diciembre, fué á la caravela del Almirante el Rey principal de aquella tierra mostrando gran tristeza y sentimiento y le consolaba, ofreciéndole liberalmente todo lo que quisiese recibir, diciéndole que ya había dado tres casas á los cristianos para que guardasen todo lo que habían sacado del navio, y que les

daría más si fuese necesario, en tanto llegaron unos indios de otra isla en una canoa, que traían algunas hojas de oro para trocar por cascabeles que los estiman más que otra cosa, llegaron tambien los marineros diciendo que concurrian muchos indios al pueblo, de otros lugares y traían muchas cosas de oro, y las dabaa por rescates, ofreciendo mucho más si lo quisiesen los cristianos, vista por el gran cacique la alegría del Almirante. le dijo que él le haría traer gran cantidad de Cibao. Lugar donde se hallaba mucho oro y así llegado á tierra convidó al Almirante á comer Axis y Cazaviche, que es su principal comida, y le dió unas máscaras, con los ojos y orejas grandes de oro y otras cosas muy lindas, que se traen al cuello. Después se quejó de los caribes, los cuales hacían á los suyos esclavos y se los llevaban para comérselos, pero se animó mucho cuando consolándole el Almirante, le mostró nuestras armas diciendo que con ellas le defendería. Espantóse mucho de nuestra Artillería, y era tanto el asombro de los indios, que al oir el tiro caían en tierra como muertos, por lo cual el Almirante, habiendo encontrado tanto amor en aquella gente y tan buenas muestras de oro, templó el dolor de la pérdida del navio, pareciéndole que era permisión divina, para que poblara en aquella tierra y dejar allí

cristianos que traficasen y se informasen de ella y de la gente, aprendiendo su lengua con la práctica de los indios, con que cuando volviese de Castilla, con socorro, tendría quién cuidase de cuanto necesitara para la población y señorio de la tierra.

Inclinóse más á esto, porque muchos de los suyos se ofrecían á quedar voluntariamente y vivir en aquella tierra, y así determinó fabricar una torre con la madera del navío de la cual no dejó porción alguna, que no sacase á tierra y que no le fuese útil; ayudó mucho á esta resolución, haber llegado noticia el día siguiente, jueves 27 de Septiembre, de que la carabela «Pinta» estaba en el rio hácia el cabo de Levante de la isla y para saberlo de cierto envió el cacique, que se llamaba Guacanagari, una Ganoa con algunos indios y un criastiano que habiendo navegado veinte leguas por la costa abajo, se volvió sin tener noticia de ella, lo cual hizo que no se creyese á un indio que decía haberla visto algunos días antes.

No obstante esto, el Almirante no cesó en en dar órdenes para dejar criastianos en aquel lugar, cuya bondad y riqueza conocían cada día más, trayendo los indios muchas máscaras, y cosas de oro y dando cuenta de muchas provincias de aquella isla donde nacía.

Estando ya para partir el Almirante, volvió á hablar con el Rey sobre los Caribes, de los cuales se lamentaban aquellos indios y tenian gran miedo, diciéndole que para que quedase contento, queria dejarle compañía de cristianos y para que tuviesen temor de nuestras armas, hizo disparar un tiro, que pasó la nave de parte á parte, de que se asombró el cacique, hízole enseñar nuestras armas y como cortaban, y se defendian de ellas, asegurándole que quedando aquellas armas en su defensa, cesaria el temor á los Caribes, porque los darían muerte los cristianos que quedaban en su guarda, en tanto que iba á Castilla á traer joyas y otras cosas que darle: Encomendóle mucho á Diego de Arana, hijo de Diego de Arana, de Córdoba, de quien va hecha mención porque á éste, á Pedro Gutierrez y á Rodrigo de Escobar, dejaba por gobernadores de la fortaleza y de 36 hombres con muchas mercadurias y vituallas, armas y artillería y con la barca de la nave, carpinteros y calafates y todo lo demás que era necesario para poblar, como médico, tallador, bombardero y otras personas.

Después de esto, se dispuso con gran presteza para volver derecho á Castilla, sin descubrir más, dudando si le sucedería alguna desgracia (no teniendo ya más de un navío) que ocasiona-

se que los Reyes Católicos no supiesen de aquellos Reinos que nuevamente les había conquistado.

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo el Almirante partió á Castilla y encontró la carabela de Pinzón.

Viernes á 4 de Enero, al salir el sol se hizo el Almirante á la vela, con las barcas á proa hácia el Noroeste, para salir de los bagios, dejó en aquella parte el puerto de los Cristianos, que llamó la «Navidad» en memoria de que en este día había salido á tierra, salvándose del peligro del mar y había empezado la fortaleza. Duran estos bagios desde el cabo Santo, hasta el cabo de la Sierpe, que son seis leguas y estan á tres en el mar, toda la costa hácia Noroeste y Sueste, es playa y tierra llana por cuatro leguas de tierra y

después hay altas montañas y muchas y grandes poblaciones respeto de las otras islas.

Navegó después hácia un alto monte, que llamó Monte-Cristo y está 18 leguas á Leste de cabo Santo, de modo que cualquiera que quisiese ir á la ciudad de la Navidad, después que descubra á Monte-Cristo que es redondo como un pabellon, y parece escollo, debe entrar en el mar dos leguas distante de él, y navegar al Oeste, hasta hallar el cabo Santo y estará entonces cinco leguas de la Navidad y entrara por ciertos canales, los cuales estan en aquellos bajos, y delante pareció al Almirante muy conveniente hacer mención de estas señales para que se supiese donde fué la primera habitación, y tierra de Cristianos que hubo en aquel Mundo Occidental.

Después que con tiempos contrarios navegó más á Levante de Monte-Cristo, vió un Calafate el domingo por la mañana, 6 de Enero, desde la gavia del árbol; la carabela «Pinta,» que con viento en popa venía navegando hácia Oeste, y al instante que llegó á donde estaba el Almirante, Martín Alonso Pinzón, su capitán, entró en la carabela del Almirante y se puso á fingir ciertos motivos y á disculparse de haberse apartado de él, diciendole que esto había sido contra su voluntad, sin haber podido hacer otra cosa.

El Almirante, aunque sabía bastantemente lo contrario y la mala intención de este hombre, acordándose de la nueva licencia que se había tomado en otras cosas, en el viaje, disimuló con él y toleró sus mentiras por no romper el designio de su empresa, lo que fácilmente hubiera sucedido, porque la mayor parte de la gente que venía con él era de la misma patria de Pinzón y áun parientes suyos, y lo cierto es que cuando se apartó del Almirante, en Cuba, fué con propósito de ir á la isla de Baveche, porque los indios de su carabela le decían que había en ella mucho oro; pero cuando llegó y vió lo contrario de lo que le habían dicho, volvió á la Española, donde los indios le afirmaban haber mucho oro.

Habían pasado ya en este viaje veinte días y solo se habían navegado quince leguas al Leste de la Navidad, hasta un río que llamó el Almirante río de Gracia; aquí había estado Martín Alonso, dieciseis días rescatando oro bastante, del mismo modo que había hecho el Almirante en la Navidad, de que daba la mitad á la gente de su carabela, para asegurarla y tenerla quieta y contenta, quedándose con la otra mitad á título de capitán, y siendo la verdad esta, quería dar á entender al Almirante que no sabía nada de ello. Siguiendo, pues, su viaje, para surgir

cerca de Monte-Cristo, porque el tiempo no le daba lugar á pasar adelante, entró con la barca en un río que esta al Sudoeste del monte, y lleva grandes muestras de oro menudo, al cual llamó por esto, el río del Oro, que dista de la Na vidad 17 leguas, y es poco menos que Guadalquivir, cuando pasa por Córdoba.

CAPÍTULO XXXV.

Como hácia el golfo de Samaná sucedió la primer batalla entre indios y cristianos.

El domingo 13 de Enero, estando sobre el cabo Enamorado, que está en el golfo de Samaná, de la isla Española, envió el Almirante la barca á tierra, y en la playa hallaron los nuestros algunos indios feroces en el aspecto, con arcos y flechas, que mostraban estar de guerra y tener el ánimo turbado y lleno de espanto; pero habiendo trabado conversación con ellos, trocaron dos arcos y algunas flechas y con mucha dificultad alcanzaron que alguno de ellos fuese á la carabela á hablar al Almirante; su habla se conformaba con su fiereza, que parecía la

mayor que hasta entonces se había visto en otra gente, y ayudaba á estar pintada, como de carbón, porque todos aquellos pueblos acostumbran embijarse unos de negro, otros de blanco, otros de colorado, de diferentes modos, traían los cabellos muy largos y recogidos delante con una redecilla de plumas de papagayo.

Estando, pues, uno de estos indios delante del Almirante, como lo había parido su madre, y como andan los demás de aquella tierra, entonces descubierta, dijo en voz alta que todos andaban así en aquellas partes, y creyendo el Almirante que este fuese de los caribes, y que el golfo dividía la Española de ellos, le preguntó dónde habitaban los caribes, y el indio señaló con el dedo que más al Oriente, en otras islas, y que allí había pedazos de Ganin tan grandes como la mitad de la popa de la carabela, y que la isla de Matinino estaba toda poblada de mujeres, á las cuales iban los caribes en cierto tiempo del año, y si parían varones se los entregaban á sus padres para que se los llevasen, habiendo este respondido por señas á lo que se le preguntaba, según lo que pudieron entender los indios de San Salvador; el Almirante le hizo dar de comer y algunas cosillas como sartas de vidrio, paño verde y colorado, y le envió á tierra para que trajese oro, si le tenían

aquellos indios, llegando la barca á tierra, vieron los nuestros, escondidos entre los árboles, 55 indios desnudos, con los cabellos largos como usan las mujeres de Castilla y en la frente penachos de plumas de papagayos y otras aves, armados todos de arcos y flechas.

Cuando tomaron tierra los de la barca, el indio que iba en ella, hizo señas á los otros para que dejasen las armas referidas y un palo grueso que llevaban en lugar de espada, porque como hemos dicho, no tienen hierro alguno, y después que se llegaron á la barca y los cristianos desembarcaron, empezaron á comprar arcos y flechas por orden del Almirante, y otras armas; pero habiendo vendido dos arcos los indios, no quisieron vender más; antes como irritados y con muestra de querer prender á los cristianos, volvieron á tomar sus arcos y flechas del paraje donde las habían dejado, previniéndose de cordeles para atarlos, los cuales estando ya sobre aviso, viéndoles venir, tan animados como si no fuesen más que siete, los embistieron tan animosamente que hirieron á uno con una espada en las narices y á otro en el pecho con una flecha. Espantados los indios de la osadía de los nuestros, considerando las heridas que hacían nuestras armas, huyeron, dejando caer arcos y flechas, y hubieran sido muertos muchos á no

impedirlo el piloto de la carabela, á cuyo cargo le había enviado el Almirante y por capitán de los que iban en ella.

No desagradó al Almirante esta escaramuza, ocurriéndosele si eran estos Caribes, de los cua: les tenían tanto miedo los demás indios, presumiendo que confinasen con ellos, porque eran gente ariscada y animosa, como daban á entender su aspecto y armas y lo que habían intentado; y esperaba que, sabiendo los isleños que siete cristianos habían hecho huir á 55 indios tan feroces, serían más estimados y respetados los que quedaban en la Navidad, y que no tendrían atrevimiento para darles pesadumbre. Después de esto por la tarde hicieron humos en tierra para mostrar más ánimo y volvió la barca á ver lo que querian, pero nunca pudieron lograr que se fiasen de los cristianos, por lo cual se volvió á ir. Eran los arcos de Tejo, casi tan grandes como los de Francia é Inglaterra y las flechas de los renuevos de cañas, que echan en la punta donde llevan la simiente, los cuales son macizos y muy derechos y tienen brazo y medio de largo, y arman la cabeza con un palo de cuarta y media, agudo y tostado, y por punta ponen un diente ó espina de pez envenenado, por lo cual llamó el Almirante á aquel golfo, que los indios llaman Samaná, el golfo de las

Flechas, en el cual había mucho algodón fino y Axi, que es la Pimienta, que usan picante, larga y redonda, y cerca de tierra, en poco fondo, nacía mucha de aquella yerba que hallaron los nuestros en el Océano, de que conjeturaron que nacía toda cerca de tierra, y que se desprendía después de seca, llevándola las corrientes por el mar á lo largo.

CAPÍTULO XXXVI.

Cómo el Almirante partió á Castilla, y por tempestad se apartó de su compañía la carabela «Pinta.»

Miércoles 16 de Enero de 1494, partió el Almirante con buen tiempo del golfo de las Flechas, que ahora llaman Samaná, la vuelta de Castilla, porque ambas carabelas hacían ya mucha agua y era grande trabajo que padecían en sostenerlas, y siendo la última tierra que perdió de vista el cabo de San Telmo, 20 leguas hácia el Lordeste, vieron mucha yerba como la de antes, y 20 leguas más adelante hallaron el mar casi cubiertode Atuncillos, de los cuales vieron gran cantidad los dos días siguientes, que fue-

ron 19 y 20 de Enero, y después muchas aves marinas y aún se veía la yerba con listas del Leste á Ueste, juntamente con las corrientes, por lo cual habían ya conocido que las corrientes toman estas yerbas muy lejos, porque no siempre traen un camino, y asi algunas veces van hacia una parte y otras hácia otra, y esto sucedía casi todos los días hasta pasado casi el medio golfo.

Después, siguiendo su camino, con buenos tiempos, navegaron tanto, que al parecer de los pilotos se hallaban á 9 de Febrero hacia el Mediodía de la isla de los Azores, pero el Almirante decía que era más enfrente á 150 leguas, pues todavía hallaban listas de mucha yerba, que no vieron cuando fueron á las Indias hasta que se hallaron 263 leguas al Occidente distantes de la isla del Hierro. Navegando así con buen tiempo, empezó á crecer el tiempo de día en día y á ensoberbecerse el mar, lo cual toleraban con gran fatiga, y por esto, el jueves 14 de Febrero, corrieron de noche donde la fortuna del tiempo quiso llevarlos, con lo cual la carabela «Pinta,» en que iba Pinzón, porque no podía mantenerse tanto en el mar, corrió derecha al Norte, con el viento de Mediodía, y el Almirante siguió hácia Lordeste, para inclinarse más á España, lo que no pudieron hacer los de

la «Pinta» por la oscuridad de la noche, aunque el Almirante llevaba siempre el fanal encendido.

Cuando fué de día se hallaron perdidos de vista los unos, y los otros teniendo cada uno por cierto que el otro se había anegado, por lo cual, volviéndose á las oraciones y á la religión, los del Almirante, hicieron voto por suerte de peregrinar á Nuestra Señora de Guadalupe, la cual tocó al Almirante; después votaron otro peregrino á Nuestra Señora de Loreto, y salió la suerte en Pedro de la Villa, marinero del puerto de Santa María de Santoña. Tercera vez echaron suerte, para que uno velase una noche en Santa Clara de Moguer y tocó también al mismo Almirante, pero creciendo todavia la tempestad, hicieron todos los de la carabela voto de ir descalzos y en camisa á hacer oración en la primera tierra que encontrasen iglesia de Nuestra Señora, y demás de estos votos generales hubo muchos particulares de varias personas, porque ya la tempestad era tan grande que el navío del Almirante la toleraba con gran dificultad por falta de lastre, que no le llevaba, por los bastimentos consumidos, y para suplirle imaginaron sería llenar de agua del mar todos los vasos vacios, lo que fué de algún provecho, pues pudo el navío sustentarse sin peligro de

volcarse de tan cruel tempestad, dijo el Almirante estas palabras: «Había tolerado esta fortuna con menor pesar si solamente estuviese mi persona puesta en peligro, así porque soy deudor de la vida, al Sumo Criador, como por que me he hallado tan vecino á la muerte que el menor paso era el último, que se estaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afán era considerar que así como Nuestro Señor fué servido de iluminarme con la fé y la certidumbre de esta empresa, en que ya había conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habían de quedar convencidos, y Vuestras Altezas servidos de mí con gloria y aumento de su alto Estado, quisiera su Divina Magestad estorbarlo todo con mi muerte, y sería más tolerable, cuando no fuese acompañado de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta aflicción, no solo maldecía su venida, sino es el miedo ó el freno que los pusiesen mis palabras, para no volver atrás, como estuvieron resueltos á hacerlo muchas veces, y sobre todo esto me doblaba el dolor, la representación de mis dos hijos que había dejado en Córdoba, en el estudio, destituídos de socorro, en tierra extraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio, por lo cual creyese que Vuestras Altezas,

tuviesen memoria de ellos, y aunque por una parte me confortaba la fé que tenía de que Nuestro Señor no permitiría que una cosa de tanta exaltación de su iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos había yo perfeccionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales quería privarme de la gloria que conseguiría en este mundo, y de este modo, confuso entre mí, me acordaba de la ventura de Vuestras Altezas, que áun pereciendo yo y perdiéndose el navío, podían hallar modo de no perder esta conseguida victoria, pues era posible que por alguna vía tuviesen noticia de mi viaje. Por este motivo escribí en un pergamino, con la brevedad que pedía el tiempo, cómo dejaba descubiertas las tierras que había ofrecido, y en cuántos días, y por qué camino lo había conseguido; la bondad del país, la calidad de sus moradores, y cómo quedaban vasallos de Vuestras Altezas, en posesión de todo lo que había hallado. Este escrito, cerrado y sellado, dirigí con sobrescrito á Vuestras Altezas y con el porte ó promesa de mil ducados á quien se lo presentase cerrado, para evitar que si se lo hallaban extranjeros no se valiesen del aviso, que incluía, contra la verdad del porte, y al instante hice que me trajesen un gran barril, y envol-

viendo el pergamino en un encerado, metido después en una hogaza de cera, le puse dentro del barril y bien cerrado con sus aros le eché al mar, y todos creyeron que era alguna devoción, y porque imaginé que podía suceder que no llegase á salvamento, acercándose los navíos á Castilla, hice otro envoltorio semejante y le puse en lo alto de la popa, porque si se sumergía el navío quedase el barril sobre las ondas, á arbitrio de la fortuna.

CAPITULO XXXVII.

Cómo el Almirante llegó á las islas de los Azores y los moradores de Santa María le quitaron la barca con la gente.

Navegando, pues, con tan extremo peligro, y con tanta tempestad, el viernes 15 de Febrero al amanecer. vió tierra á Les Nordeste, Ruiz García, del puerto de Santamaría de Santoña, desde lo alto del navío; los pilotos y marineros, juzgaron que era la roca de Sintra, pero el Almirante entendió eran las islas de los Azores, y que fuese una de ellas aquella tierra y aunque no estaban muy lejos de ella, no pudieron aquel día tomarla por la tempestad, y así dando vueltas por soplar el viento de Leste perdieron de vis-

ta aquella isla y descubrieron otra, alrededor de la cual anduvieron con gran tempestad y malísimo tiempo, sin poder tomar alguna, con contínuas fatigas y sin tener quietud alguna; por esto dice el Almirante en su diario.

«Sábado 16 de Febrero por la noche llegué á una de estas islas, y por la tempestad no pude conocer cual era. Dormí un poco, porque desde el miércoles, hasta entonces ni había dormido, ni podia dormír, y después quedé con los nervios de las piernas maltratados por haber estado siempre descubierto al aire y al agua y padecía mucho en el comer. El lúnes por la mañana ya que estabá surto supe que aquella isla era la de Santa María de los Azores y todos se maravillaban de que yo hubiese podido librarme, considerando la tempestad desecha, que había durado 15 días contínuos en aquellas partes.

Entendiendo los de aquella isla el descubrimiento del Almirante, mostraron alegría dando gracias á Dios y vinieron tres de ellos al navio con algunos refrescos y muchos cumplimientos del capitán de la isla, el cual se hallaba lejos, en el pueblo, porque allí no había más que una hermita de Nuestra Señora, según dijeron los moradores, con lo cual se acordó el Almirante y todos los del navío, de que el jueves anteco-

dente habían hecho voto de ir descalzos y en camisa á la iglesia de Nuestra Señora, que hubiese en la primer tierra que tomasen y les pareció cumplirle, especialmente en aquella donde la gente y el capitán mostraban tanto amor y piedad á los nuestros y siendo de un Rey tan amigo de los Reyes Católicos, por lo cual rogó el Almirante á aquéllos tres hombres que fuesen al pueblo por el capellan, que tenía la llave de la hermita para que les dijese misa; partieron contentos en la barca del navío con la mitad de la gente para que empezáse á cumplir el voto, y en acabando volviese para ir los demás, Luego que saltaron en tierra en camisa y descalzos, según el voto que habian hecho, el capitán, que estaba en emboscada con mucha gente del pueblo, salió de improviso á ellos y los hizo prisioneros quitándolos la barca, sin la cual le parecía que el Almirante no podía huir de sus uñas.

CAPITULO XXXVIII.

Cómo el Almirante padeció otra tempestad y al fin recuperó la gente con la barca.

Parecíale al Almirante que tardaban mucho los que habían ido á tierra en la barca al amanecer y era ya mediodia, y sospechó que les hubiese sucedido algún desastre, en mar ó en tierra; pero no viendo las hermita donde habían ido desde el paraje en que estaba surto, determinó navegar hácia una punta, desde donde se veía la iglesia, habiendo llegado vió en tierra mucha gente á caballo, que desmontada entraba en la bar ca, para venir á embestir á la carabela, con armas, por lo cual, dudando el Almirante lo que podía suceder, mandó á los suyos que se

pusiesen en orden armándose y sin mostrar que se querían defender, para que con mayor seguridad se acercasen los portugueses, pero estos cuando llegaron cerca del navío del Almirante, pararon y pidieron seguridad al Almirante, diósela creyendo entrasen en el navío con ánimo de retenerlos debajo de la Fé con que habían tomado su barca y gente hasta que todo lo restituyesen.

Los portugueses no se atrevieron á acercarse más que hasta donde podía oirlos el Almirante, el cual les dijo que se maravillaba de semejante intención, y de no ver á ninguno de los suyos que habían tomado tierra con salvo-conducto en la barca, y con ofertas de regalos y socorro, y con especialidad habiéndole enviado á saludar el mismo capitán, por lo cual le rogaba que considerase que fuera de ejecutar lo que entre enemigos no se usaba, y lo que no toleran las leyes de caballería, ofendería mucho al rey de Portugal, cuyos súbditos eran muy bien tratados de los Reyes Católicos, sus señores, y recibían mucha cortesía de sus vasallos cuando desembarcaban, y vivían en sus tierras sin salvo-conducto alguno, y con tanta seguridad como si estuviesen en Lisboa, y añadió que sus altezas le habían dado cartas de recomendación para todos los príncipes, señores, y personajes del mun-

do, las cuales le enseñara si se hubiese acercado más, porque en todas partes eran respetados él y todos sus vasallos, bien recibidos, con que era mucha más razón que esto se hiciese en Portugal por la vecindad y parentesco de sus príncipes, especialmente siendo él, como era, su Almirante mayor en el mar Occéano, y virrey de las Indias, poco há descubiertas; de todo lo cual le había hecho ver cartas firmadas por sus reales nombres, y selladas con sus reales sellos, y se las mostró desde lejos, diciéndole que bien podía acercársele sin miedo, pues por la paz y amistad que había entre los Reyes Católicos y el suyo, tenían mandado hiciese toda honra y cortesía que pudiese á los navíos portugueses que encontrase, y que cuando quisiese obstinada y descortesmente su gente, no dejaría por esto de ir á Castilla, pues tenía bastante gente en su navío para llegar á Sevilla, y aun para hacerle mucho daño si lo pidiese la necesidad, del cual sería él mismo la causa, y castigo dignamente atribuído á su culpa, y áun por ventura su Rey le castigaria como á quien daba ocasión á romper la guerra entre él y los Reyes Católicos. El capitán y sus portugueses respondieron que no conocían al Rey ni á la Reina de Castilla y menos á sus cartas, que no tenía miedo de él, y que le haría conocer lo que era Portugal. De

esta respuesta coligió el Almirante, y dudó si después de su partida había rotura entre ambos reinos, y le replicó, como convenía á su locura, y á lo último se levantó el capitán en pié al partirse, y desde lejos dijo al Almiranre que debía ir al puerto con la carabela, porque todo lo que hacía era según las órdenes que tenía de su Rey, y habiéndolo oido el Almirante, pidió testimonio á todos los que estaban en el navío, y llamó otra vez al capitán y los portugueses, y juró quo no queria desembarcar hasta ver presos cien portugueses para llevarlos á Castilla, y despoblar la isla, con lo cual volvió á surgir al puerto donde antes estaba, que el tiempo no le permitía hacer otra cosa.

El día siguiente, aumentándose el viento mucho y siendo muy malo el lugar donde estaba, perdió las áncoras y no pudo hacer otra cosa que desplegar las velas, hácia la isla de San Miguel, determinando, en caso de no poder llegar á ella por el maltemporal, que todavía duraba, estarse á la capa, no sin infinito peligro, así por el mar que estaba muy turbado, como porque no le habían quedado más de 13 marineros y algunos grumetes, que la demás era gente de tierra, y los indios que no tenían práctica de gobernar navíos; pero supliendo con su persona la falta de la gente del mar, con gran fatiga y no con leve

peligro pasó aquella noche, hasta que venido el día, habiendo perdido de vista la isla de San Miguel, y mejorado algo el tiempo, resolvió volverse á la isla de Santa María para intentar recobrar su gente, las áncoras y la barca, y llegó el jueves á 29 de Febrero, por la tarde, y poco despues llegó la barca con cinco marineros, y habiéndoles dado la seguridad necesaria, entraron juntos en la carabela y porque era tarde durmieron en ella aquella noche. El día siguiente dijeron iban de parte del capitán á saber con certidumbre adonde y cómo venía aquel navío, y si navegaba de orden del Rey de Castilla, porque contándoles la verdad de esto, estaban prontos á hacerle buen pasaje; esta mudanza y oferta la causó conocer claramente que no podían tomar el navío del Almirante y que podría atraerlos mayor daño que el que ellos habían hecho; pero el Almirante, disimulando lo que sentía, respondió agradeciéndoles su oferta y cortesía, y diciéndoles estaba pronto á satisfacer lo que pedían por ser conforme al uso y razón del mar, y les mostró la carta general de recomendación que los Reyes Católicos escribían á todos sus súbditos y á otros príncipes y la comisión y mandamiento que le habían dado para que emprendiese aquel viaje, lo cual, visto por los portugueses, volvieron á tierra satisfechos y

dieron libertad luego á la barca y á los marineros, de los cuales se supo que en la isla se decía que el Rey de Portugal había dado orden á todos sus súbditos para que prendiesen al Almirante por cualquier camino que pudiesen.

CAPÍTULO XXXIX.

Cómo el Almirante partió de la isla de los Azores y llegó con tempestad á Lisboa.

Con gran necesidad de lastre y leña, de que habían estorbado hacer prevención el mal tiempo partió el Almirante á Castilla de la isla de Santa María el domingo 24 de Febrero, con buen tiempo para su viaje y á cien leguas de la tierra más vecina, vino una golondrina al navío, que se imaginó habian hechado los malos tiempos en el golfo, y se calificó, porque el día signiente 28 de Febrero vinieron otras muchas y algunos pajarillos de tierra y vieron tambien una ballena.

A 3 de Marzo, tuvieron tan gran temporal, que pasada la media noche, se rompieron las

velas, y hallándose en manifiesto peligro de muerte, hicieron voto de enviar un peregrino á Nuestra Señora de la Cinta, para que fuese descalzo y en camisa á su devota casa, que está en Huelva: tocó tambien la suerte al Almirante, en que parecía qnería mostrar Dios glorioso con tantos votos como le caían en suertele eran más gratas sus promesas que las de los otros; demás de esto hicieron otros particulares y corriendo todo él ya sin un palmo de vela, el arbol desnudo, el mar terrible y grande viento, truenos espantosos y relámpagos por todas partes del cielo, que cada cosa de aquellas parecía que llevaba la carabela por el aire, fué Nuestro Señor servido de mostrarlos tierra casi á la media noche, de la cual no resultaba menor peligro, pues por no zozobrar ó dar en lugar donde no supiesen, si podían salvarse, fué necesario que hiciesen un poco de vela para mantenerse contra el temporal hasta que Dios quisiese que viniera el día, con el cual conocieron que estaban encima de la roca de Sintra en los confines del reino de Portugal donde fué precisado á entrar con gran espanto y asombro de las gentes y marineros de aquella tierra, que tenían por cosa maravillosa hubiese escapado de tan cruel tormenta el navío, sabiendo que otros muchos habían perecido

aquellos días en el mar de Flandes y otros.

Con esto entró en el rio de Lisboa, lúnes á 4 de Marzo, y surgió sobre el Rastrillo y al instante despachó correo á los Reyes Católicos de su venida y tambien avisó al Rey de Portugal, pidiendo liciencia para surgir en la ciudad, por no ser seguro el lugar en que estaba, contra los que quisiesen ofenderle con el falso cauteloso pretexto de que el Rey lo mandaba, creyendo que con hacerle daño podría impedirse la victoria del Rey de Castilla.

CAPITULO XL.

Cómo los de Lisboa iban á ver al Almirante como cosa maravillosa, y cómo fué á ver al Rey de Portugal.

El martes 5 de Marzo, llegó con el batel armado á la carabela del Almirante, el patrón de la nave gruesa, que tenía el Rey de Portugal en el Rastrillo para guarda y le dijo fuese con él á dar cuenta de su venida á los ministros del Rey, según la obligación y uso de todas las naves que arribaban allí: el Almirante le respondió: «Que los Almirantes de los Reyes de Castilla, como él, no estaban obligados á ir donde los llamasen, ni debían salir de sus navíos, á dar cuenta á nadie, y así determinaba ejecultarlo:» Entonces le dijo el patrón que por lo menos enviase un carpintero y volvió á responder el Al-

mirante: «que todo era uno aunque enviase á un grumete, y que en vano se le pedía que enviase ninguno de su navío.» Viendo el patron que el Almirante hablaba con tanta resolución, le replicó que por lo menos le enseñase las cartas y comisiones de los reyes Católicos, para que le constase lo que decía y poder satisfacer á su capitán mayor en lo cual consintió el Almirante, porque parecía justo y le enseñó la patente del Rey Católico; conque satisfecho se volvió á su navío á dar cuenta de lo que le había pasado á su capitán D. Alvaro de Acuña, el cual al punto que le oyó fué á la carabela del Almirante, con gran estruendo de cajas, pifanos y trompetas y le hizo muchos agasajos y ofrecimientos. El dia siguiente que se supo en la corte su venida de las Indias, era tanta la gente que iba á la carabela á ver á los indios que traía, y saber novedades que no cabía en ella, el mar no se veía porque estaba cubierto de barcas y bateles de Portugueses y algunos daban gracias á Dios de tanta victoria; otros se desesperaba enojándose mucho de que se les fuese de la mano aquella empresa, por la incredulidad y poco caso que su Rey había hecho de ella, de manera que aquel día se pasó todo con gran concurso, y visitas de gente; al siguiente mandó el Rey se le diesen al Almirante los refrescos y cosas

que necesitase para sí, y su gente de balde. Escribió al Almirante alegrándose de su próspera venida y que pues se hallaba en su tierra le diese el contento de verle, sobre el cual dudó el Almirante; pero considerada la amistad que tenía con los Reyes Católicos, el agasajo con que se le había tratado y tambien por quitarle la sospecha, de que no venía de sus conquistas determinó ir á Valparaíso adonde estaba el Rey nueve leguas distante de Lisboa, y llegó el sábado 9 de Marzo por la noche; mandó el Rey saliesen á recibirle todos los nobles de la corte, y le hizo mucha honra y gran acogimiento; cuando llegó delante de él, mandóle se cubriese y sentase.

Después de haber oido con semblante alegre las particularidades de su historia, le ofreció cuanto necesitase para el servicio del Rey Católico; aunque le parecía le pertenecía aquella conquista, según lo que los Reyes tenian capitulado; á lo cual satisfizo el Almirante diciendo: «Que no sabía nada de tal capitulación, y que lo que á él se le había mandado era que no fuese á la mina de Portugal ni á Guinea y que así lo había observado,» á que dijo el Rey que todo estaba bien y él, cierto de que todo se habría hecho según razón. Habiendo estado un gran rato en esta conversación, mandó el Rey al prior de Ora-

to, que era el señor principal y de mayor autoridad acerca de su persona, que hospedase al Almirante haciéndole todo agasajo y buena compañía, y habiendo estado allí todo el domingo; el lunes, después de misa, se despidió el Almirante del Rey, el cual le mostró mucho amor y le hizo muchos ofrecimientos mandando á D. Martín de Noroña que le acompañase, y fueron otros muchos caballeros con él por honrarle y saber las grandes cosas de su viaje. Viniendo á Lisboa, pasó por un convento en que se hallaba la Reina de Portugal, la cual, con grande instancia le había enviado á pedir que no pasase sin visitarla; llegó á verla y le hizo cuantos agasajos y favores correspondían á un gran señor; aquella misma noche llegó un gentil-hombre del Rey, al Almirante, diciéndole, en su nombre, que si quería ir por tierra á Castilla, le acompañaría y hospedaría por todo el camino, dándole todo lo que fuese menester hasta los confines de Portugal.

CAPITULO XLI.

Cómo el Almirante se partió de Lisboa para venir á Castilla por mar.

El miércoles, 13 de Marzo, á las dos de la mañana, se hizo á la vela el Almirante para navegar á Sevilla; y el viernes al medio día entró en Saltes y surgió en el puerto de Palos, de donde había salido á 3 de Agosto del año antecedente de 1492, siete meses y once días antes. Recibióle todo el pueblo en procesión, dando gracias á Nuestro Señor por tan gran merced y victoria, de que esperaban grandes aumentos, así á la religión cristiana, como al estado de los Reyes Católicos; todos los vecinos hacían gran misterio y estimación de que el Almirante hubiese salido de aquel lugar y llevado la

mayor y más noble parte de gente de aquella tierra, aunque muchos de ellos por culpa de Pinzón, usasen alguna perfidia é inobediencia Luego sucedió que cuando el Almirante llegó á Palos, Pinzón arribó á Galicia, y quería ir á Barcelona á dar cuenta en derechura del suceso á los Reyes Católicos; los cuales le dieron á entender que no fuese sino con el Almirante, que era el que habían enviado al descubrimiento, de que tuvo tanto pesar y enojo, que se fué á su patria indispuesto, y murió de congoja en pocos días; pero antes que él llegase á Palos había partido el Almirante á Sevllla, con intención de ir á Barcelona, donde estaban los Reyes Católicos.

En el viaje le fué preciso detenerse algún tiempo, porque era tanta la admiración de los pueblos por donde pasaba, que de todos concurría mucha gente á las calles y caminos para ver los indios y las otras cosas y novedades que llevaba; llegó en fin á Barcelona, á mediados del mes de Abril, haciendo antes saber á los Reyes el próspero suceso de su viaje, de que mostraron infinita alegría y contento y mandaron que fuese recibido solemnemente, como hombre que tan gran servicio los había hecho, con lo cual salieron á recibirle cuantas personas había en la ciudad y en la corte, y los Reyes Católicos le es-

peraron sentados públicamente con toda majestad y grandeza en riquísimas sillas debajo de dosel de brocado de oro, y cuando llegó el Almirante á besar la mano, hicieron la demostración que á un señor, y pusieron dificultad en darle la mano y luego le hicieron sentar.

Después, habiendo contado brevemente algunas cosas en cuanto al orden y suceso de su viaje, le dieron licencia para que se fuese á su aposento, á donde le acompañó toda la corte, y así estuvo en ella con tan gran favor y tanta benevolencia de sus Altezas, que cuando el Rey iba á caballo por Barcelona llevaba á un lado al Almirante y al otro al infante. Fortuna, no estilando antes llevar á otro que al infante, que era pariente muy cercano del Rey.

CAPITULO XLII.

Cómo se determinó que el Almirante volviese á poblar la isla Española con gruesa armada y se alcanzó la aprobación de la conquista. del Papa.

Dióse orden en Barcelona con gran solicitud y presteza para la vuelta del Almirante á la Española, así por llevar socorro á los que habían quedado como por acrecentar la población y pacificar las islas con las demás que se habían descubierto y se habían de descubrir, y para más claro y justo título de ellas, pidieron los Reyes, por consejo del Almirante, la aprobación y conquista de todas las Indias al Sumo Pontífice, que era entonces Alejandro VI, el cual, muy liberalmente le concedió, no sólo de cuanto has-

ta entonces se había descubierto, sino en todo lo que se había de descubrir hácia Occidente hasta llegar á Oriente en las partes donde en aquel tiempo ningún Príncipe cristiano tuviese posesión, prohibiéndose á todos generalmente que no entrasen en los términos referidos, lo cual confirmó el año siguiente con muy eficaces cláusulas y palabras significativas.

Viendo los Reyes Católicos que el principio y causa de toda aquella gracia y concesión que el Papa les había hecho era el Almirante y que con su viaje y descubrimiento les había dado la acción y posesión de todo, fueron servidos de gratificarle en Barcelona á 28 de Mayo, concediéndole otro nuevo privilegio en declaración del primero, por el cual confirmaban lo que antes tenían capitulado, y con palabras claras y abiertas declaraban los límites y confines de su Almirantazgo, virreinato y gobierno en todo lo que el Papa les había concedido, confirmando el privilegio que antes le habían dado, en la forma siguiente:

CAPÍTULO XLIII.

Privilegios concedidos por los Reyes Católicos al Almirante.

«Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, Rey y Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar y de las islas de Canaria, conde y condesa de Barcelona, señores de Vizcaya y de Molina, duques de Atenas y de Neopatria, condes de Rosellón y de Cerdania, marqueses de Oristán y de Gociano, etcétera. Por cuanto vos, Cristobal Colón fuisteis de orden

nuestra á descubrir y conquistar con algunas carabelas nuestras y con nuestra gente algunas islas y tierra firme en el mar Océano y se espera que con el favor de Diós, y por vuestro medio é industria se descubrirán y conquistarán algunas de las dichas islas y tierra firme en el dicho mar Océano, y siendo cosa justa y razonable que pues os pusisteis á tanto peligro por nuestro real servicio, seais premiado, queriendo honraros y haceros merced por las cosas referidas, es nuestra voluntad que vos, Cristobal Colón, después que hubiereis ganado y conquistado las dichas islas y tierra firme que descubriereis y conquistareis, que seais en ellas nuestro Almirante, virrey y gobernador y que en adelante os podais llamar é intitular *Don, Cristobal Colón,* y vuestros hijos y sucesores en el dicho cargo, puedan llamarse é intitularse *Don,* Almirantes y gobernadores de ellas, y que podais usar y ejecutar el dicho cargo de Almirante, con el expresado oficio de virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que descubriereis vos ó vuestros tenientes, y librar todos los pleitos y causas civiles y criminales pertenecientes á dicho empleo de Almirante, virrey y gobernador, según viereis que es de justicia, y según le usan y ejercen los Almirantes de nuestros reinos, y podais castigar

los delincuentes, y usareis los dichos oficios de Almirante y virrey y gobernador vos y vuestros tenientes en todo lo que á dichos oficios y á cada uno de ellos pertenece, y que goceis de los derechos y salarios que tocan á dichos oficios y á cada uno de ellos, según los tiene y goza el Almirante mayor de nuestros Reinos. Y por esta nuestra carta ó su traslado ó signado de escribano público, mandamos al príncipe D. Juan, nuestro muy caro y muy amado hijo, y á los infantes, duques, prelados, marqueses, grandes maestres de las órdenes militares, priores, comendadores y á los del nuestro Consejo y oidores de nuestra audiencia, jueces y otras justicias cualesquiera que sean de nuestra casa y corte, cancillería, y á los comendadores, castellanos de los castillos y Casas fuertes, llanas, y á todas las comunidades, asistentes y gobernadores, jueces, capitanes, oficiales de mar, y á los veinticuatros, jurados, escuderos, y otros oficiales de mar, y hombres-buenos de nuestras tierras, ciudades y lugares de nuestros reinos y Estados y de aquellos que vos conquistareis, y ganareis, y á los capitanes, maestres, contramaestres, oficiales y gente de mar, nuestros súbditos y naturales que ahora son y en adelante fueren, y á cualquiera de ellos, que siendo por vos descubiertas y ganadas las dichas islas y tierra fir-

me, en el dicho mar Océano, y hecho por vos ó por la persona que tuviere vuestro poder, el juramento, vos en el tiempo que viviereis y después vuestro hijo sucesor, y de sucesor en sucesor, por siempre jamás seas y sean nuestro Almirante del dicho nuestro mar Océano, virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que fueren descubiertas y conquistadas por vos, D. Cristóbal Colón, y usen con vos y con los tenientes que pusiereis en dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador, todo lo que les perteneciere, y os correspondan y hagan corresponder con todos los derechos y las demás cosas anexas y pertenencias á dichos oficios y os guarden y hagan guardar todos los honores, gracias, libertades, preeminencias, prerrogativas, exenciones, inmunidades y todas las demás cosas y cada una de ellas que por razón de dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador debeis tener y se os deben guardar en todo cumplidamente; de manera que no falte cosa alguna y que no os pongan dificultad alguna en todo lo referido ni parte de ello, ni consientan que se ponga; porque vos, por esta nuestra carta desde ahora para entonces os hacemos gracia de dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador perpetuamente, para siempre jamás, y os damos la posesión de los referidos oficios y de cada uno de ellos y

plena autoridad para usarlos y ejercerlos, llevar los derechos y salarios á ellos y á cada uno de ellos, pertenecientes según queda dicho, sobre todo lo cual si tuviereis por necesario y lo pidiereis, mandamos á nuestro canciller, notarios y á los demás oficiales de nuestros sellos, que os den, expidan y sellen nuestra carta de privilegio, la más firme, valedera y bastante que pidiereis y hubiereis menester, y ninguno sea osado contravenir á lo referido, pena de nuestra desgracia, de 30 ducados contra cualquiera que contraviniere á ello. Y asimismo mandamos á los que fueren requeridos con esta nuestra carta, que citen á los que contravinieren que comparezcan en nuestra corte donde á la sazón estuviéremos, dentro de 15 dias, primeros siguientes al de la citación, bajo la dicha pena, y también debajo de ella mandamos á cualquier notario público que fuere llamado para lo referido, que dé testimonio signado con su signo para que Nos sepamos cómo se cumple nuestro mandato. Dada en nuestra ciudad de Granada á 30 de Abril del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1492.—*Yo el Rey.—Yo la Reina.*— Yo. Juan de Coloma, secretario del Rey y de la Reina, Nuestros Señores, la hice escribir por su mandado: Notada en forma, Rodericus, doc-

tor; registrada, Sebastián de Olano, Francisco de Madrid, Canciller.»

«Y ahora porque ha sido Dios servido de que vos hayais hallado muchas de las dichas islas y por que esperamos con su favor y ayuda que hallareis, y descubrireis otras y la tierra firme en el dicho mar Occéano y en las partes de las referidas Indias, me suplicáisteis y pedisteis por merced, que os confirmásemos el dicho nuestro privilegio de suso inserto y la merced contenida en él para que vos y vuestros descendientes y sucesores, uno después de otro y después de vuestros días, podais tener y tengais los dichos oficios de Almirante, virrey y gobernador del dicho mar Occéano é islas y tierra firme, así de lo que habeis descubierto y hallado, como de lo que descubrireis y hallareis en adelante, con todas las facultades, preeminencias y prerrogativas, que han gozado y gozan los Almirantes, virreyes y gobernadores que ha habido y hay en nuestros Reinos de Castilla y León, y que os acudan con todos los derechos y salarios anexos y pertenecientes á dichos oficios concedidos y conservados á nuestros Almirantes, virreyes y gobernadores, y que proveamos sobre lo referido conforme nuestra merced fuese. Y Nos, teniendo en consideración el riesgo y peligro en que por nuestro servicio os pusisteis en ir á buscar

y descubrir las referidas islas y el en que ahora os poneis en ir á buscar y descubrir otras otras islas y tierra firme de que somos y esperamos ser bien servidos; y por haceros gracia y premiaros. Por la presente os confirmamos á vos y á vuestros hijos y descendientes, y sucesores, uno después de otro ahora y para siempre los dichos oficios de Almirante de dicho mar Occéano, virrey y gobernador de las dichas islas y tierra firme que habeis hallado y descubierto, ó que por vuestro ingenio se hallaren y descubrieren en adelante en las partes de las Indias, y es nuestra voluntad, que vos y despuès de vuestros días vuestros hijos y descendientes y sucesores, uno después de otro ahora y para siempre tengais los dichos oficios de nuestro Almirante del dicho mar Océano que es nuestro, el cual empieza desde la línea que hemos hecho tirar desde las islas de los Azores hasta las islas de Cabo verde, desde el Norte á Mediodía de polo á polo, de manera que todo lo que está desde la referida línea hácia Occidente es nuestro y nos pertenece, y así os hacemos y creamos Almirante y tambien á vuestros hijos y sucesores uno después de otro, de todo lo referido perpétuamente: y así mismo os hacemos nuestro virrey y gobernador y después de vuestros días, á vuestros hijos, descendientes

y sucesores, uno después de otro de las dichas islas, y tierra-firme descubiertas, y que se descubrieren en el dicho mar Occéano, en la parte de las Indias, como va dicho, y os damos la posesión de todos los dichos oficios, de Almirante, virrey y gobernador, para siempre jamás, con comisión y autoridad de que podais usar y ejercer el oficio referido de nuestro Almirante en el dicho mar, en todas aquellas cosas en la forma y manera, y con las prerrogativas y preeminencias, derechos y salarios que han usado y usan han gozado y gozan, los nuestros Almirantes de los mares de Castilla y de León, y así en las dichas islas y tierra firme ya descubiertas, como en las que adelante se descubrieren en dicho mar Océano, en las dichas partes de las Indias, para que los poblad ores de todo ello sean mejor gobernados, y os damos la referida autoridad y facultad, para que podais, como nuestro virrey y gobernador, vos ó vuestros tenientes, jueces, capitanes y otros oficiales, que para lo expresado creareis, usar de la jurisdicción civil y criminal, alta, y baja, mero, ó mixto imperio, y que podais remover los dichos oficiales y poner otros en su lugar, siempre que sea vuestra voluntad y que os parezca conveniente á nuestro servicio, los cuales puedan oir sentenciar y determinar todos los pleitos y causas ci-

viles y criminales que ocurrieren y se movieren en dichas islas y tierra firme, y tengan y lleven los derechos y salarios acostumbrados en nuestros Reinos de Castilla y León, anexos, y pertenecientes á dichos oficios, y Vos nuestro virrey y gobernador, podeis oir y juzgar todas las dichas causas y cada una de ellas, siempre que sea vuestra voluntad, en primera instancia, por via de apelación, ó por simple querella, y conocerlas, determinarlas y definirlas; como nuestro virrey y gobernador; y podais hacer y hagais vos y los dichos vuestros hijos, todas las diligencias razonables, y las demás cosas pertenecientes á los dichos oficios de virrey, y gobernador y que vos y vuestro teniente y oficiales que nombráreis para esto, podais tener conocimiento de ellos y usar los términos que tuviéreis por convenientes á nuestro servicio y á la administración de justicia, todo lo cual podais y puedan hacer y ejecutar con justa ejecución, y con efecto, como podrian y deberian hacerlo si fuesen nombrados por Nos, á los dichos oficiales. Pero nuestra voluntad es, que las cédulas y patentes que concediéreis, se den y despachen en nuestro nombre diciendo: *Don Fernando y Doña Isabel Rey y Reina, de Castilla, León, etc.*, y que vayan selladas con nuestro sello, el cual os haremos dar para dichas islas y tierra firme; y

mandamos á todos los vecinos y habitantes y a las demás personas que se hallaren en dichas islas y tierra firme que os obedezcan como á nuestro virrey y gobernador de ellas, á los que anduvieren por los dichos mares, arriba declarados, que os obedezcan como á nuestro Almirante del dicho mar Occéano y ejecuten vuestras cartas, y mandamientos y se unan con vos y vuestros oficiales para ejecutar nuestra justicia y os den y os hagan dar todo el favor y ayuda que les pidiereis y que necesitareis, debajo de las penas que les impusiereis, las cuales Nos, por las presentes les imponemos y os damos facultad para ejecutarlas en sus personas y bienes y asimismo es nuestra voluntad que si viéreis que conviene á nuestro servicio y á la ejecución de nuestra justicia, que las personas que estuvieren en dichas Indias y tierra firme, salgan y no entren ni estén en ellas y que vengan y se presenten ante Nos, podais mandárselo de nuestra parte y hacerlos salir de dichas islas, á los cuales Nos por la presente mandamos salgan prontamente de ellas y ejecuten y pongan por obra todo lo referido sin buscar excusa ó consultar sobre ello, ni esperar tener otra carta ó mandamiento nuestro; sin embargo, de cualquiera apelación ó súplica, que hagan ó interpongan de vuestro mandamiento, para todas

las cosas referidas y todas las demás debidas y pertenecientes á dichos oficios de nuestro Almirante, virrey y gobernador, os damos facultad bastante, con todas sus incidencias, dependencias y emergencias, anexo y conexo y mandamos á nuestro Chanciller y notarios y á los otros oficiales que están á la mesa de nuestros sellos, qne si quisiereis os den, expidan, pasen y sellen nuestra carta de privilegio sobre todas las cosas referidas, con las mayores fuerzas y firmezas y como vos la pidiereis y necesitáreis; y ninguno sea osado de hacer cosa alguna en contrario, so pena de nuestra desgracia y de 30 ducados para nuestra Cámara, á cada uno que lo contrario hiciere, y demás de esto mandamos, que á la persona que se le mostrare esta nuestra carta, los emplace para que comparezcan ante Nos, en nuestra corte, donde estuviéremos, dentro de 15 días primeros, siguientes con la misma pena y debajo de la misma mandamos á cualquier Notario que para este efecto fuere llamado, que dé testimonio, signado con su signo, para que Nos sepamos cómo se ejecuta nuestro mandato. Dado en la Ciudad de Barcelona, á 28 de Mayo del año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de 1493 —*Yo el Rey.*—*Yo la Reina.*—Yo Fernando Alvarez de Toledo, secretario del Rey, y de la Reina, Nues-

tros Señores, la hice escribir por su mandado.—Pedro Gutierrez, Chanciller.—Derechos de Sello, y de registros, nada, acordado Rodericus, doctor, registrada. Alfonso Pérez.

CAPITULO XLIV.

Cómo el Almirante partió de Barcelona á Sevilla, y de Sevilla á la Española.

Proveido dc todo lo necesario, para la población de aquellas tierras, partió el Almirante de Barcelona á Sevilla, por Junio, y luego que llegó, dió tanta prisa á la expedición de la armada que los Reyes Católicos le habían encargado; que en breve tiempo se aprestaron 17 navíos, grandes y pequeños, proveídos de muchos bastimentos y de todas las cosas é ingenios que parecían necesarios para poblar aquellas tierras, como oficiales de todas artes, hombres de traba-

jo y labradores, y habían concurrido tantos caballeros, hidalgos y otra gente honrada, á la fama del oro y de las otras cosas nuevas de aquellas tierras, que fué necesario reformar el número y no dar licencia á que tanta gente se embarcára, por lo menos hasta que se viese, en alguna manera, como iban las cosas en aquellas partes y hasta que todo, en alguna manera, se acomodase bien que no pudo estrecharse tanto el numero de la gente, que estaba para entrar en la armada que no llegase á mil y quinientas personas entre grandes y chicos y algunos llevaban caballos, borricos; y otros animales que fueron de gran utilidad y ayuda para la población de aquella tierra.

Con este aparato se hizo á la vela el Almirante, en el canal de Cádiz, donde la armada se habia puesto en orden á 25 de Septiembre del año de 1493, estando yo, y mi hermano presentes, y tomó su viaje á Sudoeste por las islas de Canaria, con intención de tomar en ellas refresco de las cosas necesarias, y así, con buen tiempo, á 28 de Septiembre, á cien leguas de España, llegaron al navío del Almirante muchas aves de tierra y tórtolas y otros pajarillos pequeños que parecía iban de paso á invernar á Africa, y que venían de las islas de los Azores; siguiendo su viaje llegó á la Gran Canaria á 11 de Octu-

bre, donde surgió, y á media noche volvió á dar la vuelta para ir á la Gomera, donde llegó el sábado 5 de Octubre y ordenó con gran presteza, que se tomase todo cuanto necesitaba la armada.

CAPÍTULO XLV.

Cómo el Almirante partió de la Gomera, y atravesando el Occéano, halló las islas de los Caribes.

El lunes 7 de Octubre siguió el Almirante su camino á las Indias, dando antes á cada navío una comisión cerrada y sellada, en que mandaba que no la abriesen, sino es que se apartasen de él con tempestad, porque dándoles en aquella carta noticia del viaje que habían de hacer á la ciudad de la Navidad, en la Española no quería que sin gran necesidad fuese sabido de ninguno aquel viaje, y así navegando con próspero viento, el jueves á 24 de Octubre, estando como á cosa de 400 leguas, al Occidente de la Gome-

ra no halló la yerba que habían encontrado en el primer viaje á las 250 leguas; y no sin admiración de todos venía al navío aquel día y los dos siguientes una golondrina á visitar la armada, y el mismo sábado, en la noche, fué visto San Telmo con siete luces encendidas; en la gabia, mucha lluvia y grandes truenos; quiero decir que se veían las luces, las cuales afirmaban los marineros ser el cuerpo de San Telmo, por lo cual le cantan muchas letanías y oraciones, teniendo por cierto que en la tempestad que él aparece ninguno puede peligrar. Sea lo que fuere, yo me remito á ellos, porque si creemos á Plinio, algunas veces aparecían semejantes luces en las tempestades de mar á los marineros romanos, y decían que era Castor y Polux, de que hace también mención Séneca, al principio del primer libro de los *Naturales*; pero volviendo á nuestra historia, digo: Que viendo el Almirante gran mudanza en los cielos y en los vientos, el sábado 11 de Noviembre, y considerando también lo alborotado de las olas y las grandes lluvias, tuvo por cosa cierta hallarse vecino á tierra, y con esta opinión hizo quitar la mayor parte de las velas, y ordenó que toda la gente hiciese buena guardia aquella noche, no sin justa causa, pues al amanecer vieron tierra al Loeste, siete leguas distante de la armada, que era una isla

alta y montuosa, á quien puso por nombre Dominica, por haberla descubierto el domingo por la mañana, y de allí á poco vió otra isla al Lordeste de la Dominica; después vió otra, y otra al Norte, y por el favor que Dios los hacía, cantó la Salve toda la gente en las popas de los navíos y otras oraciones y versos, cantados con mucha devoción, y daban muchas gracias á Dios de que á los veinte días de haber partido de la Gomera hubiesen llegado á la dicha tierra, cuya distancia juzgaban sería de 750 á 800 leguas y porque en la costa de Levante de la Dominica no hallaron sitio conveniente donde dar fondo, atravesaron á otra isla, á la cual llamó *Marigalante*, el Almirante porque se llamaba así la Nao Capitana, donde habiendo desembarcado, confirmó solemnemente la posesión en nombre de los Reyes Católicos, de las islas y tierra firme que había tomado en el primer viaje.

CAPÍTULO XLVI.

Cómo el Almirante descubrió la isla de Guadalupe, y lo que vió en ella.

Lunes, á 4 de Noviembre, partió el Almirante de la referida isla de *Marigalante*, la vuelta del Norte á otra isla grande que llamó *Nuestra Señora de Guadulupe*, por devoción y ruegos de los monjes de aquella casa, á los cuales había prometido poner á alguna isla el nombre de su monasterio. Tres leguas antes de llegar á esta isla, vieron una roca altísima que remataba en punta, de la cual salía un golpe de agua, según les pareció, tan grande como una gran bota, la cual caía con tanto rumor y fuerza que se oía en los navíos, aunque algunos decían era veta blan-

ca en la roca, según la blancura del agua por su áspera caída y precipicios. Después de surtos fueron á tierra á reconocer un pueblo que se veía desde la orilla, en que no hallaron ningún indio, porque todos habían huido al monte, sino es algunas criaturas, en cuyos brazos ataron algunos cascabeles para asegurar á sus padres cuando volviesen; hallaron en las casas muchos gansos, semejantes á los nuestros, muchos Papagayos con plumas azules, verdes, blancas y rojas del tamaño de los gallos comunes, también hallaron calabazas. y cierta fruta que parecía piñas verdes como las nuestras, bien que mucho mayores y llenas por dentro de una carne que parecía melón, muy olorosa y suave, nacen en matas por los campos, como de lirios ó aloes, aunque son mejores las que se cultivan, como se supo después; vieron también muchas yerbas y frutas diferentes de las nuestras, camas de redes de algodón, arcos y flechas y otras cosas á que no tocaron los nuestros, para que los indios se asegurasen más de los cristianos; pero lo que más les maravilló fué haber hallado una Tartera de hierro, aunque yo imagino que por ser los cantos y piedras de aquella tierra cocidas de color de lucidísimo hierro, alguno que la vió de repente, creyó lijeramente, con poco juicio, que era de hierro no siéndolo, pues des-

de entonces hasta hoy jamás se ha hallado cosa de hierro entre aquella gente, ni yo se lo oí decir al Almirante, y tengo para mí, que notando lo que sucedía, y lo que le decían alguno lo escribió como se lo contaban los que habían ido á tierra; pero áun cuando fuese de hierro no habría de qué maravillarse, porque siendo los indios de aquella isla de Guadalupe Caribes, y corriendo robando hasta la Española, pudieron tener aquella Tartera de los cristianos ó de otros indios de la Española, y también pudo ser que se hubiesen llevado el cuerpo de la nave que perdió el Almirante, á sus mismas casas para valerse del hierro, ó el costado de ella ú otro navío roto, que los vientos y corrientes hubiesen llevado á aquellos lugares, desde nuestras costas; pero sea lo que fuere, aquel día no tocaron á la Tartera ni á otra cosa y se volvieron á los navíos.

El día siguiente, martes 5 de Noviembre, volvió á enviar el Almirante dos barcas á tierra á ver si podía tomar alguna persona que les diese nuevas del país y le informase de la distancia y hácia donde caía la Española; volvió cada barca con un indio mozo, y ambos dijeron que no eran de aquella isla, sino de otra llamada Borichen, hoy San Juan, y que los habitantes de aquella isla de Guadalupe eran Caribes, y los habían preso en su misma isla; y de allí á

poco que volvieron las barcas, á recoger algunos cristianos que habían dejado en tierra, hallaron con ellos seis mujeres que huyendo de los Caribes habían venido á su amparo, y voluntariamente se venían á los navíos, pero el Almirante, por asegurar la gente de la isla, no quiso retenerlas en los navíos, y dándolas algunas sartas de vidrio y cascabeles, las hizo volver á tierra; cuya acción no fué de poca prudencia, porque al instante que las echaron á tierra los Caribes las quitaron cuanto el Almirante las había dado, por lo cual, ó por odio ó miedo que tenían á aquellos Caribes, poco después que volvieron las barcas, á hacer agua y leña, se entraron en ellas las indias, rogando á los marineros que las llevasen á los navíos, diciéndoles por señas que la gente de aquella isla comía hombres y las tenía esclavas y que no querían quedarse con ella; de modo que, movidos los marineros á sus ruegos, las volvieron á traer á los navíos con otras dos criaturas y un muchacho que se había escapado de los Caribes, eligiendo por más seguro entregarse á gente que jamás había visto y tan extraña de su nación, que quedar entre aquellos que manifiestamente eran terribles y crueles y los habían comido sus hijos y maridos; que á las indias no las matan ni las comen, sino las tie-

[illegible] y [illegible] [illegible] á la parte de Mediodía [illegible] [illegible] [illegible]

sen á buscarlos y cada uno llevase una trompeta y algunos arcabuces para que los oyesen; pero también estos se volvieron á los navíos, habiendo andado todo el día por la isla como perdidos, sin haberlos encontrado ni traer nueva alguna de ellos; viendo el Almirante que era jueves por la mañana, y que desde el martes hasta entonces no se había sabido nada de ellos, y que habían salido sin licencia, quiso seguir su viaje, ó por lo menos hizo señal de querer seguirle, para que con esto temiesen otros el castigo; pero por los ruegos de algunos amigos y parientes de los referidos, se detuvo, y entretanto mandó hacer agua y leña en los navíos y que la gente lavase su ropa, y envió al capitán Ojeda con cuarenta hombres, para que, además de buscar los descarriados, se informasen de los secretos del país, en el cual halló maíz, aloe, sándalo, gengibre, incienso y algunos árboles, que en el olor y el sabor parecían de canela, mucha abundancia de algodón y bastantes Alcones y vieron á dos de ellos cazar y perseguir á las otras aves; también vieron garzas reales, milanos, palomas, tórtolas, perdices, gansos, ruiseñores y cornejas), y afirmaron haber pasado veintiseis ríos en seis leguas que anduvieron, dándoles en muchos el agua á la cintura; aunque yo me persuado que por la aspe-

reza de la tierra pasasen muchas veces un mismo río En tanto que estos andaban maravillados de ver estas cosas y otras cuadrillas por la isla, buscando los perdidos, vinieron ellos á los navíos sin que ninguno los hubiera hallado, el viernes á 8 de Noviembre, diciendo que la espesura de los bosques era causa de haberse perdido. El Almirante entonces, por dar algún castigo á su temeridad, mandó poner al capitán en la cadena, y quitar á los demás parte de la ración que se les daba, y después salió á tierra y vió en algunas casas de todas las cosas referidas y sobre todo mucho algodón hilado y por hilar, telares para tejerlo, y muchas cabezas de hombres colgadas, y cestos de huesos de muerto. Dicen que estas casas eran las mejores y más abundantes de bastimentos y de las demás cosas necesarias al uso y servicio de los indios, y que en el primer viaje no habían visto en las demás islas, otras semejantes.

CAPITULO XLVII.

Cómo el Almirante partió de la isla de Guadalupe, y de algunas islas que encontró en el viaje.

Domingo á 5 de Noviembre, hizo levar las anclas el Almirante, y navegó á lo largo de la costa de Guadalupe, hácia Norueste, para ir á la Española; llegó á la isla de Monserrate, á la cual dió este nombre por su altura, y supo de los indios que llevaba consigo, que los Caribes la habían despoblado, comiéndose la gente. De allí pasó á *Santa María la Redonda,* llamada así porque era tan redonda y lisa que parecía que no podía salirse de ella sin escalera, á la cual llamaban los indios *Ocamaniro*; después

fué á la de Santa María de la Antigua, que los indios llamaban *Jamaica*, la cual es una isla de más de 27 leguas de costa, y siguiendo su viaje hácia el Norueste, se veian muchas islas situadas á la parte del Norte y corrientes al Norues, Sueste, todas muy altas y de grandísimas selvas de árboles; dieron fondo en una de ellas y la llamaron *San Martín*; y sacaban pedazos de coral pegados á las áncoras, con que tuvieron esperanzas de que habían de hallar cosas de utilidad en aquellas tierras; pero aunque el Almirante deseaba saberlo todo, quiso seguir su viaje á la Española, por socorrer á los que allí había dejado; mas por violencia del tiempo surgió el jueves 14 de Noviembre en una isla en la cual mandó coger algún indio para saber dónde se hallaba; y mientras el batel volvía á la Armada trayendo cuatro indias y tres niños que había preso, encontró una Canoa, en que iban cuatro indios y una india, los cuales viendo que no podían huir bogando, se previnieron para defenderse, é hirieron á dos cristianos con las flechas, tirándolas con tanta fuerza y destreza, que la india pasó de parte á parte un broquel; pero embistiéndola impetuosamente el batel, volcó la Canoa, y nadando los prendieron á todos, aunque uno tiraba tantas flechas como si estuviese en tierra; tenían cortado el miembro viril, por-

que cuando los cautivan los Caribes en otras islas, los capan para que engorden, como nosotros usamos de engordar los capones para que sean más sabrosos. De aquí partió el Almirante siguiendo su camino al Sues Norueste, donde halló más de 50 islas que dejó al Norte, y llamó á la mayor *Santa Úrsula*; á las otras, las *Once mil Vírgenes*; después aportó á la isla que llamó *San Juan Bautista*, que los indios llamaban *Boriquen*, y surgió con la armada en una canal de ella á Occidente, donde pescaron muchos peces, algunos como los nuestros, y vieron halcones y parras silvestres, y mas hácia Levante fueron unos cristianos á ciertas casas de indios que según su costumbre estaban bien fabricadas, las cuales tenían la plaza y la salida hasta el mar, y la calle muy larga, con torres de caña á ambas partes, y lo alto estaba tejido con bellísimas labores de plantas y yerbas como están en Valencia los jardines, y lo último hácia el mar era un tablado en que cabían diez ó doce personas, alto y bien labrado.

CAPITULO XLVIII.

Cómo el Almirante llegó á la Española y supo la muerte de los cristianos.

El viernes á 22 de Noviembre, llegó el Almirante, por la parte del Norte á la Española y al instante envió á la tierra de Samana uno de los indios natural de ella, que llevaba de Castilla convertido ya á nuestra fe, el cual se ofreció á reducir á todos los indios al servicio y paz de los cristianos, y siguió el Almirante su viaje hácia la villa de Navidad. Cuando llegó al cabo del Angel, vinieron algunos indios deseosos de rescatar con los cristianos y pasando á dar fondo al puerto de Monte-Cristo una barca que fué á tierra, encontró dos hombres muertos jnnto á

un rio, uno que parecía mozo y otro viejo que tenía al cuello una soga de esparto, que es cierta yerba, y los brazos estendidos, y atadas las manos á un palo, en forma de cruz; pero no pudieron los que iban en ella distinguir si eran indios ó cristianos, de que tomaron mal agüero. El día siguiente que fué á 26 de Noviembre, volvió el Almirante á enviar á muchas partes de tierra, y vinieron los indios á hablar con los cristianos muy amigable y atrevidamente, y tocando los jubones y las camisas de los nuestros, decían: *Camisa, jubón,* dando á entender que sabian los nombres, esto aseguró al Almirante de la sospecha que tenia de aquellos hombres muertos juzgando que si hubiesen hecho los indios alguna ofensa á los cristianos que habia dejado allí, no se atreverían á venir con tanto atrevimiento y sin miedo á los navios; pero el día siguiente, estando ya surto cerca de la boca del puerto, después de media noche, llegó una canoa y preguntó por el Almirante, y habiéndole avisado, mandó que entrasen los indios que allí estaban pero no quisieron entrar, diciendo que no entrarían sino le veían y conocian; de manera que se vió precisado el Almirante á salir á bordo á oirlos y luego entraron dos que llevaban dos máscaras en la cabeza y se las dieron al Almirante de parte del cacique Guacanagari, diciéndole que

se le encomendaba mucho; y preguntándoles el Almirante por los cristianos que había dejado allí, le respondieron que algunos habian muerto de enfermedad y otros se habían dividido de la compañía, y otros se habian ido á otras tierras y que tenían á cuatro ó cinco mujeres, pero aunque se coligiese del modo de hablar, que todos ó la mayor parte eran muertos, no obstante pareciéndole al Almirante que por entonces no debía hacer otra cosa, volvió á enviar á los indios con un presente para Guacanagari, y para ellos, y se fueron aquella noche.

CAPÍTULO XLIX.

Cómo el Almirante fué á la isla de Navidad y la halló quemada y despoblada, y cómo habló con el Rey Guacanagari.

El jueves 28 de Noviembre, á hora de vísperas, entró el Almirante con su armada, en el puerto que está delante de la villa de la Navidad y la halló toda quemada, sin que aquel día viesen por todo aquel contorno persona alguna, y al otro día desembarcó el Almirante con gran dolor de ver las casas y la fortaleza abrasadas y las casas de cristianos estaban derrotadas, como otras cosas y como si fuese pais saqueado, más no había ninguna persona á quien pregun-

tar: entró el Almirante con algunos bateles en un rio vecino, y en tanto que andaba por él, mandó limpiar el pozo de la fortaleza, creyendo que se hallase en él oro, porque al tiempo de su partida, temiendo lo que pudiese suceder, había mandado, á los que quedaban allí, que echasen en aquel pozo todo el oro que tuviesen, pero no se halló nada, ni el Almirante, en todo lo que corrió con los bateles, pudo coger indio alguno, porque todos huían de sus casas á los montes, y no habiendo hallado más que algunos andrajos, de los vestidos de los cristianos, se volvió á la Navidad. No lejos de la plaza hallaron después otros tres muertos y conocieron eran cristianos, en algunos vestidos y parecían cadáveres de un mes; andando los cristianos por allí buscando vestigios ó algunos papeles de los muertos, vino á hallar el Almirante á un hermano del cacique Guacanagari con algunos indios; los cuales ya sabían decir algunas palabras españolas y conocían y llamaban por sus nombres á los cristianos que habian quedado en aquel sitio; éstos dijeron que los cristianos empezaron á tener pendencias y discordias entre sí yá robar cada uno mujeres y todo lo que podían, por lo cual sucedió que Pedro Gutierrez y Escobedo, mataron á uno que se llamaba Jacobo, y después habían ido con otros y sus mujeres

á un cacique que llamaban Caonabo, que es señor de las minas, el cual les hizo dar muerte y después de muchos días, fué á la Navidad con mucha gente, donde no había más que Diego de Arana y diez personas que perseveraron con él para guardia de la fortaleza, porque los demás estaban esparcidos por diferentes partes de la isla y habiendo llegado Caonabo de noche á la Navidad atacó las casas con fuego, donde estaban los cristianos con las mujeres, de los cuales ocho huyeron temerosos al mar, donde se ahogaron y tres murieron en tierra, aunque no decían dónde, y que el mismo Guacanagari, peleando por defender, á los cristianos de Caonabo, fué herido y huyó: esta relación estaba conforme á la que traían otros cristianos y que el Almirante había enviado á saber las novedades de la tierra y habían llegado al pueblo principal, donde estaba malode una herida Guacanagari y este motivo dió de no haber podido ir á visitar al Almirante y á darle cuenta de lo que sucedió á los cristianos, entre los cuales decía que luego que el Almirante partió á Castilla, empezaron á nacer discordias, porque cada uno quería rescatar el oro por sí y tomar las mujeres que le parecía, no contentos con lo que el mismo Guacánagari les daba, y ofrecia dar, antes se dividieron en muchas cuadrillas y varias partes y que habiéndose juntado

algunos vizcainos, llegaron á un lugar donde todos fueron muertos; que esta era la verdad de lo que había sucedido, y lo que podían contar al Almirante, y envió a rogarle por los mismos cristianos, que fuese á visitarle, pues se hallaba en tan mal estado, que no podía salir de casa; así lo hizo el Almirante y el día siguiente fué á verle y el cacique le contó con señales de gran sentimiento, lo que había sucedido, como se ha expresado, añadiendo que él y los suyos, habían sido heridos por defender á los cristianos y así parecia de las heridas, pues no eran hechas con armas de cristianos, sino con azagayas y flechas con espinas de peces, por puntas que ellos usan, después de haber hablado algún rato, dió el cacique al Almirante ocho ceñidores de cuentecillas de piedras blancas, verdes y coloradas, y otro ceñidor, trabajado de oro y una corona real tambien de oro y tres calabacillas llenas granos y pedacillos de oro, que todo podía pesar cuatro marcos y el Almirante en recompensa le dió muchas cosillas, que todas valían tres reales, y fueron tan estimadas del cacique, como si valiesen mil, y aunque se hallaba gravemente enfermo, qniso ir con el Almirante á ver la armada donde se le hizo mucha fiesta y le gustaron mucho los caballos de quien ya le habían dado noticia los españoles, y porque alguno de los

que habían muerto debía haber hablado mal de nuestra santa fe diciendo era vana, necesitó el Almirante de confirmarle en ella, y quiso después que trujese al cuello una imagen de Nuestra Señora, que no había querido recibir antes.

CAPITULO L.

Cómo el Almirante dejó el puerto y ciudad de la Navidad, y fué á poblar la que llamó Isabela

Considerando, pues, el Almirante la desgracia de los cristianos perdidos y la infelicidad que había tenido en la tierra y en el mar de aquel país, donde por una parte había perdido el navío, y por otra la gente y la fortaleza, y que no lejos de allí había otros lugares más convenientes y mejores para poblar, navegó con la armada, sábado 7 de Diciembre, á la banda de Levante, donde llegó por la tarde, no muy lejos de las islas de Monte-Cristo; á donde echó las áncoras, y el día siguiente, estando ya sobre Monte-Cristo, pasó entre aquellas siete islas bajas,

de que hemos hablado, que aunque tenían pocos árboles eran hermosos, pues en aquel tiempo que era invierno, se hallaron flores, nidos con huevos, y otros con pollos y todo cuanto hay en verano.

De aquí fué á dar fondo á un pueblo de indios, donde, con determinación de hacer casas, desembarcó con toda la gente, bastimentos é ingenios que traía en la armada, en una llanura cerca de una balsa, en la cual podía fabricarse segura y cómodamente, una fortaleza, y allí fabricó una villa, que llamó la Isabela, en memoría de la Reina doña Isabel. Tuvieron por muy bueno este sitio, porque el puerto era muy grande, aunque descubierto al Noroeste; tenía un bellísimo río á un tiro de ballesta, de que podían sacar canales de agua, que pasasen por medio de la ciudad, y demás de esto se extendía una grande y hermosa llanura, á la cual decían los indios que estaban muy cercanas las minas de Cibao.

Estas razones instaban al Almirante á poner en orden la población, y unida su prisa á lo que había padecido en el mar, no sólo no tuvo lugar de escribir diariamente, según su costumbre, lo que sucedía, sino que cayó enfermo é interrumpió lo que escribía, desde el día 11 de Diciembre hasta 12 de Marzo de 1494, en cuyo

tiempo, después de tener ordenadas las cosas de la población lo mejor que podía, envió en el mes de Enero á Alonso de Ojeda á buscar las minas de Cibao, y á 11 de Febrero se volvieron á Castilla doce navíos de la armada con el capitán Antonio de Torres, hermano del ama del príncipe D. Juan, hombre de gran honra y juicio, de quien se confiaban mucho los Reyes Católicos y el Almirante.

De allí á pocos días volvió Ojeda con relación de su viaje, diciendo que al segundo día de su partida durmió en un puerto dificultoso de pasar, y que después de legua en legua, hallaba un Cacique y todos le habían recibido con mucha cortesía, y al sexto día había llegado á las minas de Cibao, donde al punto los indios habían sacado oro de un riachuelo, como solían hacer en otros muchos de la provincia, en la cual afirmaban que había gran abundancia de oro.

El Almirante, que ya estaba bueno, se alegró mucho con estas noticias y determinó andar por la tierra y ver la disposición de la región para saber lo que era necesario hacer en ella así salió de la Isabela el miércoles á doce de Marzo á Cibao á ver las minas con toda la gente que se hallaba sana, así de á pié como de á caballo, dejando buena guardia en las dos na-

ves y tres carabelas que habían quedado de la armada y hecho meter en la capitana todas las municiones y armas de los otros navíos, para que ninguno pudiese alzarse con ellas, como habían intentado hacer algunos, mientras él estaba enfermo; porque muchos habían ido á aquel viaje, creyendo que al instante que saltasen en tierra habían de cargar de oro y volverse, (siendo así que aunque el oro se busca allá y se recoge, cuesta mucha fatiga, industria y tiempo) pero como no les había sucedido como pensaban, estaban muy descontentos y cansados por esto y por la fábrica de la nueva villa y las desazones y enfermedades que les ocasionaban el aire, la calidad del nuevo país y la mudanza del alimento, intentaron secretamente rebelarse y dejando la obediencia del Almirante, tomar por fuerza aquellos navíos y volverse con ellos á Castilla. Era cabeza de los revoltosos Bernardo de Pisa, capitán de justicia de la corte, que había ido al viaje por contador del Rey, por cuyo respeto, cuando el Almirante lo supo no quiso darle más castigo que ponerle en prisión en un navío con propósito de enviarle á Castilla con el proceso de su crimen, que no solo contenía el de la sublevación, sino el de haber escrito falsameute algunas cosas contra el Almi-

rante que había hallado escondidas en cierto lugar del navío.

Ordenadas todas estas cosas y dejando personas en tierra y mar, que con su hermano don Diego Colón atendiesen al gobierno y guardia de la armada, tomó su camino á Cibao, llevando consigo todas las herramientas y demás cosas necesarias para fabricar una fortaleza, y conservar pacífica aquella provincia, y para que estuviesen seguros de cualquier insulto é injuria que los indios intentasen, los cristianos que se quedasen para recoger el oro, y por meterlos más miedo y quitarlos la esperanza de poder, estando presente el Almirante, hacer lo que habían hecho contra Arana y los 38 cristianos que habían quedado con él, llevó consigo entonces toda la gente que podía, para que en sus mismos pueblos conociesen el poder de los cristianos y comprendiesen que cuando por aquella tierra hiciesen algún daño á los cristianos que caminaban solos, tenían los demás poder para castigarlos; y por mayor ostentación y muestra, llevaba por todos los lugares armada y puesta en orden la gente, como cuando se va á la guerra, con cajas y trompetas, y las banderas desplegadas. Caminando de este modo pasó aquel río, que estaba á tiro de escopeta de la Isabela, y una legua más adelante pasó otro más pequeño, y fué á dormir

aquella noche tres leguas distante de la Isabela en un lugar muy llano, con campos hermosísimos que llegaban hasta el pié de un puerto ó montaña áspera, que tendría de alto dos tiros de ballesta, á que puso por nombre el *Puerto de los Hidalgos*, porque fueron delante del ejército algunos á disponer se hiciese camino: y este fué el primer puerto que se hizo en las Indias, porque los indios hacen los caminos tan angostos, que solo puede pasar un hombre por ellos.

Atravesado este puerto, bajó á una gran llanura, por la cual caminó el día siguiente cinco leguas y fué á dormir cerca de un gran rio, que la gente pasó en balsas y Canoas; llamó á este río, que iba á desembocar á Monte-Cristo, *Rio de las Cañas*, pasó en este viaje por muchos pueblos, cuyas casas eran redondas, cubiertas de paja, con una puertecilla que era menester bajarse mucho para entrar en ellas, luego que entraban en aquellas casas algunos de los indios que el Almirante llevaba consigo, tomaban lo que querían de lo que había en ellas, de que no se disgustaban los dueños, como si fuesen cosas comunes, y del mismo modo los indios de aquella tierra, llegándose á los cristianos, les quitaban lo que les parecía, creyendo también había esta costumbre entre ellos; pero no duró mucho este engaño, porque presto hallaron lo contrario; pa-

saron en este camino, montes llenos de selvas muy hermosas que tenían parras silvestres, árboles de aloes y de canela selvática y otros que llevan la fruta como higos y el pié era muy gordo y tenían las hojas como manzano, de los cuales se dice que se hace la Escamonea.

CAPITULO LI.

Cómo el Almirante fué á la provincia de Cibao, donde halló las minas de oro y fabricó la fortaleza de Santo Tomás

Partió el Almirante del rio de las Cañas el viernes 14 de Marzo, y á legua y media halló el rio que llamó del Oro, porque al pasarle cogieron algunos granos de este metal; pasóle con alguna dificultad y llegó á uu pueblo grande, de cuya gente huyó alguna parte á los montes, y la otra se hizo fuerte en sus casas atravesando en las puertas cañas, como si fuese una gran defensa, para que no entrase alguno,pues según la costumbre que tenian, ningún indio se atrevía á entrar por la puerta donde había semejantes barras: de aquí pasó el Almirante á otro bellísimo rio

que llamó *Rio Verde*, cuyas riberas estaban cubiertas de guijarros redondos muy limpios, y allí pasó la noche; al día siguiente continuando su camino, pasó por otros grandes pueblos, en los cuales estaban atravesados á las puertas palos somo los otros que hemos dicho, y porque la gente y el Almirante iban cansados, pararon aquella noche al pié de una montaña que llamó *Puerto de Cibao*, porque en pasándole, empieza la provincia de Cibao, y desde ésta á la primera montaña que habían pasado, hay once leguas caminando al mediodía.

Al otro día caminó por una senda, en que con dificultad, necesitaron de pasar los caballos de diestro, y desde aquí envió algunos mulos á la Isabela, á traer pan y vino, porque empezaban á faltar los bastimentos, y se alargaba el viaje y tanto más padecían, porque no estaban acostumbrados á comer los alimentos de los indios como ahora los que viven entre ellos y andan por aquellas partes esperimentan ser las vituallas de la tierra de mejor digestión y más conformes al aire de aquel país, que las que se llevan de Castilla aunque no tengan tanta sustancia; vueltos ya los que habían ido por la vitualla, el Almirante pasada la montaña, el domingo 16 de Marzo, entró en la tierra de Cibao, que es áspera, y peñascosa llena de guijas, cubierta de mucha yer-

ba y bañada de arroyos en los cuales se halla oro, cuanto más adelante andaban por esta región, la iban hallando más áspera y más cargada de montañas altas, en cuyos arroyos se veian los granos de oro, porque como decía el Almirante, las grandes lluvias traian de lo más alto de las montañas, los granillos menudos á los arroyos.

Esta provincia es tan grande como Portugal y por toda ella hay muchas minas y bastante oro en los rios; pero generalmente tiene pocos árboles y los que hay están á las riberas de los rios, y por la mayor parte son pinos y palmas de varias especies. Pues como Ojeda había andado ya por aquella tierra, como se ha dicho, y los indios tenían ya noticia de los cristianos, salian los indios á los caminos y calles, á recibir al Almirante, con presentes de comida y alguna cantidad de oro en granillos que habian recogido. Después que supieron que venian por esta razón, viendo el Almirante que estaba diez y siete leguas distante de la Isabela y que la tierra que dejaba á las espaldas era muy áspera, mandó que se fabricase un castillo en un sitio muy alegre y fuerte que llamó *Santo Tomás*, el cual señorease la tierra de las minas y fuese como asilo de los cristianos que anduviesen en las minas. Puso en el nuevo Castillo por gobernador á

Pedro Margarit, hombre de mucha autoridad con cincuenta y seis hombres, entre los cuales había maestros de todo lo que se necesitaba para la fábrica de la fortaleza, que era de tierra y madera, lo cual bastaba á resistir cualquier cantidad de indios que fuesen contra él. Abriendo la tierra para echar los cimientos y cortando una peña para hacer los fosos, penetrada la piedra dos brazas, hallaron nidos de heno, y paja y en vez de huevos, tres ó cuatro piedrecillas redondas del tamaño de una naranja, que parecía estaban hechas con arte, para balas de artillería, lo cual causó á todos gran admiración, y en el el rio que corre á la falda del monte, donde está el castillo, hallaron piedras de diversos colores y algunos pedazos de gruesos de marmol finísimo y otros después, de puro Diaspio.

CAPITULO LII.

Cómo el Almirante se volvió á la Isabela y halló ser muy fértil aquel terreno.

Dada la orden para la fábrica y fortificación del castillo, el viernes á 21 de Marzo, partió el Almirante á la Isabela, y junto al rio Verde halló muchos que venian con vituallas á la fortaleza, después procurando hallar vado, por donde esguazar el rio, se estuvo algunos días por aquellos pueblos de indios, comiendo de su pan y de sus ajos, los cuales daban voluntariamente por poco, y el sábado á 29 de Marzo llegó á la Isabela, donde ya había melones que tenían muy

buen gustó, no haciendo dos meses que se habían sembrado, y cohombros, á los veinte días y una parra silvestre, cultivada, había llevado uvas que eran muy buenas y redondas, y el día siguiente 30 de Marzo, cogió un vecino espigas de trigo, que había sembrado á fin de Enero. Había tambien garbanzos más gordos que los que habian sembrado, y finalmente todas las semillas de las plantas, nacían al tercero día de sembradas, y al veinticinco se podían comer; los árboles de hueso, salieron á los siete días, y los sarmientos echaron en otros tantos, pámpanos, y veinte y cinco días después cogieron de ellos agraz tambien en siete días nacieron las cañas de azucar, lo cual procedía del temperamento de la tierra, que era conforme al de Castilla, más frio que caliente, y las aguas del pais son delgadas, sanas y frias.

Quedó el Almirante muy satisfecho de la calidad del aire, de la fertilidad, y de la gente de la región, á cuyo tiempo el martes 1.° de Abril, le llegó un propio de Santo Tomás, enviado por Margarit, con la nueva de que los indios de la tierra, se huían y que un cacique llamado Caonabo, se prevenía para quemarle la fortaleza; pero el Almirante que conocía la vileza de los indios, hizo poco caso del rumor que le avisaban, confiando especialmente en los caballos, de los cuales temían los indios ser comidos, y era tan

grande el miedo que les tenían, que no se atrevían á entrar en la casa donde había caballo; pero con todo resolvió el Almirante por buenos respetos, enviarle más gente y bastimentos, considerando que queriendo él ir á descubrir la tierra firme, era bien dejar allí quietas y seguras todas las cosas, y así el miércoles á 2 de Abril, envió setenta hombres con bastimentos y municiones al referido castillo, los veinticinco de escolta y los otros para que ayudasen á hacer otro camiuo, porque era muy dificultuso, pasar por el primero los vados de los rios.

Despachados éstos en tanto que los navios se aderezaban para el nuevo descubrimiento, atendía á disponer las cosas necesarias á la población que hacía, dividiéndola en calles, con una plaza muy conveniente y procurando traer el rio por un ancho canal, para lo cual hizo hacer un estanque, para que el agua sirviese á los molinos, porque estando el pueblo distante del rio tanto como un tiro de artillería, dificultosamente podría la gente, proveerse de agua, de parte tan lejana, especialmente hallándose casi toda muy débil y trabajada por la sutileza del aire, que no podian sufrir, por lo cual caían enfermos, sin tener más alimentos de Castilla que bizcocho y vino, por el mal gobierno que habian tenido los capitanes de los navios y tambien

porque en aquella tierra no se conservan las cosas como en la nuestra; y aunque tenían bastimentos de la tierra en abundancia, como no estaban acostumbrados á ellos, conocían que les hacían mucho daño, y por este motivo estaba en ánimo el Almirante de dejar en la isla 300 hombres y enviar á los demás á Castilla, porque conocía que considerada la calidad de la isla y de las Indias era número de gente bastante para tener pacífica, y sujeta á la obediencia de los Reyes Católicos aquella región, y porque faltaba ya el vizcocho y la harina para hacerle, determinó hacer algunos molinos para moler el trigo que llevaba, aunque en más de legua y media de la villa, no había caída de agua, competente para ello, en lo cual, y en todo lo demás, que se ofrecia, para solicitar la maestranza era necesario que estuviese él sobre la gente, porque todos huían del trabajo.

También resolvió enviar á la campaña toda la gente sana, excepto los maestros y oficiales, para que andando por la tierra fuesen estimados, de los indios y poco á poco haciendose á los bastimentos de la tierra, porque cada dia hacían más falta los mantenimientos de Castilla, envió al capitan Ojeda, á Santo Tomás para suceder á Margarit, en el gobierno de la fortaleza, como quien había trabajado tanto el invierno pasado

en descubrir la provincia de Cibao, que en lengua de los indios quiere decir, Peñascosa, y diese gente al referido Margarit para que anduviese con ella por la isla; partió Ojeda de la Isabela á 29 de Abril con toda la gente referida, que eran más de 300 hombres, y después de haber pasado el rio del Oro, prendió al cacique que había allí, á su hermano, y á un sobrino, y los envió al Almirante con cadenas, y mandó cortar las orejas á un indio en la plaza de su pueblo, porque habiendo dado este cacique cinco indiós para que pasasen por el vado la ropa de los soldados de la otra parte del rio, se volvieron con ella al pueblo, desde en medio de él, y el cacique en lugar de castigarlos tomó para sí la ropa y no quiso restituirla; pero el otro cacique qne vivía en la otra parte del río, confiando en los servicios que había hecho á los cristianos, determinó ir con los presos á la Isabela para interceder con el Almirante por ellos, y fué bien recibido, aunque el Almirante mandó que los indios presos fuesen sacados con las manos atadas á la plaza, y publicar sentencia de muerte contra ellos, lo cual visto por el otro cacique, pidió al Almirante con muchas lágrimas sus vidas, ofreciendo por señales que nunca cometerían otro delito, con lo cual el Almirante los dió por libres á todos. A este tiempo llegó uno

de á caballo á la Isabela, con la nueva de que en el pueblo del cacique que habían traido preso, los indios tenían presos cinco cristianos, que se volvían á la Isabela, á los cuales había él libertado, espantándolos con el caballo, haciendo huir á más de 400 indlos, y herido en el alcance á dos, y que habiendo pasado el rio, vió que los indios volvian sobre los cinco cristianos, por lo cual dió muestras de volver contra ellos; y hacerlos frente, y los indios, por miedo del caballo, huyeron temiendo que pasase el rio volando.

CAPÍTULO LIII.

Cómo dejando el Almirante bien dispuestas las cosas de la isla, fué á descubrir la de Cuba, creyendo era tierra firme.

Resuelto el Almirante á ir á descubrir la tierra firme, formó un consejo que quedase en su lugar para el gobierno de la isla, que se componía de D. Diego Colón, su hermano, con el título de presidente, de el P. Buil, y Pedro Fernandez Coronel, regentes; Alonso Sanchez Carvajal, rector de Baeza, y Juan de Luxan, caballero de Madrid, gentil hombre de los Reyes Católicos, y para que no faltase harina en el socorro de la gente, procuró con gran solicitud la fábrica de los Molinos, aunque las continuas

lluvias y las crecientes de los rios eran muy contrarias á este intento.

De estas lluvias dijo el Almirante procedía la humedad, y consiguientemente la fertilidad de aquella isla, que era tan grande y maravillosa que por Noviembre comían fruta de los árboles, que volvían á echar, de que infería daban fruto dos veces al año, y las yerbas y semillas dan fruto y florecen contínuamente; tambien en todo tiempo hay en los árboles nidos de pájaros, con huevos y con pollos, y siendo tan grande la fertilidad de todas las cosas, había nuevas todos los días de las grandes riquezas de la tierra, porque continuamente llegaban á la ciudad los que el Almirante había enviado á diferentes partes, y avisaban de las minas que se iban descubriendo; esto fuera de la relación que daban los indios de la gran cantidad de oro que se descubría en varias partes de la isla.

No contento el Almirante con todo lo referido, determinó volver á descubrir por la costa de Cuba sin saber si era isla ó tierra firme, y llevando consigo tres navíos, se hizo á la vela á 24 de Abril, y fué á dar fondo aquel día á Monte-Cristo, al Poniente de la Isabela, y el viernes fué al puerto de Guacanagari, creyendo hallarle allí; mas él, cuando vió los navíos huyó de miedo, aunque sus indios procuraban disimularlo,

diciendo que al instante venia; pero no queriéndose detener el Almirante sin gran motivo, partió el sábado 25 de Abril y fué á la isla de la Tortuga que está al Occidente, mas de seis leguas, cerca de ella, estuvo aquella noche con las velas tendidas, en gran calma y con marea que volvía de las corrientes; después al dia siguiente se vió precisado del Norueste y de las corrientes de Occidente, á volver al Leste y surgir en el rio Guadalquivir, que es en la misma isla, á esperar viento con que vencer las corrientes, las cuales entonces y el año antecedente, había hallado bastantemente recias, hácia Oriente en aquellas partes; de aquí llegó el martes á 29 con buen tiempo al puerto de San Nicolás y desde este lugar atravesó á la isla de Cuba, la cual empezó á costear por la parte del mediodía y habiendo navegado una legua más allá de cabo Fuerte, entró en el que llamó *Puerto Grande*, cuya entrada era profundísima y tenía de boca 150 pasos, aquí echó anclas y tomó refresco de peces asados, y Hutías, de que los indios tenían grande abundancia, y el día siguiente 1.º de Mayo, salió de allí navegando á lo largo de la costa, en la cual halló puertos muy cómodos, de bellísimos rios y montañas altísimas y desde que dejó la isla de la Tortuga, había hallado mucha yerba de la que vió en el golfo yendo y viniendo á España y

cuando andaba costeando, muchos indios de ella, iban á los navíos en Canoas, creyendo que los nuestros eran hombres bajados del cielo, trayendo de aquel pan, agua y pescados, dándolo todo con mucha alegría, sin pedir nada por ello; mas el Almirante por enviarlos contentos, mandó se les pagase todo, volviéndoles cuentas de vidrio, cascabeles, campanillas y otras cosas semejantes.

CAPITULO LIV.

Cómo el Almirante descubrió la isla de Jamaica.

El sábado 3 de Mayo resolvió el Almirante atravesar desde Cuba á Jamaica, por no dejarla atrás, para saber si era cierta la fama de tener mucho oro, que corria en las demás islas, y con buen tiempo, estando cerca de la mitad del camino, la descubrió, al domingo siguiente, dió fondo en ella el lunes, y le pareció la más hermosa de cuantas habia visto en las Indias; era tanta la multitud de Canoas, grandes y pequeñas, y de los indios que llegaban á los navíos que maravillaba á todos; el día siguiente queriendo reconocer los puertos, corrió la costa abajo y habiendo ido las barcas á sondar las entradas

de ellos, salieron tantas Canoas, y gente armada á defender la tierra, que las precisaron á volverse á los navios, no porque los temiesen, sino por no romper la amistad con ellos; pero considerando después que si se mostraba temor á los indios se harían más orgullosos y soberbios, volvieron á otro puerto de la isla, que llamó el Almirante *Puerto bueno* y salieron los indios á echarlos de allí; mas los de las barcas los trataron de modo con sus ballestas, que habiendo herido seis ó siete, se vieron forzados á retirarse.

Pasada la batalla, llegaron infinitas Canoas de los lugares cercanos á ver, y trocar varias cosas y vituallas que traían, las cuales daban por cualquier cosa en cambio. En este puerto que parecía una herradura de caballo, se compuso el navío en que iba el Almirante, porque hacía agua, y el viernes 9 de Mayo, siguió la costa abajo de Poniente, tan cerca de tierra que los indios le seseguían con las Canoas, con deseo de contratar y tener alguna de nuestras cosas, pero porque los tiempos eran algo contrarios, no podia el Almirante navegar lo que quería, y el martes 14 de Mayo, resolvió volverse á Cuba para seguir la costa abajo de ella, con intención de no volverse hasta haber navegado, quinientas ó seiscientas leguas y ser certificado de si era isla ó tierra firme; el mismo día que partió de Jamaica llegó un

indio á los navíos diciendo, quería venir á Castilla, y tras él muchos parientes suyos, y otras personas rogándole con grande instancia que se volviese á la isla, pero por más que hicieron nunca pudieron apartarle de su propósito y por no ver las lágrimas y gemidos de sus hermanas, se puso en parte donde ninguno podía verle, y el Almirante maravillado de su constancia, mandó se le tratase muy bien.

CAPITULO LV.

Cómo el Almirante volvió de Jamaica á seguir la costa de Cuba, creyendo todavía que fuese tierra firme.

Después que partió el Almirante de Jamaica, el día catorce de Mayo, llegó á un cabo de Cuba que llamó *Cabo de la Cruz* y siguiendo la costa abajo sobrevino una gran tempestad de truenos y relámpagos espantosos, por la cual, y los muchos bancos de arena, y canales que encontraba, tuvo mucho peligro y padeció gran trabajo. viéndose precisado á un tiempo, á defenderse de estos dos accidentes malignos, que causaban cosas contrarias, porque el remedio contra los truenos es amainar las velas, y para huir

de los bancos necesitaba de mantenerlas, y es constante, que si hubiera durado ocho ó diez días esta desgracia, no se hubiera podido tolerar; lo peor era que en todo aquel mar, así al Norte como al Nordeste, cuanto más navegaban hallaban más islas bajas y llanas, de una legua poco más ó menos, y aunque en algunas se veían árboles, otras eran arenosas y tan bajas que aún no se veían en la superficie del agua, es verdad que cuanto más se acercaban á Cuba tanto más altas y hermosas eran estas islas, por ser tantas, era dificultoso y vano ponerlas nombre particular; y así el Almirante las llamó en general *Jardín de la Reina*, aunque si aquel día vió muchas islas, más vió al día siguiente y las más mayores que las de los otros días, no sólo hacia el Noroeste, sino al Norueste y al Sudoeste, de manera que aquel día se contaron ciento y setenta islas, á las cuales dividían canales muy hondos, por los cuales pasaban los navíos. En algunas de ellas vieron muchas grullas del tamaño y figura de las de Castilla, pero encarnadas como escarlata; en otras hallaron gran abundancia de tortugas y muchos huevos de ellas que parecían de gallina; pónenlos las tortugas en un hoyo que hacen en la arena, y los cubren hasta que con el calor del sol, salen los hijuelos, que con el tiempo se hacen como rodelas y algunas como gran-

des adargas, así mismo se veían en estas islas cuervos y grullas como las de España, cuervos marinos é infinitos pajarillos que cantaban suavísimamente, y el ambiente era tan agradable y oloroso que parecia estar entre rosas y entre los más finos olores del mundo, aunque el peligro de la navegación era tan grande como se ha dicho, por los muchos, canales en que se tardaba mucho tiempo buscando salida, un dia vieron en una de estas canales, una Canoa de pescadores indios, los cuales con mucha seguridad y quietud, sin hacer movimiento alguno, esperaron la barca, que iba hácia ellos, y estando vecina, hicieron señal, de que se aguardase un poco hasta que acabasen de pescar, parecióles á los nuestros tan extraño y nuevo el modo; de su pesca, que pararon dándoles este gusto, y era de este modo: tenían atados á la cola algunos pececillos que llamamos reversos y estos los echaban al mar, é iban hasta pegarse á los peces grandes, y en sintiendo los indios que había pegado cierta aspereza que tienen en la cabeza y que llega hasta en medio del espinazo, tiraban del hilo, y sacaban á uno y otro, lo cual vieron en una tortuga que pescaban, que llevaba el pez pegado al pescuezo, que es donde suelen regularmente embestir, para que no los puedan morder y de este modo he visto yo pegarse á grandes tiburones.

Después que los indios de la Canoa recogieron la tortuga, acabando su pesca con otros dos peces que habían tomado antes, se llegaron á la barca prontamente para saber lo que querían los nuestros, y habiéndolos mandado los cristianos que fuesen con ellos á los navíos, lo ejecutaron, y el Almirante los recibió con mucho agasajo y supo de ellos que por aquel mar había infinitas islas, y luego le dieron cuanto tenían; pero el Almirante no quiso que se tomase sino es el pescado, porque lo demás eran sus redes, anzuelos y calabazas que llevaban llenas de agua para beber, y dándoles algunas cosillas los dejó ir muy contentos, y prosiguió su viaje con determinación de que no durase mucho, porque le empezaban á faltar los bastimentos, que si hubiera tenido abundancia de ellos, no se hubiera vuelto á España, sino por el Oriente, aunque se hallaba muy trabajado, así porque comía mal, como porque desde que salió de España hasta 19 de Mayo no había dormido en cama, en cuyo tiempo escribía esto, excepto ocho noches, que por estar enfermo se acostó, y si otras veces tuvo las fatigas que van referidas, en estas se le doblaron, por la innumerable cantidad de islas, entre las cuales navegaba, que era tanta, que en veinte días de Mayo descubrió 71, fue-

ra de otras muchas que se divisan al ponerse el sol hácia al Oues-Sudoeste.

No solo da miedo la gran multitud de islas que se ven á todas partes, pero causa mayor espanto ver todas las tardes, que nace de ellas una niebla hácia el Leste, que parece quiere caer una gran lluvia, y mucho granizo, tantos son los truenos y los relámpagos; pero al salir la luna se desvanece todo, resolviéndose alguna parte en lluvia y viento, lo cual es tan ordinario y natural en aquel país, que no solo sucedía en las tardes que navegaba por él el Almirante, pues yo también ví lo mismo en aquellas islas el año 1503, viniendo al descubrimiento de Veragua. Aquí sopla el viento regularmente de noche, de la parte del Norte porque sale de la isla de Cuba, y después de salir el sol, se vuelve al Leste y va con el sol hasta que da vuelta al Occidente.

CAPÍTULO LVI.

Del gran trabajo y fatiga que tuvo el Almirante navegando entre infinitas islas.

Jueves, á 22 de Mayo, navegando el Almirante hácia Occidente entre innumerables islas, llegó á una algo mayor, á que puso por nombre *Santa Marta*, y tomando tierra para ir á un pueblo que había en ella, no quiso esperar ningún indio ni venir á hablar con los cristianos; en las casas no se encontró cosa alguna, sino pescado, que es el mantenimiento solo de aquellas gentes, y muchos perros como mastines, los cuales también se mantienen de pescado, por lo cual, sin hablar con nadie, ni ver cosa notable, se volvió al navío y pasó la vía del Nor-

deste, entre otras infinitas islas, en las cuales había grullas coloradas, como escarlata, papagayos y otras aves, perros semejantes á los referidos, y mucha yerba, de la que encontró cuando descubrió las Indias; esta navegación por entre tantos bancos é islas causaba gran trabajo al Almirante, porque algunas veces se veía precisado á volver á Oriente, otras al Norte, otras al Mediodía, según la disposición de las canales, porque, sin embargo de toda la diligencia y aviso que empleaba en hacer sondar el fondo y que se pusiesen hombres en la gavia para descubrir el mar, tocaba en tierra la nave muchas veces, porque por todas partes había innumerables bancos de arena, y navegando siempre de este modo volvió á tomar tierra en la isla de Cuba, para hacer agua de que tenían gran falta, y no hallando pueblo alguno por la espesura en que tomaron tierra, se adelantó un marinero con una ballesta para matar algún animal, ó ave, y halló treinta indios en un bosque, con las armas que usan, que son lanzas y maderos que traen en lugar de espada y llaman ellos *Macanas*, contó este marinero que entre ellos había visto uno, con una vestidura blanca que le llegaba hasta las rodillas, y dos que la traían hasta los piés, todos tres blancos como nosotros, pero que no habló con ellos porque, du-

doso al ver tanta gente, empezó á gritar llamando á los compañeros, y los indios echaron á huir y no volvieron más; y aunque al día siguiente, por saber la verdad, envió el Almirante á tierra alguna gente; no pudo caminar más de media legua, por la mucha maleza de yerbas y árboles y por ser toda aquella costa pantanosa, que por dos leguas no se veían sino collados y montañas, de modo que solo vieron pisadas de pescadores en la-playa, y muchas grullas como las de España, aunque de más cuerpo.

Después, yendo con los navíos hácia Occidente, vieron casas en la marina, de las cuales salieron algunas Canoas con agua, y otras cosas, de que se mantienen aquellos paisanos, y lo llevaron á los cristianos, y habiéndoselo pagado muy bien, hizo el Almirante detener á uno de los indios, diciéndole, y á los otros, que en enseñándole el camino, é informándose de él, de algunas cosas de aquella tierra, le volvería á enviar libre á su casa, y el indio quedó muy contento y dijo al Almirante, de cierto, que Cuba era isla, y que el Rey ó cacique de la parte Occidental, no hablaba sino por señas, con sus vasallos, de los cuales era muy obedecido, en cuanto les mandaba, y que toda aquella costa era muy baja y llena de muchas islas, lo cual se halló verdad después; pues al día siguiente, á 11

de Junio, para ir con los navíos de un canal á otro más profundo, convino, al Almirante hacerlos remolcar con las Gumenas, por un banco de arena que no tenía una braza de hondo, y su anchura era como la de dos navíos; de este modo inclinándose á Cuba, vieron tortugas tan grandes como dos ó tres brazas, en tan gran número que cubrian el mar; después al salir el sol, vieron una nube de cuervos marinos, cuya multitud era tanta, que oscurecía la claridad del sol, y venían de alta mar, hácia la isla, donde calaron á tierra y fueron vistas muchas palomas y otras aves de diferentes géneros, y al día siguiente vinieron á los navíos tantas mariposas que cubrían el aire y duraron hasta la tarde, que una gran lluvia las deshizo.

CAPÍTULO LVII.

Cómo el Almirante dió vuelta á la Española.

Viendo el Almirante que la costa de Cuba se extendía mucho al Occidente y que su navegación era muy dificultosa, por la innumerable multitud de islas y bancos que había en todas partes, y que ya empezaban á faltar las vituallas, lo cual impedía proseguir su viaje, según el propósito que tenía, determinó volverse á la villa de la Española, que él había dejado empezada, el viernes á 13 de Junio, y para tomar agua y leña, llegó á la isla *Evangelista,* que tendrá 30 leguas de circuito y está distante setecientas de la Dominica. y bastecido de todo lo que necesitaba, enderezó su viaje, la vuelta de Mediodía, espe-

rando hallar mejor salida por aquel camino y navegando por el canal, que más limpio y menos impedido le pareció, á pocas leguas le halló cerrado, de que no tuvo la gente poco sentimiento y temor viéndose sitiada, casi de todas partes y sin bastimentos ni otro alivio; pero conociendo el Almirante (que era prudente y animoso) la fragilidad de ellos, con semblante alegre dijo, que daba muchas gracias á Dios que le precisaba á volver por donde había venido, pues si hubieran continuado el viaje hasta donde tenía intención de ir, pudiera ser que hubieran caido en parte donde sería muy dificultoso el remedio, y en tiempo que no tuvieran navíos ni vituallas para volverse, como ahora lo pudieran hacer fácilmente; de este modo volvió á la isla del Evangelista, con gran consuelo y satisfacción de todos, y el miércoles 25 de Junio partió de ella hácia el Noroeste, navegando hácia unas islas que estaban á cinco leguas de distancia, y pasando un poco adelante, entró en un mar que tenía el agua tan verde y blanca, que parecía banco de arena, y tendría dos brazas de fondo; caminó por él siete leguas y halló el mar blanco como una leche, lo cual causaba gran maravilla, y más siendo el agua, como era, muy espesa; este mar desvanecía la vista de los que le miraban, y parecía también banco de arena

todo, sin más fondo para los navíos que tres brazas de agua; mas después de haber navegado por aquel mar cuatro leguas, llegó á otro tan negro como tinta, de cinco brazas de hondo, y navegó por él hasta que llegó á Cuba, desde donde siguiendo hacia Levante, con vientos muy escasos, y por entre canales y bancos de arena, y estando escribiendo la memoria de aquel viaje, dió en tierra su navío, tan fuertemente, que no pudiendo sacarle con las anclas y otros ingenios, fué Dios servido, que le echasen al mar por la proa, aunque con bastante daño por los golpes que había dado en la arena, pero al fin salió, y navegó según el viento y los bancos de arena, le permitian siempre por un mar muy blanco, con dos brazas de fondo, que ni crecía, ni menguaba, sino cuando se acercaba mucho alguno de aquellos bancos, donde se necesitaba de fondo, fuera de este impedimento, todos los días al ponerse el sol le molestaban varias lluvias, que se engendran en aquellas montañas de las lagunas que están junto al mar, que le causaban gran descomodidad y hastío, hasta que volvió á acercarse á la isla de Cuba, hácia Oriente, á donde había estado en su primer viaje. Allí percibió un olor como de flores muy suaves, según había experimentado antes.

A 7 de Julio bajó á tierra para oir misa, á la cual asistió con mucha atención un cacique viejo, señor de aquella tierra, que había venido á verle, y después de aca bada, significó por señas y como mejor pudo, que era muy bien hecho dar gracias á Dios, pues el alma si era buena, iba al cielo, y el cuerpo quedaba en la tierra, y que las almas de los malos iban al infierno, y entre otras cosas dijo que había estado en la Española, y en Jamaica, donde conocía la gente más principal y que había andado mucho hácia el Occidente de Cuba, y que el cacique de aquella tierra, se vestía como sacerdote.

CAPÍTULO LVIII.

De la grande hambre y trabajos que padeció el Almirante con su gente y cómo volvió á Jamaica.

Partido de este sitio el Almirante, miércoles á 16 de Julio, con vientos y lluvias terribles, llegó cerca del cabo de la Cruz, en Cuba donde fué embestido de repente de una lluvia tan grande é importuna, y de tantos aguaceros, que le metieron el bordo debajo del agua, pero quiso Dios nuestro Señor que pudiesen amainar las velas prontamente y dar fondo, con todas las mejores áncoras, aunque el agua que entraba en el navío, por lo llano, era tanta, que la gente no podía sacarla con las bombas, especialmente hallán-

dose todos muy aflijidos y desmadejados con la falta de bastimentos, porque no comían otra cosa que una libra de bizcocho podrido, cada uno al dia, y un vaso de vino, con lo cual se mantenían, sino es que al acaso pescasen algun pez, que no podían guardar de un día para otro, por ser muy delicados y ligeros los bastimentos en aquellas partes, y el tiempo más caliente que en nuestros paises, y porque esta penuria de comida era común á todos, dice el Almirante, en su itinerario: «Y yo tambien estoy sujeto á la misma porción, »quiera Nuestro Señor que sea esto para su santo »servicio y el de vuestras altezas, pues por lo que »á mí me toca, no me expondría á tantos trabajos, »porque no pasa dia alguno, en que no vea que »llegamos todos al fin de nuestra vida,» con esta necesidad y peligro llegó al cabo de la Cruz á 18 de Julio, donde fué recibido de los indios amigablemente; trajeron mucho Cazabi, que es el nombre que dan á su pan, hecho de raíces raspadas, mucho pescado, y grande cantidad de los frutos que ellos comen, pero no pudiendo lograr próspero viento para ir á la Española, el día 22 de Julio, artravesó desde aquí á Jamaica, navegando por la costa abajo la vuelta del Occidente, cercano á tierra de bellísima vista, y de grande fertilidad, vió de legua en legua puertos excelentes, y toda la costa llena de pueblos, cu-

yos indios seguían á los navíos, en sus Canoas, llevando las vituallas que usaban, que eran más estimadas de los cristianos, que las que habían gustado en las demás islas; el cielo y la disposición de aíre, y el tiempo, eran en estos lugares el mismo que en los demás, porque en esta parte occidental de Jamaica, todas las tardes había lluvia, que duraba una hora, poco más ó menos, lo cual atribuía el Almirante á las grandes selvas y árboles de este país, y se veía por experiencia, que al principio sucedió lo mismo en las islas de Canaria, la Madera, y los Azores donde ahora, que han allanado mucha selvas y cortado muchos árboles que las hacían sombra, no hay tantos aguaceros cemo había antes.

De este modo iba navegando el Almirante, aunque siempre con viento contrario, que le precisaba á repararse todas las tardes en tierra, tan verde y amena, tan fructífera y llena de vituallas, y juntamente tan poblada, que se persuadió á que no había otra más aventajada, especialmente cerca de un canal, que llamó de las *Vacas*, porque hay ocho islas cerca de tierra, la cual dice estar tan alta, como otra cualquiera, de las que había visto, y creía que, delante del aire donde se engendran las impresiones, y no menos es muy poblada toda y de grande fertilidad y belleza juzgadaba que esta isla tendría

ochenta leguas de circuito, aunque descubierta no la tuvo por más que de veinte leguas de largo, y una de ancho; enamorado de su belleza, entró en deseo de quedarse en ella, para entender sus calidades particularmente, pero no lo pudo lograr por la penuria de vituallas que hemos dicho, y la mucha agua que hacían los navíos y así al punto que hubo un poco de buen tiempo caminó al Leste también, que el martes á 19 de Agosto, perdió de vista la isla, siguiendo el camino derecho á la Española, y llamó al cabo mas oriental de Jamaica, á la costa del mediodía, *cabo de Fano*.

CAPITULO LIX.

Cómo el Almirante descubrió la parte Meridional de la Española, hasta que volvió por Oriente á la villa de la Navidad.

Miércoles, á 20 de Agosto, vió el Almirante la punta occidental de la Española, á que puso por nombre *cabo de San Miguel*, que distaba 30 leguas del Cabo Oriental de Jamaica, que hoy por ignorancia llaman los marineros *cabo de Tiburon*; en este cabo llegó á los navíos el dia 23 de Agosto un Cacique que llamaba al Almirante por su nombre, y decía otras cosas, de que coligieron ser aquella tierra la misma qne la de la Española; y á fin de Agosto surgió en una

isla que llamó *Altovelo*, en la cual hizo desembarcar la gente, porque era muy alta, y desde ella se veia gran distancia, por si podía descubrir los dos navíos de su conserva, que había perdido de vista, pero no vieron ninguno, y al volverse á embarcar mataron ocho lobos marinos que estaban durmiendo en la arena, y cogieron muchas aves y palomas, porque estando despoblada aquella isla y los animales no acostumbrados á ver gente, se dejaban matar á palos.

Lo mismo hicieron los dos dias siguientes, por esperar los dos navíos que desde el viernes pasado andaban muy trabajosos, hasta que llegaron después, y todos tres juntos fueron á la isla de la Beata, que dista de la de Altovelo, al Leste, doce leguas, y desde aquí pasaron costeando la Española, á vista de una región bellísima, que formaba una amena llanura, distante un cuarto de legua del mar, tan poblada que parecía un pueblo de más de una legua de largo, en cuya llanura había una laguna de cinco leguas de Oriente á Occidente, y teniendo conocimiento los indios de los cristianos, llegaron con sus Canoas á las carabelas, diciendo estaban allí algunos cristianos de la Isabela, buenos, de que se alegró mucho el Almirante, y aunque lo sabía, estando ya más adelante envió nueve hom-

bres que atravesaron la isla y anduvieron por las fortalezas de *Santo Tomás* y la *Magdalena*, hasta la Isabela, y así con sus tres navíos prosiguió su viaje por la costa al Oriente, y envió las barcas á hacer agua á una playa, donde se veía un gran pueblo, contra las cuales salieron los indios armados con arcos, y flechas envenenadas y con cordeles en las manos, haciendo señas de que habian de atar con ellos á los cristianos que prendiesen pero luego que llegaron las barcas á á tierra, dejaron las armas y se ofrecieron á llevar agua y pan y lo demás que tenían, preguntando por el Almirante en su lengua.

Partidos de este paraje, siguiendo su camino vieron un pescado muy grande en el mar, como ballena, que tenía en el pescuezo una concha muy grande, como de tortuga, y llevaba fuera del agua la cabeza, tan grande como un tonel, y tenía la cola como atún, muy larga, y dos alas bastantemente grandes en las costillas, y conociendo el Almirante por este pez, y otras señales, que queria mudar el tiempo, buscó algún puerto en que recogerse, y á 15 de Septiembre le deparó Dios una isla á la parte Oriental de la Española, y cercana á ella á la cual llamaban los indios *Adamanai*, y con gran tempestad dió fondo en medio del Canal, que está entre ella y la

Española, cerca de una isleta, sita entre ambas.

Hubo aquella noche eclipse de luna, y observó el Almirante que la diferencia que había entre aquel sitio, y Cádiz era de cinco horas, y veinte y tres minutos; por este motivo creo que duró tanto el mal tiempo, porque á 20 del mismo mes se vió precisado á mantenerse en el mismo paraje, pero no sin temor del riesgo de los demás navíos que no habían podido entrar en el puerto; pero fué Dios servido de traerlos á salvamento.

Después que estuvieron juntos navegaron á 24 de Septiembre, hasta la parte más oriental de la Española, y pasaron á una isleta, que está entre la Española y *San Juan*, á la que llamaban los indios *Amona*; desde esta isleta no prosiguió el Almirante su *Diario de la navegación*, ni dice cómo volvió á la Española, sino que yendo desde la Amona, á San Juan le dió una grave enfermedad entre calentura pestilencial y frenesí, que le privó de repente de la vista, y demás sentidos, y de la memoria; por lo cual toda la gente de los navíos, determinó dejar la empresa de descubrir todas las islas de los caribes, y volverse á la Isabela, á donde llegaron en cinco días á 29 de Septiembre, en ella quiso Dios restituir la salud al Almirante, aunque le duró la enferme-

dad más de cinco meses, y atribuyen la causa á los trabajos que había padecido en el viaje y á la gran debilidad que tenía, pues solían pasarse ocho días sin dormir en ellos tres horas, cosa que parece imposible, si él mismo no lo afirmase en sus escritos.

CAPÍTULO LX.

Cómo el Almirante sojuzgó la Española y dió providencia para que fuese útil.

Cuando volvió el Almirante á la Española del descubrimiento de Cuba y Jamáica, halló en ella á Bartolomé Colón, su hermano; él que habia ido á ajustar el descubrimiento de las Indias con el Rey de Inglaterra (como hemos dicho) el cual volviéndose á Castilla con los capítulos concedidos, supo en Paris, del Rey Cárlos de Francia, que su hermano el Almirante había descubierto las Indias, y le socorrió para su viaje con cien escudos, y con esta nueva apresuró su viaje para llegar á España, á ver al Almirante; pero cuando entró en Sevilla halló que había

vuelto á Indias con los 17 navíos, y así partió luego el año de 1494, á ver á los Reyes Católicos, llevándonos á D. Diego Colón, mi hermano y á mí, para servir de pajes al Serenísimo Príncipe D. Juan, que esté en gloria, como se lo había mandado la Reina Católica doña Isabel, que estaba entonces en Valladolid. Luego que llegamos, llamaron los Reyes á D. Bartolomé, y le enviaron á la Española con tres navíos, donde sirvió algunos años, como resulta de una memoria que hallé entre sus papeles, y dice así: «Serví »de capitán desde 14 de Abril de 1494, hasta 12 »de Marzo de 1496, que partió el Almirante á »Castilla y entonces empecé á servir de goberna»dor hasta 28 de Agosto de 1498 que volvió el »Almirante del descubrimiento de Paria, y volví »á servir de capitán, hasta 11 de Diciembre del »año de 1500.»

Pero volviendo al Almirante, decíamos, que hallándole en la Española le hizo prefecto y gobernador de las Indias, aunque hubo sobre esto contienda después, porque los Reyes Católicos decían que no habían concedido al Almirante poder para dar tal oficio, y por quitar estas diferencias, se le concedieron Sus Altezas de nuevo, con la ayuda y consejo del hermano; descansó el Almirante. y vivió con mucha quietud, aunque por otra parte era bastantemente moles-

tado de su enfermedad, y por haber hallado casi todos los indios alborotados, por culpa de Pedro Margarit, (de quien ya hemos hecho mención.) Pues estando obligado á estimar y tener respeto al que al tiempo de su ausencia le había dejado por capitán con 360 hombres de á pié y 14 de á caballo, para que recorriese la isla reduciéndola al servicio de los Reyes Católicos y á la obediencia de los cristianos, y especialmente la provincia de Cibao, de que se esperaba la principal utilidad, hizo todo lo contrario porque luego que partió el Almirante se fué con toda aquella gente á la Vega Real, que está diez leguas distante de la Isabela, sin querer andar por la isla ni socorrerla; con esta ocasión nacieron discordias y parcialidades en la Isabela, intentando y solicitando que los del Consejo, fundado por el Almirante, le obedeciesen enviándoles cartas muy desvergonzadas, hasta que viendo que no podía salir con el empeño de ser superior á todos, por no esperar al Almirante, á quien había de dar cuenta de su cargo, se embarcó en los primeros navíos que llegaron de Castilla, y se volvió en ellos sin dar otra cuenta de sí, ni dejar orden alguna á la gente, que se le habia encomendado, de lo cual resultó que cada uno se fué con los indios que quiso, y los quitaban la hacienda, y las mujeres, dándolos tantas

pesadumbres, que los indios determinaron vengarse, en los que hallaban solos ó en cuadrillas, de modo que el cacique de la Magdalena, llamado Guatigana, mató diez y mandó poner fuego secretamente á una casa, donde había 40 enfermos; pero después de haber vuelto el Almirante fué castigado severamente, pues aunque el cacique no pudo venir á las manos, se prendieron algunos indios y fueron traidos á Castilla en los cuatro navíos que condujo Antonio de Torres á 24 de Febrero del año de 1495, y también fueron castigados otros seis ó siete que habían hecho daño á los cristianos en otras partes de la isla, y si el Almirante no hubiera llegado á tiempo de poner algún freno á los indios y á los castellanos, hubieran muerto muchos más.

En efecto halló la isla en tan mal estado, que la mayor parte de los cristianos cometían mil excesos, por lo cual los aborrecían los indios mortalmente, y reusaban venir á la obediencia y los Reyes ó caciques estaban todos en determinacion de no obedecer á los cristianos y era difícil reducirlos á que consintiesen en esto, por ser como se ha dicho, cuatro los principales, (debajo de cuya voluntad y dominio vivían los demás) nomhrados *Caonabo*, *Guacanagari*, *Beechio* y *Guarionex*, que cada uno tenía setenta ú ochen-

ta señores súbditos, que aunque no tributaban nada, tenían obligación de ir á la guerra, cuando los llamaban, para ayudarlos, y sembrar los campos; pero como uno de ellos llamado Guacanagari, señor de aquella parte de la isla, en que se había fundado la villa de la Navidad, perseverase en la amistad de los cristianos, luego que supo la arribada del Almirante, fué á visitarle diciéndole que no había intervenido en el consejo ni ayuda de los otros, de lo cual era buen testigo el acogimiento que en su tierra habían recibido los cristianos, habiendo estado en ella siempre cien hombres muy bien servidos y proveídos de todo aquello en que podía darlos gusto, y que por esto los otros Reyes, se habían hecho enemigos suyos y especialmente Beechio le había muerto una mujer suya, y Caonabo le había robado otra, por lo cual suplicaba que se la hiciese volver y le ayudase para vengar las injurias que le habían hecho.

Resolvió el Almirante hacerlo asi, siendo cierto lo que decía, y si le saltaban las lágrimas cuando se acordaba de los que habían sido muertos en la Navidad, como si fueran sus hijos y con tanta mayor voluntad tomó este empeño, considerando que por la discordia entre los caciques podía sojuzgarse aquella tierra y castigar la rebelión de los demás indios, y las muertes

de los cristianos; por esto, á 24 de Marzo del año de 1495, partió de la Isabela á punto de guerra y en su ayuda iba Guacanagari, muy deseoso de vencer á sus enemigos, aunque la parecía ser la empresa muy dificultosa teniendo juntos los enemigos cien mil indios, y no llevando el Almirante más que doscientos hombres de á pié, veinte caballos y veinte perros corsos. Conociendo la naturaleza y calidad de los indios, el Almirante, á dos jornadas de la Isabela, partió el ejército con su hermano el Prefecto, para embestir por diversas partes á aquella multitud esparcida por los campos, creyendo que el temor de oir el estruendo por diferentes partes los metería miedo para que huyesen, como sucedió con efecto, porque habiendo los dos escuadrones de infantes embestido por dos partes, abrieron la multitud de indios, descargando ballestas y arcabuzes, y para que no volviesen á juntarse, los asaltaron los caballos y los perros de improviso, y aquellos pusilánimes, echaron á huir por todas partes y los nuestros siguiéndolos y matando muchos. No hicieron gran estrago con la fuga; pero en breve con el favor de Dios, alcanzaron victoria quedando muchos muertos y otros prisioneros, entre los cuales estaba Caonabo, principal Cacique de todos ellos, y sus hijos y mujeres.

Después de esto confesó Caonabo, que ha-

bía muerto veinte de los cristianos que quedaron con Arana en la villa de la Navidad, en el primer viaje cuando se descubrieron las Indias, y que después, con color de amistad, se había apresurado á ver la villa de la Isabela, para considerar cómo podría combatirla y hacer lo mismo que había hecho en la Navidad; de todo lo que dijo, que ya lo habían contado otros antes, recibió el Almirante información plena para castigar aquel delito, y el de esta segunda rebelión y llamamientos de gentes, que habian salido contra él, en que le hizo prisionero con su hermano y los envió á todos á España, presos; porque no quiso ajusticiar un tan gran personaje, sin que lo supiesen los Reyes Católicos, pues le bastaba haber castigado muchos de los culpados.

Con estas prisiones y la victoria alcanzada sucedieron las cosas de los cristianos tan prósperamente, que no habiendo entonces más que 630 hombres, y la mayor parte enfermos, y muchas de sus mujeres é hijos, anduvo el Almirante por la isla, y sin sacar más la espada, la puso tan obediente y quieta, que todos prometieron pagar a los Reyes Católicos cada tres meses tributo en esta forma: Que todos los indios que vivían en Cibao, donde estaban las minas de oro, pagase cada uno, que tuviese catorce años, un cascabel lleno de oro, en polvo, y la de-

más gente á 25 libras de algodón, y para saber los que debían pagar este tributo, se ordenó que se hiciese cierta medalla de cobre ó latón, la cual se diese por recibo, á cada uno que pagase el tributo, y este la trajese al cuello para que cualquiera que fuese hallado sin ella, se supiera que no había pagado, y que se le sacase alguna pena; no tiene duda que esta orden tuviera efecto si no hubieran sucedido después las turbaciones entre los cristianos que se dirán adelante; porque después de la prisión de Caonabo, quedó tan pacífica la región que un cristiano sólo andaba seguro por toda la isla, y los mismos indios le llevaban donde querían sobre los hombros como si fueran postas, todo lo cual atribuía el Almirante á Dios y á la buena fortuna de los Reyes Católicos, considerando que de otro modo sería imposible que doscientos hombres medio enfermos, y mal armados, bastasen á vencer tanta multitud, la cual no solo quiso la divina majestad poner debajo de su mano sino es que permitió tuviesen tan gran falta de vituallas, tan varias y graves enfermedades, que los redujo á una tercia parte de los que eran primero, para que se viese mejor que procedían de su alta mano y voluntad tan milagrosas victorias, y las sujeciones de los pueblos, y no de nuestras fuerzas, ni ingenio, ó de su cobar-

día, puesto que aun cuando los nuestros hubiesen sido superiores, era cierto que la multitud pudiera suplir cualquier ventaja que los llevasen los nuestros.

CAPITULO LXI.

De algunas cosas que se vieron en la isla, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios.

Habiendo encontrado á la gente de aquella isla mas doméstica, y conversando con los nuestros con mucha seguridad, se adquirió conocimientos de muchas cosas y secretos de aquella región, especialmente que había en ella minas de cobre, añil, ambar, ébano, incienso, cedro y muchas gomas finas y especería de diversas maneras, aunque silvestre, que si las cultivasen, podrian perfeccionarse, como la canela fina de color, aunque amarga el gengibre; muchas especies de moreras para hacer seda, que todo el

año tienen hoja y otros muchos árboles y yerbas de provecho, de que no tenemos conocimiento; supieron también los nuestros otras muchas cosas acerca de sus costumbres, que me parecen dignas de ser contadas en esta historia; y empezando por las divinas, diré las palabras mismas del Almirante, las cuales dejó escritas en esta forma: «No he podido comprender en ellos Idolatría, ni otra secta, aunque todos sus Reyes, que son muchos, así en la Española como en todas las demás islas, y en la tierra firme, tengan una casa, cada uno separada del pueblo, en la cual no hay cosa alguna, excepto algunas figuras de relieve, que ellos llaman *Cemis*, y aquella casa no sirve para otros efectos ó servicios que para estos Cemis, y para cierta ceremonia y oración que van á hacer los indios en ella, como nosotros en la iglesia. Tienen en esta casa una tabla bien labrada, redonda como un taller, en que hay algunos polvos que ponen sobre la cabeza de los dichos Cemis, haciendo cierta ceremonia; después se meten en las narices una caña de dos ramos, con la cual sorben aquel polvo. Las palabras que dicen no las entiende ninguno de los nuestros, con estos polvos pierden el juicio. quedando como borrachos: á la Estátua referida, la ponen un nombre, que creo sea el de su padre, ó su abuelo, ó de ambos porque no

tienen mas de una, y otros mas de diez, todas en memoria, como he dicho, de alguno de sus antecesores; he reconocido que alaban á una mas que á otra, y he visto tenerla más devoción y reverencia, como nosotros en las procesiones cuando son menester, y se alaban los Caciques y los pueblos jactándose de que tienen mejor Cemi, que lor otros; guardánse de los cristianos cuando van á estos Cemis y entran en la casa donde están, y no los dejan entrar en ella, por cuyo motivo, cuando sospechan que han de venir, esconden los Cemis, por miedo de que se los quiten; y lo que causa más risa, es que hay costumbre, entre ellos, de robarse los Cemis unos á otros. En una ocasión sucedió que, teniendo los indios sospecha de nosotros, entraron los criastianos en la dicha casa con ellos, y de repente, empezó á gritar el Cemis fuertemente y habló en su lengua, por lo cual se descubrió que era fabricada artificialmente, pues la estátua era hueca, y tenia acomodada por la parte de abajo una trompeta ó cerbatana, que iba á dar á un lado obscuro de la casa, el cual estaba cubierto de hojas y ramos, y escondido entre ellos un indio que decía lo que el Cacique quería que dijese, y advertidos los nuestros de lo que podia ser, dieron una patada al Cemi y descubrieron lo que he referido,

pero el cacique viendo descubierto por los nuestros el negocio, les rogó con grande instancia que no dijesen nada á sus indios, porque con aquella estratagema los tenia obedientes. Esto podiamos decir que tenía un color de idolatría, por lo menos en aquellos que no sabiendo el secreto ó engaño de los Caciques, creían que el que hablaba allí era el Cemi, y todos en general eran los engañados, excepto el Cacique, que era el que sabía y encubría su falsa credulidad por medio de cuya traza sacaba á aquellos pueblos todos los tributos que le parecía.

Igualmente la mayor parte de los Caciques tienen tres piedras, con las cuales tienen gran devoción ellos y sus vasallos; una dicen que es buena para que nazcan los frutos y legumbres. Otra para que paran las mujeres sin dolor. Otra para tener agua y sol cuando lo necesitaren; envié á Vuestras Altezas tres de estas piedras con Antonio de Torres, y llevaré otras tres. Asímismo cuando mueren indios, les hacen sus exequias de diversas maneras, y de la que se entierran los Caciques es el siguiente: Abren al Cacique y le secan al fuego, para que se conserve entero, de los demás, solamente la cabeza; á otros los entierran en cuevas, y los ponen junto á la cabeza una calabaza de agua y pan, y á otros que-

man en la casa donde mueren, y cuando ven que están en el estremo de la vida, no los dejan acabarla, que antes los ahogan, y esto se hace entre los Caciques; á otros los echan fuera de casa, á otros los echan en una hamaca, que es su cama de redes y los ponen agua y pan á la parte de la cabeza y los dejan solos, no volviendo á verlos más; también algunos que están gravemente enfermos son llevados al Cacique y él les dice si deben de ser ahogados ó no, y ejecutan lo que manda. Me he fatigado mucho en entender lo que creen, y donde van después de muertos, y especialmente procuré saberlo de Caonabo, que era el principal Rey de la Española, hombre de edad, de mucho saber, y de ingenio agudísimo, y respondía que van á cierto valle, donde cada cacique principal cree que está en su tierra, afirmando que hallaban allí á sus padres, y á todos sus antecesores, que comen, tienen mujeres, y muchos placeres y alegrías y lo mismo respondían otros, como más dilatadamente se contiene en la escritura siguiente que mandé hacer á Fr. Román para que recogiese todos sus ritos y antigüedad, porque sabía su lengua, bien que son tantas las fábulas, que no pudo sacarse otro fruto, sino que cada uno tiene un cierto natural, respecto á lo futuro y cree la inmortalidad de nuestras almas:»

ESCRITURA

DE FRAY ROMÁN (PANE) DEL ORDEN DE SAN GERÓNIMO.

De la antigüedad de los indios, la cual, como sujeto que sabe su lengua, recogió con diligencia, de orden del Almirante.

Yo, Fr. Román, pobre Heremita del Orden de San Gerónimo, escribo lo que he podido entender y saber de la creencia é idolatría de los indios, y cómo observaban sus Dioses, de orden del ilustre señor el Almirante, virey y gobernador de las islas, y tierra firme de las Indias, de lo cual tratarè en la presente escritura.

Cada uno de los Indios observa particular modo y superstición, en adorar los ídolos que tienen en casa, que llaman Cemis. Creen que haya, como en el cielo, ente inmortal, y que nadie puede verle y que tiene madre y no principio; a éste llaman *Jocabunagus maorocon* y á su madre *Atubei*, *Jemao*, *Guacar*, *Apito* é *Zuimaco*,

que son cinco nombres. Estos de que yo escribo, son de la isla Española, porque de las otras islas no sé cosa alguna, por no haberlas visto jamás. Saben asimismo de qué parte vinieron y de dónde tuvo origen el sol y la luna, y cómo se hizo el mar, y dónde van los difuntos. Creen que los muertos se les aparecen cuando va uno solo, pero no cuando muchos juntos; todo esto les han hecho creer sus pasados, porque ellos no saben leer ni contar, sino hasta diez.

I.

De qué parte vinieron los indios, y de qué modo.

La Española tiene una provincia llamada Caanan, en la cual hay una montaña que se llama Canta, donde hay dos cuevas llamada la una Cacibagiagua y Amaiauba la otra. De Cacibagiagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando estaban en la cueva tenían guarda de noche, la cual estaba encomendada á uno que se llamaba *Marocael*, éste había dejado de venir un día á la puerta, y dicen que el sol se le

llevó; viendo que el sol se le había llevado á este, por su mala guardia, le cerraron la puerta y se transformó en piedra cerca de ella. Dicen más, que á otros habiendo ido á pescar los cogió el sol y se volvieron árboles, que ellos llaman *Jobos* y nosotros *Mirabalanos.*

El motivo porque Marocael velaba, y hacía la guardia á la puerta, era para mirar á qué parte quería enviar la gente ó repartirla, y por su tardanza se les causó mucho mal.

II.

Cómo se dividieron los hombres de las mujeres.

Sucedió que uno que tenía por nombre Guagugiona, dijo á otro que se llamaba Jadruvaba, que fuese á coger una yerba llamada *Digo*, conque se limpian el cuerpo cuando van á lavarse; á este le cogió el sol en el camino y se volvió pájaro, que canta por la mañana como el ruiseñor y se llama *Giahuba Bagiael.* Viendo Guagugiona que no volvía el que había ido á coger la yerba Digo, determinó salir de la cueva Cacibagiagua.

III.

Resolvió partiese Guagugiona irritado, viendo que no volvían los que había enviado á coger el Digo para lavarse, y dijo á las mujeres: Dejad vuestros maridos y vámonos á otras tierras, y llevémonos muchas joyas; dejad á vuestros hijos y llevémonos solamente las yerbas con nosotros, y después volveremos por ellos.

IV.

Partió Guagugiona, con todas las mujeres y anduvo buscando otros países; llegó á Matinino donde dejó á las mujeres de repente, y se fué á otra región llamada *Guanin*. Las mujeres habían dejado los niños cerca de un arroyo, y cuando empezó á afligirlos el hambre, dicen que lloraban y llamaban á las madres, que se habían ido, que los padres no podían remediarlos, y hambrientos clamaban á las madres, diciendo *Mama*; pero verdaderamente pidiendo la teta, y así

llorando y pidiendo la teta decían *Too*, *Too*. como quien pide con gran deseo y por mucha necesidad. Entonces fueron trasformados en animalillos como enanos, que se llaman *Tona*, porque pedían teta, y que de este modo quedaron sin mujeres todos los hombres.

V.

Que llevaron después otra vez mujeres de la Española.

La isla llamada Española que antes se llamaba *Ahiti* y así se llamaban los habitadores de ella, y aquella y las demás islas los llamaban *Bouhi*, pero como los indiosno tienen escritura, ni letras, no pueden dar buena razón del modo que han sabido esto de sus pasados, y así no conforman en lo que cuentan, ni áun se puede escribir con orden lo que refieren. Cuando se iba Guagugiona, llevó el que llevaba las mujeres; las de su Cacique también que se llamaba *Anacacugia*, engañándole como engañó á los demás Y además un cuñado de Guagugiona *Anacacugia* que iba con él, entró en el mar, y dijo el dicho Guagugiona á su cuñado, estando en la Canoa: «Mira qué hermoso Cobo está en el agua» (el Co-

bo es caracol marino) y mirando el agua por ver el Cobo, le agarró por los piés Guagugiona, su cuñado, y le arrojó al mar; y así tomó para sí todas las mujeres, y dejó las de Matinino donde se dice que hoy no hay más que mujeres, y él se fué á otra isla que se llama *Guanin*, y se llamó así por lo que llevó de ella, cuando fué allá.

VI.

Que Guagugiona volvió á Canta, de donde había sacado las mujeres.

Dicen que estando Guagugiona en la tierra donde había ido, vió una mujer que había dejado en el mar, de que tuvo gran placer, y al instante buscó muchos lavatorios para lavarse, por estar plagado del mal que llamamos francés; metióse después en una *Guanara*, que significa sitio apartado, donde sanó de sus llagas. Después ella le pidió licencia para irse, y él se la dió. Esta mujer se llamaba *Guabonito*, y Guagugiona se mudó el nombre llamándose después *Biberoci-Guagugiona*, al cual dió Guabonito, mu-

chos guaninis, y sartas de piedrecillas, para que se las atase en los brazos, porque en aquella tierra son las gargantillas de piedra que se parece mucho al marmol y las traen atadas á los brazos y en la garganta, y los guaninis en las orejas, haciéndose los agujeros en ellas cuando niños, y son de metal de florín. Dicen que el principio de estos guaninis fueron Guabonito, Albeborael, Guagugiona y el padre de Albeborael. Quedóse en la tierra Guagugiona con el padre que se llamaba Hiauna. Su hijo de parte de padre, se llamaba *Hia Guaili Guanin*, que quiere decir hijo de Hiauna, y desde entonces se llamó y hasta hoy se llama Guanini. Mas como no tienen letras ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas ni yo puedo escribirlas bien, por lo cual me persuado á que trabuco las cosas, y pongo primero lo que había de ser lo último y al fin lo primero, pero todo lo que confusamente escribo lo cuentan ellos así, y así lo extiendo de la misma forma que lo he sabido de los indios del país.

VII.

Cómo fueron mujeres otra vez á la isla de Ahiti, ó Española.

Dicen que un día fueron á lavarse los hombres y que estando en el agua llovia mucho y

tenían gran deseo de tener mujeres y muchas veces cuando llovia iban á buscar las huellas de las suyas, sin poder hallar nueva alguna de ellas, sino aquel día que lavándose, dicen que vieron caer de algunos árboles, por entre las ramas, cierta especie de personas, que no eran hombres ni mujeres, ni tenían naturas de unas ni otras, que fueron á cogerlas y huyeron, como aguilas, por lo cual llamaron de orden del Cacique dos ó tres hombres, viendo que no podían cogerlas, para que las aguardasen y buscasen para cada una, un indio Caracaracol, que tenía mny ásperas las manos, y que así las tendrían estrechamente, sin que se les escurriesen; dijeron al Cacique que había cuatro de estos Caracaracoles y los llevaron. Es el Caracaracol una enfermedad como tiña, que causa gran aspereza en cuerpo. En efecto, las cogieron, y habiendo tenido consejo sobre el modo de hacer estas personas, mujeres, por faltarles naturaleza de ellas y de hombre.

VIII

Cómo hallaron medio para que fuesen mujeres

Buscaron un pájaro que se llama *Inriri* llamado antigüamente *Inriri Cahuvial*, el cual agujerea los árboles y en nuestra lengua se llama

pico. Cogieron aquellas personas y las ataron de piés y manos, y el pájaro al cuerpo, en sitio tan proporcionado, que pensando que eran árboles, las personas, picando, formó la naturaleza de la mujer, que la faltaba. De este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según cuentan los más ancianos, pues yo escribo en resumen, por no haber tenido papel bastante, y así no podré poner en lugar donde debe estar, lo que apunté en lugar diverso; pero con todo esto, no he errado, porque creen los indios todo lo que va expresado, como va escrito. Volvamos ahora á aquello que debíamos haber puesto primero, esto es, á la opinión que los indios tienen en cuanto al orígen y principio del mar.

IX.

Cómo dicen fuese hecho el mar.

Hubo un hombre llamado *Jaya* de quien no saben el nombre propio, y su hijo se llamaba *Jayael*, que quiere decir hijo de Jaya. Queriendo Jayael matar á su padre, éste le mandó desterrado, y lo estuvo cuatro meses, al cabo de los cuales, le mató su padre, y metió sus huesos

en una calabaza, la cual colgó en el techo de su casa, y allí estuvo algún tiempo; sucedió que un día dijo Jaya á su mujer, con deseo de ver á su hijo: *Quiero ver á nuestro hijo Jayael*; en lo cual convino, y habiendo alcanzado la calabaza la abrió para ver los huesos de su hijo, y salieron de ella muchos peces grandes y chicos. Viendo los padres que los huesos se habían convertido en peces, determinaron comérselos. Dicen que un día, habiendo ido Jaya á sus Conichis, que quiere decir posesiones, que eran su patrimonio fueron cuatro hijos de una mujer que se llamaba *Itiva Tahuvava*, todos de un vientre y jemelos, pues habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron del vientre los cuatro hijos y el primero fué Caracaracol, que quiere decir roñoso; el cual Caracaracol se llamaba *Dimiban*, los otros no tenían nombre.

X.

Estos cuatro hijos de Itiva Tahuvava, fueron juntos por la calabaza de Jaya, en la cual estaba su hijo Jayael, que se había trasformado en pez, pero ninguno se atrevió á llegar á ella sino Dimiban Caracaracol, que la alcanzó y todos se

hartaron de peces; pero cuando estaban comienda, sintieron que venía Jaya de sus heredades y queriendo en este aprieto, volver á colgar la calabaza, lo hicieron tan mal, que cayó en tierra, y se rompió; y dicen que fué tanta el agua que salió de aquella calabaza, que llenó toda la tierra y con ella salieron muchos peces y de aquí dicen, que tuvo origen el mar. Salieron estos de allí, y se encontraron con un hombre que se llamaba *Conel*, el cual era mudo.

XI.

De lo que pasó á los cuatro hermanos cuando huyeron de Jaya.

Estos, luego que llegaron á la puerta de Basamanaco, y sintieron que llevaba Cazabi, dijeron Ahiacavo Guarrocoel, que quiere decir conozcamos este abuelo nuestro; así mismo Dimivan Caracaracol viendo á sus hermanos delante de sí, entró dentro para ver si podía tomar algún Cazabi, el cual Cazabi es el pan que se come en aquella tierra. Habiendo entrado Caracaracol en la casa de Ayamavaco, le pidió

Cazabi, que es el pan referido, y él se echó la mano á la naríz, y le tiró una calabaza en las espaldas que estaba llena de Cogioba, que había hecho aquel día. Es la Cogioba cierto polvo que toman algunas veces para purgarse, y otros efectos, como se dirá adelante; tómanla con una caña larga como medio brazo, y meten un extremo en la naríz y otro en el polvo, y así la sorben por la naríz, lo cual los hace purgar grandemente, y le dió aquella calabaza por pan, y se fué muy irritado porque se lo pedian.

Volvióse Caracaracol á sus hermanos, y contó lo que le había sucedido con Baiamanicoel, y el golpe que le dió con la calabaza en las espaldas, y que le dolía mucho. Entonces los hermanos le miraron las espaldas y las vieron muy hinchadas, y creció tanto el hinchazón que estuvo para morir, por lo cual buscaron modo de abrirla y no pudieron, y tomando un hacha de pedernal, la abrieron y salió fuera una tortuga viva, y así fabricaron su casa y llevaron á ella la tortuga; de esto no he sabido más, y para entenderlo, ayuda poco lo que hemos escrito.

Mas dicen, que el sol y la luna salieron de una cueva que está en la tierra de un Cacique llamado *Maucia Tibuel*: á la cueva llaman *Jovovava*, y la tienen en mucha estimación y toda pin-

tada á su modo, de follajes, y cosas semejantes, sin figuras.

Había en esta cueva dos Cemis de piedra, del tamaño de medio brazo, y parecía que sudaban, á los cuales tenían en gran veneración, y cuando no llovía, dicen que iban á visitarlos y al punto llovía, el uno de ellos se llamaba *Boiniael*, y el otro *Maroyo*.

XII.

Cómo dicen que andan vagando los muertos y cómo son, y de lo que hacen

Creen que hay un lugar á donde van los muertos. que se llama *Coaibai*, y está en la misma isla, á la parte que llaman *Soraya*. El primero que estuvo en Coaibai dicen que fué uno que se llamaba *Machetaurie-Guanana*, que era señor de dicho Coaibai, casa y habitación de los difuntos.

XIII.

De la forma con que se tratan los muertos.

Dicen que por el día están encerrados, y por la noche salen á divertirse, y que comen un cierto fruto llamado *Guabaza*, el cual tiene el sabor de la manzana, y que por el dia están en piedra, y á la noche se convierten en fruta y hacen fiestas, y van en compañia de los vivos. Y para conocerlos observan este orden, que con las manos les tocan las tripas, y sino les hallan ombligo, dicen que está operito, que quiere decir muerto, porque dicen que los muertos no tienen ombligo, y asi algunas veces se hallan engañados, pues no mirando á esto cogen algunas mujeres de la compañía y cuando piensan tenerlas abrazadas, no hallan nada porque desaparecen de repente, y hasta hoy creen lo referido; llaman á la persona que está viva, *Goeiz*, y después de muerta la llaman *Opia*. Este Goeiz dicen que se les aparece muchas veces, así en forma de hombre. como de mujer, y afirman que si da con hombre que quiere reñir con él, que en empezando á luchar desaparece, y que el hombre echa los brazos en

otra parte, sobre algunos árboles, de los cuales quedaba colgado, lo cual creen todos, grandes y pequeños, y que se les aparece en forma de su padre, madre, hermano, pariente, y en otras formas; el fruto que dicen que comen los muertos es del tamaño del melocotón, y estos muertos no se aparecen de día, sino de noche, por lo cual, si se arriesga alguno á andar solo de noche, lleva gran miedo.

XIV.

De dónde procede lo referido, y por qué lo creen

Hay algunos hombres que viven y practican entre ellos, llamados *Bohutis*, los cuales hacen muchos engaños, como se dirá luego. Hácenlos creer que hablan con los muertos, y que saben cuanto sucede, y todos sus secretos, y que cuando están enfermos los curan y arrancan el mal, y así los engañan, porque yo he visto parte de estas cosas con mis propios ojos, como de las otras cosas que contaré. Diré solamente lo que he sabido de muchos, especialmente de los principales, á los cuales he tratado más que á otros, puesto que como los moros, tienen la ley redu-

cida á canciones antiguas, y cuando quieren cantarlas, tocan cierto instrumento que llaman *Baiohabao*, el cual es de palo, y cóncavo, fuerte, y muy sutil, de medio brazo de largo y otro medio de ancho, y la parte donde se toca está en forma de tenazas de herrador, y la otra parte es como una porra, de manera que parece una calabaza de cuello largo.

Este instrumento que tocan, tiene tanto sonido que se oye una legua, y cantan á él las canciones que saben de memoria, y le tocan los hombres principales, aprendiendo de los muchachos á tocarle, y cantar á él, dentro según su costumbre. Pasemos ahora á tratar muchas cosas acerca de las ceremonias y costumbres de los gentiles.

XV.

De las observaciones de estos indios Buhutibus, y cómo hacen profesión de medicina, y enseñan á la gente y la engañan en las curas.

Todos ó la mayor parte de los indios de la Española, tienen muchos Cemines, de diversas maneras. Unos tienen los huesos de su padre,

de su madre, parientes y pasados, los cuales son de piedra ó madera y tienen muchos de dos formas, algunos que hablan y otros que hacen nacer, lo que comen, otros que hacen llover, otros que haga aire, lo cual creen aquellos simples ignorantes que hagan aquellos ídolos, ó más propiamente demonios, porque no tienen conocimiento de nuestra santa fé. Cuando alguno está enfermo le llevan al *Buhitibu*, que es el médico referido, el cual tiene obligación á guardar la dieta que el enfermo, y á traer la cara como si lo estuviera, lo cual se hace en el modo que ahora sabréis: Es menester que él también se purgue como el enfermo, y para purgarse toman el polvo Cogioba, sorbiéndole por las narices, que los emborracha, de modo que no saben lo que se hacen, y dicen muchas cosas fuera de razón, afirmando que hablan con los Cemis, y que por ello les ha venido una enfermedad.

XVI.

De lo que hacen los Buhitibu.

Cuando van á visitar algún enfermo, antes de salir de su casa se ponen negra toda la cara con hollín ó carbón, para hacer creer al enfermo

lo que le pareciere, en cuanto á su enfermedad, toman después algunos huesecillos y un poco de carne, y envolviendo todo esto en alguna cosa para que no se caiga, se lo meten en la boca, cuando ya el enfermo está purgado con el polvo que hemos dicho.

Entrando el médico en la casa del enfermo, se sienta y callan todos, y si hay muchachos los echan fuera porque no metan ruido ni impidan hacer su oficio al Buhitibu, sin quedar en la casa más de uno ó dos principales: estando así solos, toman alguna yerba de la joya ancha, y otra yerba envuelta en una hoja de cebolla de media cuarta de ancho, la una de dichas joyas es la que comunmente traen todos, y la comen después de haberla traído, fregándola entre las manos y se la echan en la boca de noche, para vomitar lo que han comido, y que no les haga mal y entonces empiezan el canto, y encendiendo una luz sacan el jugo.

Hecho esto, y estando quieto un poco, se levanta el buhitibu, y va hácia el enfermo, que está sentado solo en medio de la casa, como se ha dicho, y le da dos vueltas alrededor, como quiere. Después se pone delante de él, y le coge de las piernas palpándole los muslos y las piernas hasta los piés. Después tira fuertemente, como que quiere desollar alguna cosa, y de allí se

va á la salida de la casa y cierra la puerta, y habla diciendo: «Vete al monte» ó al mar ó á donde quiere decir; y con un soplo, como quien sopla una paja, se vuelve otra vez, pone las manos juntas, cierra la boca y le tiemblan las manos, como cuando hace gran frío, sóplase las manos por encima y tira así, el aire, como cuando se chupa el meollo de un hueso, y va chupando hasta el enfermo por el cuello, estómago, espaldas, manos, barriga, ó por muchas partes del cuerpo.

Hecho esto, empieza á toser, y á hacer gestos, como si hubiera bebido una cosa amargá, y escupe en su mano lo que hemos dicho, que se echó en la boca, en su casa ó en el camino, y si es cosa de comer dice al enfermo: «Advierte que tú has comido alguna cosa que te ha causado el mal que padeces; mira cómo te lo he sacado del cuerpo, que tu Cemis te lo habia metido en el cuerpo porque no le hiciste oración, ó no le fabricaste algún templo, ó no le diste alguna heredad»; y si es piedra le dice: «Guárdala muy bien,» y algunas veces tienen por cierto que aquellas piedras son buenas y ayudan mucho á que paran bien las mujeres, y las guardan con mucho cuidado envueltas en algodón en una cestilla, y las dan á comer de lo que comen, y lo mismo hacen con los Cemis, que

tienen en casa. Los días de función solemne llevan mucha comida de carne, pescado, pan y otras cosas, y lo ponen en casa del Cemis para que coma el ídolo de ello, y el día siguiente, después de haber comido el Cemis, vuelven todo lo que deja á sus casas, y así les ayuda Dios; como comen los Cemis de aquello y no de otra cosa, siendo los Cemis compuestos de piedra y palo.

XVII.

Cómo algunas veces se han engañado los dichos médicos.

Después que han hecho las referidas cosas, sin embargo de las cuales el enfermo se muere, si tiene muchos parientes el muerto ó es señor de vasallos y que pueden resistir contra el dicho *Buhitihu,* que quiere decir médico, porque los que pueden poco no se atreven á contender con estos médicos, el que le quiere hacer mal hace esto.

Queriendo saber si el enfermo murió por culpa del médico ó no guardó la dieta, como él le mandó, toman una yerba que se llama *Gueio,*

gruesa y ancha, que tiene las hojas semejantes al Basilicon, la cual por otro nombre se llama *Zachon*, sacan el zumo de la hoja, cortan las uñas al muerto y los cabellos de la frente, y entre dos piedras los hacen polvo, el cual mezclan con el zumo de la yerba referida, y se lo hacen beber al muerto por la boca ó las narices, preguntándole si el médico ocasionó su muerte, y si guardó la dieta, y esto se lo preguntan muchas veces hasta que el muerto habla tan claramente como si estuviera vivo; de suerte que responde á todo lo que le preguntan, diciendo que el Buhitihu no observó la dieta, y que entonces ocasionó su muerte, y dicen que el médico le pregunta si está vivo, y cómo habla tan claramente y él responde que está muerto. Después que han sabido lo que quieren le vuelven á la sepultura, de la cual le habían sacado antes para saber lo que querían.

También tienen otro modo de ejecutar lo referido, para saber lo que quieren. Toman el muerto y hacen un gran fuego, semejante al de los carboneros cuando hacen carbón, y cuando la leña está hecha brasas, echan al muerto en aquella gran hoguera y le tapan con tierra como el carbonero cubre el carbon, y le dejan estar allí el tiempo que les da la gana, y estando de este modo, le preguntan lo mismo que queda referido, y responde el muerto que no sabe nada,

preguntándole esto diez veces, y los responde; después no habla más el muerto, pregúntanle si está muerto, pero él no vuelve á hablar palabra.

FIN DEL VOLUMEN PRIMERO

TOMOS PUBLICADOS

I. Xerez, *Conquista del Perú* (1534) 2 pesetas.

II. Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran rio de las Amazonas*, 4 pesetas.

III y IV. Rocha, *Tratado del origen de los Indios occidentales del Perú, Méjico, Santa Fé y Chile*, 2 volúmenes, 6 pesetas.

V. *Historia del Almirante de las Indias don Cristóbal Colón*, escrita por D. Fernando Colón, su hijo; volumen I, 3 pesetas.

EN PRENSA

VI. *Historia del Almirante de las Indias don Cristobal Colón*, escrita por D. Fernando Colón, su hijo; volumen II.

VII. Ruiz Blanco, *Conversión del Piritú, de indios Cumanagotos y Palenques*.

VIII. *Arte gramatical de la lengua yunga que hablan los indios de los valles de Truxillo, en el Perú*, por D. Bernardo de la Carrera. (Lima 1644.)

IX. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*.

Se acabó de reimprimir este primer volumen
de la *Historia del Almirante de las Indias
Don Cristobal Colón*, en Madrid, en la
imprenta de Tomás Minuesa, calle
de Juanelo, número diez y nueve
á siete días del mes de Fe-
brero de mil ocho-
cientos noventa
y dos.

COLECCIÓN DE LIBROS
RARÍSIMOS Y CURIOSOS
QUE
TRATAN DE AMÉRICA

TOMO SEXTO

HISTORIA DEL ALMIRANTE
DE LAS

INDIAS

DON CRISTÓBAL COLÓN
ESCRITA POR
DON FERNANDO COLÓN, SU HIJO

SEGUNDO VOLUMEN

VENDESE
EN TODAS LAS LIBRERIAS

COLECCIÓN DE LIBROS
RAROS Ó CURIOSOS
QUE

TRATAN DE AMÉRICA

TOMO SEXTO

HISTORIA DEL ALMIRANTE

DON CRISTÓBAL COLÓN

EN LA CUAL SE DA PARTICULAR
Y VERDADERA RELACIÓN DE SU VIDA, DE SUS
HECHOS, Y DEL DESCUBRIMIENTO
DE LAS INDIAS OCCIDENTALES
LLAMADAS NUEVO-MUNDO.

ESCRITA POR

DON FERNANDO COLÓN, SU HIJO.

REIMPRÍMESE

CON UN ESTUDIO ACERCA DEL AUTOR Y SUS OBRAS

SEGUNDO VOLUMEN

MADRID: 1892.

970
C691
v.6

Hist.-So. Am.
Geuthner
7-10-24
10412

ESTUDIO BIOGRÁFICO Y BIBLIOGRÁFICO
ACERCA DE
D. FERNANDO COLÓN

SUMARIO

I. Vida de D. Fernando Colón.—II. Sus obras.—III. Su testamento, como fuente de conocimiento de su vida y de sus obras.—IV. La afamada biblioteca de D. Fernando Colón.—V. Cuestión crítica acerca de la HISTORIA DEL ALMIRANTE D. CRISTÓBAL COLÓN.—VI. Juicios acerca del valor histórico y literario de esta obra.

I.—VIDA DE D. FERNANDO COLÓN.—La vida de D. Fernando Colón dista mucho de ser tan conocida como lo es la de su padre.

La vida de éste es una vida verdaderamente legendaria, que simboliza las más grandes conquistas junto á los más grandes infortunios; y no hay pueblo, aunque no sea tan impresionable y tan amante de sus glorias como el nuestro, que no estereotipe en su memoria los infortunios de

sus sabios y las conquistas de sus héroes. Apasionadamente solidario de unos y otros, hace suyos sus triunfos y sus glorias, como sus desgracias y dolores. Y como por una invencible fatalidad este es el pedestal sobre que se elevan sus más grandes hombres, la historia de Cristóbal Colón es una historia legendaria y verdaderamente popular.

No así la de su hijo D. Fernando, autor de la obra á que acompaña este ESTUDIO. Y, sin embargo, la figura de D. Fernando Colón es de una magnitud colosal en la historia de nuestros descubrimientos y en los descubrimientos de nuestra historia. El padre fué el héroe. El hijo, el historiador. La epopeya es del padre. La historia, del hijo. El uno realizó, y el otro escribió, la *Odisea* de sus viajes, y el poema de sus descubrimientos. Y, sin la *Historia del Gran Almirante, descubridor*, sin este gran cuadro trazado á la pluma por D. Fernando, coetáneo y testigo de muchos hechos, personaje y narrador de esta epopeya, no se hubiera conservado, á través de los siglos, la homérica figura del gran revelador que hizo surgir un Nuevo-Mundo del seno desconocido del Atlántico.

D. Fernando Colón fué hijo natural de Cristóbal y de D.ª Beatríz Enríquez, señora de alta alcurnia. Nació en la ciudad de Córdoba el 15

de Agosto de 1488. Esta, al menos, es la fecha admitida como verdadera; la que resulta de las doctas investigaciones de D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Coleccion de Viajes,* y la que consta en un manuscrito de letra de D. Fernando, que se halló en la Biblioteca Colombina, no obstante la opinión de Washington Irving, en su *Vida de Cristóbal Colón,* que fija esa fecha en 28 de Septiembre de 1488, y ciertos papeles originales, existentes en la iglesia de Sevilla, que hicieron creer á D. Diego Ortiz de Zúñiga que fué en 29 de Agosto de 1487.

Los Reyes Católicos, al emprender Cristóbal Colón su viaje, en 3 de Agosto de 1492, admitieron á su hijo D. Diego entre los pajes del príncipe D. Juan; y este honor le debió ser concedido también á D. Fernando, probablemente al regresar de su primera expedición, no obstante lo ilegítimo de su origen; recibiendo la esmerada enseñanza que á dicho príncipe, juntamente con los primogénitos de los ricos-hombres, dió el sabio Pedro Martir de Anglería, hasta que le fué concedida en 1501, la embajada de Venecia.

Cristóbal Colón profesó apasionado amor á sus hijos, y tal vez el nacimiento de D. Fernando fué la circunstancia decisiva para que no abandonase á España y para que cupiese á los

españoles la gloria de descubrir el Nuevo-Mundo. En la relación de su primer viaje, y al describir el inminente peligro de muerte en que se hallaba el 14 de Febrero de 1493, en medio de la más furiosa tormenta, Cristóbal Colón se olvida de los horrores que le rodean, para recordar afligido y cariñoso á los dos hijos que teme dejar huérfanos en Córdoba, sin que sus servicios y sus descubrimientos puedan asegurar su vida y cimentar su porvenir. Se cree—y así lo lo supone Herrera—que, al emprender su segundo viaje, dejó á sus hijos en compañía del príncipe D. Juan, donde los visitó su tío Bartolomé, que por aquel tiempo vino á reunirse con su hermano, sabiendo su fortuna. Ello es que Colón no se separó de sus hijos mientras permaneció en España, y que los llevó á Cádiz, al darse á la vela para su segundo viaje, en Septiembre de 1493.

Oviedo afirma, en su *Historia de Indias*, que el príncipe D. Juan favoreció á ambos hijos de Colón y los distinguió sobre los otros pajes. En el palacio del príncipe se hallaban cuando se celebraron sus bodas con Margarita, hija del emperador Maximiliano, fiestas á que contribuyó á dar lustre y esplendor el regreso de Colón, de su segundo viaje, con cuantas curiosidades y riquezas había logrado atesorar. Ocasión fué ésta en que el insigne Almirante pudo gozar

largo tiempo la grata compañía de sus hijos, pues tardó más de un año en poder emprender una nueva expedición á las Indias, por la penuria en que guerras y bodas ponían al Tesoro.

Murió D. Juan, arrebatando su muerte las más lisonjeras esperanzas y despertando los más negros temores, por ver en lontananza á la nación regida por extranjeros. Hallábanse en Sevilla los hijos de Colón, quien, viendo los obstáculos que oponía á su embarque el arcediano D. Juan de Acuña, su enemigo capital y cabeza del partido que le era hostil, los envió de nuevo á la corte, en 2 de Noviembre de 1497. La Reina los tomó á su servicio, en la misma calidad de pajes que tenían con el príncipe, y siguieron oyendo las doctas lecciones de Pedro Mártir de Anglería. D. Fernando estudió hasta los 13 años, y con los más brillantes resultados, los principios de la literatura y de las ciencias, y á esa edad decidió su padre dedicarle á vida más activa, sobre todo á la navegación, que es escuela que enseña lo que no se halla en los libros.

Preparábase Cristóbal Colón á su cuarto viaje, en Mayo de 1502, y proponíase hallar un estrecho que debería abrir camino á los mares más remotos y facilitar el dar la vuelta al mundo. Y decidió que le acompañase su hijo don

Fernando, que era su hijo predilecto, tal vez por el acendrado cariño que la ancianidad profesa á la juventud, tal vez por la misma ilegitimidad de su nacimiento, circunstancia de mucho peso en aquella época. Los Reyes Católicos accedieron á su deseo, y Colón tuvo la satisfacción de llevar á cabo su viaje, gustando todas las dulzuras del amor filial, bálsamo que pudo en parte cicatrizar las heridas del pobre navegante que, aislado y vendido, había sentido siempre el vacío bajo sus piés y el vacío en su corazón.

Colón se hizo á la mar, en el canal de Cádiz, con cuatro embarcaciones de gavia y 140 hombres de tripulación. D. Fernando fué con su tío, D. Bartolomé, á Arcilla, en socorro de los portugueses, sitiados por los moros. Pasaron después por la Gran Canaria, la isla Dominica, la de los Caribes y la de San Juan, con rumbo á la de Santo Domingo; y, creyendo hallar el estrecho derecho, hacia *Veragua y Nombre-de-Dios*, un terrible temporal separó las naves, y cada tripulación creyó haber naufragado las demás.

Son indecibles los contratiempos azaroros que sobrevinieron á los audaces expedicionarios, para fortificar, como por providencial misión, los lazos del cariño del Almirante. Reunidos en el puerto de Azua, fueron al Brasil, huyendo de otra tempestad, pronosticada por el célebre na-

vegante. Fueron sucesivamente á las islas de *Pozas*, á la de *Guanaga*, no lejos de *Honduras*, donde adquirieron noticias interesantes de Nueva-España; pero, insistiendo en su designio de descubrir el estrecho de tierra firme, para abrir la navegación al mar del Sur, determinó «por su mal» seguir el rumbo de Oriente hacia Veragua. Descubrió la punta de *Casinas*, llegó hasta el cabo de *Gracias-á-Dios* y llamó á esta costa la de *Oreja*, tomando posesión de aquella tierra á nombre de los Reyes Católicos.

Este viaje fué una verdadera odisea de desgracias. Durante 88 días, vivieron envueltos en la más furiosa tormenta, sin ver la luz del sol, ni siquiera el fulgor de las estrellas, y en navíos que amenazaban sumergirse en el fondo de los mares. Colón, postrado en cama, los gobernaba con inteligencia y con valor. Afligíale sobremanera la incierta suerte que corría su hermano, que le acompañaba á su pesar; y su hijo, expuesto en edad tan tierna á tan horrendos peligros. Pero era éste su consuelo, por la entereza conque avisaba á los demás, «como si hubiese navegado 80 años», según sus mismas palabras. Baste decir, para abreviar la relación de tan azaroso viaje, que dobló el cabo de *Gracias-á-Dios*, estuvo en *Portobello*, denominó á la inmediata á Veragua, la costa de los *Contrastes*, y fueron á la

Jamáica, donde sin medios de salir de la isla, si no traían de la *Española* un navío que los trasportase, se realizó la empresa, verdaderamente épica, de hacer la travesía entre ambas en una débil canoa, hazaña llevada á cabo por el intrépido y leal Diego Méndez, acompañado de Bartolomé Fiesco, «gentil-hombre genovés», según dice D. Fernando.

Y, después de penalidades y peligros sin número; después de arrostrar las iras de los mares y las de los turbulentos tripulantes; después de verse diezmados por las enfermedades y las miserias, embarcaron en la nave comprada por Méndez, entraron en la isla de *Santo Domingo* (13 de Agosto de 1504), y emprendieron el viaje de regreso á España, sufriendo contrariedades indecibles, con el navío desarbolado, rota la contramesana, y navegando 200 leguas en tan lamentable estado, hasta arribar á Sanlúcar, el 7 de Noviembre. El joven D. Fernando fué con su tio Bartolomé á la corte, donde se sabe, por una carta de Colón al P. Gorricio, y por Navarrete, en sus *Viajes*, que aún permanecía en 4 de Enero subsiguiente.

D. Fernando acompañó también á Colón en su cuarto viaje, el más azaroso y desastroso de cuantos emprendió el Almirante. Merced á sus solícitos cuidados y á sus desvelos cariñosos,

pudo en parte endulzar las penalidades de aquel titán de los mares que, postrado en cama, víctima de tantas injusticias, triunfantes sus enemigos y muerta Isabel, su protectora, sobrevivió difícilmente año y medio á su última expedición. En sus últimas disposiciones, después de procurar cumplir con D.ª Beatriz Enríquez los deberes que le imponía su conciencia, llamó á su hijo D. Fernando, al moyorazgo que fundó, faltando la línea de D. Diego; y después de un proceso famoso contra el Fisco, el casamiento de D. Diego con D.ª María de Toledo hizo conseguir la realización de sus deseos.

D. Fernando Colón acompañó asímismo al nuevo Almirante, D. Diego, en su viaje al Nuevo Mundo (9 de Junio de 1509.) Pero, contrarrestada por D. Fernando su autoridad, estableciendo la Audiencia en Santo Domingo, D. Fernando Colón escribió dos documentos notables, que existen originales en el archivo de los duques de Veragua, á saber: el primero, proponiendo como presidente de aquella Audiencia á su hermano D. Diego, en virtud de su dignidad de Almirante, y expresando cuáles deberían ser sus atribuciones y emolumentos; y el segundo, en defensa del derecho de D. Diego, en grado de suplicación de las causas civiles y criminales de Indias.

Los vastos talentos de D. Fernando eran muy conocidos en la corte y apreciados por el Rey. Así es que no permaneció mucho tiempo en las Indias, pues consta que en 1512 se hallaba en Europa. No anhelaba ya viajar por los países nuevos, que conocía por sus repetidas expediciones, sino por los países cultos, para atesorar nuevos conocimientos. Sus nuevos viajes no fueron solo por Europa, sino que se extendieron también al Asia y Africa. Lamentable es—dice D. Eustaquio Fernández de Navarrete en el tomo XVI de la *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*—que los escritores contemporáneos, tan difusos á veces en cosas de poca importancia, hayan pasado tan de ligero en éstas, que debían interesar á la posteridad; y más lamentable aún que, ya que no quisieron extender su pluma en esta materia, *dejasen por culpable incuria perderse los libros, que escribió el estudioso viajero, de cuanto vió y observó en estos viajes.* Trascribimos literalmente el texto de tan erudito autor, y subrayamos algunas de sus frases, sobre que más adelante volveremos, para no deducir de la pérdida de esta HISTORIA el ser apócrifa tal obra.

Sábese, por una nota autógrafa en un Juvenal de su afamada biblioteca, que estuvo en Roma los tres últimos meses de 1512. Sábese

asímismo, por su citada HISTORIA, que estuvo también en Cugureo, donde existían dos hermanos Colombos, algo parientes suyos. Y se sabe también algo relativo á su modo de viajar, por cierta cláusula de la instrucción que dejó en su testamento, respecto al sostén y fomento de su biblioteca. También volveremos á hablar de esta luminosa cláusula, al tratar de la autenticidad de esta su obra.

Consta que D. Fernando hizo otro viaje al Nuevo-Mundo, y debió ser en los años comprendidos entre el 1512 y el 1520. En este año acompañó á Alemania al Emperador, de quien recibió diferentes donaciones y mercedes. Asistió á la célebre dieta de Worms, y no pudo volver á España por cáusa de las guerras de Francia. Aconsejó al Rey viniese por mar, en un escrito intitulado *Forma de navegación para el alto y felicísimo viaje del Emperador, desde Flandes á España.* Fué también á Londres, donde «es de creer—dice el erudito autor citado—aprovechase la ocasión para aumentar el caudal de su saber, visitando las oficinas de los libreros y recorriendo los monasterios y abadías en busca de obras impresas y códices olvidados.»—Sábese, por una cláusula del testamento de D. Fernando, que llegó con el Emperador á Santander (16 de Julio de 1522.)

La pretensión de los portugueses á las islas «del Maluco,» descubiertas por Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano, hizo que D. Fernando Colón, con Simón de Alcazaba y el doctor Sancho Salaya, como astrónomos; Pero Ruiz de Villegas, F. Tomás Durán y el capitán Elcano, como marinos; y los licenciados Acuña, Pedro Manuel y Barrientos, como letrados, fuese á la célebre Junta que, para dirimir estas cuestiones, se reunió en la frontera, entre Elvas y Badajoz. Aquellos hombres debían dividir y repartir el mundo, entre España y Portugal. Y don Fernando demostró la superioridad de sus vastos conocimientos, siendo notabilísimo para su época el escrito suyo que en esta llamaríamos «de conclusiones,» y su *Memorial* á los letrados, reunidos en Badajoz, para que exclarecieran los puntos de Derecho que ocasionaban las ideas más erróneas.—Baste en este punto decir que los astrónomos y pilotos españoles dieron su parecer *que se conserva original de letra de D. Fernando*, demostrando el indisputable derecho de España á las Molucas.—Navarrete, en su *Colección de Viajes*, conserva preciosos documentos relativos á esta célebre polémica.

También en 1524 escribió D. Fernando el derecho de la Corona de Castilla á la conquista de las provincias de Persia, Arabia, Indias, Ca-

liente y Malaca, y demás territorio usurpados por el Rey de Portugal al Oriente del cabo de Buena-Esperanza.—Es un documento notabilísimo.

D Fernando anhelaba el retiro tranquilo que seduce á todos los hombres de letras, resistiéndose á las solicitudes y promesas de príncipes extranjeros, deseosos de utilizar los caudales de su saber. Así es que en 1526 había fijado su residencia en Sevilla, donde lás ingratitudes de España para con el revelador de un Nuevo-Mundo; las amargas lecciones del proceso de su tio el Almirante con el Fisco; y los severos ejemplos aprendidos en sus viajes y en sus estudios, le decidieron á consagrar todos los días de su vida al cultivo y al fomento de las ciencias y las letras.

Intentó fundar el *Colegio Imperial*, para enseñanza de la matemática y la náutica, llevando allí su renombrada biblioteca. Y solo dejó su apacible retiro en 1529, llamado por el Emperador á la corte para consultarle sobre árduos negocios. Uno de ellos debió ser relativo á las Molucas, pues de ese año hay suyo un *Apuntamiento sobre la demarcación del Maluco y sus islas.*

Pasó en su retiro los últimos diez años de su vida, teniendo la satisfacción de que se perpetuasen en su familia las riquezas y los honores que le conquistaran sus conquistas y de obtener una

pensión de quinientos pesos anuales sobre la isla de Cuba. Y después de consagrar mucho tiempo á su testamento, documento de inapreciable valor, á que dedicamos punto aparte, falleció el 12 de Julio de 1539, cubriéndose el rostro de ceniza, y murmurando aquellas memorables palabras: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem su reverteris.*

Según sus deseos, se le enterró en la catedral de Sevilla. En la lápida de su sepulcro hizo esculpir el escudo de su padre, y un epitafio concebido en estos términos:— «Aquí yace don »Fernando Colón, hijo de don Cristóbal Colón, »primer Almirante que descubrió las Indias, »que siendo de edad de 50 años, 10 meses y »17 días, y habiendo trabajado lo que pudo por »el aumento de las letras, falleció á 12 días »del mes de Julio de 1539, 35 años después del »fallecimiento de su padre.— Rogad á Dios por »ellos.»—Este epitafio, en que campean la sencillez y la modestia, fue sustituido por otro en latín ampuloso, por disposición de sus albaceas, que puede verse en los *Anales de Sevilla*, de Zúñiga.

Consignemos con el mayor placer que el sepulcro de D. Fernando Colón, se conserva por honra nuestra, honor y suerte de pocos hombres ilustres de España, cuyas ignoradas cenizas, ya-

cen por lo general, en la fosa común de los cementerios, ú en los osarios anónimos de nuestras bóvedas.

***

II. Obras de D. Fernando Colón.—La obra principal, considerada por excelencia como única, que legó á la posteridad tan distinguido personaje, fué la que parece se intitula, y así la llaman el doctísimo D. Nicolás Antonio y otros eruditos antiguos y modernos, Historia del Almirante D. Cristobal Colón, á que acompaña este breve Estudio Biográfico y bibliográfico.—Y decimos «considerada como única», porque ha servido como de pedestal á la figura de D. Fernando, que ha debido á esa obra tanta fama por lo menos, como á sus viajes, vastos conocimientos y afamada biblioteca, prototipo y dechado de las de aquella Edad.

Imposible parece que una obra que ha servido, á través de los siglos, para cimentar sólidamente la merecida fama de su autor, pasando su autencidad por incontrovertible, haya sido injusta y apasionadamente impugnada, como tratando de arrebatar á los españoles conquistadores, la gloria de españoles historiógrafos. Y, sin embargo, ha sucedido así, armándose una verdadera campaña contra esa obra luminosa,

que ha deparado á su autor una reputación universal.

Sin adelantar, pues, los razonamientos que pertenecen á las CUESTIONES DE CRÍTICA HISTÓRICA, BIBLIOGRÁFICA Y LITERARIA, RELATIVAS Á ESTA OBRA, es preciso consignar aquí que, de la pérdida del manuscrito de esta HISTORIA, pues no parece verosímil que llegara á imprimirse en español, se ha deducido infundadamente, que la obra en español no ha existido, ó no fué escrita por el hijo preclaro del Almirante.

La obra en cuestión que, como su autor, ha ido del Viejo al Nuevo-Mundo, y es conocida desde el sitio en que se escribió ó se publicó hasta los confines que en ella por primera vez fueron descritos, sabemos que fué dada á luz en italiano, y se intituló: HISTORIE DEL SR. D. FERNANDO COLOMBO, *nelle qualé s'ha particolare, et vera relatione della vita, et dé fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre: Et dello scorprimento, ch' egli fece dell'Indie Occidentali, dette Mondo Nvovo, hora possedute dal Sereniss. Re Catolico: Nuovamente di lingua spagnuola tradotte, nelle Italiana dal* S. ALFONSO VLLOA. *Vcnetia, 1571.--Apresso Francesco de Franceschi Sanese*: en 8.º con 16 hojas sin numerar y 247 folios:

Se volvió esta obra á reimprimir en italiano,

en las siguientes fechas y ciudades: Milán, 1614, en 8.° Venecia, 1618, 1672, 1676, 1678, 1685 y 1707, las seis ediciones en 8.°

En París se publicó una edición en 1681, cuya traducción al francés hizo *C. Cotolendy.*

Posteriormente se han hecho varias ediciones en diversos idiomas extranjeros que consideramos ocioso reseñar.

El infatigable sabio español D. Andrés González Bárcia, tradujo esta obra de la versión hecha al italiano por Ulloa y la publicó al frente de sus *Historiadores primitivos de Indias* que aparecen impresos en Madrid en el año 1749, y hasta hoy aquel ha sido el único texto castellano que hemos tenido, de una obra que es un verdadero tesoro para la historia de España.

La importancia de esta obra es fácil de comprender. El escritor es el hijo del descubridor del Nuevo-Mundo, y le acompañó en algunos de sus viajes. Es uno de los primeros autores que ha narrado nuestras conquistas, el narrador, es testigo de los hechos y conocedor de los sitios que describe. Es viajero y explorador, historiador y personaje. Su obra ofrece todo el interés de lo desconocido, de la fábula convertida en realidad, de las maravillas de un Nuevo-Mundo, conquistado por un puñado de ilusos, conducidos por «un visionario.

La historia del Almirante era por demás dramática. Era una vida legendaria, que no se perdía entre las sombras de la tradición, ni entre las nebulosidades de la fábula. Representaba la lucha del genio con la naturaleza; de la ciencia, contra la superstición; de la voluntad más indomable, contra las más bastardas pasiones. Allí había de todo. Luminosos pensamientos, proféticas adivinaciones, presentimientos del corazón, revelaciones de la mente, audacias del aventurero, heroismos del inspirado, noblezas del desinterés, vilezas de la ambición, tempestades de la naturaleza, borrascas del espíritu, esperanzas lisongeras, peligros aterradores, tras un mundo viejo poblado de miserias y de engaños, un mundo nuevo lleno de promesas seductoras y preñado de fabulosas riquezas-,.. La historia de Colón, más que historia, era una epopeya y debía, como él, dar vuelta al mundo...

Es innecesario, por lo tanto, insistir en la importancia de esa obra y en el éxito—como se dice hoy—que debió alcanzar con su publicación. Y es igualmente ocioso hablar de su trascendencia, porque las circunstancias todas de D. Fernando Colón, autor y actor, historiador y personaje, la convirtieron en fuente histórica, de pureza pristina y de abundancia inago-

table, para la vida de Colón y la relación de sus conquistas. Sería, pues, ofender la ilustración de los lectores, encomiar la importancia y trascendencia de esta HISTORIA, en que se han basado, cuando no calcado, todas las relativas al descubrimiento del Nuevo-Mundo.

De otras obras de mayor ó menor extensión, pero al fin obras de su privilegiada inteligencia, queda dicho algo en los ligeros apuntes biográficos que preceden á este punto. Hállanse noticias dispersas en diferentes obras, que pueden facilitar un verdadero trabajo bibliográfico. Para nuestro objeto basta consignar aquí que las principales obras que pueden citarse de D. Fernando Colón son las siguientes:

Propuesta ó proyecto de Audiencia Real en Santo Domingo de la isla Española, bajo la presidencia del Almirante de las Indias, hecho por don Hernando Colón.—Manuscrito de D. Fernando, custodiado en el archivo de los duques de Veragua, publicado en la *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España,* tomo XVI.

Papel de D. Fernando Colón (que de su misma letra dice que es el mejor que escribió en esta materia) *acerca del derecho que, como Almirante y virey, debía tener su hermano, en el grado de suplicación de las causas civiles y criminales que se seguían en los tribunales de Indias.*—Manuscri-

to de don Fernando, en el citado Archivo.

Forma de navegación para el alto y felicísimo viaje del Emperador, desde Flandes á España.— Escrito presentado al Emperador en Mayo de 1522, según aparece en varias obras.

Sobre la forma de descubrir y poblar en la parte de las Indias.—Tratado, perdido hoy, que debió escribir al regresar á España, y volver de Flandes el Emperador.

Apuntamiento sobre la demarcación del Maluco y sus islas, firmada por los seis jueces de la capitulación, para empeñar estas islas á Portugal.— Manuscrito que cita Bárcia, como existente en el Archivo de Simancas, y que debe ser de 1529.

Declaracion del derecho que la Real Corona de Castilla tiene á la conquista de las provincias de Persia, Arabia; India, é de Calicud é Malaca, et cétera, etc., *y dirigida á S. C. Majestad el Emperador nuestro señor, año de 1525.*—En la *Coleccion de Viajes*, por Navarrete, t. IV, núm 37.

Coloquio sobre las graduaciones diferentes que las cartas de Indias tienen. En la *Coleccion*, de Muñoz.

Colon de concordia, en tres libros diviso, en el primero de los cuales se mostró que en nuestros dias sería todo el mundo de Oriente á Occidente por todas partes navegable, y la forma que en ello se debía tener: en el segundo se dijo que por todo el

mundo asimesmo en nuestros dias seria la palabra del Evangelio divulgada y recibida; y en el tercero se probó que el universal imperio habia de ser á la Corona de España concedido.—Créese que es la primera obra que escribio, y acerca de él hay esta nota de D. Fernando:—«El original del libro que yo hice y envié al cardenal D. Fray Francisco Ximénez en Sevilla, año de 1511, dicho *Colón de Concordia,* divídese en dos tractados. Es in folio manuscriptus.»

Memorial de D. Hernando Colón á los diputados letrados, en la Junta de Badajoz, para que declaren lo relativo al derecho de S. M. al dominio y pertenencia del Maluco.--Este documento, como el siguiente, existen en el Archivo de Indias, y están publicados por Navarrete, en la *Coleccion de viajes*, t. IV, números 34 y 36

Memorial de D. Hernando Colón á S. M. Católica, respecto á su librería.--Sin fecha, pero debe de ser de 1537, en que el Emperador le concedió la pensión anual de 500 pesos, para realizar su deseo de dar carácter de perpetuidad á la Biblioteca Colombina, donde se conserva este códice.

Catálogo de Estampas, en que describe una colección escogida con gusto artístico. Manuscrito que parece haber pasado á Inglaterra.

Ferdinandi Colón varii Rithmi et cantilenæ ma-

nu et hispanico sermone scripsit.--Este libro, perdido hoy, existió en la Biblioteca Colombiná, y no es probable vuelva á hallarse. Pero hay copia en un manuscrito de la Biblioteca del Palacio de Madrid, descrito por el marqués de Pidal en su *Prólogo* al *Cancionero* de Juan Alfonso de Baena. Henry Harrisse ha dado á luz algunas de estas composiciones en su obra *D. Fernando Colón, historiador de su padre;* y, sin embargo de incluir entre ellas la «Canción de la maldición», dice en otra obra—*Excerpta Colombiniana, Bibliographie de quatre cents pieces gothiques françaises, italiennes et latines*--que todas esas composiciones son de carácter religioso.--¡Así se escribe la historia... de nuestras letras y nuestras conquistas!

Testamento de D. Fernando Colón.--Fué otorgado ante el escribano Pero de Castellanos, en 12 de Julio de 1539; lo sacó Muñoz de la copia auténtica que en 78 páginas se conserva en el Archivo general de la patriarcal iglesia de Sevilla, y lo ha publicado la mayor parte de colectores y autores que tratan de la vida y hechos de Colón. Es un documento de tal importancia histórica y literaria, y tan luminoso para cuanto concierne á la vida y á la biblioteca de D. Fernando Colón, que se trata en punto aparte—el subsiguiente—de este brevísimo ESTUDIO.

De todo lo dicho en esta ligera reseña bibliográfica, se deduce el gran valor de las obras de Colón, para la historia de nuestros descubrimientos. D. Fernando Colón fué historiador, jurista, bibliófilo, artista, poeta... Y bueno es consignarlo, ya que solo es conocido por la HISTORIA DEL ALMIRANTE, y tiene méritos sobrados y gloriosos para conquistar ante la posteridad todos esos títulos.

Algunas de sus obras sirvieron para decidir gravísimas cuestiones internacionales, y su parecer fué de gran peso en asambleas, como la de Elvas ó Badajoz, en que se trataba, si así puede decirse, de dividir el mundo y repartirlo entre dos monarcas que se le disputaban. Y don Fernando Colón, de quien se asesoraban los sabios y á quien consultaban y solicitaban los príncipes, merece por sus obras la justa estimacion que de propios y extraños tuvo en su época.

***

III.—EL TESTAMENTO DE D. FERNANDO COLÓN COMO FUENTE DE CONOCIMIENTO DE SU VIDA Y DE SUS OBRAS.—Ante todo conviene consignar que el testamento de D. Fernando es la obra del perfecto caballero de sus tiempos, en que brilla la nobleza y la piedad, y en que han dejado su sello hondamente grabado, una bondad

inagotable, una ilustración vastísima y una conciencia escrupulosa.

Obra á la que indudablemente consagró largas meditaciones, todo está previsto y ordenado, desde los asuntos de mayor trascendencia hasta las cosas al parecer más nimias. Y el espíritu de detenida observación y minucioso análisis, propio de su autor, se revela hasta en los detalles más pequeños, y deja en todos sus pasajes un rastro luminoso que sirve para orientar no pocas veces al bibliófilo y al historiador.

Tiene, además, otra circunstancia de gran valer en los testimonios históricos: la de servir para la Historia, sin ser expresamente escrito para ella. Por ejemplo: hoy sabemos, ó deducimos, que D. Fernando fué hombre de gran estatura y corpulencia, porque él mismo determinó en el testamento, con su prolijidad acostumbrada, las dimensiones del cuadrángulo y de la losa de su sepultura.—Hay, como este, innumerables pasajes ó cláusulas de su testamento, que arrojan mucha luz sobre puntos obscuros ó ignorados.

Puede decirse que el espíritu que informa—según frase hoy corriente—todo ese testamento es el de la piedad y el de la ilustración, el de la filantropía y el de la ciencia. Es un documento en que se trata de dos grandes legados: el de

una fortuna, y el de una librería. Es una escritura en que se trata de repartir dos caudales: el de una herencia, y el de una biblioteca. Con la diferencia, esto no obstante, de que el caudal de dinero se ha de repartir, por deuda ó por herencia, y puede decirse que muere poco después del testador; y el caudal de libros, más preciado que el anterior para tan apasionado bibliófilo, se ha de conservar y fomentar, por diferentes medios cuidadosamente previstos y ordenados, y ha de sobrevivir á su fundador luengos siglos, siendo un riquísimo tesoro para las ciencias y las letras.

Bastará un lijero examen de tan luminoso documento, para demostrar la exactitud de esta afirmación.

El testamento principia con la acostumbrada invocación y protestación de la fé católica.—El hombre ha de morir; y, como «del tiempo y lugar non tenemos *sertinidad*» el buen D. Fernando delibera hacer su testamento y declarar su última voluntad, estando «sano de salud corporal al tiempo que este mi testamento comencé á ordenar; como parece por lo que de mi mano está escrito, lo qual non pude proseguir ni efectuar por muchos ympedimentos que e tenido, y embarazos sobre mi hacienda...»—Y aquí conviene notar que esta circunstaneia no em-

pece para que D. Fernando ordene su testamento con la lucidez y la prolijidad que se revelan en tan notable escrito.

D. Fernando dispone que sea enterrado en la iglesia de Sevilla, ó en los lugares sagrados que designa. La muerte no debe ser causa de tristeza ni temor, y quiere que se le diga una misa de Angeles, con ornamentos blancos ó de color, «para denotar el alegría que deve tener el que sale de la cárcel de este mundo...» Por esto encarga que ninguno, por hacerle merced, «llevará loba ni capirote de luto, ni capilla, bien que podrá ir vestido de negro el que quisiere...» Es claro que hay las disposiciones piadosas, ó eclesiásticas, de la época, desde las misas que se deben decir el día de su enterramiento, hasta la cera que se ha de repartir y quemar, las limosnas que han de distribuirse, las exequias que han de celebrarse, y otras prácticas para con órdenes y hospitales, que no interesan para nuestro fin.

Los débitos y créditos son objetos preferente de su atención. Y, merced á esa escrupulosidad que se nota en todo el documento, se sabe la fortuna de D. Fernando Colón—su «balance,» que diríamos hoy—al ocurrir su muerte. Efectivamente; según el testamento, contaba:

Por mandas....	450,221
Por deudas.....	1.700,319
Un total de....	2.150,540
Por créditos.....	2.571,208

Quedando un remanente de... 420,668 maravedises, á los que había que agregar, según nota del mismo testador, lo que en las Indias se cobraba por el. Pero «no lo declaro aquí» dice D. Fernando, y sigue con la institución de testamentario y albacea, á favor del licenciado Marcos Felipe, de quien se conserva una curiosa *Declaración* para la ejecución del testamento.

En todo este capítulo de deudas se revela muy á las claras la rectitud ejemplar, y la escrupulosidad de conciencia qne caracterizaba á don Fernando. Manda, «por descargo de inciertas deudas que podría tener,» se reparta cierto número de ducados «á los pobres mendicantes» Ordenó que se pagase á sus criados el salario, y se les gratificare ó «dé de gracia la tercia parte de lo que pudo montar su salario desde el tiempo que me sirven.» Los criados le merecen además otras atenciones, y hasta se ocupa de hácerlos pasar al servicio de su heredero. Asigna á un paje cierta cantidad de ducados, «para ayu-

da á estudiar gramática y escribir.» Dispone que se paguen todas sus deudas, si bien examinando detenidamente en los testamentos «la forma y letra, porque ya a auido personas que la an yntentado de contrahazer,» y crée firmemente no deber más que lo que en la escritura expresa, aunque los mercaderes «se quedan algunas vezes con las zédulas y obligaciones por chanzelar.»—Por último: buena prueba de lo escrupuloso de su conciencia, son las advertencias para el pago de ciertas mandas á un criado, la orden de indemnizar á un proveedor, sentenciado por no cumplirle un contrato de ladrillos, y á un arriero que le alquiló en Santander un mulo «que estaba muy debilitado» y que «no se pudiendo tener, rodó por una questa abaxo, y murió;» dato que, merced á la minuciosidad antes advertida, sirve para demostrar que el año 1522 estuvo D. Fernando en Santander, «quando volvió el Emperador nuestro señor de Flandes.»

La conservación y el fomento, la prosperidad y lustre de su afamada biblioteca fué objeto de predilección en la vida de D. Fernando; y fiel trasunto de esa predilección es su testamento.—«Mando—dice en él—que con todos mis libros se haga lo que yo, con el ayuda de nuestro Señor, dexare más largamente ordenado é firmado de mi nombre en cada plana. «Y quiere que los

haya en depósito D. Luis Colón, su sobrino, y después sus herederos, y sucesores en el Almirantazgo; pero solamente «entretanto y hasta tanto que guardaren las condiciones é instituciones que aquí serán por mí expresadas, porque luego que las quebrantaren sucederán en el dicho depósito las iglesias é monasterios que aquí abaxo seran por su orden expresadas.»

Para la sustentación y aumento de su biblioteca, deja «anexado el remaniente» de sus bienes, debiendo venderse cuanto posée, pagadas sus mandas y sus deudas, y aplicarse á esos fines ú obligar el heredero sus bienes por esa cantidad, para cumplir la voluntad del testador. A esa sustentación y aumento se aplicará la renta de cada año, y «si pasare un año en pos de otro sin la gastar, que yncurra en comiso y pierda el acción del dicho depósito y de la renta á él anexada»...—Cada año se deberían comprar, en Sevilla ó en Salamanca, los libros que no tuviere, ó tuviere incompletos, la biblioteca, así impresos como manuscritos, no invirtiendo en estas adquisiciones más que la mitad de dicha renta; «porque la otra mitad se gastará en enquadernaciones, é bancos, é cadenas, é otros aderezos de la librería.» Sin embargo para el caso en que la renta llegue á treinta mil maravedís, estatuye que se divida en tres partes, asignando la prime-

ra á adquisición de libros; la segunda á gastos de la biblioteca; y la tercera «al mejor latino que se opusiere á la probenda, con que sea obligado á proseguir las tablas de autores y de ciencias, y epítomes é materias, conforme al arte que dexo instituída, é que en esto empleen cada día dos oras.»—Se ve, pues, que D. Fernando Colón empleando el lenguaje moderno, presupuestó los gastos de adquisición de obras y entretenimiento de su biblioteca, y se ocupó de dotarla con un bibliotecario, que debería sólo ser un «buen latino» y trabajar no más que dos horas al día— siempre en nuestras bibliotecas fué poco el trabajo—para formar los índices «de autores y materias.»

Las cantidades asignadas para esos fines deberían aumentarse en la proporción que la renta y el sueldo del «letrado ó letrados,» en la de veinte ducados por cada hora más que dediquen á sus tareas; sin que el número de esas horas pueda exceder de seis, «porque es de presumir que no trabajará como deve tan luengo tiempo.» —Véase como los ministros de Fomento, pueden hallar ideas apreciables, para reglamentar los trabajos de los Archiveros-Bibliotecarios, nada menos que en el testamento de D. Fernando Colón.

Al tratar por separado de la afamada biblio-

teca de D. Fernando de Colón, habrá ocasión de tratar más extensamente de cuanto acerca de ella dejó estatuido.—Lo dicho aquí, bastará para comprender el cariñoso interés con que proveyó á dotar á España, de un depósito de cuantos libros, impresos ó manuscritos, eran más importantes en su época y pudieran serlo en lo sucesivo.—Y bastará principalmente para confirmar la importancia que concedemos al testamento de D. Fernando Colón, como fuente de conocimiento de inapreciable valer, y documento luminoso para esclarecer puntos importantísimos, obscuros ó ignorados, de su vida y de sus obras.

***

IV.—La afamada biblioteca de D. Fernando Colón.—La casa y librería del hijo del Almirante merece unánimes elogios á los autores más notables de aquella época.

El licenciado Marcos Felipe, en sus *Declaraciones al testamento de* D. *Hernando Colón*, dice textualmente:—«Emprendió cosas grandes y de mucha alteza, entre las cuales, la una fué que hizo juntar todos los libros de todas las lenguas

y facultades que por la cristiandad y fuera de ella se pudieron hallar.»

El ilustre caballero Pedro Mexía, en su *Silva de varia leccion* dice, hablando de D. Fernando, que «no es de olvidar el cuidado y provisión con que, sin ser hombre de grandes rentas ni estado, sino por ser varón docto y de varia lección, con mediano patrimonio tuvo... de juntar y hacer libreria en esta ciudad de Sevilla, para lo cual, él por su persona, anduvo todo lo más de la cristiandad, buscando y juntando libros, y tenía propósito de buscar todos los más que pudiesen ser habidos; lo cual, atajado por la muerte, no pudo cumplir.»

Juan de Malara, en el *Recibimiento que hizo la ciudad de Sevilla á Felipe II*, después de describir la casa y huerta de D. Fernando, añade— «Juntó en ella copia de casi 20.000 libros; esperábase allí un verdadero monte Parnaso, así por la frescura de la huerta, como por la casa y multitud de libros; la cual está agora—la obra está impresa en 1570—en la iglesia mayor de Sevilla, en una pieza que corre desde la torre hasta el sagrario.»

Desde la Edad Media, hubo Reyes y Príncipes é ilustres personajes que fundaron importantes bibliotecas. Pero ninguno consagró, como D. Fernando Colón, toda su fortuna y todos sus

desvelos para formar una biblioteca con carácter público, según decimos hoy. Y es de advertir que, no sólo se propuso coleccionar los grandes volúmenes de obras más notables en las ciencias y en las letras, como generalmente hacían los bibliófilos, sino que, adelantándose á su época, reunió también todos esos pequeños opúsculos, esos cuadernos de pocas hojas, mal cosidos y peor conservados, que difícilmente hallaban sitio en las más ricas bibliotecas.

No es necesaria aquí una descripción de la Biblioteca Colombina, que puede hallarse en la mayor parte de las obras que tratan de D. Fernando. A ellas remitimos á los eruditos lectores, que podrán hallar preciosos y numerosos detalles acerca de su extensión, adorno, suscripciones y cuantas curiosidades, son honesto recreo de ilustrados arqueólogos, renunciando á su enumeración por el espacio limitado de este corto ESTUDIO.

La Bibliotea Fernandina, pues así se llamó, estuvo abierta á todos los sabios de Europa, de que gustaba rodearse D. Fernando, y á quienes concedía franca y cordial hospitalidad. Por esta razón aparece citada con merecido elogio por los varones más ilustres de su época.

D. Fernando escribió un *Memorial á Su Majestad Católica*, respecto á su librería, que «escrita

toda de su mano— dice Juan de Loaisa, en su «Introducción» al Catálogo que formó de la Colombina—está en la librería de D. Juan Suárez de Mendoza, a donde parece lo compró. (*Nota bene*). Francisco Porras de la Cámara, pasando después á poder de Domingo de Urbizu.—En este *Memorial*, publicado en varias obras, se desenvuelven los nobles propósitos que animaban á D. Fernando. Se proponía reunir todos los libros de la cristiandad, y de fuera de ella, y hacer que «para siempre se busquen y alleguen los qne de nuevo sobrevinieren.» Esos libros deberían servir «para beneficio común y para que traya refugio donde los letrados puedan recurrir á cualquier duda que se les ofreciere.» Para ello, «el dicho D. Hernando Colón, juntamente con los ministros y personas de letras que consigo para ello tiene, reduce á orden alfabético todos los autores que ha habido, y se prosigue y proseguirá en los que hubiere.» Expone que «hacen otró libro diviso por título de las ciencias generales.» Otro «en que se dice y refiere la summa y sentencia de lo que cada libro contiene, que, en efecto, es un epítome ó argumento de tal libro: y otro de «Proposiciones», porque hay personas que para leer públicamente ó predicar, ó para componer obras, querrían tener qüien les enderezase, ó les

propusiese las materias de que piensan de tratar y no tienen noticia de los lugares do lo podrían hallar.» Informa que los libros de proposiciones ó materias «están sacados más de 3.500 libros en quince años que há que en ello se entiende», dato que hace el mayor elogio de su actividad; y para continuar este importante trabajo, «suplica el dicho D. Hernando á V. M. que, atento al buen fin que se enderezan... sea servido de aceptar la merced que para ello suplica de la perpetuidad de los 500 pesos, que, para ayuda de lo susodicho, de por vida se le hace merced.

Mucho se ha discutido acerca del número de volúmenes, impresos y manuscritos, que llegó á reunir D. Fernando. «Heredóle también—dice su bibliotecario el bachiller Juan Pérez—de 15.370 libros, cifra en verdad considerable para aquel tiempo, que ninguna biblioteca había podido reunir, y que parece la más conforme con la suma que arrojan los volúmenes inscritos en el catálogo más completo—el *Abecedarium B*—de la antigua Colombina.—Gomara, en su *Historia general de las Indias*, reduce ese número á 12 ó 13.000; mientras que Pero Mexía, en su *Silva de varia lección*, lo eleva á más de 20.000. El erudito D. Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Hispana Nova* trascribe de Alfonso

García Matamoros, y de su tratado *De Academiis et doctis Hispaniæ viris*, este pasaje. *Hascircum topiario opere exornavit, ubi construeta quan amplisima bibliotheca, guce* XX MILLIO LIBRORUM *dicitur habuisse, tun amucis dotata redditibus, ut non quotidianis libroram accessionibus aucta periret, vita cum siudius terminavit.*—Debemos, pues, aceptar la opinión del primero de nuestros bibliófilos, explicando las diferencias que existen en las cifras que traen los autores por las pérdidas y otros accidentes tan frecuentes, y más en otros tiempos, en toda clase de bibliotecas.

Al hablar del testamento de D. Fernando, queda consignada la previsión con que procuró formar y enriquecer su afamada biblioteca. Penoso nos es omitir varias de las cláusulas de ese precioso documento, y haber de concretarnos á reseñar muy en extracto algunos notabilísimos pasajes.

D. Fernando instituyó que hubiese «Visitadores», ó visitas de inspección, en el lenguaje de hoy. Las faltas debían ser pagadas por el «Sepvictario.» Los libros, colocados con las precauciones que se tienen en nuestros días, para librarles de sus mayores enemigos, que son el polvo, la humedad y la polilla. Es de notar el cuidado que pone en que no sean sustraídos, y las reglas que á este efecto dicta, «pues que ve-

mos—dice—que es imposible guardarse los libros, aunque estén atados con cien cadenas.» Muestra el mayor empeño en que se conserve su memoria, por lo que «en la primera tabla de cáda libro dirá: D. Fernando Colón, hijo de D. Xristoval Colón, primero Aimirante que descubrió las Indias, dexó este libro para uso e provecho de todos sus próximos; rogad á Dios por él.» Y también es de notar que, no obstante su noble deseo de hacer pública su biblioteca, como revela muy á las claras esa frase «para uso e provecho de todos sus próximos», no se cumplieron sus deseos generosos, pues el cabildo de Sevilla la encerró bajo triple llave. á juzgar por las palabras del maestro Argote de Molina que—en su *Aparato para la Historia de Sevilla,*—dice terminantemente, hablando de sus libros: «Agora están encarcelados en una sala alta de la nave del Lagarto, no siendo á nadie de provecho lo que se dejó para aprovechamiento y estudio de los ingenios.» Conviene no olvidar que estas palabras no son de ningún moderno demagogo, enemigo por ende de todos los cabildos, sino de un autor sesudo que floreció en pleno siglo XVI (1519-1590.)

No olvidó detalle alguno útil, ni instrucción provechosa á los «sumistas» para la adquisición de libros, cambio de duplicados y cuanto con-

viene al fomento y riqueza de una biblioteca bien montada. Como evidente prueba de esa previsión y curiosidad bibliográfica que ha de ser del agrado de todo buenamente de los libros, transcribiremos un pasaje que demuestra cuán bien conocía á los libreros «gruesos», como él los denomina, y que siempre estos apreciables *bibliópolas* han padecido de parecidas enfermedades. Dice así:—«que no tomen ni escojan librero para proveerse, de los gruesos é caudalosos, lo uno porque no tratan ni curan de las obrillas pequeñas, ni de coplas ni refranes——conviene no olvidar lo que apuntado queda acerca de coleccionar *opúsculos*—é otras cosillas que también se han de tener en la librería: lo otro porque, como son ricos, dan de lo que tienen de su tienda, é no quieren ir, ni enviar á saber qué cosas ay en las otras: lo otro, porque si tuviesen algunas obras gruesas, aquéllas no se pueden encubrir, é do quiera se allan, y en las pequeñas hay más dificultades, en las buscar, y también porque un librero grueso no hará tanto caso de aquella poca compra, como el pequeño, ni querrá tener memoria de los libros que a enviado para no tornar á enviar los mesmos otra vez, según que la an de tener; es á saber: que cada qual de los dichos libreros asentará en su cuaderno las memorias ó pilizas de los libros,

que envía, para tener cuenta é razón dellos siempre, é no los tornar á enviar otra vez.»

Lo dicho puede bastar para comprender con qué esmero proveía D. Fernando al sostén y fomento de su afamada biblioteca. Y no sin pena, aunque el lector ilustrado lo conoce, renunciamos á la enumeración de otras juiciosísimas observaciones, precisados á encarcelar nuestros pensamientos en un corto número de páginas.

***

V. Cuestion crítica acerca de la *Historia del Almirante D. Cristóbal Colón.*—El gran valor que tiene para la Historia de las Indias la obra de D. Fernando, nos obliga á tratar este punto, quizá con demasiada extensión.

Antes de pasar á citar las respetables autoridades que sostienen con firmes fundamentos, que esta obra fué sin disputa escrita por el hijo del descubridor del Nuevo-Mundo, vamos á hacer el examen de *Don Fernando Colón, historiador de su padre,* ensayo crítico, por el autor de la *Biblioteca américana vetustissima,* (Henry Harrisse) publicado en Sevilla por la Sociedad de Bibliófilos andaluces, en 1871. Este libro sólo tiene

por objeto demostrar que son ciertas las tres afirmaciones críticas siguientes, que su autor hace gratuitamente:

1.ª Que la *Historia* impresa en Venecia en 1571; no fué escrita por D. Fernando Colón.

2.ª Que Alfonso de Ulloa, usando de una superchería literaria, debió él mismo forjar la historia que dió á luz como traducida del español, manifestando que era original de D. Fernando.

3.ª Que, «pasando por un tamiz muy espeso la versión de Ulloa, segregando del libro las exageraciones, las adiciones torpes, las interpolaciones, descripciones retóricas, y toda la parte polémica, es cierto se podría llegar a un resíduo de algún valor, cuyo origen prevenga de documentos originales, perdidos hoy.» (1)

No podemos resignarnos á creer que los hospitalarios bibliófilos andaluces consinties en que en una publicación por ellos costeada, se imprimiera un libro cuyo pensamiento capital es arrebatar á un hijo de Córdoba—que legó á Sevilla la Biblioteca Colombina—la gloria de ser historiador del primer navegante de su siglo: pues para el caso probable de que el original castellano no aparezca nunca, intentó desacreditar el

(1) *Don Fernando Colón*, Sevilla. 1871, pág. 91.

texto que más confianza puede inspirarnos, con objeto de quitar á los españoles parte de la inmensa gloria que tenemos. por ser á un tiempo historiadores y civilizadores.

Del modo más convincente y breve posible trataremos de hacer ver al Sr. Harrisse lo errado que anduvo, cuando, acaso dominado por la impresión del momento hizo tan desatinadas afirmaciones.

Respecto á la primera afirmación, los cuatro fundamentos que el buen norteamericano alega, son: que D. Fernando Colón no cita en ninguno de los extensos catálogos que de los libros de la Colombina formó, la historia de su padre, que la única explicación que dan los críticos de nuestros días respecto al modo con que llegó el original á poder de Alfonso de Ulloa, está tomada de la Introducción redactada por Gio Battista Sporno, para el *Codex*, publicado por orden del Consejo Municipal de Génova en 1823, y qne dicha explicación es á todas luces falsa, porque los datos en ella contenidos son inexactos por muchos conceptos.

Que *ninguno* de los primeros historiadores de Indias cita la *Historia del Almirante*, escrita por su hijo, y que pues las noticias que se hallan en la *Historia*, no responden á la idea que había hecho concebir, no queda la más remota

duda—dice—de que no está escrita por el preclaro hijo de Colón.

Iremos rebatiendo uno á uno estos cuatro asertos del exigente crítico americano.

Si el autor de la *Biblioteca Vetustissima* nos dijese los meses, semanas ó días que había empleado en leer los diez volúmenes que de los libros qne D. Fernando reunió, existen en la Colombina, acaso pudiéramos darle algún crédito, pero entretanto nos permitirá que no concedamos ningún valor á su afirmación, porque pudiera suceder que en aquellas hojas, apesar de estar algo borrosas alguien hubiese hallado citada la tan preciada Historia, que no logró ver el ilustre abogado de Nueva York.

Si la explicación contenida en el *Códice Diplomático colombo americano*, impreso en Venecia, en 1823, resulta en todas sus partes falsa, debemos dar las gracias al Sr. Harrisse por haber descubierto, con tan buen tino, las inexactitudes que se hallan en dicho *Codex* sobre todo en la parte relativa á D. Luis Colón que con tan gran copia de datos ha tratado, y por lo tanto en todo ese punto estamos con él de acuerdo: mas francamente, confesamos, que porque sea falsa la explicación que da Gio Battista Sporno, no vamos á creer como en artículo de fé, que es opócrifa la

edición veneciana y no existió nunca original español.

Si entre los historiadores de *Cosas de Indias* que escribieron antes de 1571, y que el señor Harrísse consultó no *hay ninguno* que cite la obra que nos ocupa, entre los consultados por otros eruditos sí los hay.

Tenemos la convicción de que el manuscrito original de D. Fernando existió; y vamos á permitirnos hacer una suposición—que, en el terreno de la hipótesis, creemos que será algo más fundada que las que en el estudio crítico se hacen,—tocante á la persona que debió tener el original castellano de la Historia de Colón, después de la muerte de su autor.

Fray Bartolomé de las Casás, que desde 1527 venía escribiendo de asuntos de Indias, estaba en México á principios de 1539 (1) y precisamente cuando D. Fernando Colón se hallaba en peligro de muerte, dirige su rumbo á España, y donde primero va, es á Sevilla, y llega en el momento crítico que D. Fernando Colón acababa de entregar su alma á Dios. Es lógico suponer que el manuscrito original lo recogiese el célebre dominico, para utilizarlo, como así lo hizo; y pues la

(1) *Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo LXX, pág. 154.

Historia de las Indias,que estaba escribiendo, no la acabó hasta los últimos años de su vida, suponemos le guardaría cual joya de gran precio, y por esa causa es casi seguro que no pudieron consultarlo los demás historiógrafos del Nuevo Mundo.

Nos induce á esta suposición lo que dice el mismo Las Casas en el capítulo II, pág. 44, de su historia, refiriéndose á los papeles de Colón «y »de estos escritos del Almirante tengo yo en mi »poder al presente hartos.»

Que los datos que se hallan en la *Historia*, no correspondan á la idea que de ella se había formado el exigente crítico, no quiere decir nada, porque si á él le parecieron pocos y malos á su compatriota Washington Irving, le parecieron muchos y buenos; por lo que sacamos en consecuencia que de lo que puede dudarse es de lo que afirmó el Sr. Harrisse.

Tocante á la segun da afirmación de que pudo muy bien ser una superchería literaria de Ulloa que era una especie de aventurero, y dió como traducción del español, una obra fraguada por él, estamos muy distantes de opinar como Henry Harrisse. Por el contrario, creemos que á un literato que desde 1546 á 1577 se ocupó en reimprimir libros en español y en hacer traducciones del portugués y del español al italiano, le fué

materialmente imposible ser *una especie de aventurero* y mucho menos dar como original de otro, una obra escrita por él, como afirma con harta imprudencia en las páginas 53 y 54 de *D. Fernando Colon*, el autor de la *Biblioteca americana Vetustíssima*.

En cuanto á la tercera, peregrina opinión del Sr. Harrisse, de que la versión de Ulloa está llena de adicciones torpes, de exageraciones, descripciones retóricas y de polémicas inoportunas diremos, que, quien escribe estas líneas ha leído muy concienzudamente tres veces los CVIII capítulos que constituyen la obra de D. Fernando y no ha hallado ningún defecto de los que con tanta perspicacia vió el poco tolerante crítico.

No dejamos de admirar en el autor de *Don Fernando Colón* la perspicaz vista que tuvo, cuando quizá leyendo la Historia *una sola vez* logró ver tantas faltas y tan pocos méritos, donde otros habían visto tantos méritos y tan pocas faltas, no tendría en cuenta que era la obra de un hijo que escribía en el siglo XVI de cosas de su padre.

Pero dejando para el subsiguiente punto la tarea de mostrar las bellezas que contiene la obra que hoy sale de nuevo á luz, con que ha de quedar cumplidamente rebatida la cuarta afirmación del Sr. Harrisse, pasaremos á

citar las autoridades que se pueden alegar en pró de la autenticidad de la *Historia del Almirante D. Cristobal Colón,* que con tanta saña trató de destruir, él tantas veces mencionado escritor *yankee.*

A poco de imprimirse el estudio que nos ocupa, refutó M. D'Avezac con bastante tino los reparos que se hacían en la obra apadrinada por los bibliófilos andaluces sin poder oponer al Sr. Harrisse la prueba directa á sus errores (1.)

D. Antonio María Fabié, académico de la Historia, en la *Vida y escritos de Fray Bartolomé de las Casas,* (2) emplea 14 páginas en demostrar la autenticidad de la *Historia de Colón* y hacer ver al Sr. Harrisse cuán equivocado estaba al publicar en Sevilla su *Ensayo crítico,* demuestra de un modo que no deja lugar á dudas que la obra que desde hace 320 años ha corrido como escrita por él, no pudo serlo por otro que por el insigne hijo del Almirante.

Uno de los varios textos que el ilustre exministro de Ultramar trae á cuento, es la *Historia general de las Indias,* de Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, en la que se ha-

(1) *Bulletin de la Societé de Geographie, de París;* Octubre y Noviembre de 1873.
(2) Colección de documentos inéditos para la Historia de España; tomo LXX, págs. 360 á 372.

llan capítnlos enteros que son á la letra originales de D. Fernando, y así lo declara en varios pasajes de su obra el apóstol de los Indios.

De la obra del célebre dominico, con discreción y acierto, entresaca el Sr. Fabié varios capitulos, cotejando el texto del Padre Las Casas, escrito hácia 1550, con el de la versión de Ulloa, impresa en 1571, con cada texto en una columna, prueba, que, necesariamente, debió existir antes que el italiano, el escrito en lengua española, y con excelente criterio consigue el señor Fabié «alegar las pruebas directas de la autenticidad de la *Historia de Colón,* escrita por su hijo, sin que sea posible que nadie que esté en su su cabal juicio venga á remover, ni mucho menos intente destruir, lo que con razón se tiene por piedra angular del edificio de la *Historia del Nuevo-Mundo.*» Opinión tan respetable que aunque no hubiera como hay otras muchas, bastaría por sí sola para demostrar la indiscutible autenticidad de la Historia del Almirante.

D. Cesáreo Fernández Duro, en su informe sobre *Colón y Pinzón,* presentado á la Real Academia de la Historia (1), dice, después de acer-

(1) Memorias de la Real Academia de la Historia; tomo X, páginas 277 á 280.

tadas observaciones acerca del estudio del crítico norteamericano, que, «no obstante el justo crédito que tiene el Sr. Harrisse en la república de las letras, propagó la idea de que era apócrifa la obra de Colón y en este concepto se formuló uno de los temas que habían de discutirse en el Congreso Geográfico de Viena, en 1881; allí, combatió la no autenticidad D. Martín Ferreiro en memoria que tradujo y autorizó con su valiosa opinión el célebre historiador César Cantú, y que reprodujo la sociedad Geográfica de Madrid (1) con cita de documentos pertenecientes á la Biblioteca de esta Academia, en que la obra de Colón se menciona. Simultáneamente se trató el asunto en el Congreso de Americanistas celebrado en Madrid, en 1881, (2) repitiendo allí de viva voz el Sr. Fabié lo que había escrito en la *Vida de Fray Bartolomé de las Casas.*» Y concluye el Sr. Fernández Duro: «no en vano se ha considerado perdido desde Muñoz y Navarrete, el manuscrito de la Historia de Colón, que sería precioso para los asuntos de que voy tratando.» Esta opinión co-

(1) *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid,* tomo XI páginas 358 y 354.
(2) *Actas del Congreso de Americanistas,* celebrado en Madrid en 1881, tomo I, págs. 113 á 116.

rroborada en otros escritos del diligente académico, da mucha fuerza á nuestros argumentos.

Don Martín Ferreiro, secretario de la sociedad geográfica de Madrid, termina su memoria de este modo: «Creo, pues, que apesar de la desaparición del original, no puedo dudarse de la autenticidad de la Historia de D. Fernando Colón», opinión digna por todo extremo de tenerse en cuenta.

Otras muchas autoridades pudiéramos citar pero nos parece ocioso, siendo de tanta valía las ya apuntadas; más no queremos terminar este punto sin antes consignar, que en una obra publicada recientemente por Henry Harrise, (1) hablando este señor de D. Fernando Colón, dice «que fuè cosmógrafo, jurista, bibliófilo y literato; amante de las artes y cultivador de la poesía. *Y que se le atribuye tambien una Historia de su padre cuyo texto español se ha perdido.*» Subrayamos estas últimas palabras porque las consideramos como una retractación del autor del *Ensayo crítico*

***

(1) Excerpta Colombiniana.—Bibliographie de quatre cents pieces gothiques francaises, italiannes et latines du commencement du XVI siecle. París H. welter, 1887. pág. 23.

VI. Juicios acerca del valor histórico y literario de esta obra.—En diferentes escritos se hallan noticias que pueden facilitar los materiales para un verdadero trabajo crítico, más para nuestro objeto bastará consignar aquí la opinión que mereció al muy erudito don Andrés González Barcia, al historiador D. Juan Bautista Muñoz, á D. Martín y D. Eustaquio Fernández de Navarrete, y al compatriota de Henry Harrisse Washington Irving.

Barcia, en las adiciones á la *Biblioteca Occidental, náutica y geográfica,* de Pinelo, dice, que la obra del P. Charlevoix, intitulada *Historia de la isla Española de Santo Domingo*, es inferior, con estar escrita muchos años después y ser cuatro veces más extensa, á la del hijo de Colón: y que queda muy por bajo del pequeño volumen escrito por D. Fernando.

Muñoz, en el prólogo del tomo I de su excelente *Historia del Nuevo-Mundo,* único que se publicó, dice lo siguiente: «Este libro es el más importante para el tiempo de que tratamos, pues conserva todo lo sustancial de los papeles del descubridor, y á la letra varios fragmentos escogidos con pulso y delicadeza. Confieso deberle mucho, y debiérale más á no haber adqui-

rido buena parte de los que él disfrutó, ya íntegros, ya en relación prolija.»

D. Martín Fernández de Navarrete, en la *Colección de viajes*, tomo I, dice que «D. Fernando Colón llegó á ser hombre docto y curioso, manejó con mucho tino y discernimiento los libros y documentos de su padre para escribir la Historia de su vida y de sus gloriosas empresas. Quiso un día ilustrar la verdad de los hechos que ya empezaba á oscurecerse en la pluma de otros escritores. Sobre el origen de la familia y patria del almirante procedió con alguna reserva exponiendo las opiniones agenas sin declarar la suya propia. Con ella hubiera evitado tal vez los disgustos y controversias que en nuestros tiempos han agitado muchos literatos de Italia. Igual circunspección guardó en algunos otros sucesos, pero en los que refiere habló siempre con verdad y exactitud, salvo alguna equivocación fácil de discernir en buena crítica.»

D. Eustaquio Fernández de Navarrete (1), dice: «Que sus lunares son pocos y algunos de ellos, quizá obra de los traductores, y muchas las cualidades buenas obra solo del autor. Siempre que su clara razón y alma recta lo sobrepo-

(1) Documentos inéditos para la Historia de España, tomo XVI, pág. 349.

nen á las pasiones, que es muchas veces, recobra su dignidad de historiador, manejando los manuscritos sobre que trabaja con la mayor circunspección y discernimiento; no nos exalta las hazañas de su padre con exagerado entusiasmo, no se ensaña con sus detractores, y cuando refiere las persecuciones é injusticias con que le aquejaron se expresa con más moderación y templanza que puede esperarse de un hijo.» Y concluye el docto académico su notable juicio, diciendo «que podrán escribirse otras más elegantes y amenas; más filosóficas y profundas; pero el que quiera conocer los hechos sin el aumento y realce que les dan los siglos, y que obligan con frecuencia á formar juicios exagerados ó inexactos al historiador que escribe en época lejana de los sucesos; el que desee juzgar clara y distintamente del concepto que de tan prodigiosos descubrimientos formó el siglo en que acaecieron, nada puede encontrar que equivalga á la Historia de D. Fernando,»

Por último el historiador americano Washington Irving, en la obra que de la *Vida y viajes de Cristobal Colón*, escribió, califica el libro del hijo del Almirante de obra preciosa y sostiene que es la piedra fundamental de la historia del Mundo Americano.

Nuestra opinión es que, como la obra fué es-

crita en circunstancias en que se trataba de escatimar á Colón parte de los timbres adquiridos en el descubrimiento, debió necesariamente ser apasionada. Bajo este punto de vista debe considerarla el historiador. Que en todas las paginas de la obra del hijo se cita al padre repetidas veces, excusamos decirlo; en tanto que á los demás españoles que tomaron parte tan directa en las diversas expediciones,—excepción hecha de Diego Méndez y Alonso de Ojeda,— no se les cita sino bajo el común nombre de *cristianos*: ó si algún hecho señalado obliga á don Fernando á citar á alguno, aprovecha la ocasión para mencionarle, sí, pero con detrimento.

Prueba más que podemos alegar en favor de la autenticidad del libro que hoy nuevamente se reimprime; pues ¿quién sino D. Fernando podría mostrar tanto interés en ensalzar al Almirante con perjuicio de todos los demás audaces expedicionarios?

La pasión resalta en todas las páginas escritas por D. Fernando Colón; por eso el historiador, que es ante todo actor apasionadísimo, por ser hijo del principal personaje de la epopeya, á despecho de la verdad histórica que le impone la más severa neutralidad, á veces en vez de olvidarse de quién es, para ser solo fiel narrador, no aparta la vista del Almirante, su familia y sus

creencias. Y en tanto que al héroe le envuelve en nubes de gloria y lo eleva hasta el cielo, á sus émulos y enemigos los rebaja y ennegrece, ó todo lo más les concede la grandeza que pueden tener los envidiosos ó los malvados.

En cuanto al valor literario de esta obra, diremos que sin artificios retóricos ni afectación, de una manera sobria, esta toda ella hermosamente escrita y sentida, y en todas las páginas brilla con mucha pureza el idioma castellano.

Véase una muestra del modo con que se describen las costumbres de los habitantes de aquellas islas á la llegada de los españoles:

«Volviendo á nuestro descubrimiento, digo »que habiendo llegado á la isla de Guanara, »mandó el Almirante al Prefecto, D. Bartolomé »Colón, su hermano, que fuese á tierra con dos »barcas, en la cual, hallaron gente semejante á »la de las otras islas, aunque no con la frente »tan ancha; vieron también muchos pinos y po»dazos de tierra, llamada *Calcide*, con la cual se »funde el metal, y de que algunos marineros, »pensando que era oro, cogieron algunos y los »tuvieron mucho tiempo escondidos. Hallándo»se el Prefecto en la isla, con deseo de saber »sus secretos, quiso su buena suerte que llegase »una canoa, tan larga como una galera y de ocho piés de ancho, toda de una pieza y de la

»misma hechura que las demás, la cual venía car-
»gada de mercadurías, de las partes Occidenta-
»les hacia Nueva-España; en medio de ella ha-
»bía un bulto de hojas de palma; no diferente
»del que traen las góndolas en Venecia, que
»llaman los venecianos *Felzi,* el cual defendía
»lo que estaba debajo, de manera qun no podían
»hacer daño á nada de lo que iba dentro, las
»lluvias ni las tempestades; debajo de este bulto
»estaban los hijuelos de las mujeres, los mue-
»bles y las mercadurías. Los hombres que la
»guiaban, aunque eran 25, no tuvieron ánimo
»para defenderse contra las barcas que los si-
»guieron: tomada la canoa sin contraste fué lle-
»vada á los navíos, donde el Almirante dió mu-
»chas gracias á Dios, viendo que era servid›
»de darle muestra de todas las cosas de aquella
»tierra. en un instante y sin trabajo, ni peligro
»de los suyos, y luego mandó sacasen de ella lo
»que le pareció tenía mejor vista, como algunas
»colchas y camisolas de algodón, sin mangas,
»labradas y pintadas con diferentes colores, la-
»bores y algunos pañetes, con que cubrían sus
»vergüenzas, de la misma labor, y algunas man-
»tas con que se tapaban las indias de la canoa,
»como suelen hacerlo las moras de Granada,
»espadas de madera largas, con un canal en
»cada parte, de filos de pedernal, que entre gen-

»te desnuda cortan como acero, y las hachuelas »para cortar leña eran semejantes á las de pie»dra, que tienen los demás indios, pero de metal, »del cual traían sonajas y crisoles para fundirle, »traían para bastimentos raíces y granos, como »los que comen los de la Española y cierto vino »hecho de maíz, semejante á la yerba de Ingla»terra y muchas almendras de las que usan por »moneda en la Nueva-España, las cuales pare»ció que estimaban mucho, porque cuando fue»ron puestas las cosas que traían en el navío »noté que cayéndose algunas de estas almen»dras, procuraban todos cogerlas como si se »les hubiera caído un ojo, en cuyo tiempo pare»cía que no podían acordarse de sí, viéndose sa»car presos de su canoa, á nave de gente tan ex»traña y feroz como somos nosotros, respecto »de ellos, aunque es la avaricia de los hombres »tanta, que no debemos maravillarnos, de que »los indios la antepusiesen al miedo y al peli»gro en que estaban; asimismo, digo que debían »estimar mucho su honestidad y vergüenza, por»que si sucedía, que al entrar en las naves las »mercaderías, se le desprendía á alguno; los pa»ñetes con que se tapaban, llegaba un indio y »ponía la mano encima para taparle, y no la qui»taba hasta que se componía. Las mujeres se cu»brían el cuerpo y la cara, como hemos dicho

»que hacen las moras de Granada, lo cual movió »al Almirante á tratarlos bien y á restituirles la »canoa y á darles algunas cosas, en trueque de »las que les había tomado para muestra y no de»tuvo consigo sino á un viejo llamado *Jumbe*, al »parecer de mayor autoridad y prudencia, que »los otros, para informarse de las cosas de la tie»rra, aunque algunos se brindaban á tratar con »los cristianos, tan pronta y fielmente, como el »indio lo hizo en todo el tiempo que nosotros »anduvimos corriendo todo el país, donde su »lengua se entendía y cuando llegamos á donde »hablaban otra lengua, el Almirante le premió, »dándole algunas cosas, y le envió á su tierra »muy contento, lo cual sucedió antes de llegar »al cabo de *Gracias-á-Dios*, enla costa de la *Ore»ja*, de que se hará mención.»

Y más adelante, en el capítulo XC, dice:

«En esta costa saltó el Prefecto en tierra, la »mañana del día 14 de Agosto año 1502 con las »banderas y los capitanes, y otros muchos de la »armada á oir misa, y el miércoles siguiente, »yendo las barcas á tierra para tomar posesión »de aquella región en nombre de los ReyesAtó»licos, nuestros señores, concurrieron á la playa »más de 100 indios, cargados de bastimentos »mirando á los nuestros, los cuales, luego que »llegaron presentaron lo que traían al Prefecto y

»se volvieron atrás sin hablar palabra. El Prefec-
»to mandó entonces que se les diesen cascabeles,
»cuentas y otras cosillas, y les preguntó por se-
»ñas sobre las cosas de aquella región y por el
»intérprete referido, aunque por hacer poco
»tiempo que estaba con nosotros no entendía
»bien á los cristianos, por la distancia, aunque
»poca de su tierra á la Española, donde muchos
»de los navíos, habían aprendido lo indiano, y
»entendía más á los mismos indios, pero que-
»dando satisfechos estos de lo que se les había
»dado, volvieron al mismo lugar al día siguiente
»más de 200 cargados de varias suertes de bas-
«timentos, con gallinas de tierra que son mejor
»que las nuestras, ánades, peces tostados, habas
»coloradas y blancas, semejantes á los fresoles,
»y otras cosas nada diferentes de las de la Espa-
»ñola, la tierra estaba muy verde y hermosa
»aunque baja, había en ella muchos pinos, enci-
»nas y palmas de siete suertes, mirabolanos, que
»llaman hovos en la Española, y casi todas las
»otras frutas que se hallan en aquella isla. Así
»mismo había muchos leopardos, ciervos y tam-
»bién de los peces que hay en las islas y no se
»conocen en Castilla. La gente de este país era
»casi de la disposición de la de las otras islas,
»pero no tenían las frentes anchas, ni mostraban
»tener religión alguna; hay entre ellos lenguas

»diferentes y regularmente andan desnudos aun-
»que traen cubiertas sus partes; algunos usan
»ciertas camisolas, como las nuestras, que lle-
»gan al ombligo y sin mangas, traen labrados
»los brazos y el cuerpo de labores moriscas, he-
»chos con fuego que les hacen parecer extraños,
»y algunos traen leones pintados, ciervos, casti-
»llos con torres y otras figuras diversas, en lugar
»de birretes traen los más algunos pañuelos de
»algodón blancos y colorados y otros traen pen-
»dientes sobre la frente algunos mechones de
»cabellos: pero cuando se compouen para algu-
»na fiesta se tiñen la cara, unos de negro, otros
»de colorado, algunos se ponen rayas de varios
»colores en la cara, otros se ponen en ella picos
»de avestruces, otros dan de negro á los ojos y
»así se adornan para parecer hermosos, aunque
»verdaderamente parecen diablos.

Después, en el capítulo XCI, hace la hermosa descripción siguiente:

«El domingo á 25 de Septiembre siguiendo
»así al Mediodía, surgimos en una isla llamada
»*Quiribiri* y un pueblo de tierra firme llamado
»*Cariai*, que era de la mejor gente, país y sitio
»que hasta allí habíamos hallado, asi porque era
»alta la tierra, de muchos ríos y copiosa de árbo-
»les altísimos, como porque era la dicha isla, es-
»pesa llena de muchas manchas de árboles, así

»de palmitos y mirabolandos, como de otras mu-
»chas especies, por lo cual la llamó el Almirante
»la *Hucita,* dista una legua pequeña de Cariai, y
»está cercana á un gran río donde concurrió infi-
»nita gente de aquel contorno, muchos con arcos
»y flechas y otros con bastoncillos de palma, ne-
»gros como la pez y duros como hueso, cuya
»punta estaba armada con espinas agudas de pe-
»ces; otros con mazas ó gruesos bastones, los
»cuales habían venido allí con ánimo de querer
»defender la tierra; traían los hombres trenzados
»los cabellos y revueltos á la cabeza, y las muje-
»res cortados como nosotros; viendo que éramos
»gente de paz, mostraron gran deseo de querer
»trocar nuestras cosas con las suyas, que son ar-
»mas, cobertores de algodón, camisas de las re
»feridas y agujillas de Guanines, que es oro muy
»bajo, el cual traían colgado al cuello como nos-
»otros traemos el Agnus Dei, ú otra reliquia,
»pero los cristianos ni aquel día, ni el siguiente
»quisieron salir á tierra, ni el Almirante per-
»mitió que se les tomase cosa alguna para que
»no les tuviesen por hombres que deseaban lo
»que ellos tenían, antes les hizo dar muchas de
»nuestras cosas.

»Los indios cuanto más veían que hacíamos
„poco caso de rescatar, lo deseaban más, hacien-
„do muchas señas desde tierra y extendiendo los

„cobertores como banderas, convidándonos á
„que desembarcásemos, viendo finalmente que
„ninguno salía á tierra cogieron todas las cosas
„que se les había dado y muy bien atadas las
„pusieron en el mismo sitio donde habían ido las
„barcas á recibirlos y allí las hallaron los nues-
„tros el miércoles que saltaron á tierra, y porque
„los indios, vecinos á este lugar, creían que los
„cristianos no se fiaban de ellos, enviaron á las
„naves un indio viejo, de venerable presencia
„con una bandera puesta en una asta, y dos mu-
„chadas una de 8 años y otra de 14, las cua-
„les metidas en la barca, hizo señal de que los
„cristianos podían desembarcar seguramente y
„por los ruegos de ellos salieron á tomar agua;
„los indios estaban con gran cuidado de no hacer
„señal ni otra cosa de que se espantasen los cris-
„tianos, y cuando después los vieron volverse
„á los navíos, les hacían muchas señas para que
„llevasen consigo los mozos que traían al cuello
„Guaninis, y á instancias del viejo que los guiaba
„fuimos contentos de traerlos, en lo cual solo
„mostraban más ingenio de el que hasta entonces
„se había visto en otros; pero en las muchachas
„se observó una gran fortaleza, porque viendo los
„cristianos de tan extraña vista, trato y genera-
„ción, no dieron muestra de sentimiento, ni de
„tristeza, manteniéndose siempre con semblante

„alegre y honesto, y así fueron muy bien tratadas
„por el Almirante y las hizo vestir y comer, y des-
„pués las hizo llevar á tierra, donde estaban 50 in-
„dios y las recibió el viejo que las había traído,
„alegrándose mucho con ellas. Volviendo aquel
„mismo día las barcas á la ribera, hallaron los
„mismos indios con las muchachas, las cuales res-
„tituyeron á los cristianos todo lo que les habían
»dado sin quedarse con cosa alguna. El día si-
»guiente salió el Prefecto á tierra para informarse
»de estas gentes, y luego se le llegaron dos de los
»más honrados á la barca donde estaba y tomán-
»dole en medio por los brazos le hicieron sentar
»en la yerba de la ribera, y preguntándoles algu-
»nas cosas, mandó al escribano de la nave que
»escribiesen lo que respondían, pero viendo
»el papel y la pluma se albororaron de forma
»que la mayor parte de los indios echó á huir
»de miedo, al parecer de ser hechizados con
»palabras ó señales, aunque verdaderamen-
„te ellos nos parecían á nosotros grandes he-
„chiceros y no sin alguna razón, pues cuan-
„do se acercaban á los cristianos esparcían
„por el aire cierto polvo, á su vuelta y con
„perfumes que echaban del polvo, hacían que
„el humo fuese hácia los cristianos; demás
„que el no querer recibir ninguna cosa, si-
„no es restituirla, mostraba bastantemente la-

„sospecha referida, pues según suele decirse, „piensa el ladrón que todos son de su condi- „ción.„

Madrid 23 de Marzo de 1892.

CONTINUACIÓN
DE LA
ESCRITURA
DE FRAY ROMÁN (PANE) DEL ORDEN DE SAN GERÓNIMO.

XVIII.

Cómo se vengan los parientes, sabida la respuesta de los muertos.

Júntanse un día todos los parientes del muerto, y esperan el Buhuitihu que le asistió, y le dan tantos palos, que le rompen las piernas, brazos y cabeza; de suerte que le machacan todo y le dejan así, creyendo que es muerto; por la noche dicen que vienen muchas culebras de diversas maneras, blancas negras, verdes y de otros muchos colores y lamen la cara y todo el cuerpo del dicho médico, que dejaron por muerto, y así

se queda dos ó tres días; mientras está allí dicen que los huesos de las piernas y de los brazos vuelven á juntarse y se soldan y que se levanta y vuelve andando poco á poco á su casa y los que le ven, le preguntan diciendo: «*¿No estabas tú muerto?*» Y él responde que los Cemis habían venido en su socorro, en forma de culebras, y los parientes del muerto muy irritados, porque creían haber vengado la muerte de su pariente, al verle vivo se desesperan y procuran haberle á las manos, para matarle, y si le pueden cojer otra vez, le sacan los ojos y los testículos, porque dicen que ninguno de estos médicos puede morir por muchos palos y heridas que le den, si no le hacen esto.

Cómo saben lo que quieren, de los que queman y cómo se vengan.

Cuando descubren el fuego, el humo sube hácia arriba, hasta que le pierden de vista y rechina al salir del horno, vuelve después hácia abajo y entra en casa del Buhuitihu, y al ins-

tante enferma, porque no guardó dieta y se llena todo de llagas y se pela todo el cuerpo, lo cual tienen por señal de no haber guardado dieta y haberse muerto el enfermo por esto, y así procuran matarle como se ha dicho del otro, esto es lo que suelen hacer en estos casos.

XIX.

Cómo hacen y tienen los Cemis de piedra, ó de palo.

Los de piedra se hacen de este modo: Cuando alguno camina dice que vé algún árbol, el cual mueve la raíz, se para el hombre con gran miedo, y le pregunta lo que es aquello y le responde: Yo me llamo *Buhuitihu*, y ese te dirá quién soy yo. Vá el indio al médico y le dice lo que ha visto y el bruto hechicero, vá corriendo al instante al árbol de que le ha hablado el otro; y se sienta junto á él y toma la Cogioba, como hemos dicho en la historia de los cuatro hermanos. Hecha la Cogioba, se levanta en pie y refiere todos sus títulos, como si fueran de un gran señor y le pregunta: ¿Dime quién eres? ¿y qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me has

hecho llamar? ¿Dime si quieres que te corte ó venirte conmigo, que yo te daré una casa con una heredad? Entonces el árbol ó Cemis, hecho ídolo, ó diablo, le responde diciéndole la forma en que quiere que lo haga y él le corta y labra en el modo que le ha ordenado, le fabrica su casa con la posesión y le hace la Cogioba muchas veces al año, cuando le hace oración, para agradarle y preguntar ó saber algunas cosas malas ó buenas del dicho Cemis, y también para pedirle riquezas,

Cuando quieren saber si alcanzan victoria de sus enemigos, van á una casa donde no entran más que los indios principales, y su señor es el primero que hace la Cogioba, y toca; en tanto que hace la Cogioba, ninguno de los que están en su compañía habla hasta que el Cacique acaba de hacerla; en habiendo acabado hace su oración, está un poco de tiempo con la cabeza vuelta y los brazos sobre las rodillas; luego alza la cabeza mirando al cielo, y habla; entonces todos responden á un tiempo en voz alta, y habiendo hablado todos dando gracias, cuenta la visión que ha visto embriagado con la Cogioba que había tomado por las naricos, la cual se sube á la cabeza, y dice haber hablado con el Cemis y que han de alcanzar victoria, ó que huirán los enemigos, ó que habrá gran mortandad, ó gue-

rras, ó hambre, según lo que se le ocurre estando borracho. Considerad como tendrá el juicio y la cabeza, porque ellos mismos dicen que les parece que ven las casas vueltas de arriba á abajo, y que los hombres andan con la cabeza, los piés hácia el cielo. Esta Cogioba la dan también á los Cemis de piedra y de palo, como á los cadáveres, que hemos dicho arriba.

Son los Cemis de piedra de diversa manera; algunos dicen que son los que sacan los medicos del cuerpo á los enfermos, y tienen por seguro que son los mejores para hacer parir las preñadas; hay otros que hablan, que tienen figura de un nabo gordo, con las hojas extendidas por tierra y largas como las de las alcaparras, las cuales regularmente tienen forma de hojas de olmo, otros tienen tres puntas y creen ser producidas de la yuca; son semejantes al rábano, y otras tienen seis ó siete puntas, que no sé á qué compararlas, por no haber visto una semejante á ellas en España ni en otra parte. El tallo de la yuca es de un estado de alto. Digamos ahora la creencia que tienen en lo que toca á los ídolos y á los Cemis, y de los grandes engaños que reciben de ellos.

XX

De los Cemis, Bugia y Braidama.

Dicen que cuando hubo aquí guerras, quemaron al Cemis Bugia, y lavándole después con zumo de yuca, le crecieron los brazos y el cuerpo y le nacieron los ojos otra vez; la yuca era pequeña y con el agua y el zumo referido, la lavaban para que engordase y afirman que daba enfermedades á los que habían hecho este Cemis, por no haberle llevado de comer yuca. Tenía por nombre este Cemis, *Braidamu*, y cuando alguno enfermaba llamaban al Buhitihu, y le preguntaban de que había procedido su enfermedad, y respondía que Braidama le había enviado de comer con los que tenían cuidado de su casa y esto decía que se lo había dicho el Cemis Braidama.

XXI.

Del Cemis de Guamorete.

Dicen que cuando hicieron la casa de Guamorete, el cual era hombre principal, pusieron un Cemi, que él tenía, y se llamaba Corocote, encima de la casa, y cuando tenían guerra entre ellos y los enemigos de Guamorete, abrasaron la casa en que estaba Corocote, dicen que entonces se levantó en alto el Cemi. y se fué á distancia de un tiro de ballesta, y que cuando estaba sobre la casa, bajaba y dormía con las mujeres, y después de muerto Guamorete vino el Cemi, á poder de otro Cacique, y todavía dormía con ellas, y dicen más, que en la cabeza le nacieron dos coronas, por lo cual decían: «pues que él tiene dos coronas, cierto es ser hi»jo de Corocote,» y esto lo tenían por ciertísimo. Después tuvo este Cemi, otro Cacique llamado Guatabanex, y su lugar se llamaba Sacaba.

XXII.

De otro Cemis, que se llamaba Opigielguoviran.

Este le tenía un hombre principal que se llamaba Cavavaniovava, que tenía muchos vasallos. Dicen que este Cemis tenía cuatro piés como de perro, y es de palo, y que muchas veces por la noche salía fuera de casa y se iba á las selvas, donde iban á buscarlo y le traían atado con sogas, pero él volvía á las selvas; y cuando los cristianos llegaron á la Española, dicen que se escapó y se fué á una laguna y que por las huellas le siguieron, pero que no le vieron mas ni saben otra cosa de esto. Como lo compré lo vendo.

XXIII.

De otro Cemis que se llama Guabancex.

Este Guabancex estaba en tierra de un gran Cacique de los más principales, llamado Auma-

tex, el cual Cemis, es mujer y dicen que tiene otros dos en su compañía, el uno es pregonero y el otro recogedor y gobernador de las aguas; y cuando Guabancex se enfurece dicen que hace mover el viento y el agua y echa por tierra las casas, y derriba los árboles; este Cemis dicen que es mujer, y hecho de piedra de aquel país y los otros dos que están en su compañía, el uno se llamaba Guatauba, y es pregonero, porque van los dos por mandato de Guabancex áque todos los Cemines de aquella provincia,ayuden á hacer mucho viento y agua. El otro se llama Coatrisquía, que dicen recoge las aguas en los valles entre las montañas, y después las deja correr, hasta que con las avenidas destruyen el país; lo cual tienen ellos por muy cierto.

XXIV.

De lo que creen de otro Cemix, que se llama Taragubaol.

Este Cemis es de un principal Cacique de la Española y es ídolo á quien dan diversos nombres, el cual fué hallado del modo que conta-

ré. Dicen que en los tiempos pasados no saben cuanto hace, un dia andando á caza dieron con cierto animal, que huyendo, corrierron tras él y se les metió en un hoyo, y estándole mirando, vieron una viga que parecía que estaba viva; viendo esto el cazador fué á avisar á su señor, que era Cacique y padre de Guayaronel y le dijo lo que había visto, fueron allá y hallaron lo que el cazador decia, y junto á aquel trono le fabricaron una casa; dicen que sale de ella diversas veces, y va al sitio de donde le habían traido, ó cerca de él, por lo cual el señor referido ó su hijo Guarayonel, le enviaron á buscar y le hallaron escondido y otra vez le ataron y le metieron en un saco, y con todo esto andaba como antes, lo cual tiene por cosa ciertísima aquella gente ignorante.

XXV.

De lo que afirmaban.

Uno de estos Caciques se llamaba Cacibaquel, padre de dicho Guarayonel, y el otro Gamanacoel; decían que aquel gran señor que está en

el cielo como en el principio del libro va escrito; es Cacibu, que hizo una abstinencia en este lugar, que comunmente hacen todos los indios, porque están encerrados seis ó siete días, sin comer otra cosa que zumo de yerbas, con el cual se lavan también. Acabado este tiempo toman alguna cosa que les sirve de alimento y mientras han estado sin comer, aseguran haber visto alguna cosa, que desean, por la debilidad, que tienen en el cuerpo y la cabeza, y todos hacen este ayuno, á honra de los Cemis que tienen, para saber si alcanzarán victoria de sus enemigos, ó por adquirir riquezas, ó por cualquiera otra cosa que desean, y dicen que este Cacique habiendo hablado con Jocawaghama, le habia dicho que cualquiera que después de su muerte quedase vivo, gozaría poco su dominio, porque vería en su tierra una gente vestida, la que había de dominarlos y matarlos, y hacer que se muriesen de hambre; ellos pensaron primero que éstos habian de ser los Canibales, pero considerando que no hacian otra cosa, sino hurtar y huir, creyeron, que sería otra gente la que decía el Cemis; y ahora creen que es el Almirante y la gente que trae consigo.

Quiero ahora contar lo que ví y pasó cuando yo y otros frailes estábamos en Castilla; y yo Fray Román, pobre heremita, quedé y me fuí á

la Magdalena, á una fortaleza, la cual hizo fabricar Don Cristóbal Colón, Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y de la tierra firme de las Indias, por mandato del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel, nuestros señores.

Estando, pues, en aquella fortaleza en compañia de Artiaga, capitán de ella, por mandado de D. Dristóbal Colón, quiso Dios iluminar con la luz de la Santa fé Católica, toda una casa de la gente principal de la dicha provincia Magdalena, la cual se llamaba antes, *Marolis* y el señor de ella *Guavavoconel*, que quiere decir hijo de *Guavaenechin*; en esta casa viven sus criados, ó servidores y favorecidos, que por sobrenombre tienen, el de Jauva Variu, y entre todos eran diez y seis personas, parientes todos y entre ellos cinco hijos varones, de éstos uno murió y los otros cuatro recibieron el agua del Santo Bautismo; y creo que murieron martires, como se vió en su muerte y constancia; el primero que recibió la muerte ó el agua del Santo Bautismo, fué un indio llamado Gunticaba, que después se llamó Juan. Este fué el primer cristiano que padeció cruel muerte y cierto me parece que la tuvo de martir, porque he oído algunos que se hallaron en ella, que decía: *Dios Aboriadacha*, que quiere decir, *yo soy siervo de Dios*, y así murió su hermano Antonio, y con el otro diciendo

lo mismo que él. Toda la gente de esta casa estuvo en mi compañía y hacían cuanto me agradaba; los que quedaron vivos y viven hoy, son cristianos, por ahora, del referido Don Cristóbal Colón y ahora hay muchos más cristianos por la gracia de Dios.

Digamos ahora lo que nos sucedió en la isla de la Magdalena, y hallándome en ella vino el dicho señor Almirante en socorro de Artìaga y de algunos cristianos, que estaban sitiados por los enemigos, súbditos de un Cacique que se llamaba Caonao, y me dijo el Almirante que en la provincia de la Magdalena, Marolis tenía diversa lengua que la otra y que no la entendían en toda la tierra, pero que yo fuese á estar con otro Cacique, llamado Guarionex, señor de mucha gente, cuya lengua se entendía por toda aquella tierra; con lo cual, de su orden me fuí á estar con el dicho Guarionex, aunque es verdad que yo dije al señor Gobernador D. Cristóbal Colón: «Señor, ¿cómo quiere V. S. que yo vaya »á estar con Guarionex, no sabiendo otra lengua »que la del Marolis? deme V. S. licencia para »que venga conmigo alguno de los de Huhuici», que después fueron cristianos y sabían ambas lenguas, lo cual me concedió, y me dijo que llevase conmigo á quien yo más quisiese, y Dios por su bondad me dió por compañero el mejor

de los indios y el más práctico en la santa fé católica, y después me le quitó; sea Dios bendito, que me le dió y me le quitó, que verdaderamente yo le tenía por mi buen hijo y hermano, y era el Juai Cabana que después fué cristiano y se llamó Juan; de las cosas que pasamos aquí, yo, pobre hermitaño, no diré cosa alguna, y como partimos yo y Juan Cabanay fuimos á la Isabela y esperamos al señor Almirante, hasta que volvió del socorro que dió á la Magdalena; y luego que llegó fuimos á donde nos había mandado, en compañía de uno que se llamaba Juan de Agiada, á cuyo cargo estuvo una fortaleza; el Gobernador D. Cristóbal Colón, hizo fabricar á media legua de donde nosotros habíamos de residir, y mandó el señor Almirante al dicho Juan de Agiada, que nos diese de comer de lo que tenía en la fortaleza, la cual se llamaba la Concepción, estuvimos con aquel Cacique Guarionex dos años enseñándole siempre nuestra santa fé católica y las costumbres de los cristianos, y al principio mostró buena voluntad y dió esperanza de hacer todo lo que quisiésemos y de ser cristiano, diciendo que le enseñásemos el Padre Nuestro, el Ave María y el Credo, que aprendieron muchos de su casa, y él cada mañana decía sus oraciones y hacía que las dijesen todos los de su familia, pero después se enfadó y dejó es-

te buen propósito, por culpa de otros principales de la tierra, que le reprehendían que quería obedecer á la ley cristiana, siendo así que los cristianos eran perversos, y le tenían tomada su tierra por fuerza, por lo cual le aconsejaban, que no cuidase más de las cosas de los cristianos, sino que se concordasen y conjurasen á matarlos, porque no era posible satisfacerlos y habían determinado no seguir sus acciones en modo alguno.

Viendo nosotros que se distraía y que olvidaba lo que le habíamos enseñado, resolvimos dejarle é irnos á donde pudiésemos hacer más fruto, enseñando á los indios y amaestrándolos en las cosas de la santa fé, y así fuimos á otro Cacique principal, el cual nos mostraba buena voluntad diciendo quería ser cristiano, el cual se llamaba *Maviatúe*. Al segundo día que partimos del pueblo y habitación de Guarionex, para ir á la tierra del referido Maviatúe, yo, Fr. Román Pane, pobre heremita y Fr. Juan Borgoñón, del orden de San Francisco y Juan Mateo, el primero que recibió el bautismo en la Española, la gente de Guarionex fabricaba una casa cerca de otra de la oración, en que dejamos algunas imágenes para que se arrodillasen y rogasen delante de ellas y tuviesen este consuelo los Catecumenos, que eran la madre, hermanos, y parientes del

dicho Juan Mateo, primer cristiano, á quien se juntaron otros siete y después todos los de su casa se hicieron cristianos y perseveraron en el buen propósito, segun nuestra santa fé, de manera que toda la casa referida quedaba en guarda de la oración y de algunas posesiones que yo había labrado y hecho labrar.

Habiendo quedado estos en guarda de la dicha casa, el segundo día después que partimos, fueron seis hombres á ella, y de orden de Guarionex les dijeron á los siete Catecumenos que habían quedado en custodia, que tomasen las imágenes que Fr. Román les había dejado para guardar y las rompiesen y descuartizasen, porque habiéndose ido Fr. Roman y sus compañeros, no sabrían este hecho. Aquellos seis criados de Guarionex, que fueron á la casa de oración, hallaron seis niños que la hacían guardia, y temiendo lo que después les sucedió, los muchachos, adiestrados, dijeron que no querían que entrasen, mas ellos entraron por fuerza y quitaron y se llevaron las imágenes.

XXVI.

De lo que sucedió con las imágenes, y el milagro que Dios hizo para mostrar su poder.

Luego que salieron de la casa de la oración, las enterraron y pisaron encima diciendo: *Ahora serán buenos y grandes tus frutos,* y esto porque hicieron esta maldad en un campo bien labrado, diciendo *Que no seria bueno el fruto porque estaba sembrado allí todo, por vituperio.* Visto esto por los muchachos que guardaban la casa de oración, por orden de los Catecumenos, fueron luego á sus mayores, que estaban en sus haciendas, y los dijeron que la gente de Guarionex había destrozado y vituperado las imágenes; oído esto por ellos dejaron lo que estaban haciendo y fueron gritando, á hacerlo saber á D. Bartolomé Colón, que entonces tenía el gobierno por su hermano el Almirante; que había vuelto á Castilla; el cual, como virrey y gobernador de la isla, fulminó proceso contra los malhechores, y sabida la verdad, hizo quemar los de-

lincuentes, pero no por esto los demás súbditos depusieron el mal ánimo de matar un día á los cristianos, señalando, en el que iban á pagar el tributo; pero ese mismo día, descubierta su traición, fueron presos todos los que iban conjurados, y sin embargo perseveraron en el mismo propósito, dando muerte á cuatro hombres y á Juan Mateo y Antonio, su hermano, los cuales habían sido bautizados, y después fueron donde estaban las imágenes y las hicieron pedazos. Pasados algunos dias, mandó el señor de aquel campo sacar el *Agi,* que son raíces semejantes á los nabos y á los rábanos, y en el lugar donde estaban enterradas las imágenes habían nacido dos ó tres Agis, como si los hubiesen puesto uno encima de otro, en forma de cruz, ni era posible que hombre alguno hallase cruz semejante, pero la encontró la madre de Guarionex, que era la peor mujer que yo conocí en aquellas partes, la cual lo tuvo por gran milagro, y dijo al castellano de la fortaleza de la Concepción:—«Dios ha hecho este milagro donde estuvieron enterradas las imágenes, y él sabe por aquí.»—Digamos ahora cómo se hicieron cristianos los primeros que recibieron el santo bautismo, y lo que es necesario ejecutar para hacerlos cristianos á todos. Es cierto que la isla tiene gran necesidad de gente para castigar los señores que no quieren entrar

en que aquellos pueblos entiendan las cosas de la santa fé católica, y dejarlos enseñar, y pueden decir con verdad, que ni pueden ni saben contradecirlos, y que me he fatigado por saberlo para tener certidumbre de ello, como se colegirá de lo que hasta ahora hemos referido, y al buen entendedor bastan pocas voces.

Los primeros cristianos de la isla Española, son los que hemos dicho arriba, conviene á saber, *Ganauvariu*, en cuya casa había diecisiete personas, que todas se bautizaron, haciéndoles conocer que hay un Dios, el cual hizo todas las cosas y crió el cielo y la tierra, lo cual facilmente creían, pero con otros había necesidad de más eficacia é ingenio, porque no todos somos de una misma naturaleza, puesto que si aquellos tuvieron buen principio, y mejor fin, no les sucedería á otros así que suelen empezar bien y después se burlan de lo que les han enseñado, por lo cual se necesita de fuerza y de castigo. El primero que recibió el santo bautismo en la isla de la Española fué Juan Mateo, que se bautizó el día del evangelista San Mateo, del año 1496, y después toda su casa, donde hubo muchos cristianos, y hubiera más si hubiesen tenido personas que los enseñasen y que les refrenasen, y si alguno pregunta por qué tengo por tan fácil este negocio, digo, que porque lo he visto con experiencia, y especialmente

en un Cacique principal llamado *Mahuviativire*, el cual ha más de tres años que continúa en la buena voluntad de querer ser cristiano y ofrece que no tendrá más de una mujer, porque suelen tener dos y tres, y los principales diez, quince y veinte.

Esto es lo que yo he podido comprender y saber acerca de las costumbres y ritos de los indios de la Española, por la diligencia de que he usado, por lo cual no pretendo ninguna utilidad espiritual ó temporal; plegue á Dios nuestro Señor que si esto es para su servicio, me dé gracia para poder perseverar, y si no me quite el entendimiento.

FIN DE LA OBRA DEL POBRE HEREMITA

FR. ROMÁN PANE.

CAPÍTULO LXII.

Cómo el Almirante volvió á España á dar cuenta á los Reyes Católicos, del estado en que había dejado la isla.

Volviendo á lo principal de nuestra historia, digo que el Almirante habiendo ya pacificado la isla, y fabricado la ciudad de la Isabela, aunque pequeña, y tres fortalezas por la tierra, resolvió volverse á España á dar cuenta á los Reyes Católicos de muchas cosas que le parecía convenían á su real servicio, especialmente por ocasión de muchas personas mal inclinadas y mordaces, que movidas de envidia y malignidad, no dejaban de informar mal á los Reyes de las cosas de las Indias, en deshonor y perjuicio del Almirante y

de sus hermanos: por lo cual se embarcó el jueves 10 de Marzo del año de 1496, con doscientos cristianos y treinta indios, y al amanecer tendió las velas en el puerto de la Isabela y volteando con vientos Levantes, partió por la costa abajo, con dos carabelas; la una llamada *Santa Cruz*, y la otra la *Niña*, que eran las mismas en que había ido á descubrir la isla de Cuba, pero porque los vientos eran por la mayor parte Levantes, viéndose con necesidad de bastimentos, y con la gente muy flaca y afligida, tuvo propósito de volver hácia Mediodía, y tomar tierra en las islas de los caribes el día 6 de Abril y con efecto, llegó á ellas en tres días y dió fondo, en Marigalante, el sábado á 9 de Abril; y el día siguiente, porque no tenía costumbre de levar áncoras, estando en puerto los domingos por lo que murmuraba la gente, de que yendo á buscar de comer, no debían observar las fiestas con tanta puntualidad; y así fué á surgir á la isla de Guadalupe y envió las barcas á tierra bien armadas, pero antes de llegar, salieron del bosque muchas mujeres armadas con arcos, flechas y penachos, en acción de querer defender la tierra, por lo cual y también porque el mar estaba alborotado, los de las barcas, sin llegar á tierra enviaron dos indios de los que traían de la Española, nadando, de los cuales las mu-

jeres, se informaron particularmente de los cristianos, y habiendo entendido que no buscaban más que bastimentos á trueque de las cosas que llevaban, dijeron que fuesen á la otra parte del Norte, con los navíos donde estaban sus maridos, los cuales les proveerían de todo lo que quisiesen; navegando bien cerca de tierra, vieron en la orilla mucha gente cargada de arcos y flechas, los cuales disparaban sobre los nuestros, con gran atrevimiento y ruido, aunque en vano porque no alcanzaban las flechas, pero viendo que las barcas armadas querían tomar tierra, se retiraron los indios á una emboscada, y cuando ya llegaban á ella, los embistieron para impedir el desembarco. Pero espantados de las escopetas, que se disparaban desde las barcas, se vieron precisados á retirase al bosque, abandonando sus casas y haciendas, en las cuales entraron los cristianos robando y destruyendo lo que hallaban, y porque sabían el modo de hacer su pan, empezaron á manejar la masa y hacer pan, de modo que se hizo la provisión que necesitaban. Entre otras cosas que hallaron en las casas, había papagayos grandes, miel, cera y hierro, de que tenían hachuelas, conque partían las cosas, y telares como de tapetes en que tejian sus camas; las casas eran cuadradas, no redondas como en las demás islas se usa, y en

una de ellas fué hallado un brazo de hombre, puesto á asar en un asador.

En tanto que se hacía el pan, envió el Almirante cuarenta hombres por la tierra á saber alguna cosa de ella, y su disposición y calidad, los cuales volvieron al día siguiente con diez mujeres y tres niños presos; la demás gente huyó y entre las presas había una que era mujer de un Cacique que apenas la podia alcanzar un Canario velocísimo y atrevidísimo, que de Canarias había llevado consigo el Almirante y aún se hubiera escapado, sino como la india le vió sólo, pensó prenderle y habiendo llegado á luchar, el Canario no podía resistirla, y si no llegan los cristianos en su socorro le ahoga. Estas indias traen las piernas fajadas con algodón hilado, para que parezcan gordas, y llaman *Cairo* á este adorno, el cual, tienen por gran gentileza, y se le aprietan de tal suerte que si por algún motivo se desfajan queda la parte de pierna desfajada muy delgada.

En Jamaica usan de lo mismo, hombres y mujeres, y aún se fajan los brazos, hasta el sobaco; esto es, la parte más delgada á modo de los braones, que usábamos antiguamente nosotros. Son asímismo estas mujeres gordísimas, y había alguna de brazo y medio y más de gordura, y en lo demás eran proporcionadas, y cuando los

hijos pueden tenerse en pié, los dan un arco para que aprendan á flechar, y todas traen los cabellos largos y sueltos por la espalda sin traer nada de su cuerpo cubierto. Contaba la Señora ó Cacica cautiva, que toda aquella isla era de mujeres, y que las que no habían querido dejar llegar las barcas á tierra eran mujeres excepto cuatro hombres que se habían hallado allí casualmente, de otra isla; porque en cierto tiempo del año solían venir á deleitarse, y que esto lo hacían también las de otra isla, que llaman *Matinino*, de las cuales refería lo mismo que se cuenta de las amazonas, el Almirante lo creyó por lo que vió en esta India y por el ánimo y fuerzas que mostraron; y también dicen que parece que tienen más razón, que las de las otras islas, porque en otros lugares no sabían más de cuenta de tiempo que ser el día lo que duraba el sol, y la noche la luna, pero estas indias contaban los tiempos por las otras estrellas, diciendo cuando el carro se levanta, ó tal estrella va al monte, entonces es tiempo de hacer esto ó aquello.

CAPÍTULO LXIII.

Cómo el Almirante partió á Castilla desde la isla de Guadalupe.

Después de haber hecho todo el pan que bastaba para veinte días, con otro tanto que tenían en los navíos, determinó el Almirante seguir su viaje á Castilla, pero viendo que aquella isla era como una escala y puerta á las demás islas, quiso primero dejar contentas aquellas indias, con algunas dádivas, en satisfacción de los daños que las habían hecho, y así mandó ponerlas en tierra excepto la Cacica, la cual quedó contenta en ir con él á Castilla, trayendo una hija suya, en compañía de los demás indios que se traían de la Española, uno de los cuales era el Rey Caonabo, de quien se había dicho que era el mayor y de más nombre de

la isla y este porque no era natural de ella, sino de los Caribes, y por eso la Cacica quiso venir á Castilla con el Almirante, el cual, después que se proveyó de agua, pan y leña, dió al viento las velas, miércoles á 20 de Abril y partió de aquella isla de Guadalupe, con viento escaso y muchas calmas, prosiguió su viaje, navegando por el grado 22, cuando más ó cuando menos, según los vientos requerían, porque entonces no se tenía experiencia de meterse bien hácia el Norte para hallar los vientos vendabales, por lo cual habiendo navegado poco, y siendo la gente mucha, empezaron á 20 de Mayo, á padecer gran tribulación por falta de bastimentos, que era tanta, que solo le daba á cada uno, de ración, seis onzas de pan, y cuartillo y medio de agua, sin otra cosa, y aunque iban ocho ó diez pilotos en aquella carabela, ninguno sabía dónde estaban, sino el Almirante que tenía por muy cierto estar un poco al Occidente de las islas de los Azores de que daba razón en su itinerario, diciendo: «Esta ma»ñana Noruestaban las agujas flamencas, como »suelen, una cuarta y la Ginovesas, que solían »conformarse con ellas no Noruestaban sino po»co y en adelante habian de Noruestar yendo al »Leste, que es señal que nos hallábamos cien le»guas, ó poco más al Occidente de las islas de »los Azores, porque cuando estuviéramos á cien-

»to, entonces estaba el mar en poca yerba de »ramillos esparcidos y las agujas flamencas, No»ruestaban una cuarta, y la Ginovesas, herían el »Norte y cuando estuviéramos más al Leste-Nor»deste harían alguna cosa.» Lo que se verificó de repente, el domingo siguiente á 22 de Mayo, de cuyo indicio y de la certidumbre de su punto conoció entonces que se hallaba cien leguas distante de los Azores, de que se maravilló él mismo, y atribuía la razón á la diferencia del imán con que se templan las agujas, porque hasta aquella línea todas Noruestaban una cuarta, y aquí las unas perseveraron y las otras que eran las Ginovesas, herian la estrella del Norte justamente y lo mismo se verificó al día siguiente 24 de Mayo.

Siguiendo su viaje, miércoles á 8 de Junio, andando todos los pilotos como ciegos y perdidos llegaron á vista de Odimira, que está entre Lisboa y el cabo de San Vicente, habiendo pasado muchos dias, que todos los otros pilotos se acostaban siempre á tierra, excepto el Almirante que la noche antes templó la furia de las velas con temor del peligro de tierra, diciendo que hacía esto, porque ya se hallaban al Cabo de San Vicente, de lo cual se reian todos, afirmando algunos, que estaban en el canal de Flandes, y otros, en Inglaterra; y los que erraban menos decían que en

Galicia, y por esto no debían amainar, pues mejor era perecer en tierra, que morir en la mar del hambre que padecían, la cual fué tan grande, que muchos querían comerse los indios que traían y otros por reservar lo poco que se les daba, querían que fuesen echados en el mar como lo hnbieran hecho si el Almirante, no mostrara gran rigor para evitarlo, considerando que eran sus projimos y cristianos y que en razón no se debían tratar menos bien que á los demás, por lo cual plugo á Dios premiarle, con darle, á la mañana siguiente la tierra, que él les había prometido, de que resultó, que después, fué tenido por sapientísimo y divino, en la navegación, por la gente de mar.

CAPÍTULO LXIV.

Cómo el Almirante llegó á la corte y de la expedición que le encomendaron los Reyes Católicos á su vuelta á las Indias.

Llegado el Almirante á tierra de Castilla, empezó prontamente á disponer su partida para la ciudad de Burgos, donde fué bien recibido de los Reyes Católicos, que estaban, allí á celebrar las bodas del serenísimo Príncipe D. Juan su hijo, con madama Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano, que había entonces llegado y había sido recibido solemnemente con la mayor parte de señores, y la mejor y más ilustre gente que hasta entonces se había visto junta en España; pero las particularidades y grandezas de

esta función, aunque yo estuve presente, por ser paje del referido Príncipe, no las contaré, así porque no pertenecen á la historia, como porque los cronistas de sus Altezas tendrán este cuidado; y volviendo á lo que toca al Almirante, digo que habiendo llegado á Burgos, hizo un gran presente á los Reyes Católicos, de muchas cosas y muestras que traía de las Indias, así de diversidad de pájaros y animales, como de árboles, plantas, instrumentos y otras cosas de que los indios se sirven en sus casas y placeres, y así mismo de muchas máscaras y cintas con varias figuras, en las cuales, en lugar de ojos y orejas, solían poner los indios hojas de oro, y además mucho oro en grano, como le produjo la naturaleza, pequeño y grueso como habas y garbanzos y algunos granos como huevos de paloma, bien que después no fué tan estimado porque se halló pedazo grande de oro que pesaba más de treinta libras, pero entonces, con la esperanza de lo que habría después, se estimaba por gran cosa, y como tal lo recibían los Reyes Católicos con mucha alegría y lo tuvieron en gran servicio.

Después que el Almirante hizo la relación de todo lo que pertenecía al beneficio y población de las Indias, quería volverse á ellas prontamente, con temor de que faltando él, sucediese algún desastre ó desventura, mayormente cuando

do|había dejado la gente en gran necesidad de muchas cosas que habían menester todos para su manutención; pero aunque él hizo su instancia en esto, como las cosas de la corte suelen ir despacio, no pudo ser despachado tan brevemente, que no pasasen diez ú once meses antes de alcanzar la expedición de dos navíos, que fueron delante con socorros, de que era capitán Pedro Fernández Coronel.

Partieron estos en el mes de Febrero del año 1498 y el Almirante quedó solicitando el resto de la armada que para su vuelta de las Indias era necesaria; pero no pudo tan presto ver el fin sin que pasase más de un año, estándose para esto en Burgos y en Medina del Campo, donde estando la corte el año de 1499, le concedieron los Reyes Católicos muchas gracias y provisiones, no solo pertenecientes á sus negocios y estado, sino es al buen gobierno y provisión de las cosas de Indias, de lo cual quiero aquí hacer relación para que se sepa la buena voluntad que los Reyes Católicos tuvieron entonces de gratificar sus méritos y servicios y cuánto se mudó esto después, por las malas informaciones de envidiosos y malignos, que motivaron le hiciesen tantos agravios como diremos después. Pero volviendo á su partida desde la corte á Sevilla, digo que áun aquí, por culpa del mal gobierno de

los ministros reales, y especialmente de un don Juan de Fonseca, arcediano de Sevilla, se detuvo el despacho de la armada, mucho más de lo que convenía, de que nació que el dicho D. Juan, que fué después arzobispo de Burgos, tuvo continuadamente ódio mortal al Almirante, y á sus cosas y se hizo cabeza de los que trataban de ponerle en desgracia de los Reyes Católicos, y áun D. Diego, mi hermano, y yo que habíamos servido de pajes al Príncipe D. Juan, que había muerto entonces, participamos de su tardanza, y no quedamos exentos de la corte hasta que al tiempo de su partida nos envió, á 11 de Noviembre del año de 1499, desde Sevilla, á servir de pajes á la serenísima Reina doña Isabel, de gloriosa memoria.

CAPÍTULO LXV.

Cómo el Almirante salió de Castilla á descubrir la tierra firme de Paria.

Siguiendo, pues, el Almirante su expedición á fuerza de brazos, con mucha diligencia se hizo á la vela en el canal de San Lucar de Barrameda, á 30 de Mayo de 1498, con seis navios cargados de vituallas y otras cosas necesarias á la provisión y socorro de la gente de la población de la Española; y el jueves á 7 de Junio llegó á la isla de Puerto Santo, donde oyó misa y se quedó á proveer de agua, leña, y lo demás que necesitaba y luego siguió su camino el mismo día, á la vuelta de la Madera, á donde llegó el día siguiente, á 10 de Junio y en la villa de Funchal, se

le recibió muy bien y se le trató mejor por el capitán de aquella isla, con el cual, estuvo algunos días para prevenirse, de lo que habia menester hasta el sábado después de mediodía, que se hizo á la vela, y el martes 19 de Junio llegó á la Gomera, donde halló un navío francés, que había apresado, dos naves castellanas, el cual luego que vió la armada del Almirante, huyó, y éste creyendo que fuesen navíos mercantiles y que huian de miedo, imaginando acaso, que fuese francés, no cuidó de seguirlos, hasta que estando ya muy lejos, habiendo sabido ciertamente lo que era, envió tras ellos tres de sus navíos y con el miedo que tuvieron de ellos los franceses, dejaron uno de los apresados y huyeron con los otros dos, sin que los del Almirante pudiesen alcanzarlos, y también pudieran haberse llevado el otro, sino le hubieran abandonado porque cuando el Almirante apareció en el puerto, no tuvieron lugar con el miedo y la turbación de prevenirle de la gente necesaria; de modo que en él no había sino cuatro franceses y seis españoles, los cuales viendo el socorro que les venía se alzaron contra los franceses, y los metieron debajo de cubierta, con el auxilio de los navios del Almirante y volvieron con él al puerto, dejándosele el Almirante á su patrón y hubiera castigado á los franceses á no haberse interpuesto el gobernador

Alvaro de Lugo, y todos los de la tierra, los cuales se los pidieron, para trocarlos por los seis vecinos que se llevaban los franceses prisioneros, y él se los dió de muy buena gana.

Apresurando después su expedición, se hizo á la vela el jueves 21 de Junio, la vuelta de la Isla de Hierro, y desde aquí determinó enviar tres navíos de los seis de su armada, la vuelta de la Española, é ir con los otros tres á la vía de las islas de cabo Verde para tomar desde allí su viaje derecho, y descubrir la tierra firme: con esta determinación eligió capitán en cada uno de los navios que iban á la Española, uno llamado Pedro de Arana, sobrino del otro Arana, que murió en la Española. Otro Alonso Sánchez de Carvajal, vecino de Baeza, y el tercero un pariente suyo llamado Juan Antonio Colón; dióles particular comisión de lo que habían de hacer, mandando que tuviesen por semanas el gobierno general, con lo cual tomó su camino, la vuelta de las islas de cabo Verde y los capitanes de allí á la Española; pero porque el clima por donde entraba era entonces enfermo, le dió de repente un dolor terrible de gota en una pierna y cuatro días después una gran calentura, pero sin embargo de su indisposición, tenía la cabeza firme y notaba con diligencia todos los espacios que navegaba y las mudanzas de los tiempos, como

había observado desde el principio de su viaje y prosiguiéndole el miércoles 27 de Junio, vió á la isla de la Sal, que era una de las de cabo Verde y pasando cerca de ella fué á otra isla llamada de *Buena Vista*, nombre verdaderamente distante de la verdad, porque es melancólica y miserable; echó las anclas en un canal á la banda del Loeste cerca de una isleta que allí yace, y vecina á seis ó siete casas, de los que habitan la isla y de los Leprosos que van á ella para sanar.

Del mismo modo que los navegantes tienen gran alegría cuando descubren tierra, así se alegran los miserables que viven allí cuando ven algún navio, por lo cual fueron todos á la orllla á hablar con los del Almirante; enviaba en la barca á proveerse de agua y sal, y viendo que eran castellanos, el portugués que cuidaba de aquella isla, por su dueño, fué luego á los navíos á hablar al Almirante, ofreciéndole todo lo que pedía, de lo cual el Almirante le dió las gracias y mandó que se le tratase muy bien y se le diese algún refresco, porque por la esterilidad de la tierra, que sólo tiene abundancia de cabras, viven en gran miseria sus vecinos, y deseando saber el modo cómo se curaban los enfermos, se lo preguntó al portugués, el cual respondió, que allí el aíre y el cielo eran muy templados y que esta era la primer causa de la salud, que la se-

gunda procedía de lo que comían, porque había gran abundancia de tortugas que comían los enfermos y se huntaban con su sangre, y que en poco tiempo continuando este medicamento, sanaban, aunque los que nacían con la lepra, tardaban mucho más tiempo en convalecer; y la causa de haber allí tantas tortugas, era ser toda la costa playa arenosa, donde en los meses de Junio, Julio y Agosto venían las tortugas de la tierra firme de Etiopia, y la mayor parte de ellas eran tan grandes como una rodela, y que todas las tardes salían á dormir y á desovar en la arena, y por la noche salían los cristianos á lo largo de la playa con hachones encendidos ó linternas, buscando las señales que hacen en la arena y siguiéndolas hasta que dan con la tortuga, la cual cansada de tan largo camino, duerme tan profundamente, que no siente al cazador, el cual la vuelve boca arriba, sin hacerla otro mal y va á buscar otra, porque ellas no pueden volverse ni moverse del lugar donde las dejan por su pesadez; y en habiendo dejado así las que quieren, vuelven al día siguiente á escoger las que les agradan, y dejando que se vayan las chicas, se llevan las grandes para comer. En tan gran miseria viven los enfermos sin otro alivio, ni otra comida, que ser la isla muy seca y estéril, sin árboles ni agua, pues beben solamente de unos po-

zos de agua muy gorda y salada y aún el que guardaba la isla y cuatro compañeros, que estaban con él no tenían más oficio, que matar cabras y salarlas para enviar á Portugal. Decía haber tanta abundancia de estas cabras en los montes, que algunos años valían tres ó cuatro mil ducados y que todas se habían multiplicado, de ocho que había llevado el señor de la isla, llamado Rodrigo Alonso, escribano de entrada del Rey de Portugal, y que muchas veces los cazadores estaban cuatro ó cinco meses sin comer pan ni otra cosa que la carne de ellas ó pescado, por lo cual estimaba mucho el refresco que los había hecho dar, y al instante partió con sus compañeros y algunos de los navíos, á la caza de cabras, pero viendo que se requería mucho tiempo para matar las que era menester, no quiso detenerse el Almirante, por la mucha prisa que tenía por lo cual, el sábado, último día de Junio, navegó á la isla de Santiago; que es la principal de cabo Verde, á donde llegó el día siguiente á la hora de vísperas y se quedó cerca de una Iglesia, desde donde envió á tierra á comprar algunas vacas ó bueyes, para llevarlos á la Española. Pero viendo la incomodidad que había para proveerse, con la prisa que era menester y el daño que se le seguía de la dilación, resolvió no esperar más, especialmente porque temió

que siendo aquella tierra enferma, cayese mala la gente, y así dice que después que llegó á aquellas islas, no vió cielo ni estrellas por estar cubiertas con nieblas y tan espesas y calientes, que las tres partes de la gente de la isla, estaba enferma y todos andaban con mal color.

CAPÍTULO LXVI.

Cómo el Almirante partió de las islas de Cabo Verde, á buscar la tierra firme, y del gran calor que padeció y la claridad que daba el Norte.

Partió el Almirante, la vuelta de Sudoeste, sábado 5 de Julio con designio de navegar hasta meterse debajo de la línea Equinocial, y de allí seguir su viaje á Occidente, hasta hallar tierra ó ponerse en paraje desde donde poder atravesar á la isla Española, mas porque entre aquellas islas son muy grandes las corrientes hacia el Norte y el Noroeste, no pudo navegar como quería, y el sábado 7 estaba á vista de la isla del Fuego, que es una de las de Cabo Verde, la cual dice que es tierra muy alta hacia Mediodía, y

que de lejos parece una grande iglesia que tiene campanario, y es un altísimo pico ó precipicio, de donde cuando quieren soplar Levantes, suele salir gran fuego, como sucede en Tenerife, en Vulcano, y en el Mongibelo, y siendo esta la última tierra de los cristianos que vió, siguió su viaje hasta que se halló á distancia de cinco grados de la Equinocial y allí le calmó el viento, habiendo navegado contínuamente con la niebla que hemos dicho, duró la calma ocho días, con tan excesivo calor, que se abrasaban los navíos y ninguno podía estar debajo de cubierta, de suerte que si no fuese porque alguna vez llovía, ó el sol se nublaba, imagino que todos hubieran sido abrasados, con los navíos porque el primer día de calma, que fué claro, era tan grande el calor, que no hubieran podido tener ningún remedio, si Dios no los hubiera socorrido con la lluvia y con las nieblas referidas, por lo cual, habiéndose apartado un poco hacia Occidente, y hallándose ya el Almirante siete grados distante á la Equinocial, resolvió no inclinarse más hacia Oriente, sino es navegar derechamente á Poniente, por lo menos hasta ver si el tiempo se fijaba, pues con la ocasión del calor había perdido muchos vasos y los cercos de las botas se rompían, ardía todo el trigo y los bastimentos que llevaban, y siendo ya mediado Julio, tomó la altura del Polo, con

mucha diligencia y grande certidumbre y halló grandísima y maravillosa diferencia de lo que solía suceder en el paralelo de los Azores; por lo cual, estando allí las guardas en el brazo derecho, esto es, á la banda de Oriente, estaba entonces la estrella del Norte más baja, y desde aquí se iba alzando de manera que cuando las guardas estaban sobre la cabeza, se alzaba entonces dos grados y medio, y cuando pasaba de aquí, volvía á bajarse por los mismos cinco grados que había subido, lo cual, dice que experimentó muchas veces, con gran diligencia y con tiempo muy conveniente, para verificar lo que en el sitio donde se hallaba de la tórrida zona, le sucedió muy al contrario, porque estando las guardas en la cabeza, hallaba que el Polo había subido seis grados y cuando las guardas pasaban al brazo izquierdo, en el término de seis horas, halló el Norte, once grados alto la estrella, y por la mañana que las guardas habían pasado á á los piés, aunque no se veía por la bajeza del Polo, se hallaba la tramontana seis grados alta, de manera que la diferencia era de diez grados y hacía círculo, cuyo diámetro eran diez, no habiendo allá sino cinco, bajando de la positura, por estar ella en el brazo izquierdo el más bajo y aquí en la cabeza, parecióle que era muy difícil de comprender la razón, y no comprendién-

dola cumplidamente hasta que consideró más sobre esto, dice que le parece que en lo que toca á la descripción del círculo de la estrella, se podía decir que en lo equimocial se ve justamente y cuanto más va hácia el Polo parece menor, porque se toma el cielo más oblícuo, y ¿en cuanto al Noruestear, creo que la estrella tenga la claridad de los cuatro vientos, como tienen tambien los imanes, que si se tocan con el Levante mostrarán el Levante, y de otro modo el Poniente ó el Septentrión, ó el Mediodía y por esto el que hace las agujas, cubre con paño el imán de manera que no quede fuera si no es la parte Septentrional de ella; esto es lo que tiene virtud de mover el acero á herir el Norte.

CAPITULO LXVII.

Cómo el Almirante descubrió la isla de la Trinidad y vió la tierra firme.

Martes último de Julio del referido año de 1498, habiendo navegado el Almirante muchos dias hácia Occidente, pensando que quedaban las islas de los caribes al Norte, determinó dejar aquel camino y volver á la Española, no sólo porque tenía mucha necesidad de agua, sino porque todos los bastimentos se le destruían, y porque pensaba, si en su ausencia hubiese sucedido algún desorden ó sedición entre la gente que habia dejado en ella, como con efecto había sucedido y por quien diremos adelante, con que dejando la via de Occidente tomó la del Norte, parecién-

dole que desde allí podría tomar alguna isla de los caribes, donde se refrescase la gente y hiciese agua y leña, de que tenía gran necesidad; navegando una mañana por este camino, quiso Dios que á la hora de medio día, viese tierra al Occidente un marinero de Huelva llamado Alonso Perez Nicardo, que se había subido á la Gavia la cual estaba á quince leguas de distancia y fueron tres mogotes juntos, á un tiempo, bien que poco después reconocieron que la misma tierra se estendia hácia el Nordeste, cuanto podía alcanzar la vista, y no daba muestras de que se viese el fin de ella, de lo cual dieron todos muchas gracias á Dios, rezaron la salve y otras oraciones devotas que suelen los marineros decir en tiempo de tormentas, ó alegrías, y el Almirante la puso por nombre la isla de la *Trinidad*; así por tener pensamiento de poner este nombre á la primer tierra que hallase, como porque le parecía que en esto daba gracias á Dios, que le habia mostrado los tres mogotes, todos á un mismo tiempo, como ya hemos dicho; después navegó la vuelta de Occidente, para ir á un cabo que se veia á mediodía caminando por la parte austral de la misma isla, hasta que fué á dar fondo pasadas cinco leguas de una puerta, que llamó de la *Galera*, por una roca que estaba cerca de ella, y de lejos parecía una galera: navegando á la vela, y

porque no tenía más que una bota de agua para toda la gente de su navío, y los otros tenían la misma necesidad, no hallando comodidad de coger agua, el miércoles siguiente por la mañana siguiendo prontamente el mismo viaje á Occidente. fué á parar á otra punta, que llamó de la *Playa*, donde con grande alegría desembarcó la gente y tomaron agua en un bellísimo arroyo; pero en todo aquel contorno no hallaron gente, ni pueblo alguno, aunque por toda la costa, que dejaban atrás habían visto muchas casas y pueblos, verdad es que hallaron pisadas de pescadores, que habían huído dejándose algunas cosillas que servían para pescar. Hallaron también muchas huellas de animales, que parecían de cabras y vieron los huesos de una, pero porque en la cabeza no tenía cuernos creyeron que podía ser de algún gato mamón ó mono, como después lo supieron, por haber visto en Paria muchos gatos semejantes. Este mismo día que fué el 1.º de Agosto, navegando entre las dos puntas referidas, sobre la mano izquierda, la vuelta del Mediodía, vieron la tierra firme á 25 leguas de distancia aunque pensaron que era otra isla, y creyéndolo así el Almirante la puso por nombre *Isla Santa*. La tierra que desde la Trinidad vieron, esto es, desde la una punta á la otra, estaba distante treinta leguas del Leste á Oeste, sin puer-

to alguno pero todo el país era muy hermoso y y los árboles, hasta el agua, con muchas poblaciones, casares y grandísima amenidad, cuya jornada pasaron en brevísimo tiempo porque la corriente del mar era tan veloz hácia Occidente, que parecía un río rápido, así de día como de noche y á todas horas, no obstante que el agua crecía y menguaba por la playa, más de sesenta pasos á la marea como suele suceder en San Lucar de Barrameda cuando se hinchan las aguas, perque por más que éstas se alzan y se bajan no dejan nunca de correr hácia el mar.

CAPÍTULO LXVIII.

Cómo el Almirante fué á la punta del Arenal, y vinieron á hablarle en una canoa.

Después que vieron que no podían tomar lengua de la gente de la tierra, en la punta de la Playa, y que no había comodidad para abastecerse de toda el agua que era necesaria, ni remediar los navíos, ni haber bastimentos, siguió el Almirante su viaje el día siguiente, que fué á 2 de Agosto hácia una punta, que parecía ser la Occidental y aquella isla la llamó del *Arenal*, y surgió en ella pareciéndole que los Levantes que corren en aquellas partes, no darían tanto trabajo á las barcas, en ir y volver á tierra, y antes que llegasen á esta punta, viniendo por su camino empezó á

seguirles una canoa, con veinticinco indios, los cuales se pararon á un tiro de bala de los navios hablando á gritos, pero no se les entendía nada, aunque se podía discurrir que preguntasen, qué gente éramos y de donde veníamos, como preguntaban los demás indios; y no habiendo modo de persuadirlos con palabras, que se llegasen á los navíos; empezaron á enseñarles diferentes cosas para ver si las codiciaban, como bacías de metal, espejos y otras cosas semejantes, que suelen estimar mucho los indios, pero aunque se acercaron algún poco, viendo estas cosas se volvían atrás, y á pararse como que dudaban, por lo cual y también para alegrarlos con alguna fiesta, y provocarles á venir mandó el Almirante subir á la popa, al tambor y otro que cantase con un tímpano y algunos mozos que hiciesen una danza. Visto esto por los indios, de repente se pusieron en acto de pelear, embrazando las rodelas que llevaban y con los arcos y las flechas, empezaron á tirar á los que danzaban, los cuales dejando la danza empezaron á tirarlos con las ballestas, de orden del Almirante, porque no quedasen sin castigo, ni despreciasen los cristianos; de modo que costó á los indios mucho el retirarse, pero siguieron á lo largo, á otra carabela llamada la *Vachina*, á la cual se acercaron, sin miedo ni tardanza y el piloto entró con ellos en la canoa; los dió algu-

nas cosas que los agradaron mucho, y dijeron que cuando estuvieran en tierra, les traerían de sus cosas y de su pan, con lo cual se fueron á tierra y no quisieron prender á ningún indio, por dudar si se disgustaria el Almirante. La relación que dieron de ellos, fué que era gente muy bien dispuesta y más blanca que la de las otras islas, que traían los cabellos largos como mujeres, atados con algunas cuerdecillas y que cubrían con pañetes sus partes.

CAPÍTULO LXIX.

Del peligro que corrieron los navíos al pasar por la Boca de la Sierpe, y cómo se descubrió Paria, que fué el primer descubrimiento de la tierra firme.

Luego que surgieron los navíos en la punta del Arenal. envió el Almirante las barcas á tierra á por agua y tomar lengua; pero ni uno ni otro consiguieron por ser muy baja la costa, y despoblada, por lo cual mandó el día siguiente que fuesen á hacer hoyos en la arena, y los hallaron hechos, llenos de muy buena agua, y creyéndolos obra de pescadores, y habiéndose proveido del agua que había menester, resolvió el Almirante pasar á otra boca, que se veía desde allí hacia el Norueste, á la cual llamó después la

Boca del Dragón, á diferencia de la en que se hallaba, que llamó *Boca de la Sierpe*, las cuales formaban las dos puntas occidentales de la Trinidad, con otras dos de la tierra firme, y casi estaban al Norte y Mediodía, la una de la otra. En medio de la que el Almirante estaba surto, había un alto escollo que llamó el *Gallo*, y por esta Boca ó canal que llamó boca de la Sierpe, salía el agua continuamente hácia el Norte con tanta fuerza como si fuese la boca de un gran río, de lo cual y del espanto que tuvieron, provino el nombre que le dieron, porque estando ellos asegurados sobre las anclas, vino un golpe de corriente de la banda de Mediodía, con mumucho mayor ímpetu de lo acostumbrado, y gran ruído, porque salía por dicha boca, la vuelta del Norte, y del golfo que ahora llaman de Paria, salía otra corriente opuesta á la referida, y se encontraban como peleando, y con grandísimo estruendo se levantaban en alto, á modo de un gran monte ó cordillera, á lo largo de aquella boca, y este monte venía la vuelta de los navíos con gran espanto de todos, que temían que los tragase; pero permitió Dios que pasase por debajo, ó por mejor decir, que se levantó en alto sin hacerles daño, bien que á un navío le echó las anclas en tierra, y le apartó del lugar en que estaba, sin que pudiese huir con las velas de

aquel peligro, en que tuvo grandísimo miedo la gente, de ahogarse.

Pasada de repente la furia de la corriente, viendo el Almirante el riesgo á que estaba expuesto en aquel lugar, tomó su camino hácia la Boca del Dragón, que está entre la punta del Norte occidental de la Trinidad y la oriental de Paria; pero entonces no salió por ella, antes siguió la costa austral de Paria, navegando hácia Occidente, porque pensaba que era isla, y esperaba hallar por dónde salir á la parte del Norte, hacia la Española, y aunque por aquella costa de Paria, había muchos puertos, no quiso entrar en ninguno porque era puerto todo el mar, y estaba rodeado por todas partes de la tierra firme.

CAPÍTULO LXX.

Cómo se hallaron en Paria muestras de oro y perlas y gente de buena conversación.

Hallándose, pues, el Almirante surto, á cinco de Agosto, y teniendo devoción de no levantar las anclas en semejante día, que era domingo, envió á tierra á las barcas, donde hallaron mucha fruta de la misma que en las otras islas; gran número de árboles, é indicios de gente que huía de miedo de los cristianos; pero no queriendo perder más tiempo, siguiendo su viaje la costa abajo 15 leguas, sin entrar en puerto alguno, por temor á que los temporales no le dejasen salir, dió fondo en el Cabo de las dichas 15 le-

guas en la costa, y llegó de repente una Canoa á bordo de la carabela, llamada el *Correo*, con tres hombres y conociendo el piloto cuánto deseaba el Almirante tener lengua de aquella gente, fingió querer hablar con ellos y se dejó caer en la Canoa, y la gente del navío cogió á los tres indios, con la barca y los llevó al Almirante, el cual les acarició mucho y con muchas dádivas los volvió á enviar á tierra, en la cual se veía gran cantidad de indios, los cuales, oyendo la buena relación que los tres hicieron, se fueron todos á los navíos, en sus Canoas, á trocar las cosas que tenían, que eran como las de las otras islas descubiertas antes, aunque no había Tablachinas ó rodelas, ni yerba envenenada para las flechas, la cual no usan estos indios, sino los caribes que tienen costumbre usar de ellas.

La bebida de estos indios era un licor blanco como leche, y otros que tiraban á negro, que sabían á vino de agraces, ó uvas mal maduras, bien que no se pudo saber de qué fruto le hacían; traían paños de algodón de varios colores, bien tegidos, mayores y menores, y lo que más estimaban de nuestras cosas, era el azofar y los cascabeles, y parecía que la gente era más tratable y política que la de la Española; cubren sus partes con un paño de los que

hemos dicho, de varios colores, y traen otro revuelto en la cabeza. Las mujeres andan con ella descubierta y lo demás del cuerpo, lo cual usan también en la Trinidad; no se vió allí cosa útil sino algunos espejillos de oro que traían al cuello, por lo cual, y porque el Almirante no podía detenerse á inquirir los secretos de la región, mandó tomar seis indios, y siguió su viaje á Occidente creyendo siempre que aquella tierra de Paria, á quien llamó isla de *Gracia*, no fuese tierra firme; poco después vió que se les mostraba otra isla al Mediodía, y otra no menor al Poniente, toda de tierra muy alta, con los campos sembrados y muy poblada, y los indios traían al cuello más espejos que los antecedentes, y muchos guaninis, que es oro muy bajo, el cual decían que nacía en otras islas occidentales pobladas de gente que come hombres, y las mujeres traían en los brazos hilos de él, entre sus perlas gordas y delgadas, muy bien enhiladas, de las cuales rescataron alguna para enviárselas á los Reyes Católicos, y preguntados que dónde hallaban aquellas cosas, afirmaron, en las conchas de las ostras que se pescaban al Poniente de la tierra de Gracia, y detrás de él, hácia el Norte, por lo cual el Almirante se detuvo allí para alcanzar mayor certeza de tan buena muestra, y envió á tierra las barcas, en la cual estaba

taba toda la gente del país que había concurrido á la novedad, y se mostró tan doméstica y tan tratable, que importunaron á los cristianos, á que fuesen con ellos á una casa no muy distante, en la cual les dieron de comer, y mucho de su vino; algunos desde aquella casa, que debía de ser el palacio del Rey, los llevaron á otra de su hijo donde hicieron con ellos lo mismo. Todos estos indios, generalmente son más blancos que cuantos se habían visto hasta entonces, de mejor cara y disposición, con los cabellos cortados por medio de la oreja al uso de Castilla, de éstos se supo que aquella tierra se llamaba Paria, y que tenían gusto de ser amigos de los cristianos, con que se separaron de ellos los nuestros, y se volvieron á los navíos.

CAPÍTULO LXXI.

Cómo el Almirante salió de la Boca del Dragón, y del riesgo en que se vió.

Siguiendo el Almirante su camino al Oeste hallaba cada vez menos fondo en el mar, tanto que navegando por cuatro ó cinco brazas, habían llegado á hallar dos y media sólamente, en baja mar, porque el crecer y menguar del agua, era de diferente modo del de la isla de la Trinidad, porque en ella crecía el agua tres brazas, y aquí que era cuarenta y cinco leguas más á Occidente, no crecía más de una; allá era el agua

medio dulce, y aquí como la del río. Viendo el Almirante esta diferencia y el poco fondo que los navíos hallaban, no se atrevió á pasar adelante con el suyo, el cual requería tres brazas de agua, y era de cien toneladas, y así surgió en aquella costa, que era segurísima por ser puerto en forma de herradura, rodeado por todas partes de aquella tierra, y envió una carabelilla que llamaba el Correo, á saber si por entre aquellas islas había paso á Occidente, la cual habiendo navegado poco, volvió al día siguiente, 11 de Agosto, diciendo que al fin occidental de aquel mar, había una boca de dos leguas, de Mediodía al Norte, y dentro uu golfo redondo con otros cuatro golfillos, cada uno á su lado, y que de cada uno de ellos salía un río cuya agua hácía dulce casi á toda la de aquel mar y que áun la de allá dentro era más dulce que la del sitio donde se hallaba el Almirante, añadiendo que aquellas tierras, que mostraban ser islas, eran verdaderamente una misma tierra continente, y que en todas partes habían hallado, cuatro ó cinco brazas de fondo y tanta yerba de la del golfo que apenas habían podido pasar por ella, con que estando el Almirante muy cierto de no poder salir por la vía de Occidente, volvió el mismo día hácia Oriente, con ánimo de salir por el estrecho que se le había mostrado entre la tierra de

Gracia, que llaman Paria los indios, y la Trinidad, el cual estrecho al Levante, está á la punta de la Trinidad, que él llamó *Cabo Boto*, que quiere decir no perfecto, y al Poniente, á la punta de la isla de Gracia, que llamó punta de la *Lapa*, y en medio están cuatro isletas; el motivo de haberle puesto el nombre de Cabo del Dragón fué porque verdaderamente es peligroso, por la furia del agua dulce, que por él quiere salir al mar, de que ocasionaban tres ondas de mar grueso, y de gran rumor, las cuales se extendían de Levante á Poniente por toda la boca referida, y porque al tiempo que salió por ella le faltó viento, se halló en grandísimo peligro de que las corrientes diesen con él en las rocas ó en la arena donde pereciese, tuvo razón en llamarle con nombre correspondiente á la otra boca, en la cual no se vió en menor peligro, como hemos dicho; pero quiso Nuestro Señor, que de aquí donde tenía más miedo, le viniese el remedio, y que la misma corriente le sacase salvo, por la cual sin otra tardanza, lunes á 13 de Agosto, empezó á navegar hácia Occidente por la costa del Norte de la misma Paria, para atravesar después á la Española, dando muchas gracias á Dios que le libraba de tantos trabajos y riesgos, mostrándole siempre nuevas tierras llenas de gente doméstica y de gran riqueza,

especialmente aquella que tenía por ciertísimo, que fuese tierra firme, por la grandeza del golfo, de las perlas y de los ríos que salían de él y del mar, el cual todo era de agua dulce, y por autoridad de Esdras, que dice en el capítulo 8 del cuarto libro, que de siete partes de la esfera está una sola cubierta de agua, y porque todos los indios de las islas de los Canibales, le habían dicho que á la parte del Mediodía había una grandísima tierra firme.

CAPÍTULO LXXII.

Cómo el Almirante atravesó desde la tierra firme, á la Española.

Navegando el Almirante al Occidente de la costa de Paria, se iba cada instante alejando de ésta, la vuelta del Norueste, porque las calmas y las corrientes le echaban hácia aquella parte; de manera que el miércoles á 15 de Agosto, dejó el Cabo que llamó de las *Conchas*, al Mediodia, y al Poniente la *Margarita*, que es una isla á la cual puso este nombre, acaso inspirado de Dios, porque cerca de ella estaba la isla de Cubagua, de la cual se ha sacado innumerable cantidad de perlas, por esto también en la Española volviendo de Jamáica, puso nombre á al-

gunos montes todos de oro, y después se halló en ellos la mayor cantidad y granos de oro que de aquella isla se ha traído á España. Volviendo á su viaje digo que siguió su camino por seis islas, que llamó las *Guardias* y otras tres que estaban más al Norte y llamó los *Testigos*; y aunque todavía se descubría mucha tierra al Poniente de la misma costa de Paria, dice el Almirante que nunca podría dar la puntual cuenta que deseaba de tales particularidades, porque del contínuo velar, tenía los ojos vueltos sangre y se veía precisado á anotar la mayor parte de sus cosas, por relación de los pilotos y marineros que andaban con él. Asímismo dice que aquella misma noche que fué jueves, 16 de Agosto, no habiendo hasta entonces noruestado la aguja, noruestearon más de cuarta y media, y algunas veces medio viento, sin que pudiese haber en esto error, porque habían estado siempre muy vigilantes en anotarlo, y con la admiración de ello y desconsuelo de que les faltase comodidad para seguir la costa de tierra firme, navegaron casi todo aquel viaje al Norueste, hasta que el lunes, á 20 de Agosto, dió fondo el Almirante entre la Beata y la Española y desde aquí envió con algunos indios cartas al prefecto su hermano, haciéndole saber su venida, y buen suceso aunque estaba maravillado de verse tan

al Poniente: pues aunque conocía más débiles las fuerzas de las corrientes, no pensó que fuese en tanto grado, por lo cual, aunque no le faltaban las vituallas del todo, subió luego hácia Oriente, la vía de Santo Domingo, en cuyo puerto ó río, entró á 30 de Agosto, porque el prefecto había destinado á este sitio el de la ciudad hácia la parte de Oriente del río, donde hoy está, y la llaman Santo Domingo, en memoria de su padre que se llamaba Domingo.

CAPÍTULO LXXIII

De la rebelión y sublevaciones que halló el Almirante en la Española, por la maldad de Roldán, á quien había dejado por juez general en ella.

Habiendo llegado el Almirante á la ciudad de Santo Domingo, con la vista casi perdida, de las vijilias desaforadas que había tenido continuamente, esperó descansar de los trabajos que había padecido en aquel viaje, y que hallaría mucha paz entre su gente, pero le sucedió todo al contrario; porque todas las familias de la isla, estaban en gran tumulto y sedición, por lo cual gran parte de la gente, de la que dejó, era ya muerta, y no habían quedado allí más que 160 hombres, llenos de mal francés. Otros mu-

chos se habían rebelado con Roldán. No halló allí más de los tres navíos que había enviado de Canarias con socorro, como hemos dicho. Y así será necesario que demos cuenta ordenadamente, para seguir y cumplir el hilo de la historia, empezando desde el día en que el Almirante se partió á Castilla, que fué en el mes de Marzo del año de 1496, habiendo pasado treinta meses hasta el día de su vuelta.

Al principio de este tiempo, con la esperanza de que volvería presto, estuvo la gente sosegada por considerarse en breve socorrida; pero luego que pasó el primer año, faltándola todas las cosas de Castilla, y creciendo las enfermedades y trabajos, aunque descontenta de lo que le sucedía y sin esperar alivio de mejorar en adelante, se mantenían sosegados, pero no se sabían las quejas de muchos que estaban descontentos, entre los cuales no faltaba quien los incitase y procurase hacerse cabeza, de que tocó la suerte entónces á Francisco Roldán, natural de Torre-Ximeno, á quien había dado el Almirante mucha reputación y autoridad entre los indios y los cristianos, con dejarle por juez mayor, que no era menos obedecido que su misma persona, de lo cual se puede presumir que entre él y el prefecto que había dejado por gobernador faltase aquella entera voluntad que requería el

bien público, como se conoció en adelante. por el tiempo y la experiencia, por lo cual tratando el Almirante de volver ó enviar socorro á las Indias, empezó Roldán á dirigir el pensamiento para apoderarse de la isla, proponiendo matar á los hermanos del Almirante que eran las personas en quien podía hallar mayor resistencia, y para este hecho esperaba ocasión.

Sucedió que el prefecto, fué á una provincia occidental que se llamaba Suraña, distante 80 leguas de la Isabela, donde quedó Roldán en su lugar, aunque debajo del gobierno de Don Diego, hermano segundo del Almirante; esto enfadó de modo á Roldán que en tanto que el prefecto ordenaba al rey de aquella provincia que pagase á los Reyes Católicos el tributo que el Almirante había impuesto á todos los indios de aquella isla, empezó Roldán secretamente á traer algunos á su partido, pero no se atrevió de repente á levantarse, ni sin inventar algun motivo, y así tomó por fundamento, para abrir la puerta á su rebelión, una carabela que estaba en la Isabela que había mandado hacer el prefecto para enviarla á Castilla, y si fuese menester, la cual estaba en tierra por falta de jarcias, y los aparejos necesarios para hecharla al agua, fingió y publicó Roldán que era otro el motivo, y que conviniesen todos en que se echase al mar luego, pa-

ra venir algunos de ellos á Castilla á dar cuenta de sus trabajos, y so color del bien común, hacía gran instancia para que la echasen al agua, lo cual resistía Don Diego, por faltarla todo lo referido; de que resultó que Roldán empezó á tratar con más aliento y desvergüenza con algunos secretamente que echasen al agua la carabela, aunque no quisiera Don Diego, diciendo á los que eran de su parte que si el prefecto y su hermano se desagradaban de esto, era porque querian mantenerse con el señorío de la Tierra, y tenerlos siempre sujetos, sin que hubiese allí navío para poder hacer saber á los Reyes Católicos su rebelión y tiranía, y puesto que sabían y era muy claro cuán cruel y terrible era el prefecto, y la mala y desventurada vida que los daba, haciéndolos labrar tierras y fortalezas, estando ya sin esperanza de que el Almirante trajese socorro alguno, era bien hecho que se apoderasen de la carabela y procurasen su libertad, sin permitir que so color del sueldo, que nunca se les pagaba, viviesen sujetos á un estraño, pudiendo gozar de una vida quieta y sosegada, y al mismo tiempo utilísima, pues todo cuanto se rescatase y trocase en la isla lo partirían igualmente y se servirían de los indios como quisiesen, sin que los tirasen del freno, como hasta entonces, pues no se les permitía tomar para mujer una india,

que les agradase, y demás de este precepto los hacían guardar los tres votos de religión, sin que les faltasen ayunos y disciplinas, con las cárceles y los castigos, que por el menor exceso se les daban; así, pues él tenía la vara de la auroridad del Rey se aseguraba de todo lo que pudiese suceder, sin que pudiese seguirles perjuicio alguno de todo lo referido, exortábales á que hiciesen lo que les aconsejaba, pues no podían errar. Estas y otras semejantes palabras procedidas del aborrecimiento que tenía al Prefecto y la esperanza de la utilidad, llevaron tantos á su devoción, que habiendo vuelto el Prefecto un dia; desde Suraña á la Isabela, determinaron algunos darle de puñaladas, teniéndolo por tan fácil que habían prevenido un cordel para colgarle después de muerto, la causa de moverse á esta maldad fué el haber preso entonces á *Baraona*, gran amigo de los conjurados; y si Dios no hubiera inspirado, el ánimo del Prefecto para no proceder á la ejecución de la justicia, sin duda le hubiera muerto entonces.

CAPÍTULO LXXIV.

Cómo Roldán intentó sublevar la ciudad de la Concepción, y saqueó la Isabela.

Viendo Roldán que no había conseguido la muerte del Prefecto como deseaba, y descubierta ya, su conjuración, determinó apoderarse de la tierra y de la fortaleza de la Concepción, pareciéndole que de este modo sería muy fácil sujetar la isla.

Para ejecutar lo referido, le fué muy del caso, hallarse vecino á la ciudad, porque mientras el Prefecto estaba fuera le había enviado D. Diego con 40 hombres á pacificar los indios que se habían levantado en aquella provincia, con intención de apoderarse de la misma ciu-

dad y dar muerte á los cristianos, de modo que Roldán, so color de remediar este insulto y castigarlos, juntó su gente en la estancia de un cacique suyo llamado *Marche*, para ejecutar su propósito en llegando la ocasión; pero teniendo alguna sospecha de lo que había de suceder el castellano de la fortaleza, Ballester, la puso buena guarda y envió á decir al Prefecto, el riesgo en que se hallaba, el cual con gran presteza fué á meterse en la fortaleza con la gente que pudo juntar.

Estando ya claramente descubierta, la conjuración de Roldán, vino á ella con salvoconducto, más por considerar el daño que podía haber hecho, ál Prefecto, que por la voluntad de concordarse con él, y con mayor irreverencia y desvergüenza de lo que convenía, protestó al Prefecto, que mandase echar la carabela al agua, ó le diese licencia de echarla, que él con sus amigos lo ejecutaría; irritado el Prefecto de estas palabras, le respondió con alguna templanza, que él y sus amigos no eran marineros ni sabían lo que en semejante caso se hacía, necesaria y razonablemente, y que aunque consiguiesen echarla al agua no podían navegar en ella por falta de jarcias y otros aparejos, y que esto, solo era querer poner en peligro la gente, y la carabela, y porque el prefecto entendía

esto como hombre de mar y no siendo ellos marineros no lo comprendían, siguiendo varios pareceres.

Pasadas estas, y otras razones de desagrado, Roldán se fué enojado sin querer deponer el empleo, ni estar á juicio como se lo decía el prefecto, respondiéndole que haría uno y otro cuando el Rey, por quien estaba en la isla se lo mandase, pues que sabía que él no podía hacer justicia por el odio que le tenía, y que á tuerto ó á derecho, buscaría ocasión de matarle ó hacerle alguna injuria vergonzosa, y en tanto por hacer lo que la razón pedía, iría á residir donde le mandase, pero señalándole el prefecto, la estancia del cacique Diego Colón para que estuviese en ella, lo rehusó con el pretexto de que no tenía bastimentos para mantener su gente, y que él buscaría lugar más acomodado, y así tomó el camino á la Isabela, acompañado de sesenta y cinco hombres, y viendo que no podía echar al agua la carabela dió á saco el almacén, robando él y sus secuaces las armas, paños y vituallas que quisieron, sin que pudiese evitarlo D. Diego Colón que estaba en la ciudad, el cual hubiera padecido gran peligro, á no haberse retirado á la fortaleza con algunos criados, aunque del proceso que después se fulminó sobre estos excesos, consta por algunos testigos que

Roldán le prometió obediencia porque tomase la voz contra su hermano, pero no admitiendo esta proposición D. Diego, ni pudiendo Roldán hacerle mal, temiendo el socorro que enviaba el prefecto, se salió de la plaza con todos los amotinados, llevándose los ganados que estaban en sus cercanías, mataron los que quisieron para comer y se proveyeron de bestias para el viaje que destinaban á la provincia de Suraña (de donde poco antes había venido el Prefecto) con intención de quedarse allí por ser la tierra más deliciosa y abundante de la Isabela, y sus indios, respecto de los demás pueblos de la Española, gente de mucho juicio y sabiduría, especialmente porque las indias eran las más hermosas, y de más agradable conversación que las otras, que era, lo que más los incitaba á ir á la referida provincia y mantenerse en ella; más por no dejar de probar sus fuerzas, antes que el Prefecto aumentase los suyos para darles digno castigo, determinaron pasar á la Concepción y sorprenderla, matando al Prefecto, que estaba dentro, y cuando este intento se malograse, sitiarla.

Luego tuvo el Prefecto aviso de lo que trataban, y se previno á la defensa, animando á los suyos con palabras, ofreciéndoles muchas dádivas y dos esclavos á cada uno, para que los sirviesen, aunque bien reconocía que la mayor parte

de los que estaban con él, estimaban mucho la buena vida que Roldán prometía á los suyos y que muchos oían de buena gana los recados que les enviaba, por lo cual tenía Roldán esperanza de que todos se pasasen de repente á su partido y era el motivo de haberse atrevido á emprender y proseguir esta empresa; pero no le salió como pensaba, porque el Prefecto, de más haberse prevenido, como dijimos y de ser hombre de gran valor, y tener la gente más firme á su devoción, estaba resuelto á hacer con las armas lo que la razón y el buen consejo requerían, por lo cual puesta en orden su gente, salió de la playa para embestirle en el camino.

CAPÍTULO LXXV.

Cómo Roldán incitó á los indios de la tierra contra el Prefecto, y se volvió con su gente á Suraña.

Viendo Roldán tan mudado el fin de su esperanza y que ninguno de los del Prefecto se pasaba á él, resolvió retirarse con tiempo y seguir su primer camino á Suraña, no teniendo ánimo de esperarle, aunque alargando la lengua para hablar de él vituperosamente por todos los pueblos y villas que pasaba, provocándolos á odio y rebelión contra el mismo Prefecto. Decíales que la cáusa de apartarse de su compañía, era por ser hombre terrible y vengativo contra los cristianos y los indios, que era intolerable su avaricia, por las muchas cárgas y tri

butos que imponla (cuya cantidad si ellos la hubiesen sacado importaría mucho más) aunque fuese contra la voluntad de los Reyes Católicos, que no pedían á sus súbditos sino es la obediencia y libertad, manteniéndoles en paz y justicia y que si temían poder defenderse, él con sus amigos, y otros que le quisieran bien, los ayudaría y se declararía protector y defensor de ellos.

Dicho esto, determinaron prohibir la paga del tributo impuesto, de que resultó no haberse podido cobrar de los indios que vivían lejos del Prefecto, ni aún se cobró de los demás vecinos porque no se irritasen, y siguiesen el levantamiento; pero esta cortesía que vieron, no pudo ayudar tanto, que habiendo salido el Prefecto de la Concepción, dejase Guarionex, que era el cacique superior de la provincia, de resolverse á sitiar la villa y la fortaleza, y dar muerte á los cristianos que la guardaban, y para conseguirlo mejor, juntó á todos los caciques, sus parciales, y trató secretamente con ellos de que cada uno matase á los que tuviese en su provincia, porque como las tierras de la Española no son tan grandes, que puedan mantener mucha gente, se veían precisados los cristianos á repartirse en cuadrillas ó compañías de ocho ó diez, en cada tierra. Esta determinación dió esperanza á los indios de que asaltándolos de improviso á un

tiempo, bastarían para no dejar á ninguno vivo, pero como para señalar el tiempo y ordenar las cosas, que se debían ejecutar no tienen números ni saben contar sino por los dedos, resolvieron que á la primer luna llena, cada uno estuviese prevenido y pronto para matar sus cristianos.

Teniendo ya en orden Guarionex, sus caciques, uno de ellos y el principal, ambicioso de reputación, teniendo el negocio por muy facil y no siendo tan buen astrólogo que supiese la entrada de la luna nueva, embistió en su tierra antes del tiempo en que estaban todos concordes, pero le hicieron salir de ella huyendo y maltratado, y creyendo hallar ayuda en Guarionex, encontró su ruina, porque éste le castigó con la muerte, que tenía merecida, por haber dado causa á que fuese descubierta la conjuración y los cristianos avisados; no fué poco el dolor que los rebeldes tuvieron de este desorden, porque según se dijo, habían armado esta trama con su noticia y favor, y por esto se habían acercado á ver si Guarionex ponía las cosas en términos de que uniéndose á él, pudiesen destruir al prefecto; pero viendo que no les había salido bien su intención, no quisieron asegurarse en la provincia donde estaban; antes se volvieron á Suraña, publicando que eran los protectores de los indios, aunque sus obras y

voluntad eran de ladrones, sin que Dios ni el mundo los templase con otro freno, que el de su desordenado apetito, pues cada uno robaba lo que podía y Roldán, su cabeza, más que todos persuadiendo y mandando á los indios principales y á cada Cacique que recogiesen cuanto podían, porque él quería defender á los indios y á los rebelados, libertándolos del tributo que había impuesto el Prefecto; siendo mucho más lo que él les quitaba; so color de la libertad referida, pues solamente de un Cacique que se llamaba Mamicautex, tomaba cada tres meses una calabaza en que cabían tres marcos de oro fino, y para mayor seguridad de la paga, tenía consigo á título de amistad, un hijo y un nieto suyo, y ninguno se admire de que reduzcamos los marcos de oro á medida de calabazas, pues lo hacemos para mostrar que en semejantes casos usaban medidas lós indios, porque peso, no le tuvieron jamás.

CAPÍTULO LXXVI.

Cómo llegaron navíos de Castilla con bastimentos y socorro.

Estando los cristianos todavía divididos, como hemos dicho, y tardando mucho en llegar navíos de Castilla con socorro, ni el Prefecto ni D. Diego, podían mantener sosegada la gente que les había quedado, porque siendo los más de ellos gente baja, deseosos de la vida y del buen tiempo que Roldán les ofrecía, aunque no estaban abandonados, temían el castigo de los delincuentes, lo que les hacía tan innobedientes que era poco menos que imposible hallar camino para sosegarlos, lo cual era causa de tolerar los insultos de los rebelados; más queriendo el Sumo Dios darles algún alivio en debates tan

arriesgados. hizo que llegasen finalmente los dos navíos que hemos dicho arriba, que un año después de la venida del Almirante á Castilla, se habían enviado, no sin grande instancia y solicitud de el mismo en la corte, el cual considerando la calidad de la tierra, la naturaleza de la gente que había dejado: el gran peligro que podía originarse de su tardanza, instó y consiguió de los Reyes Católicos, que se enviasen delante aquellos dos, de los diez y ocho navíos que se le había mandado armar. La llegada de estos navíos, así por el socorro de gente y de bastimento, como por la certidumbre que se tuvo de que el Almirante estaba salvo en España dió ánimo y vigor á los del Prefecto para servir con mayor fidelidad y temor del castigo á los de Roldán, los cuales deseosos de saber las novedades y de proveerse de lo que les faltaba resolvieron irse á Santo Domingo, donde los navíos habían llegado con esperanza de traer algunos a su devoción y sabiendo el Prefecto su venida, estando mas cercano al puerto, salió á impedirlos el camino; y puestas buenas guardias en los pasos, fué al puerto á ver, los navíos y á dar la orden necesaria en las cosas de aquel lugar y deseando que el Almirante hallase sosegada la isla, y quietos los rumores, volvió á proponer á Roldán, que se hallaba seis leguas dis-

tante con su gente, nuevas condiciones, las cuales envió con el capitán, que había venido en los navíos, llamado Pedro Fernández Coronel, así por ser hombre honrado y de autoridad, como porque esperaba que sus palabras tuviesen mayor eficacia, pues como testigo de vista, podía asegurarle la llegada, y el buen recibimiento que se había hecho al Almirante en España y la pronta voluntad que los Reyes Católicos mostraban de engrandecerle; más los principales de la conjuración, temiendo que este embajador hiciese impresión en los ánimos de los reboltosos, no le quisieron dejar hablar en público, antes bien le recibieron con las ballestas y saetas en el camino, y así sólo pudo decir muy pocas palabras á los rebeldes, que señalaron para oirle y sin tomar otra resolución, se volvió y los rebeldes se fueron al alojamiento que tenían en Suraña, no sin recelo de que Roldán y algunos de los principales de la compañía escribiesen á los amigos que tenían entre la gente del Prefecto, rogándole encarecidamente que cuando llegase el Almirante, fuesen buenos intercesores por ellos, pues sus justas quejas no eran contra él, sino contra el Prefecto. Tan deseosos estaban todos de volver á su gracia y obediencia.

CAPÍTULO LXXVII.

Cómo los tres navios que el Almirante envió desde Canarias, llegaron donde estaban Roldán y los rebelados.

Pues hemos hablado de la llegada de los navíos que el Almirante envió desde Castilla á la Española, será bien que tratemos de los tres que partieron de las Canarias, los cuales, siguiendo su viaje con buen tiempo llegaron á las islas de los Caribes, que son las primeras que encuentran los navegantes, para ir al puerto de Santo Domingo; pero como los pilotos no sabían navegar, también como ahora se acostumbra, en aquellos mares, no supieron hallar aquel puerto, se dejaron llevar de las corrientes al Oc-

cidente abajo, hasta que dieron fondo en la provincia de Suraña, donde estaban los rebelados los cuales luego conocieron que venían los navíos fuera de camino, y que no sabían nada en cuanto á su levantamiento, y así entraron algunos en los navíos fingiendo que estaban en aquella provincia por comisión del prefecto para aprovecharse mejor de bastimentos y tener en paz y sujeción los indios de aquel pais; pero porque es muy fácil publicarse el secreto de muchos, al instante que Alonso Sánchez de Carvajal, que era el más práctico de los capitanes de los navíos, presumió la rebelión y discordia, empezó á tratar de paz con Roldán, pensando reducirle á la obediencia del prefecto, aunque sus persuasiones no tuvieron el efecto que deseaba, por la conversación y familiaridad que habían tomado los rebeldes en los navíos; por lo cual Roldán había tomado secretamente palabra á muchos de los que nuevamente venían de Castilla, de que se quedarían en su compañía, con cuya ventaja procuraba hacerse mayor, y así Carvajal, viendo la materia mal dispuesta, y que no podía concluir lo que pedía, resolvió con consejo de los otros dos capitanes, que la gente que llevaban para labrar las tierras, minas y otros oficios, fuese por tierra á Santo Domingo, por que siendo el mar, los vientos, y las corrientes muy contrarias á la na-

vegación que habían de llevar, sucedería no acabar el viaje en dos ó tres meses, de que se seguiría no solo consumir los bastimentos, sino enfermar la gente, y perder el tiempo sin utilidad del fin, y servicio á que habían venido.

Tomada esta resolución tocó á Juan Antonio Colón, el viaje y el cargo de la gente, que era de cuarenta hombres, á Arana volverse á los navíos, á Carvajal mantenerse en tierra por si podía hallar modo de concordia; y poniendo en orden su partida Juan Antonio Colón, el día segundo que desembarcaron los trabajadores ó vagabundos con más propiedad, que iban á trabajar en lo que hemos referido, se pasaron á los rebelados, dejando á su capitan con seis ó siete hombres que quisieron quedarse con él. Vista semejante traición fué el capitan á buscar á Roldán, sin temer ningún peligro, y le dijo, que dando muestras de estimar y solicitar el servicio de los Reyes Católicos, no era razonable que consintiese que la gente que había venido á poblar, sembrar la tierra y cuidar de sus ministerios con salarios que ya habían recibido, se quedase allí y perdiese el tiempo, sin hacer nada de lo que era de su obligación y que si él los hubiera echado de sí, diera indicio de que sus obras eran semejantes á sus palabras, pero que de estarse allí seria causa de división, y la des-

gracia del prefecto, más que la voluntad que tenía de inpedir el bien público y el servicio de sus reyes, pero como á Roldán y sus secuaces les estaba mejor lo que había sucedido, así por salir con su intento como porque el delito de muchos suele disimularse facilmente, se escusó diciendo, que él no podía hacerlos fuerza y que su compañía era monasterio de observancia, que no podía negar al hábito ninguno, de manera que viendo Juan Antonio Colón, no ser prudencia entrar en el riesgo sin esperanza de remedio, instando importunamente, determinó volverse á los navios con los pocos que le seguían, y para que no sucediese lo mismo á la gente que había quedado, ambos capitanes, partieron luego con los navíos á Santo Domingo, con tiempo tan contrario á su viaje como habían temido, por lo cual tardaron muchos días, y perdieron los bastimentos, y el navío de Carvajal recibió mucho daño en un banco de arena, en que perdió el timón y se abrió, entrando en él tanta agua que apenas podía llevarle consigo.

CAPÍTULO LXXVIII.

Cómo los capitanes hallaron al Almirante en Santo Domingo.

Llegados á Santo Domingo los capitanes y los navíos que volvieron de Suraña, hallaron al Almirante de vuelta de tierra firme y bien informado del estado de los rebelados, y vistos los procesos que el prefecto había formado contra ellos, bien que constaba ser verdadero todo el delito y digno de severo castigo, le pareció hacer nueva sumaria de todo y formar nuevo proceso para dar cuenta á los Reyes Católicos de lo que pasaba, y por otra parte determinó usar cuanta templanza pudiese, dando orden de reducirlos á la obediencia con destreza. Por lo cual,

y por que ni estos ni otros pudiesen quejarse de él, y decir que los tenía por fuerza en la isla, mandó á 12 de Septiembre echar bando, en nombre de los Reyes Católicos, en que se daba licencia á los que quisiesen volverse á Castilla, prometiéndoles pasaje y bastimentos, y siendo avisado por otra parte que Roldán venía la vuelta de Santo Domingo con parte de su gente, mandó á Miguel Ballester, Castellano de la Concepción que guardase bien aquella tierra y fortaleza y que si Roldán viniese por aquella parte le dijese que había recibido gran pesadumbre de sus trabajos y de todas las cosas pasadas, y que no quería se hablase más de ello, concediéndole perdón general, y que incontinenti fuese donde estaba el Almirante sin ningún miedo, para que con su consejo, le proveyese lo que tocaba al servicio de los Reyes, y que si le parecía era necesario algún salvo conducto, se le enviaría cuando se lo pidiese; Ballester respondió en 14 de Febrero, que sabía de cierto que al día siguiente llegaría Riquelme á la villa de Bonao, y que Adriano y Roldán que eran los principales, se le juntarían dentro de siete ú ocho días, en cuyo tiempo podría prenderle en aquel lugar.

Por lo cual, habiéndoles hablado en conformidad, de la comisión conque se hallaba, los

halló muy duros y descorterses, diciendo Roldán: «Que él no había venido allí á tratar de ajus»te, ni quería ni tenía necesidad de paz, porque »tenía al Almirante y á su estado en la mano, pa»ra mantenerle y destruirle como le pareciese, y »que no hablasen de pactos ni ajustes hasta que »se le restituyesen todos los indios presos en el si»tio de la Concepción, pues el haberse juntado »había sido en servicio del Rey y para favorecer»le y con el seguro de su palabra » Otras cosas dijo, manifestando no querer componerse, sino con gran ventaja suya, y para tratar de ello, pedía que el Almiranie enviase á Carvajal, porque no quería tratar con otros, sino con él esté negocio, por ser hombre llegado á la razón y muy prudente como había experimentado cuando llegó á Suraña con los tres navíos de que hemos hablado. Esta respuesta causó al Almirante alguna sospecha contra Carvajal y no sin grandísimos motivos. El primero porque antes que Carvajal llegase á Suraña, donde entonces estaban los rebeldes, habían escrito muchas veces y enviado á los amigos que estaban con el Prefecto diciéndoles que en llegando el Almirante, vendrían á ponerse en sus manos, persuadiéndoles á que fuesen buenos intercesores para aplacarle.

El segundo, porque si hicieron esto luego

que supieron haber llegado los dos navíos en socorro del Prefecto, con mayor razón debían hacerlo sabiendo la llegada del Almirante, si no lo impidiese la larga conversación que había tenido Carvajal con ellos. El tercero, porque si hubiese querido hacer lo que debía, podía detener en su carabela preso á Roldán y á los principales de su compañía prisioneros, que estuvieron dos días en ella sin seguridad alguna. El cuarto porque sabiendo como sabía muy bien que eran rebeldes, no los debía haber dejado comprar en los navíos cincuenta y cuatro espadas y once ballestas que habían comprado. El quinto, porque teniendo indicios de que la gente que había desembarcado con Juan Antonio Colón, para ir á Santo Domingo, se queria pasar á los reboltosos debía haber escusado el desembarco; ó ya que se había pasado, procurar restaurarla con más solicitud. El sexto, porque andaba publicando que había ido á las Indias, por compañero del Almirante, y para que sin él no hiciese cosa alguna, porque se temía en Castilla que el Almirante hiciese alguna cosa mala. El séptimo, porque Roldán había escrito al Almirante con el mismo Carvajal, que por consejo suyo había ido con su gente á Santo Domingo, para estar más vecino y tratar de convenio, cuando el Almirante llegase á la Española y que no conformándo-

se con él y los hechos con la carta, parecía que más le había hecho ir para que si el Almirante tardase ó no viniese, pudiera él como compañero del Almirante y Roldán como juez, gobernar la isla á despecho del Prefecto. El octavo, porque cuando los otros dos capitanes se fueron por mar con las tres carabelas, fué por tierra á Santo Domingo, con guarda de los amotinados y la compañía de Gamiz, uno de los principales que había estado dos días, y dos noches con él en su navío, y le acompañó hasta seis leguas de Santo Domingo. El noveno, porque siguió á los rebeldes cuando llegaron á Bonao enviándoles muchos refrescos y regalos. El décimo y último motivo, fué porque fuera de que los rebeldes no querian tratar de convenio con otros, sino con él, todos decían á una voz, que si hubiesen tenido precisión, le hubieran elegido por su capitán. Pero considerando el Almirante, por otra parte, que Carvajal era prudente, sabio y noble y que cada uno de los indicios referidos podía tener satisfacción y no ser verdad lo que le habían contado, estimándole por persona que no haría cosa que no debiese, con gran deseo de extinguir este indicio, determinó conferir con todos los principales que estaban con él la respuesta que se había de dar á Roldán para tomar resolución en lo que se debía hacer

y estando concordes todos, envió á Carvajal y á Ballester, para que tratasen de ajuste; pero no trajeron otra respuesta de Roldán sino: —«que no »habiendo traído los indios que habia pedido, no »quería tratar de acuerdo en otra forma,»—á cuyas palabras satisfizo Carvajal con su prudencia, é hizo á todos tan buenos razonamientos, que movió á Roldán y á otros tres ó cuatro de los principales, á ir á ver al Almirante y hacer el ajuste. Esto desagradó mucho á los demás rebeldes, y en tanto que Roldán y los demás, tomaban los caballos para ir con Carvajal á ver al Almirante, le asaltaron diciendo:—«Que no que»rían que fuese en manera alguna y que si se ha»bía de hacer ajuste y convenio, se hiciese en es»crito, para tener patente á todos lo que se tra»tase.»—De manera, que después que sobre esto estuvieron algunos días detenidos, á 15 de Octubre escribió Roldán al Almirante, con consentimiento de todos los suyos, una carta en que atribuia al Prefecto la causa y culpa de la división diciéndo al mismo Almirante que, no habiéndole dado seguro por escrito para irle á dar cuenta de lo sucedido, habían resuelto hacerle saber por escrito las condiciones que pedían, que eran el premio de las obras hasta entonces hechas, como se verá más adelante, pero aunque fuese lo que pedían exorbitante y vergonzoso

el día siguiente escribió Ballester, al Almirante alabando mucho la eficacia de las persuasivas razones de Carvajal, diciendo que si no habian tenido fuerza para remover aquella gente de sus malignas proposiciones, ninguna otra cosa bastaría sino concederles lo que pedían, porque los veia tan animados, que tenía por cierto que se pasaria á ellos la mayor parte de los que estaban con su señoria ilustríma, y cuando tuviese confianza de sus criados y de la gente de honra, que estaba con el no eran bastantes contra tanto número que cada dia se iba aumentando con los que se les pasaban.

Ya el Almirante había reconocido esto por experiencia, pues cuando Roldán estaba cerca de Santo Domingo, pasó muestra de la gente que había de pelear con él, si fuese necesario, y había notado que finguiéndose unos cojos y otros enfermos, no se habían hallado más de 70 hombres, entre los cuales no había 40 de que fiarse, por esto al día siguiente que fué á 18 de Octubre del mismo año de 1498, Roldán y los principales que quisieron venir con él, á ver al Almirante, le enviaron una carta firmada de ellos diciéndo- «que para asegurar su vida se habían separado del Prefecto, que andaba buscando modo de matarlos, y que siendo servidores de su señoría ilustrísima, cuya venida esperaban como de suje-

to de quien recibiría en servicio, lo que habían ejecutado por su propia obligación, pues habían impedido á la gente hacer daño en las cosas de su señoría como pudiera; pero después que había llegado, no solo no lo agradecció, pero instaba en procurar la venganza y causar los daños por hacer con su honra lo que habían determinado de hacer, y tener libertad de hacerlo, le quitaban la licencia y su servicio.»—Antes que esta carta se entregase al Almirante, había ya respondido á Roldán, por medio de Carvajal que la había enviado, refiriendo la confianza que siempre había tenido en él, la buena relación que de su persona había hecho á los Reyes Católicos y diciéndole no le había escrito, temiendo algún inconveniente si viesen su carta los del vulgo, y le causase algún daño y por esto en lugar de firma y escritura, le había enviado aquel sujeto, de quien él sabía cuanto se fiaba, á quien podía estimar como si fuera su sello, que era el castellano Ballester, por todo lo cual viese lo que era más de razón ejecutar, que á todo le hallaría prontísimo y de repente mandó á 18 de Octubre, partiesen á Castilla cinco navíos, en los cuales enviaba á decir á los Reyes Católicos con mucha particularidad todo lo que pasaba y que había detenido aquellos navíos, creyendo que Roldán y los suyos se embarcarían en ellos

como habían publicado antes, y que los otros tres que habían tenido consigo era menester ponerlos en orden para que partiesen ellos, con el prefecto á seguir el descubrimiento de la tierra firme, de Paria, y á poner en orden la pesca y el rescate de las perlas, cuya muestra enviaba con Arogial.

CAPÍTULO LXXIX.

Cómo Roldán fué á ver al Almirante y no quiso entrar en ningún acuerdo con él.

Recibida la carta del Almirante, por Roldán, respondió al tercer día, manifestando quería hacer todo lo que se le mandaba; más porque su gente no consentía que fuese á verle sin bastante seguro, le rogaba se le enviase según la minuta que remitía firmada por él y sus principales. Al instante le envió el seguro el Almirante, á 26 de Octubre y luego fué Roldán, más con intención de atraerse algunos del Almirante, que de concluir nada, como se reconoció de las cosas disparatadas que pedía, por lo cual se volvió sin ajustarse diciendo que se lo participaría á su

gente y según lo que determinasen le escribiría; y para que hubiese alguno que por parte del Almirante tratase y asegurase lo que fuese determinado fue con él, un mayordomo del Almirante, llamado Salamanca.

Después de muchas razones, envió Roldán una escritura de concordia, para que el Almirante la firmase, escribiendo en 6 de Noviembre, que lo contenido en ella, era lo que había podido recabar con su gente, y que si su señoría ilustrísima lo concedía, volviese á enviarla á la Concepción, porque la falta de bastimentos le precisaba á salir de Bonao, y que esperaría la resolución hasta el lúnes siguiente. Habiendo visto el Almirante esta respuesta, y considerando los disparatados capítulos que pedían, de ninguna manera quiso concederlos porque no fuese despreciada la justicia, ni cediese en deshonra suya y de sus hermanos, pero porque no tuviesen motivo de quejarse y dijesen que procedía en este caso con rigor, mandó á 11 de Mayo, publicar un seguro que había de estar fijado 30 dias como lo estuvo á las puertas de la fortaleza, cuyo tenor era: Que por cuanto estando él en Castilla habían ocurrido varias diferencias entre el prefecto, el juez Roldán y otros que habían huido con él, sin embargo de todo lo referido, todos en general y cada uno de por sí,

pudiesen venir á servir á los Reyes Católicos, como si nunca hubiese sucedido nada, y que á cualquiera que quisiere volverse á Castilla, se le daría en qué pasar á ella, y orden para que le pagasen el sueldo, como se había acostumbrado con los demás, lo cual se ejecutaría, sí dentro de 30 dias compareciesen ante el Almirante, para gozar de esta seguridad, protestando que si no comparecían en el dicho término, procedería en justicia contra ellos, luego al punto envió á Carvajal á Roldán, con este seguro firmado dándole por escrito sus razones por qué no podía ni debía firmar los capítulos que le había enviado, y haciendole memoria, de lo que era más honesto que ejecutase si quería hacer lo que pedía el servicio de los Reyes. Partióse Carvajal á la Concepción á ver á los sublevados que estaban muy altivos y soberbios, riéndose del salvo conducto, y diciéndo que presto se le pediría el Almirante á ellos. Todo esto pasó en tres semanas, en cuyo tiempo so color de prender un hombre que Roldán quería ajusticiar, tuvieron sitiado al castellano Ballester en la fortaleza, y le quitaron el agua creyendo que por falta de ella se rindiese, mas con la llegada de Carvajal levantaron el sitio, y despues de muchas alteraciones, que hubo de todas partes, concurrieron é hicieron el seguro siguiente:

CAPÍTULO LXXX.

El ajuste hecho èntre el Almirante, Roldán y los amotinados.

Lo que se acuerda y capitula con el juez Francisco Roldan y su compañía para su despacho y viaje á Castilla, es lo siguiente:

«Primeramente que el señor Almirante le haga dar, dos buenos navíos, bien aprestados al parecer de marineros puestos en el puerto de Suraña, por estar allí la mayor parte de la gente de su compañía, y por que no hay otro puerto más cómodo, para componer y aparejar bastimentos, y lo demás que sea necesario, en los cuales se embarcará el dicho juez con los de su

compañía, y placiendo á Dios seguirá su viaje la vuelta de Castilla.

»Que así mismo le hará dar su señoría un mandamiento para que sea pagado el sueldo, que hasta el día de la fecha se debiese á todos, y cartas de lo bien que habían servido, para los Reyes Católicos, y para que se les mande pagar.

»Asi mismo hará que se les dén los esclavos, de la merced que se hizo á la gente, por los trabajos que ha padecido en esta isla, y por el servicio que ha hecho, con nota de la merced de ellos, y porque algunos de la compañía tienen mujeres preñadas ó paridas, si quisieren irse con ellos, sea en lugar de los esclavos que habian de llevar, y los hijos sean libres y los lleven consigo.

»Item, que su señoría les hará poner en dichos navios todos los bastimentos que necesitaren para el dicho viaje, del mismo modo que los dan á otros, y por que no podrán ser proveidos de pan se da licencia al juez y á su compañía, para que se provean en aquella tierra y que les sean dados 30 quintales de bizcochos, y habiéndole, 30 costales de trigo para que si se pudriese el Cazabi, que podría suceder facilmente, puedan socorrerse con el referido pan de trigo.

»Demás de esto dará su señoría seguro á las

personas que fueren á solicitar despachos para el sueldo.

»Item, que por cuanto á algunos de los que están con el juez les han quitado y embargado alguna hacienda, mandará su señoría que todo se les satisfaga,

»Item, que su señoría dará cartas para los Reyes Católicos, haciéndoles saber que los puercos de dicho juez, se quedaban en la isla para provisión de la gente que está en ella, hasta en número de 120 grandes y 230 chicos, suplicando á sus Altezas, que se los manden pagar en el precio que los pudiera haber vendido en la dicha isla, los cuales le fueron quitados por Febrero del año pasado de 1498.

»Que su señoría dará al dicho juez una patente para que pueda vender algunas cosas suyas, que será preciso vender para irse, ó hacer de ellas lo que le pareciere ó dejarlas por suyas en la isla á quien le parezca que las gobierne mejor.

»Que su señoría mandará á los jueces que determinen luego el caso del caballo.

»Que su señoría si reconociere ser justas las cosas de los nuestros de Salamanca, escribirá al dicho juez que se lo haga pagar.

»Item, que se hablará con su señoría en cuanto á los esclavos de los capitanes.

»Asi mismo que por cuanto el dicho juez y su compañía temen que su señoría ú otra persona por él, les dé algún enojo, con los demás navíos que quedan en la isla, hará seguro prometiendo en nombre de los Reyes Católicos y por su fe y palabra de hijo dalgo según costumbre de España, que su señoría ni otro, no les causará enojo ni perturbará su viaje.

»Visto por mí este ajuste, hecho por Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca con Francisco Roldán, y con su compañía á 21 de Noviembre del año de 1498, soy contento de observarle en la forma que en él se contiene; con condición que el dicho Roldán, ó cualquiera de su compañia en cuyo nombre firmo y confirmo la capitulación dada álos referidos Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, y todos los demás cristianos de la isla de cualquier grado ó condición, no recibirán á otro ninguno en su compañía, yo, Francisco Roldán, juez, por mí y por todas las personas que están en mi compañía, prometo y doy mi fe y palabra de que serán observadas y cumplidas las cosas arriba contenidas, sin que intervenga otra cautela, sino la lealtad de la verdad conforme se contiene aquí; guardando su señoría todo lo que entre el señor Alonso Sánchez de Carvajal, Diego de

Salamanca y yo, se ha tratado y acordado como lo tienen por escrito.

»Y lo primero que desde el día de la data de esta, hasta que venga la respuesta de lo referido, que será en el término de diez días, no recibiré persona alguna de las que están con el señor Almirante.

»Item, que desde el día que se me llevare y entregare la dicha respuesta en la Concepción, con el despacho de lo acordado y afirmado por su señoría, que será en los diez dias referidos, dentro de los primeros, cincuenta siguientes, nos embarcaremos á la vela, en buen hora para Castilla.

»Item, que ninguno de los esclavos de la merced, que se nos ha concedido será llevado por fuerza.

»Item, que no habiendo de estar el señor Almirante, en el puerto donde vamos á embarcarnos, la persona ó personas que enviare su señoría, sean honradas y respetadas ó ministros de los Reyes Católicos, ó suyos á los cuales se dará cuenta y razón de lo que se embarcare en las dichas carabelas, para que tomen memoria ó ejecuten lo que pareciere á su señoría, y para enterarse de las cosas, que estuviesen en nuestro poder pertenecientes á los Reyes. Todas las cuales cosas se entienda, deber ser firmadas y

ejecutadas en la forma que las llevan en escrito el dicho señor Alonso Sánchez de Carvajal y el dicho Diego de Salamanca cuya respuesta espero en la Concepción, dentro de los primeros ocho días siguientes, y si no viniere, no quedare obligado á cosa alguna de lo que se ha dicho.

»En fé de lo cual y por mantener y observar por mí y por todos los de mi compañía lo que he dicho, firmé esta escritura de mi mano.

»Fecha en la Concepción hoy sábado 16 de Noviembre de 1498.»

CAPITULO LXXXI.

Cómo después del ajuste se fueron á Suraña los rebeldes, diciendo que querían embarcarse en los dos navíos enviados por el Almirante.

Después de acomodadas las cosas como se ha dicho, volvieron Carvajal, y Salamanca, á Santo Domingo, para que el Almirante firmase los capitulos referidos, como lo hizo por su intercesión á 21 de Noviembre y concedió de nuevo seguro y licencia á los que no quisiesen ir á Castilla con Roldán, para que se viniesen á él, prometiéndoles sueldo ó vecindad, lo que más quisiesen y que los demás pudiesen ir á negociar á Santo Domingo, libremente como les agradase, cuyo despacho entregó Ballester en 24 de Noviembre, á Roldán. y á los de su com-

pañía en la Concepción, y con él tomaron su camino hácia Suraña, á disponer las cosas de su partida, como se conoció después y aunque el Almirante en cierto modo reconociese la malignidad y sintiese el dolor de ver impedido el servicio del Prefecto, en la continuación del descubrimiento de la tierra firme de Paria, y el disponer la pesca y rescate de las perlas, dándoles aquellos navíos, no por esto quiso dar motivo á que le culpasen los rebeldes, de que los negaba el pasaje ofrecido: por lo cual empezó luego á preparar los navíos, según estaba capitulado, aunque su despacho se dilataba algo por la penuria de las cosas que se necesitaban, y para suplirlas sin perder más tiempo, mandó á Carvajal que fuese por tierra á Suraña, para que en tanto que llegaban los navios, tuviese dispuesta prontamente su partida y el despacho de la gente, conforme á la ámplia comisión que llevaba.

Resolvió también ir al punto á la Isabela, á visitar y asegurar la tierra, dejando á D. Diego, su hermano, en Santo Domingo, para que proveyese lo que fuese necesario, y así después de su partida, salieron á fin de Enero, las dos carabelas, proveídas de todo lo necesario para recoger á los rebelados; pero habiéndolas sobrevenido una gran tormenta se vieron precisadas á quedarse en otro puerto, hasta fin de Marzo, y porque

la carabela *Niña*, que era una de ellas, estaba en peor estado, y requería mayor remedio, envió el Almirante orden á Pedro de Arana, y á Francisco de Garay, con la otra llamada Santa Cruz, á Suraña, en la cual fué después Carvajal, y no por tierra, en este viaje tardó once días, y halló la otra carabela llamada Santa Cruz, que esperaba allí.

CAPÍTULO LXXXII.

Cómo los rebelados mudaron de propósito, en ir á Castilla é hicieron nuevo ajuste con el Almiraute.

En este medio tiempo, tardando las carabelas tanto y no queriendo embarcarse la mayor parte de la gente de Roldán, tomaron por motivo para quedarse en la tierra, la tardanza, echando la culpa al Almirante porque no las había despachado, con la brevedad que había podido. Sabiendo esto el Almirante escribió á Roldán y á Adriano, exhortándoles con buenas razones, á cumplir lo capitulado, y á no desviarse de la obediencia, demás que Carvajal que estaba con ellos en Suraña, hizo una protesta ante un notario llamado Francisco de Garay, que después

fué gobernador de Panuco y Jamaica, á los rebelados, diciendo aceptasen los navíos, que enviaba el Almirante proveídos de todo, y se embarcasen, según los capítulos. Pero ellos no quisieron aceptarlos, por lo cual á 25 de Abril les mandó se volviesen á Santo Domingo, porque los echaban á perder las culebras, y la gente que traían padecia falta de bastimentos. No se les dió nada de esto á los rebelados, antes se alegraron y ensoberbecieron bastantemente, viendo que se hacía tanto caso de ellos, de suerte no solo no agradecieron la templanza del Almirante, antes escribieron que él tenía la culpa de que se quedasen, porque quería vengarse de ellos, siendo éste el motivo de enviar tarde las carabelas, y en tan mal estado que era imposible que pudiesen llegar á Castilla, y que aunque fuesen buenas y bien proveídas, traían ya consumidas las vituallas, sin que pudiesen bastar las que habían quedado para tan largo tiempo y siendo esto cierto habían determinado esperar remedio de los Reyes Católicos. Con cuya respuesta se volvió Carvajal á Santo Domingo por tierra, y al tiempo de su partida le dijo Roldán, que si el Almirante le enviaba otro seguro, iría á verle, por si podía hallarse medio de ajuste, que fuese á satisfacción de ambos, como se lo escribió Carvajal al Almirante, desde Santo Domingo, á

15 de Mayo, y á 21, le respondió agradeciéndole los trabajos que padecía por este negocio, y le envió el seguro que pedía con una carta para Roldán, aunque breve, larga de eficaces sentencias, exhortándole á la quietud, obediencia y servicio de los Reyes Católicos, y habiéndole respondido, el Almirante volvió á escribirle más dilatadamente á 29 de Junio.

El día 3 de Agosto, seis ó siete de los principales rebelados que estaban con el Almirante le enviaron otro seguro para que pudiese ir á tratar con su señoría, pero porque la distancia era mucha, y conveniente que el Almirante visitase la tierra, resolvió ir con dos carabelas al puerto de Azua, en la misma isla Española, al Poniente de Santo Domingo, para acercarse á la provincia en que estaban los rebelados, de los cuales vinieron muchos al dicho puerto. Llegó el Almirante con sus navíos á él, casi á fin de Agosto, y empezó á tratar con los principales, persuadiéndoles á que desistiesen de su desventurado propósito, prometiéndoles toda merced y favor, lo cual dijeron harían si el Almirante les concedía cuatro cosas. La primera, que con los primeros navíos que viniesen á Castilla, había de enviar á 15 de ellos. La segunda que á los que se quedasen en la isla, había de darles casas y tierras por su sueldo. La tercera que publicase bando,

de que todo lo que había sucedido en las turbaciones, procedía de testigos falsos, y culpa de algunos malignos La cuarta, que el Almirante nombrase nuevamente por juez perpétuo á Roldán. Capitulado esto entre ellos, se volvió Roldán á tierra desde la carabela del Almirante, y envió los capítulos á su gente tan á su modo que al fin de ellos decía que si el Almirante faltase á alguna cosa de ellos sería lícito hacerselos guardar por fuerza, ó por la vía que mejor les pareciese,

El Almirante deseoso de ver el fin de tantas dificultades, y considerando, que sobre esta revolución habían pasado dos años, y que aumentandose siempre permanecían en su rebelión, y viendo que algunos de los que estaban con él se atrevían á juntar cuadrillas y á conjurarse unidos para andar por otras tierras de la isla del mismo modo que Roldán había hecho, resolvió firmarlos de cuarquier modo que fuesen y dió dos patentes: una a Roldán, de juez perpétuo, y otra que contenía las cosas referidas, y demás de esto lo que había enviado antecedentemente concedido, cuya copia dejamos puesta arriba; y con efecto el mártes 5 de Noviembre empezó Roldán á ejercer su jurisdicción, y eligió por juez del Bonao, como le pertenecía, á Pedro Riquelme, con facultad de castigar los reos

criminales, excepto los de pena capital que había de enviar á la fortaleza de la Concepción para que Roldán los sentenciase; y porque el discipulo no tenía mejor intención que el maestro, quiso luego fabricar una casa fuerte en el Bonao, pero se lo estorbó Pedro de Arana, conociendo claramente que era contra el servicio debido al Almirante.

CAPÍTULO LXXXIV (1).

Cómo vuelto Ojeda del descubrimiento ocasionó nuevos alborotos en la Española.

Volviendo al hilo de nuestra historia, digo, que compuestas ya las cosas de Roldán, nombró el Almirante un capitan con gente para que corriese la isla, sosegando y reduciendo los Indios al tributo, con orden de que estuviese sobre aviso para que luego que sintiese alguna rebelión, tumulto de cristianos, ó señal de levantamiento de indios, fuese prontamente á castigarle y lo remediase. Esto lo hizo con intención de venirse á Castilla, y traer consigo al prefec-

(1) Por error tipográfico sin duda, se omitió en la impresión de 1749 el número del capitulo LXXXIII, y por no variar nada, se omite aquí también.

to, porque dificultosamente se olvidarían las cosas pasadas, si quedase en el gobierno.

Estando disponiendo su partida llegó á la isla Alonso de Ojeda, que venía de descubrir con cuatro navíos, y porque semejantes hombres navegaban á la ventura, entró á 5 de Setiembre de 1499 en el puerto que llaman los cristianos del *Brasil* y los indios *Tachino,* con intención de cargar en él, de indios, y en tanto que esperaba hacer tales cosas, se entregó á hacer mal, y para mostrar que era miembro del obispo Fonseca, que hemos dicho, solicitaba levantar otro nuevo tumulto, publicando que la reina doña Isabel estaba cercana á morir, y que faltando, no habría quien favoreciese al Almirante y que en su perjuicio haría él cuanto quisiese, por ser verdadero, y fiel servidor del dicho obispo, su enemigo.

Con esta fama y engaño, empezó á escribir á algunos que aún no se habían sosegado de las turbaciones pasadas y á tener inteligencias con ellos; pero sabiendo Roldán, sus obras y mala intención, fué contra él con veintiseis hombres de orden del Almirante á impedir el daño que pensaba, y á 29 de Septiembre, estando á legua y media de él, supo que se hallaba con quince hombres en la tierra de un cacique llamado *Aniguayagua,* haciendo pan y bizcocho; con cuyo

aviso caminó aquella noche para cogerle de improviso, pero entendiendo Ojeda que Roldán le seguía, haciendo de él, ladrón fiel, viendo que no le podía resistir, fué á encontrarle diciendo: que la gran necesidad de bastimentos que tenía le habían llevado aquel lugar para proveerse de ellos, como en tierra de los Reyes sus señores, sin intención de hacer mal á nadie, y dándole cuenta de su viaje, dijo que venía de descubrir por la costa de Paria al Occidente, seiscientas leguas, donde había hallado gente, que peleaba con los cristianos, con igual partido, y que le habían herido veinte hombres, por lo cual no pudo valerse de las riquezas de la tierra en que había hallado ciervos, conejos, pieles y garras de tigres y guaninis, que mostró á Roldán en las carabelas, asegurándole querer ir luego á Santo Domingo, á dar cuenta de todo al Almirante, que entonces estaba con gran cuidado por haberle escrito Pedro de Arana, que Riquelme, juez del Bonao, por Roldán; so color de hacer una casa para sus ganados, había elegido un montecillo fuerte para hacer desde él, con poca gente cuanto mal pudiese, y que él se había puesto á estorbárselo, sobre que había hecho causa Riquelme con testigos, y enviándolo al Almirante, quejándose de la fuerza que le hacia Arana, y suplicándole la remediase, para que no hubiese algún desór-

den entre ellos; porque aunque el Almirante conociese que no estaban del todo sosegados sus pensamientos, le pareció, bastaba mantener la sospecha, no descuidándose de estar sobre aviso, creyendo que sería bastante remediar el manifiesto error de Ojeda, sin fomentar, el que con la disimulación debía tolerarse.

Procediendo Ojeda, en su mal propósito, en el mes de Febrero del año de 1500 precedida licencia de Roldán, se fué con sus navíos á Suraña, donde vivían muchos de los que se habían rebelado, siendo la avaricia y la utilidad, el camino más cierto para incitar á todo mal; empezó á publicar entre aquella gente que los Reyes Católicos le habían hecho consejero del Almirante, con Carvajal, para que no le dejasen hacer cosa que no les pareciese ser del real servicio, y que una de las cosas que le habían mandade, era que luego pagase en dinero de contado á todos los que estaban sirviendo al Rey, en la isla, y que, pues el Almirante, no era tan discreto, que se moviese á hacer esto, ofrecía ir á Santo Domingo con ellos y precisarle á que los pagase, y si les pareciese, después echarle de la isla, vivo ó muerto, porque no debían fiarse del ajuste, ni de la palabra que los había dado, pues no la mantendría, sino, en cuanto no pudiese más.

Con esta oferta resolvieron muchos seguirle, y con su favor y ayuda dió una noche en los que no quisieron admitirla, y hubo muertos y heridos de ambas partes, y porque tenían por cierto que reducido Roldán al servicio del Almirante, no entraría en la nueva conjuración determinaron prenderle de improviso, mas sabiéndolo Roldán fué con bastante gente á donde estaba Ojeda para remediar sus desórdenes, ó castigarle, según le pareciese convenía, mas Ojeda no le esperó, antes de miedo se retiró á sus navíos, y Roldán desde tierra y el otro desde el mar, trataban del sitio donde habían de avocarse, temiendo cada uno en ponerse debajo de la mano del otro.

Viendo Roldán que Ojeda no se fiaba de él, ofreció ir á hablarle en sus navíos, y para ello le envió á pedir la barca, que se la envió con buena guardia, y habiendo recibido en ella á Roldán con seis ó siete de los suyos, cuando estaban más seguros cargaron sobre los de Ojeda, Roldán y los suyos con las espadas desnudas, y matando algunos, é hiriendo á otros, se apoderaron de la barca, y se volvieron con ella á tierra, no dejándole á Ojeda sino un batel para servicio de los navíos, en el cual vino á avocarse con Roldan, y escusándose de sus excesos, restituyó algunos hombres que había tomado por fuerza

para que le restituyesen la barca con su gente, diciendo que si no la restituía, perecerían todos, y los navíos, por no tener otra, con que gobernarlos. Roldán se la volvió porque no tuviese motivo de quejarse, ni dijese que por su causa se perdía, tomando primero seguridad y promesa de que dentro de cierto tiempo, saldría de la Española, y así se vió precisado á hacerlo, por la buena guardia que puso en tierra Roldán.

Es dificultoso desarraigar la cizaña sin que vuelva á nacer, así la gente mal habituada volvió á caer en sus errores, como sucedió á una parte de los rebelados, pocos días después que Ojeda había partido, pues hallándose un D. Fernando de Guevara, como sedicioso, en desgracia del Almirante, y juntándose con Ojeda por sus delitos, con gran aborrecimiento á Roldán, por que le había impedido casarse con una hija de *Canua*, que era la principal reina de Suraña, empezó á juntar muchos conjurados, para prenderle y sucederle en hacer mal, é incitó especialmente á Adriano, uno de los principales, con otros dos hombres de mala vida, los cuales á mediados de Junio del año de 1500, dispusieron la prisión ó la muerte de Roldán, pero siendo este muy advertido, después que supo el tratado se portó tan bien que prendió á D. Fernando, á Adriano y á los principales de su

cuadrilla, y avisó al Almirante lo que pasaba, pidiéndole dijese lo que había de hacer con los presos, el cual le respondió, que pues sin motivo habían intentado alterar la tierra, hiciese justicia correspondiente á sus delitos, según disponían las leyes, pues sino se daba algún castigo sería destruirlo todo. Luego lo puso el juez en ejecución, y hecha la causa contra ellos, mandó ahorcar á Adriano como aùtor y principal cabeza de la conjuración, desterró á otros según sus delitos, y dejó en la prisión á D. Fernando, hasta que á 13 de Junio, se le entregó con otros presos á Gonzalo Blanco, para que los llevase á la vega donde estaba el Almirante.

Este castigo sosegó la tierra, y los indios volvieron á la obediencia y servicio de los cristianos, y se descubrieron tantas minas de oro, que los castellanos dejaban el sueldo real y se retiraban del servicio, tratando de vivir por sí, aplicándose á sacar oro industriosamente á su costa, dando al rey la tercera parte de lo que hallaban.

Tanto creció la aplicación, que hubo persona que recogió en un día cinco marcos de granos de oro, bastante gruesos, entre los cuales hubo uno que pesó 196 ducados. Los indios estaban obedientes, con gran miedo del Almirante. tan deseosos de contentarle, que pensan-

do que le hacían algún servicio se hacían cristianos voluntariamente, y si algún indio principal tenía que parecer ante él, procuraba venir vestido, por lo cual y para mayor quietud determinó el Almirante, visitar la isla en persona, y el miércoles 20 de Febrero de 1499, partió con el prefecto de Santo Domingo, y llegaron á la Isabela á 19 de Marzo, de donde salieron á 5 de Abril, y llegaron á la Concepción el martes siguiente, desde donde partió el prefecto á Suraña, el viernes 7 de Junio.

El día después de Navidad de 1499, escribió el Almirante «habiéndome dejado todos, fuí embestido con guerra por los indios, y por los malos cristianos, y llegué á tal estremo, que por huir la muerte, dejándolo todo me metí en el mar, en una carabela pequeña; entonces me socorrió Nuestro Señor, diciendome: *Oh hombre de poca fe, no tengas miedo, yo soy.* y así derramó mis enemigos y me mostró como podía llenar mis ofertas: ¡Oh infeliz pecador, yo que lo hacía pender todo de la esperanza del mundo.»

A 3 de Febrero de 1500 determinaba el Almirante ir á Santo Domingo con ánimo de apercibirse para volver á Castilla á dar cuenta de todo á los Reyes Católicos.

CAPÍTULO LXXXV.

Cómo por informaciones falsas y fingidas quejas de algunos, enviaron los Reyes Católicos, un juez á las Indias para saber lo que pasaba.

En tanto que las referidas turbaciones sucedían como se ha dicho, muchos de los rebelados con cartas desde la Española, y otros que se habían vuelto á Castilla, no dejaban de presentar informaciones falsas á los Reyes Católicos y á los de su consejo, contra el Almirante y sus hermanos diciendo que eran muy crueles é inca-

paces para aquel gobierno, así por ser extranjeros y ultramontanos, como porque en ningún tiempo se habían visto en estado de gobernar gente honrada, afirmando que si sus altezas no ponían remedio, sucedería la última destrucción de aquellos países, los cuales cuando no fuesen destruídos por su perversa administración, el mismo Almirante se rebelaría y haría liga con algún Príncipe que le ayudase pretendiendo que todo fuese suyo, por haber sido descubierto con su industria y trabajo, y para salir con este intento, escondía las riquezas, y no permitía que los indios sirviesen á los cristianos, ni se convirtiesen á la fé, porque acariciándolos esperaba tenerlos de su parte para hacer todo cuanto fuese contra el servicio de sus altezas. Procedían éstos y otros semejantes en estas calumnias con tan grande importunación á los Reyes Católicos, diciendo mal del Almirante, y lamentándose de que había muchos años que no pagaba sueldos, que daban qué decir á todos los que entonces estaban en la corte. Era de tal manera que estando yo en Granada, cuando murió el serenísimo príncipe D. Miguel, más de 50 de ellos como hombres sin vergüenza. compraron una gran cantidad de uvas y se metieron en el patio de la Alhambra, dando grandes gritos, diciendo que sus altezas y el Almirante los hacían pasar

la vida de aquella forma, por la mala paga, y otras deshonestidades é indecencias que repetían.

Tanta era su desvergüenza, que cuando el Rey Católico salía, le rodeaban todos y le cogían en medio diciendo: *Paga, paga*, y si acaso yo y mi hermano, que éramos pajes de la serenísima Reina pasábamos por donde estaban, levantaban el grito hasta los cielos diciendo:—Mirad los hijos del Almirante, los Mosquitillos de aquel que ha hallado tierras de vanidad, y engaño para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos,—añadiendo otras muchas injurias por lo cual excusábamos pasar por delante de ellos.

Siendo tantas sus quejas y las importunaciones que hacían á los privados del Rey, determinó enviar un juez á la Española, para que se informase de todas las cosas referidas, mandándole que si hallase culpado al Almirante, según las quejas expresadas, le enviase á Castilla y quedase él en el Gobierno. El pesquisidor que para este efecto enviaron los Reyes Católicos, fué un Francisco de Bobadilla, Comendador de la Orden de Calatrava, muy pobre, por lo cual se le dió bastante, y copiosa comisión en Madrid á 21 de Mayo del año de 1499; llevaba firmas del Rey en blanco, para llenarlas á donde lo

pareciese, y en la Española, que le diesen todos favor y auxilio. Con este despacho llegó á Santo Domingo á fin de Agosto del año de 1500, cuando el Almirante estaba poniendo orden en las cosas de aquella provincia, donde el Prefecto había sido embestido por los rebelados, y donde estaba mayor número de indios y de mejor calidad y razón que todos los demás de la isla; de manera que no hallando Bobadilla cuando llegó, persona á quien tener respeto, lo primero que hizo fué entrarse á vivir en el palacio del Almirante, y servirse y apoderarse de todo lo que había en él, como si le hubiera tocado por legítima sucesión y herencia, y recogiendo y favoreciendo después á todos los que halló de los rebelados, y á otros muchos que aborrecían al Almirante, se declaró al punto por gobernador, y para adquirir la gracia del pueblo, echó bando, haciendo francos á todos por 20 años, y envió á protestar al Almirante, que sin dilación alguna viniese á donde él estaba, que convenía al servicio del Rey, y en confirmación de ello le envió con Fray Juan de la Sera, una carta á 7 de Septiembre del tenor siguiente:

«Don Cristobal Colón, nuestro Almirante del »Mar Occeano, hemos mandado al Comendador »Franscisco de Bobadilla, portador de ésta, que »os diga algunas cosas de nuestra parte, por lo

»cual os rogamos le deis fé y crédito, y obedez-
»cais. Dada en Madrid á 21 de Mayo del año de
»1499. Yo el Rey. Yo la Reina, por mandado de
»sus altezas, Miguel Pérez de Almazón.»

CAPÍTULO LXXXVI.

Cómo el Almirante fué preso y enviado á Castilla, con grillos juntamente con sus hermanos.

Luego que vió el Almirante la carta de los Reyes fué prontamente á Santo Domingo, donde ya estaba el dicho juez, deseoso de mantenerse en el Gobierno y sin tardanza alguna ni información jurídica, á primero de Octubre del año de 1500 le hizo poner preso en un navío con su hermano D. Diego, y con grillos y buena guardia, mandando debajo de gravísimas penas que ninguno hablase de cosa que les perteneciese. Después, como se dice de la justicia de Pedro Grullo, empezó á formar proceso contra ellos,

recibiendo por testigos á los rebelados enemigos suyos, y favoreciendo é incitando públicamente á los que venían á decir mal de él, los cuales deponían tantas maldades y delitos, que sería más que ciego, quien no conociese que los dictaba la pasión sin alguna verdad, por lo cual los Reyes Católicos no los quisieron recibir, arrepintiéndose mucho de haber enviado aquel hombre con semejante cargo, y no sin justa razón, porque este Bobadilla destruyó la isla, y gastó las rentas y tributos Reales; para que todos le ayudasen, publicando que los Reyes Católicos no querían otra cosa que el nombre del dominio, y que todo el útil fuese para sus súbditos pero no por esto perdía nada de su parte, antes acompañándose con los más ricos, y poderosos, daba sus indios para los servicios, con pacto de participar todo cuanto ganasen con ellos, y vendía en pública almoneda las posesiones y heredades que el Almirante había adquirido á los Reyes Católicos, diciendo—que los Reyes no eran labradores, ni mercaderes, ni querían aquellas tierras para su utilidad, sino para socorro y alivio de sus vasallos.—Con este pretexto vendía todo, procurando por otra parte que lo comprasen algunos de sus compañeros, por dos tercias partes menos de lo que valían, y aún haciendo estas cosas no atendía á las de justicia, ni á otro respeto, que hacerse rico

y ganar el afecto del pueblo, porque aún tenía miedo de que el Prefecto, que todavía no había vuelto de Suraña, le impidiese, y que procurase con las armas librar al Almirante, como si en esto sus hermanos no hubieran tenido grande prudencia, por lo cual el Almirante envió al punto á decir, que por servicio de los Reyes Católicos y por no alborotar la tierra fuesen á él pacíficamente, puesto que llegados á Castilla alcanzarían más fácilmente el castigo de tan raro sujeto, y el remedio de los agravios, que les hacía, pero ni por esto dejó Bobadilla de prenderle, con sus dos hermanos, consintiendo que los malvados y populares, dijesen mil injurias contra él, por las plazas, y que tocasen cuernos junto al puerto donde estaban embarcados, demás de muchos libelos infamatorios, que estaban puestos en las esquinas, de modo que, aunque supo que Diego Ortiz Hospitalero, había hecho y leído un libelo en la plaza, no sólo no le castigó, pero mostró grande alegría de ello, por lo cual cada uno se ingeniaba á darse á conocer por valiente en tales cosas, ni al tiempo de la partida del Almirante temiendo que se volviese á tierra nadando, dejó de decir al piloto, llamado Andrés Martín, que se le entregase al obispo D. Juan de Fonseca, para dar á entender que con su favor y consejo ejecutaba todo aquello; bien que des-

pués estando en el mar, conocida por el patrón la malignidad de Bobadilla, quiso quitar los grillos al Almirante, pero él jamás lo consintió diciendo que pues los Reyes Católicos mandaban por su carta ejecutase, lo que en su nombre le mandase Bobadilla y que por su autoridad y comisión le había puesto los grillos, no quería que otras personas, que las mismas de sus altezas, hiciesen sobre todo ello lo que les agradase; pues tenía determinado guardar los grillos para reliquias y memoria del premio de sus muchos servicios, y así lo hizo porque yo los ví siempre en su retrete y quiso que fuesen enterrados con él.

El día 20 de Noviembre del año de 1500 escribió al Rey que había llegado á Cadiz y sabiendo el modo como venía, luego dieron orden para que le pusiesen en libertad y le escribieron cartas llenas de benignidad, manifestando mucho desagrado por sus trabajos y de la descortesía que había usado Bobadilla, diciéndole que pasase á la corte, donde serían atendidos sus negocios y sería despachado con mucha brevedad y honra.

En todas estas cosas, yo no debo culpar á los Reyes Católicos, sino en haber elegido para aquel cargo á un hombre maligno, y de tan poco saber, porque si fuese hombre que supiese usar de su oficio, el Almirante se hubiera alegrado de

su ida, pues había suplicado por sus cartas, que enviasen á alguno para que hiciese verdadera información de la maldad de aquella gente, y de los desmanes que cometía, para que fuesen castigados por otra mano, no queriendo él por haber tenido origen los alborotos con su hermano, proceder con el rigor, que hubiera usado, en caso sin sospecha y aunque pueda decirse, que sin embargo de que estuviesen mal informados los Reyes Católicos, del Almirante no debían enviar á Bobadilla con tantas cartas y favor, sin limitarle la comisión que le daban, puede responderse que no fué maravilla que lo hiciesen así, porque eran muchas las quejas dadas contra el Almirante como va referido.

CAPÍTULO LXXXVII.

Cómo el Almirante fué á la corte, á dar cuenta de sí, á los Reyes Católicos.

Luego que los Reyes Católicos, supieron la venida y prisión del Almirante, dieron orden á 17 de Diciembre, de que fuera puesto en libertad y escribieron que fuese á Granada, donde fué recibido de sus altezas, con semblante alegre y dulces palabras, diciéndole que su prisión no había sido hecha con su orden, ni voluntad, antes, les había desagradado mucho y que lo preverían de modo que serían castigados los culpados y se le daría entera satisfacción; con estos y otros favores; mandaron entonces que se atendiese á sus negocios y en suma fué su resolución que se enviase á la Española un gobernador que desagraviase al Almirante y á sus hermanos,

que se prendiese á Bobadilla, y que volviese todo lo que le había quitado, formando proceso sobre las culpas de los rebelados y castigando sus delitos conforme los hierros que hubiesen cometido: envióse al gobierno á Nicolas de Ovando, Comendador de Lares, hombre de buen juicio y prudencia, bien que como después se vió se apasionó mucho en perjuicio de tercero, guiando sus pasiones con astucias cautelosas, y creyendo á los sospechosos y malignos, ejecutándolo todo con crueldad y ánimo vengativo, de que da testimonio la muerte de los ochenta Reyes; pero volviendo al Almirante digo que como en Granada quisieron los Reyes Católicos enviar á Ovando á la Española, les pareció sería conveniente volviese el Almirante á otro viaje de que se le siguiese algún provecho y estutuviese ocupados hasta que el Comendador sosegase las cosas y tumultos de la Española, porque les parecía muy mal tenerle tanto tiempo, fuera de su justa posesión sin causa; pues de la información remitida por Bobadilla, resultaba la malicia y la falsedad de que estaba llena sin que contuviese cosa, porque debiese perder su Estado; pero porque en la ejecucién de esto, habia alguna dilación y corría ya el mes de Octubre del año de 1500 y los maliciosos lo dilataban también, hasta ver la nueva información

determinó el Almirante hablar al Rey y pedirle le prometiese defenderle, y guardarle de sus riesgos lo que después hizo tambien por cartas, y así cuando estaba para partir al viaje se lo prometieron por una carta que contiene estas palabras: «Y ser cierto que vuestra prisión nos ha desagradado mucho, como vos lo visteis bien, y lo conocieron todos; pues luego que lo supimos, proveímos de buen remedio, y sabeis con qué honra y respeto hemos mandado que os tratasen siempre, y por hacerlo ahora mayormente y honraros y trataros mejor, os prometemos que las mercedes concedidas por nos, os serán guardadas íntegramente, según la forma y tenor de nuestros privilegios, los cuales sin contradicción gozareis, vos y vuestros hijos como la razón pide, y si necesario fuere confirmarlos de nuevo, los confirmaremos y mandaremos después poner en posesión á vuestro hijo, porque en mayores cosas que esta, deseamos honraros y favoreceros y estad cierto, que de vuestros hijos y hermanos tendremos el cuidado, que pide la razón. Lo que se ejecutara después de haber partido vos, en hora buena, por lo cual se dará el empleo á vuestro hijo, como va expresado, y os rogamos que no deis dilación á vuestra partida. Dada en Valencia de la Torre á 14 de Marzo del año de 1502.»

Estas ofertas y palabras le escribieron los Reyes, porque el Almirante estaba resuelto á no empeñarse más en las cosas de Indias, sino es descargarse con mi hermano, en lo cual sentía bien; porque decía que si sus servicios no eran bastantes para castigar las maldades de aquella gente, menos bastarían los que hiciese en adelante, pues la principal cosa que había ofrecido antes que descubriese las Indias, la había ya cumplido, que era mostrar que allí había islas y tierra firme á la parte Occidental, que el camino era fácil y navegable, la utilidad manifiesta, y las gentes muy domésticas y desarmadas, conque habiendo verificado por su persona todo lo referido, ya no le faltaba mas, sino que sus altezas siguiesen la empresa enviando gente que buscase y procurase entender los secretos de aquellos paises, porque estando ya abierta la puerta, cualquiera podría seguir la costa, como hacían algunos que impropiamente se llamaban descubridores, sin considerar que no han descubierto alguna nueva región, sino seguido la descubierta, después del tiempo en que el Almirante les enseñó las dichas islas y la provincia de Paria, que fué la primera tierra firme, que se halló. Mas habiendo tenido el Almirante, siempre grande inclinación á servir á los Reyes Católicos, y especialmente á la serenísima Reina,

aceptó gustoso volver á sus trabajos, y hacer el viaje, que adelante diremos, pues tenía por cierto que cada día se descubrirían cosas de gran riqueza, como escribieron sus altezas el año de 99, hablando así: «El descubrimienio no de»be dejarse de continuar, por que hablando ver»dad, sinó en una hora, se hallará en otra, alguna »cosa importante.» Como ya se ha mostrado con el de Nueva España y el Perú, bien que entonces como suele suceder á la mayor parte de los hombres, ninguno creyese lo que decía; pero es cierto que ninguna cosa dijo que no saliese verdadera, como dicen los Reyes Católicos en una carta que le escribieron desde Barcelona á 5 de Setiembre del 93.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Cómo el Almirante salió de Granada para ir á Sevilla, á hacer la armada necesaria para su descubrimiento.

Bien despachado el Almirante por los Reyes Católicos, salió de la ciudad de Granada á la de Sevilla, el año de 1502, y luego que llegó solicitó con tanta prisa la armada, que en breve tiempo se aprestaron con armas y vituallas cuatro navíos de Gavia, de 70 toneladas de porte el mayor, y el menor de 50, con 140 hombres entre grandes y pequeños, de que yo era uno; y á 9 de Mayo de 1502, nos hicimos á la vela en el canal de Cádiz, y fuimos á Santa Catalina des-

de donde partimos el miércoles once y al segundo día fuimos á Arcilla, á socorrer á los portugueses que se decían estar muy apretados, pero cuando llegamos, ya los moros habían levantado el sitio, por lo cual el Almirante envió al prefecto don Bartolomé Colón, su hermano, y á mí, con los capitanes de los navíos á tierra, á visitar al capitan de Arcilla, que habían herido los moros en un asalto, el cual dió muchas gracias al Almirante de esta visita y de las ofertas que le hacía, á cuyo efecto le envió algunos caballeros que tenía consigo, parte de los cuales eran parientes de doña Felipa Muñiz, su mujer, que dijimos murió en Portugal.

El mismo día nos hicimos á la vela y llegamos á la Gran Canaria á 20 de Mayo, surgimos en las isletas y á 24 pasamos á Maspalomas, que está en la misma isla, para tomar el agua y leña, que eran necesarias para el viaje, de aquí partimos la noche siguiente á la India, con próspero viaje, como quiso Dios, de modo que sin calar las velas, llegamos á la isla de Matinino á 15 de Junio por la mañana, con bastante alteración de mares y vientos, En esta isla, según la necesidad y costumbre de los que van desde España quiso el Almirante que refrescase la gente y tomase agua y leña y lavase su ropa, hasta el sábado, que pasamos al Occidente de ella, y navegamos

á la isla Dominica, que está distante diez leguas desde aquí; discurriendo por las islas de los caribes, fuímos á Santa Cruz y á 24 del mismo mes pasamos á la parte de Mediodía, de la isla de San Juan, y de allí tomamos el camino de Santo Domingo, porque el Almirante tenía ánimo de trocar uno de los cuatro navíos que llevaba, que era poco velero, y que navegaba menos y no podía sostener las velas, si no se metía el bordo hasta cerca del agua, de que resultó bastante daño en aquel viaje, dado que la intención del Almirante, cuando venía por el golfo, era de ir á reconocer aquella y seguir la costa, hasta dar en el estrecho, que tenía por cierto haber hácia Veragua y el Nombre de Dios, pero el defecto del navío le precisó á ir á Santo Domingo para trocarle por otro bueno y porque el Comendador Lares, que gobernaba la isla de orden del Rey, para tomar cuenta de su administración á Bobadilla, no se turbó nada con nuestro improvisado arribo.

El miércoles á 29 de Junio, habiendo ya entrado en el puerto, envió el Almirante á Pedro de Terreros, capitán de uno de los navíos para hacerle saber la necesidad que tenía de mudar aquel navío, y que así por esto como porque ellos temían una gran desgracia que esperaba, deseaba estar en aquel puerto para salvarse, haciéndoles entender, que por ocho días no deja-

se salir la Armada, que había de salir de él, porque correría gran riesgo; pero el sobredicho Comendador, no quiso consentir que el Almirante entrase en el puerto y mucho menos que dejase salir la armada que debía partir para Castilla la cual era de veintiocho navíos, y debía conducir al Comendador Bobadilla, que había preso el Almirante, y á sus hermanos, á Francisco Roldán y á todos los otros que se habían sublevado contra ellos, y aquellos de quien éstos habían recibido tanto mal, á todos los cuales quiso Dios cegarles los ojos y el entendimiento para que no admitiesen el buen consejo, que los dió el Almirante. Yo tengo por cierto que esto fué providencia divina, porque si arribaran estos á Castilla, jamás serían castigados según merecían sus delitos, antes bien, porque eran favorecidos del obispo, hubieran recibido muchos favores y gracias, á cuya causa embarazó su salida de aquel puerto hácia Castilla, porque llegando á la punta Oriental de la Española, una gran tormenta les embistió de tal manera, que sumergió la nave Capitana, en la cual venía Bobadilla con la mayor parte de los sublebados, é hizo tanto daño en los otros navíos, que no se salvaron sino es tres ó cuatro de todos los veintiocho en aquel tiempo que fué el jueves último de Junio, habiendo el Almirante previsto semejante

desgracia, por que les había sido negado el puerto, para su mayor seguridad, se retiró lo mejor que pudo hácia tierra, guareciéndose con esta, no sin mucho dolor y disgusto de la gente de su armada á quien porque venía en su compañía, faltaba aquel acogimiento, que aún se haría á los estraños, cuanto más á ellos, que eran de una misma nación, por lo que temían no les sucediese en adelante lo mismo, si alguna desgracia les sobreviniese, y aunque el Almirante sintiese interiormente el mismo dolor, se lo aumentaba, más la injuria é ingratitud usada con ellos en la tierra dada por el, en honra y exaltación de España donde le fué negada la entrada y el reparo de su vida, pero con su prudencia y con su buen juicio se mantuvo con su armada hasta el día siguiente y creciéndo el temporal y sobreviniendo la noche con grandísima obcuridad partieron tres navíos de su compañía, cada uno por su rumbo, cuya tripulación, aunque corrió gran riesgo, todos y cada uno de ellos, discurrieron que los otros hubiesen naufragado, los que sin embargo, padecieron verdaderamenle, fueron los del navío *Santo*, el cual por conservar la lancha, conque había ido á tierra el capitán Terreros, la llevó atada á la popa con los cables vuelta, hasta que fué precisado á dejarla y perderla, por no perderse á sí mismo; pero mu-

cho mayor fué el peligro de la carabela *Bermudez*, la cual habiéndose hecho al mar, entró en las aguas hasta la cubierta, de donde bien se deja conocer que solicitaba, con razón, el Almirante trocarla, y todos tuvieron por cierto, que el Prefecto, su hermano, después de Dios, la hubiese salvado con su saber y valor, porque, como hemos dicho arriba, no se hallaba entonces hombre más práctico que él, en las cosas del mar; de manera que habiendo padecido todos los navíos gran trabajo, excepto el del Almirante quiso Dios volverlos á juntar el domingo siguiente, en el puerto de Azúa, á la banda del Mediodía, de la Española, donde contando cada uno sus desgracias, se halló que el Prefecto, había padecido tan gran riesgo, por huir de tierra con marinero tan práctico y el Almirante, no, por haberse acercado como sabio astrólogo al paraje de donde no podía venirle daño, por cuyo motivo podían culparle los que le aborrecían de que había tramado aquella borrasca, por arte magica para vengarse de Bobadílla y de los demás enemigos suyos que iban en su compañia, viendo que no solo no había peligrado alguno de los cuatro de su armada sino que de veintiocho que habían partido con Bobadilla, uno solo llamado la *Guchia* que era el peor, siguió su viaje á Castilla y llegó á salvamento, con 4.000 pesos

de oro que el factor del Almirante le enviaba de sus rentas y á Santo Domingo, volvieron otros tres, que se salvaron de le tormenta maltratados y destruídos.

CAPÍTULO LXXXIX.

Cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje y descubrió las islas de los Guanacos.

En tanto, dió el Almirante en el puerto de Azua, lúgar á su gente para que pudiese respirar de los trabajos padecidos en la tempestad, y siendo uno de los deleites que da, el mar, cuando no hay otra cosa que hacer, pescar, entre las muchas especies de peces que sacaron, se me acuerhan dos, uno de gusto, y otro de admiración, el primero, llamado *Esclavina*, grande, al cual hirieron con un tridente los de la nave Vizcaina, que iba durmiendo en el agua, y aferró de modo que no pudo librarse, y atado después con una gruesa maroma, al banco del batel, le traía

tras sí, ya despierto, tan velozmente por aquel puerto, que ya aquí, ya allí, parecía una saeta, de suerte que la gente de los navíos que no sabía lo que era, estaba espantada, viendo andar sin remos el batel de aquella forma, hasta que se ahogo el pez y le llevaron á bordo de los navíos, á donde le sacaron con los ingenios que sacan las cosas pesadas. El otro pez fué tomado con otro ingenio, llámanle los indios *Manati*, y no le hay en la Europa, es tan grande como una ternera, y su carne semejante en el sabor y color, y acaso algo mejor y más suave, de donde los que afirman que hay en el mar, todas las especies de animales terrestres, dicen que estos peces son verdaderamente becerros, pues por dentro no tienen forma de pez, ni se mantienen de otra cosa que de la yerba que pacen en las orillas.

Volviendo ahora á nuestra historia, digo que después que el Almirante vió que su gente estaba algo descansada y los navíos aderezados, salió del referido puerto de Azua, y fué al del Brasil que los indios llaman *Gioachemo*, para librarse de otra tempestad que había de suceder, partió después á 14 de Julio de este puerto, con tan mal bonanza, que no pudiendo seguir el camino que quería, le echaron las corrientes, á algunas islas muy pequeñas y arenosas, cerca de Jamaica, á las cuales llamó las *Pozas*, porque no

hallando agua en ellas, hicieron muchos pozos en la arena, de que se abastecieron para servicio de los navíos, y luego navegando hácia tierra firme, la vuelta del Mediodía, llegaron á ciertas islas aunque no tomaron tierra, sino es en la mayor que se llamaba *Guanara*, por lo cual los que después hicieron cartas de marear las llamaron á todas islas de Guanaros, que están 12 leguas distantes de la tierra firme, cerca de la provincia que se llama ahora Cabo de Onduras, aunque el Almirante la llamó entonces *Cabo de Çasinas*, pero porque los que hacen estas cartas sin andar por el mundo, incurren en grandísimos errores, los cuales ahora que me ocurre, quiero referir, aunque rompa el hilo de mi historia.

Estas mismas islas y la tierra, la ponen en sus cartas de marear, como si en efecto fuesen tierras distintas y siendo el cabo de *Gracias á Dios*, el mismo que llaman con otro nombre, y una cosa misma ambos, los hacen dos. La causa de esto es porque después que el Almirante descubrió estas regiones, Juan Díaz de Solís, por cuyo apellido se llama el Río de la Plata, *Río de Solís* (por haberle muerto allí los indios) y Vicente Yañez, que fué capitán de un navío, en el primer viaje del Almirante, cuando descubrió las Indias,

fueron ambos juntos á descubrir el año de 1508, con intención de seguir la tierra que había descubierto el Almirante, en el viaje de Veragua, hácia Occidente, y siguiendo estos casi el mismo camino, llegaron á la costa de Caria y pasaron cerca del cabo de Gracias á Dios, hasta la punta de Casinas, que ellos llamaron de Onduras, y á las dichas islas de los Guanaros, dando como hemos dicho el nombre de la principal á todas: de aquí pasaron, después más adelante no queriendo confesar que el Almirante hubiese estado en ninguna de aquellas partes para atribuirse aquel descubrimiento, y mostrar que habían hallado un gran país, sin embargo de que un piloto suyo llamado Pedro de Ledesma, que había ido antes con el Almirante al viaje de Veragua, les dijese que él conocía aquellas regiones, y que eran de las que él había ayudado á descubrir al Almirante, y así me lo refirió él mismo, lo cual demuestran la razón y designio de las cartas, porque se pone dos veces una misma cosa, é isla de una misma suerte y en una misma distancia, por haber pintado aquellas tierras de la misma forma que eran, pero decían que estaban más adelante, de lo que había descubierto el Almirante, de manera que una misma tierra, está dos veces situada en la carta, y queriendo Dios, lo mostra-

rá más adelante el tiempo y cuando se navegue más aquella costa, pues no se hallarán, sino es una vez, tierras de aquella forma.

Pero volviendo á nuestro descubrimiento, digo qne habiendo llegado á la isla de Guanara, mandó el Almirante al Prefecto, D. Bartolomé Colón, su hermano, que fuese á tierra con dos barcas, en la cual hallaron gente semejante á la de las otras islas, aunque no con la frente tan ancha; vieron también muchos pinos y pedazos de tierra, llamada *Calcide*, con la cual se funde el metal, y de que algunos marineros, pensando que era oro, cogieron algunos y los tuvieron mucho tiempo escondidos. Hallándose el Prefecto en la isla, con deseo de saber sus secretos, quiso su buena suerte, que llegase una canoa, tan larga como una galera y de ocho piés de ancho, toda de una pieza y de la misma hechura que las demás, la cual venía cargada de mercaderías, de las partes Occidentales hácia Nueva-España, en medio de ella habia un bulto de hojas de palma, no diferente del que traen las góndolas en Venecia, que llaman los venecianos *Felzi*, el cual defendía lo que estaba debajo, de manera que no podían hacer daño á nada de lo que iba dentro, las lluvias ni las tempestades, debajo de este bulto estaban los hijuelos de las mujeres los muebles y

las mercaderías. Los hombres que la guiaban aunque eran 25 no tuvieron ánimo para defenderse contra las barcas que los siguieron: tomada la canoa sin contraste fué llevada á los navíos, donde el Almirante dió muchas gracias á Dios, viendo que era servido de darle muestra de todas las cosas de aquella tierra, en un instante y sin trabajo, ni peligro de los suyos, y luego mandó sacasen de ella lo que le pareció tenía mejor vista, como algunas colchas y camisolas de algodón, sin mangas, labradas y pintadas con diferentes colores, labores, y algunos pañetes, con que cubrían sus vergüenzas, de la misma labor y algunas mantas con que se tapaban las indias de la canoa, como suelen hacerlo las moras de Granada, espadas de madera largas, con un canal en cada parte, de filos de pedernal, que entre gente desnuda cortan como acero, y las hachuelas para cortar leña, eran semejantes á las de piedra, que tienen los demás indios, pero de metal, del cual traían sonajas y crisoles para fundirle, traían para bastimentos raíces y granos, como los que comen los de la Española y cierto vino hecho de maíz, semejante á la yerba de Inglaterra y muchas almendras de las que usan por moneda en la Nueva-España, las cuales pareció que estimaban mucho, porque cuando fueron puestas las cosas que traían en el navío noté

que cayéndose algunas de estas almendras, procuraban todos cogerlas como si se les hubiera caido un ojo, en cuyo tiempo parecía que no podían acordarse de sí, viéndose sacar presos de su canoa, á nave de gente tan extraña y feroz como somos nosotros, respecto de ellos, aunque es la avaricia de los hombres tanta, que no debemos maravillarnos, de que los indios la antepusiesen al miedo y al peligro en que estaban; asimismo, digo que debían estimar mucho su honestidad y vergüenza, porque si sucedía, que al entrar en las naves las mercaderías, se le desprendía á alguno, los pañetes conque se tapaban, llegaba un indio y ponía la mano encima para taparle, y no la quitaba hasta que se componía. Las mujeres se cubrían el cuerpo y la cara, como hemos dicho que hacen las moras de Granada, lo cual movió al Almirante á tratarlos bien y á restituirles la canoa y á darles algunas cosas, en trueque de las que les había tomado para muestra y no detuvo consigo sino á un viejo llamado *Jumbe*, al parecer de mayor autoridad y prudencia, que los otros, para informarse de las cosas de la tierra, aunque algunos se brindaban á tratar con los cristianos, tan pronta y fielmente, como el indio lo hizo en todo el tiempo que nosotros anduvimos corriendo todo el país donde su lengua se entendía y cuando llegamos á donde hablaban

otra lengua, el Almirante le premió, dándole algunas cosas, y le envió á su tierra muy contento, lo cual sucedió antes de llegar al Cabo de Gracias á Dios, en la costa de la *Oreja*, de que se hará mención.

CAPÍTULO XC.

Cómo el Almirante no quiso ir á la Española sino volver hácia Oriente, bajando á Veragua y al estrecho de tierra firme.

Aunque el Almirante supo por los indios de aquella canoa, las grandes riquezas, la política é industria que había en los puertos de las partes Occidentales de la Nueva España, no quiso ir allá, pareciéndole, que estando aquellos paises á Sotavento, podía navegar á ellos desde Cuba, cuando le tuviese mas conveniencia, antes siguió su designio á descubrir el estrecho de tierra firme para abrir la navegación del mar de Mediodía, de que tenía gran necesidad para descubrir las tierras de la Especería, y así determinó seguir el camino de Oriente, hácia Veragua, y el

Nombre de Dios, donde imaginaba y creía estubiese el estrecho referido, como en efecto estaba, pero se engañó en la inteligencia, porque él no pensó que fuese estrecho de tierra como son otros, sino de mar, que pasase como boca de un mar á otro, de cuyo error podía ser causa la equivocación del nombre, porque diciendo el estrecho de tierra firme está en Veragua, y en Nombre de Dios, podía entenderse de agua ó de tierra, y el tomaba esta por lo más común y porque lo deseaba más; bien que aquel estrecho de tierra es no menos la puerta por donde se comunican tantos mares y han sido descubiertas y traidas á España tantas riquezas, porque no fué voluntad de Dios que una cosa tan grande y de tanta importancia se descubriese de otro modo, después que tuvo conocimiento de Nueva España, por los indios de aquella canoa, y para buscar el dicho estrecho, no habiendo en aquellas islas de los Guanacos, cosa estimable, sin tardanza alguna navegó de tierra firme á la punta que llamó de Carinal, por que había en ella muchos árboles que producían unas manzanillas algo arrugadas con hueso esponjoso, buenas para comer y especialmente cocidas, á las cuales llamaban Casina los indios de la Española, y por que no se veía en aquella tierra cosa de que poder hacer caso, no quiso

perder tiempo el Almirantre entrando en un gran golfo que allí se forma, sino seguir su Camino la vuelta del Leste, á lo largo de la costa que corre al mismo rumbo en el cabo de Gracias á Dios, la costa muy baja y de playa muy limpia, los indios más cercanos a los Casinas traian en la espalda las referidas camisolas pintadas y los pañetes delante, hacen coracinas de algodón colchadas, que bastan para defensa de sus picas, y aun pueden resistir algunos golpes de nuestras armas, pero los que están más á Oriente, hácia el Cabo de Gracias á Dios, son casi negros bestiales, andan desnudos, y en todo son muy rúslicos, y como decía el indio Jumbe, comen carne humana, y peces crudos, tal como los matan, y traen las orejas agujereadas con tan anchos agujeros, que podía pasarse por ellos un hnevo de gallina, de que resultó llamarla el Almirante la costa de Oreja.

En esta costa saltó el prefecto en tierra, la mañana del día 14 de Agosto año 1502 con las banderas y los capitanes, y otros muchos de la armada á oir misa, y el miércoles siguiente, yendo las barcas á tierra para tomar posesión de aquella región en nombre los Reyes Católicos, nuestros señores, concurrieron á la playa más de 100 indios, cargados de bastimentos mirando á los nuestros, los cuales, luego que llegaron pre-

sentaron lo que traian al prefecto y se volvieron atrás sin hablar palabra. El prefecto mandó entonces que se le diesen cascabeles, cuentas y otras cosillas, y les preguntó por señas sobre las cosas de aquella región y por el intérprete referido, aunque por haber poco tiempo que estaba con nosotros no entendía bien á los cristianos, por la distancia, aunque poca de su tierra á la Española, donde muchos de los navíos, habían aprendido lo indiano, y entendía más á los mismos indios, pero quedando satisfechos estos de lo que se les había dado, volvieron al mismo lugar al día siguiente más de 200 cargados de varias suertes de bastimentos, con gallinas de tierra que son mejor que las nuestras, ánades, peces tostados, habas coloradas y blancas, semejantes á los fresoles, y otras cosas nada diferentes de las de la Española, la tierra estaba muy verde y hermosa aunque baja, había en ella muchos pinos, encinas y palmas de siete suertes, mirabolanos, que llaman hovos en la Española, y casi todas las otras frutas que se hallan en aquella isla. Así mismo había muchos leopardos. ciervos y también de los peces que hay en las islas y no se conocen en Castilla. La gente de este país era casi de la disposición de la de las otras islas, pero no tenían las frentes anchas, ni mostraban tener religión alguna; hay entre ellos

lenguas diferentes y regularmente andan desnudos aunque traen cubiertas sus partes; algunos usan ciertas camisolas, como las nuestras, que llegan al ombligo y sin mangas, traen labrados los brazos y el cuerpo de labores moriscos, hechos con fuego que les hacen parecer estraños, y algunos traen leones pintados, ciervos, castillos con torres y otras figuras diversas, en lugar de birretes traen los más algunos pañuelos de algodón blancos y colorados y otros traen pendientes, sobre la frente algunos mechones de cabellos: pero cuando se componen para alguna fiesta se tiñen la cara, unos de negro, otros de colorado, algunos se ponen rayas de varios colores en la cara, otros se ponen en ella picos de avestruces, otros dan de negro á los ojos y así se adornan para parecer hermosos, aunque verdaderamente parecen diablos.

CAPÍTULO XCI.

Cómo el Almirante pasó la costa de Oreja por el Cabo de Gracias á Dios y llegó á Caria y de lo que vió é hizo allí.

Navegó el Almirante por la costa de Oreja á poniente al Cabo de Gracias á Dios, el cual fué llamado así porque no habiendo desde las puntas de las Casinas más de 60 leguas, se padeció mucho en caminar 70, por la contrariedad de los vientos y de las corrientes, y siempre á la bolina, saliendo de un bordo hácia el mar y volviendo de otro á tierra, ganando muchas veces con el viento, y perdiendo otras, según era abundante y escaso en las vueltas que se daban, y si no hubiera sido la costa de tan bue-

nos surgideros como era, hubiéramos tardado más en pasarla, pero porque era limpia, y media legua de ella, tenía el mar dos brazas de fondo, y á la legua de distancia, cuatro, teníamos gran comodidad para dar fondo de noche ó cuando era poco el viento, y por causa de buen fondo bien que con dificultad fué navegable el camino.

Después cuando á 14 de Setiembre llegamos á dicho Cabo, viendo que la tierra volvía al Mediodía y qne con los vientos levantes que allí reinaban y nos habían sido tan contrarios, podiamos navegar cómodamente en nuestro viaje dabamos todos generalmente muchas gracias á Dios, y por esto en su memoria llamó el Almirante á aquel cabo, *Cabo de Gracias á Dios,* poco más adelente de él, pasamos por algunos bancos peligrosos que salían al mar, cuanto alcanzaba la vista, y siendonos necesario tomar agua y leña, el sábado á 16 de Setiembre, envió el Almirante las barcas á un río que parecía profundo, y tenía buena entrada pero habiendose ensoberbecido los vientos é hinchádose el mar, rompiendo contra la corriente de la boca, embistió á las barcas con tanta violencia, que se anegó la una y pereció toda la gente que iba en ella, por lo cual la llamó el Almirante *Río de la Desgracia,*

en este río y su contorno había cañas tan gruesas como el muslo de un hombre.

El domingo á 25 de Septiembre siguiendo así al Mediodía, surgimos en una isla llamada *Quiribiri* y un pueblo de tierra firme llamado *Çariar*, que era de la mejor gente, país y sitio que hasta allí habíamos hallado así porque era alta la tierra, de muchos ríos y copiosa de árboles altísimos, como porque era la dicha isla espesa llena de muchas manchas de árboles, así de palmitos y mirabolandos, como de otras muchas especies, por lo cual la llamó el Almirante la *Hucita*, dista una legua pequeña de Cariai, y está cercana á un gran río donde concurrió infinita gente de aquel contorno, muchos con arcos y flechas y otros con bastoncillos de palma, negros como la pez y duros como hueso, cuya punta estaba armada con espinas agudas de peces; otros con mazas ó gruesos bastones, los cuales habían venido allí con ánimo de querer defender la tierra, traian los hombres trenzados los cabellos y revueltos á la cabeza, y las mujeres cortados como nosotros viendo que eramos gente de paz, mostraron gran deseo de querer trocar nuestras cosas con las suyas, que son armas, cobertores de algodón, camisas de las referidas y agujillas de Guanines, que es oro muy bajo, el cual traían colgado al cuello como nosotros traemos el Ag-

nus Dei, ú otra reliquia, pero los cristianos ni aquel día, ni el siguiente no quisieron salir á tierra, ni el Almirante permitió que se les tomase cosa alguna para que no les tuviesen por hombres que deseaban los que ellos tenían, antes les hizo dar muchas de nuestras cosas.

Los indios cuanto más veían que hacíamos poco caso de rescatar, lo deseaban más, haciendo muchas señas desde tierra y extendiendo los cobertores como banderas, convidándonos á que desembarcásemos, viendo finalmente que ninguno salía á tierra cogieron todas las cosas que se les habían dado y muy bien atadas las pusieron en el mismo sitio donde habían ido las barcas á recibirlos y allí las hallaron los nuestros el miércoles que saltaron á tierra, y porque los indios, vecinos á este lugar, creían que los cristianos no se fiaban de ellos, enviaron á las naves un indio viejo, de venerable presencia con una bandera puesta en una asta, y dos muchachas una de 8 años y otra de 14, las cuales metidas en la barca, hizo señal de que los cristianos podían desembarcar seguramente y por los ruegos de ellos salieron á tomar agua; los indios estaban con gran cuidado de no hacer señal ni otra cosa de que se espantasen los cristianos, y cuando después los vieron volverse á los navíos, les hacían muchas señas para que

llevasen consigo los mozos que traían al cuello Guaninis, y á instancias del viejo que los guiaba fuimos contentos de traerlos, en lo cual no solo mostraban más ingenio de él que hasta entonces se había visto en otros; pero en las muchachas se observó una gran fortaleza, porque viendo los cristianos de tan extraña vista, trato y generación, no dieron muestra de sentimiento, ni de tristeza, manteniéndose siempre con semblante alegre y honesto, y así fueron muy bien tratadas por el Almirante y las hizo vestir y comer, y después las hizo llevar á tierra, donde estaban 50 indios y las recibió el viejo que las había traído, alegrándose mucho con ellas. Volviendo aquel mismo día las barcas á la ribera, hallaron los mismos indios con las muchachas, las cuales restituyeron á los cristianos todo lo que les habían dado sin quedarse con cosa alguna. El día siguiente salió el Prefecto á tierra para informarse de estas gentes, y luego se le llegaron dos de los más honrados á la barca donde estaba y tomándole en medio por los brazos le hicieron sentar en la yerba de la ribera, y preguntándoles algunas cosas, mandó al escribano de la nave que escribiesen lo que respondían, pero viendo el papel y la pluma se alborotaron de forma que la mayor parte de los indios echó á huir de miedo, al parecer de ser hechizados con palabras ó se-

ñales, aunque verdaderamente ellos nos parecian á nosotros grandes hechiceros y no sin alguna razón, pues cuando se acercaban á los cristianos esparcian por el aire cierto polvo, á su vuelta y con perfumes que echaban del polvo, hacían que el humo fuese hácia los cristianos; demás que el no querer recibir ninguna cosa, sino es restituirla, mostraba bastantemente la sospecha referida, pues según suele decirse, piensa el ladrón que todos son de su condición.

Habiéndonos detenido aquí más de lo que reqüería la presteza del viaje, prevenidos y aprestados los navíos de todo lo que necesitaban, mandó el Almirante el domingo 2 de Octubre que saliese el Prefecto á tierra con alguna gente, á reconocer los pueblos de los indios, sus costumbres y su naturaleza, con la calidad del país, y lo más notable que vió, fué que dentro de un palacio grande de madera, cubierto de cañas, tenían sepulturas y en una de ellas había un cuerpo muerto, embalsamado, en otra, dos sin mal olor, envueltos en algunos paños de algodón, y sobre las sepulturas había una tabla, en que estaban algunos animales esculpidos, y en algunas la figura del enterrado, cuyo cadáver estaba adornado de muchas joyas, de guanines y cuentecillas y otras cosas que eran lo que más estimaban, y viendo que estos indios eran de más razón que los que hasta

allí habían hallado, mandó el Almirante que cogiesen alguno, para saber los secretos de la tierra y de siete que cogieron eligió dos principales y dió libertad á los otros cinco, con algunas dádivas, habiéndolos tratado muy bien para que no se alborotase la tierra, y diciéndolos quería llevarlos por guía en aquella costa, y que después los daría libertad; pero creyendo los indios que habían sido presos por avaricia y ganancia nuestra, al siguiente día llegó de repente mucha gente á la playa, con sus guaninis y mercaderías para rescatarlos, y enviaron cuatro embajadores á la Capitana, para tratar del rescate, por el cual prometieron algunas cosas y llevaron de regalo dos puerquecillos de la tierra, que aunque son pequeños son muy bravos, el Almirante viendo la prudencia de esta gente, entró en mayor deseo de tratarlos, y no quiso partir de allí sin tomar lengua, no dando oídos á sus ofertas y mandó que á los embajadores se les diesen algunas cosillas, para que volviesen más satisfechos, y les fuesen pagados los puercos, con los cuales sucedió el caso siguiente:

Entre otros animales de aquella tierra hay algunos gatos de color gris, con la cola muy larga y tan fuerte, que cogiendo alguna cosa con ella, parecía que estaba atada con una soga; andan éstos por los árboles, saltando de uno en otro

y cuando dan el salto, no solo se agarran á las ramas con las manos, sino con la cola, de la cual muchas veces se quedan colgando, como por juguete y descanso; sucedió que un ballestero trajo, de un bosque, uno de estos gatos, echándole de un árbol abajo y porque estando en tierra se puso tan feroz que no se atrevió á acercarse á él, le cortó un brazo de una cuchillada y trayéndole herido, se espantó en cuanto le vió, un buen perro que teníamos, pero mayor miedo dió á uno de los puercos que nos habían traído que en cuanto vió al gato, echó á huir mostrando grande miedo, lo cual nos causó estraña admiración, porque antes que sucediese esto, el puerco embestía á todos y no dejaba al perro quieto en la cubierta, por lo cual mandó el Almirante que le arrimasen al gato, el cual viéndole cerca, le echó la cola y le rodeó, y con el brazo que le había quedado sano, le agarró para morderle, y el puerco chillaba de miedo fuertemente. de que venimos en conocimiento, que semejantes gatos, deben de cazar en aquella tierra como los lobos, y los lebreles en España.

CAPÍTULO XCII.

Cómo el Almirante partió de Cariai y fué à Zerabora y Veragua, navegando hasta que llegó á Portobelo, cuyo viaje fué por costa muy fructífera.

El miércoles después á 5 de Octubre, se hizo el Almirante á la vela y arribó al canal de Zerabora, que tiene seis leguas de largo y más de tres de ancho, en el cual hay muchas isletas y tres ó cuatro bocas muy apropósito para entrar y salir con todos tiempos, las naves van por dentro de estas islas entre una y otra, como por una calle tocando las cuerdas de los navíos en las ramas de los árboles. Luego que surgimos en este canal, fueron las barcas á una isla donde había en tierra veinte canoas y los indios en la

ribera desnudos como nacieron, y solo tenían un espejo de oro al cuello y algunos traían una Aguila de Guanin, los cuales sin mostrar miedo, pidiéndolo, los dos indios de Cariai, trocaron al instante espejo que pesó diez ducados, por tres cascabeles y dijeron haber gran abundancia de aquel oro y que se cogia en la tierra firme muy cerca de ellos y así, á 7 de Octubre fueron á tierra firme las barcas, donde habían hallado diez canoas llenas de indios, porque no quisieron rescatar los espejos con los nuestros, fueron presos dos de los más principales para que el Almirante se informase de ellos, por medio de sendos intérpretes; el espejo que traía uno, pesó 14 ducados y el Aguila del otro 22; decían éstos indios que á una ó dos jornadas, tierra adentro se recogía mucho oro, en algunos lugares que nombraban, que en aquel canal habia mucho pescado y en tierra muchos animales, de los que decimos haber en Canaria, y gran cantidad de las cosas que comen, como raíces de yerba, grano y fruta; los indios andaban teñidos de varios colores, blanco, negro y colorado en la cara y en el cuerpo y desnudos con un pañillo corto de algodón delante.

De este canal de Zerabora, pasamos á otro que confina con él, y se le parece en todo, llamado *Aburema*; después á 17 del mes, salimos á

Masancho, para seguir nuestro viaje y llegando á *Guaiga*, que es un rio, distante doce leguas de Aburema, envió las barcas á tierra el Almirante, desde las cuales vieron más de cien indios, en la playa cuando iban, y fueron embestidos de ellos furiosamente, entrándose en el agua hasta la cintura vibrando sus lancillas y tocando cuernos yun tambor, en acto de guerra, para defender la región echando el agua salada hácia los cristianos y mascando yerbas y escupiéndolas, pero los nuestros no se movieron, procurando aquietarlos, como se hizo, y finalmente se llegaron á rescatar los espejos que traían al cuello, cada uno por dos ó tres cascabeles y se ganaron dieciseis espejos de oro fino, que valían 150 ducados; volvieron el día siguiente, viernes 29 de Octubre á tierra, las barcas, para rescatar y antes que saliesen á tierra, llamaron á algunos indios que estaban en algunas ramadas, hechas en la marina aquella noche, para guardar la tierra, temiendo que los cristianos la tomasen para darles algún disgusto; pero aunque los llamaron muchas veces, ningún indio quiso venir á las barcas, ni los cristianos ir á tierra sin saber primero el ánimo en que estaban, pues como se supo después, los esperaban con ánimo de embestirlos cuando desembarcasen y viendo que no salían empezaron á tocar los cuernos y el tambor, y con mucha grita sal-

taron en el agua, como el día antes hasta llegar cerca de las barcas, haciendo demostración de tirar sus lanzas, sino se volvian á los navíos, de cuya acción mal satisfechos los cristianos, para que los indios no tuviesen tanto atrevimiento ni los despreciasen, hirieron á uno en un brazo con una flecha y dispararon un cañon de que fué tanto el miedo. que todos se volvieron huyendo á tierra. entonces desembarcaron cuatro cristianos y habiéndoles llamado, dejando las armas vinieron hácia nosotros con mucha seguridad y rescataron tres espejos diciendo que no traían más, porque venían prevenidos á pelear y no á rescatar.

Pero como el Almirante no cuidaba en este viaje más que de adquirir muestra de las cosas que había en la tierra, abreviando el camino pasó á Cateva, sin dilación, y echó las anclas á la entrada de un gran río; veíase que los indios se llamaban con cuernos y tambores para juntarse, y que después enviaron a las naves una canoa con dos hombres, los cuales, habiendo hablado con el indio que se había tomado en Cariai, entraron al instante en la Capitana, muy seguros y dieron al Almirante dos espejos de oro que traían al cuello como les había aconsejado el indio referido, y el Almirante les dió algunas cosillas de las nuestras. Vueltos á tierra estos dos, vino á los navíos

otra canoa con tres, y sus espejos al cuello, los cuales hicieron lo mismo que los dos primeros, y trabando amistad, salieron los nuestros á tierra, y hallaron muchos indios con su rey, que no se diferenciaba de los demás, sino en estar cubierto con una hoja de árbol, porque llovía mucho, y para dar ejemplo á sus vasallos, rescató primero un espejo y luego les dijo, que rescatasen los suyos, y en todos fueron 19 de oro fino; aquí fué la primera vez que se vió en las Indias señal de edificio, esto es un gran pedazo de estuco que parecía estar labrado de piedra y cal, de que mandó el Almirante tomar un pedazo en memoria de aquella antigüedad.

Desde allí pasó hácia Oriente y llegó á *Cobrara*, cuyos pueblos están situados cerca de los ríos de aquella costa, y porque no salía gente á la playa, y el viento era muy bueno, pasó por cinco pueblos de mucho rescate, entre los cuales era uno Veragua, donde decían los indios que se cogía el oro, y se hacían los espejos, y el día siguiente llegó á un pueblo que se llama *Cubiga*, donde segun decía el indio de Cariai, se acababa la tierra de rescate que tenía principío en Zerabora, en que hay 50 leguas de costa y sin detenerse el Almirante, navegó hasta que entró en Portobelo, al cual puso este nombre, porque es muy grande, muy hermoso y

poblado, y tiene alrededor gran pais cultivado; entró en él á 11 de Noviembre, por entre dos isletas y dentro de él pueden las naves acercarse á tierra, y si quieren salir volteando, pueden; la región que está alrededor de este puerto, es más alta y no muy espesa, bien labrada y llena de casas, distantes unas de otras un tiro de piedra, ó de ballesta, y parece una cosa pintada y la más hermosa que se ha visto.

En 7 días que estuvimos aquí llenos de lluvias y malos tiempos venían á los navíos canoas de todo el contorno á rescatar bastimentos, ovillos de algodón hilado, muy bello que daban por cosillas de latón.

CAPÍTULO XCIII.

Cómo el Almirante llegó al puerto de Bastimentos y al Nombre de Dios, y estuvo hasta que entró en el del Retrete.

Miércoles á nueve de Noviembre salimos de Portobelo; y navegamos ya vía de Levante ocho leguas, pero el día siguiente volvimos atrás cuatro leguas, forzados de el mal tiempo, y entramos en las isletas, cerca de tierra firme donde está Nombre de Dios, y porque todos aquellos contornos é isletas estaban llenas de maizales, se las puso por nombre puerto de Bastimentos donde queriendo un batel nuestro, bien armado, tomar lengua en una canoa, creyendo los indios que querían hacerles algún pesar, viéndole ya á un tiro de piedra, se echaron todos al agua, pa-

ra huir nadando, como lo consiguieron y aunque el batel bogó mucho no pudo llegar á alguno en media legua, que los persiguió, porque cuando le alcanzaba, se sumergía como hacen los pájaros de agua, y de allí á un rato volvía á salir en otro sitio distante un tiro ó dos de ballesta, y era cosa de gran diversión ver cómo el batel se fatigaba en vano, y al fin se vió precisado á volverse vacío; estuvimos aquí hasta 23 de Noviembre, componiendo los navíos y los botes y partimos este día hácia Oriente, hasta una tierra que llamaban *Guigua*, del mismo nombre que otra situada entre Veragua y Ceragua y llegando las barcas á tierra, hallaron en la playa más de 300 indios, con deseo de trocar bastimentos y algunas muestras de oro, que traían colgando de las orejas y de la nariz.

Pero sin detenernos, el sábado á 26 de Noviembre, entramos en un puertecillo que se llamó el *Retrete*, porque no cabían en él más de cinco ó seis navíos; su entrada era por una boca de quince ó veinte pasos de ancho, y ambos lados eran rocas que salían del agua, como punta de diamante, y era tan profundo el canal por el medio que acercándose á la orilla un poco se podía saltar desde el navío en tierra, lo que fué la causa principal de que no pereciesen los navíos en la angostura de aquel puerto, de que tendrían

la culpa los que fueron á sondarle antes de entrar los navíos, los cuales mintieron por desembarcar deseosos de rescates, si los indios, hubieran querido, viendo que los navíos se habían acercado á la orilla; estuvimos en este puerto nueve días, con tiempo revuelto y turbado; en los primeros venían los indios muy pacíficamente á rescatar sus cosillas; pero viendo después salir á los cristianos secretamente de los navíos se retiraron á sus casas; porque los marineros, como gente disoluta y avarienta, les hacían muchos ultrajes, lo cual dió causa á que los indios se alterasen de tal forma, que se rompió la paz, que con ellos teníamos y hubo algunos reencuentros entre ambas partes, hasta que creciendo los indios cada día más en número, tomaron ánimo de llegar á los navíos, que como hemos dicho estaban con el bordo en tierra, creyendo poderlos hacer daño, cuyo designio les hubiera salido falso si el Almirante no hubiese atendido siempre á pacificarlos con paciencia y cortesía, pero viendo después su soberbia, y arrogancia para meterlos miedo hizo disparar alguna pieza de artillería, á cuyo estruendo correspondían con gritos, dando fuertemente de palos á las ramas de los árboles, haciendo grandes amenazas, para mostrar que no tenían miedo de aquel gran ruido, porque creian verdaderamente que aquellos tro-

nidos solo eran para causar espanto, y por esto, y porque no tuviesen tanta soberbia, ni despreciasen á los cristianos, mandó el Almirante disparar una pieza de artillería contra una cuadrilla de indios que estaban en un altillo, y dando la bala en ella, les hizo conocer era burla tan pesada el rayo como el trueno, con lo cual después no se atrevían á salir de los montes. Era la gente de de esta tierra la más bien dispuesta que hasta entonces se había visto entre los indios, porque eran altos, secos, no tenían los vientres hinchados y de buena cara; la tierra estaba toda llena de yerbecilla, pocos árboles y en el puerto había grandísimos caimanes ó cocodrilos, los cuales salen á estar y dormir en tierra, y esparcen un olor tan suave, que parece del mejor almizcle del mundo pero son tan carniceros y tan crueles; que si encuentran algún hombre durmiendo en tierra, le cogen y se le llevan al agua para comersele, aunque cuando son embestidos, temen y huyen. Hay de estos caimanes en otras muchas partes de las Indias, que afirman algunos ser estos cocodrilos como los del Nilo.

CAPÍTULO XCIV.

Cómo volvió el Almirante hácia Occidente, por la fuerza de los temporales, á saber de las minas é informarse de Veragua.

Viendo el Almirante que la violencia de los tiempos. Levantes y Nordestes, no cesaban, y que no podía rescatar con aquellos pueblos, determinó el día 5 de Diciembre volver á certificarse de lo que le decían los indios de las minas de Veragua; y así aquel día fué á dormir á Portobelo, diez leguas hácia Occidente y siguiendo otro día su camino, fué embestido de un viento Oeste, contrario á su nuevo designio, pero bien próspero, para el que había tenido 3 meses antes y porque no creyó que durase este tiempo, no quiso mudar viaje si no pelear algunos días, porque

eran los tiempos instables y ya que vino un poco de buen viento apropósito para ir á Veragua, le sucedió otro contrario, que le precisó á volver hácia Portobelo y cuando imaginaba dar fondo en el puerto volvia el viento á mudarse, contrario al que necesitábamos y á veces con tantos truenos y relámpagos que no se atrevía la gente á abrir los ojos, y parecía que los navíos se hundían y que el cielo se venía abajo, algunas veces se continuaban tanto los truenos, que creían que alguna nave de la compañía disparaba la artillería pidiendo socorro, y otras se resolvia el tiempo, en tanta lluvia, que en dos ó tres días no dejaba de llover abundantemente, de modo que parecía un nuevo diluvio, por lo cual, ninguno de los navíos dejaba de padecer gran trabajo, y estar medio desesperados, viendo que no podían reposar media hora, bañaba contínuamente de agua y caminando ya á una parte, ya á otra contrastando con todos los elementos y temiendo de todos; pues en temporales tan espantosos, temían el fuego por los rayos y los relámpagos; el aire, por su furia; el agua, por las olas; y la tierra, por los bagíos y escollos de costa no conocida, que suelen hallar los hombres cerca del puerto, donde esperaban descansar; y por no saber la entrada bien, se tiene por mejor contratar con los otros elementos, de los cuales se participa

menos daño, y fuera de estos miedos tan diversos, sobrevino otro de no menor peligro, y admiración, que fué una manga de agua que pasó el martes 13 de Diciembre, por entre los navíos que sino la cortan, diciendo el Evangelio de San Juan, no hay duda que anegára lo que cogiera debajo; porque como hemos dicho, tira el agua así hasta las nubes, en forma de columna, más gruesa que una bota, torciéndola como torbellino; esta misma noche perdimos de vista el navío *Zatizono* y con buena fortuna volvímos á verle, después de 8 días obscurísimos, aunque sin batel porque había corrido gran peligro y aunque vecino á tierra, había echado un ancla; y para librarse de perecer, se vió precisado á cortar la gumena y perderla; entonces se conoció que las corrientes de aquellas costas se conformaban con los temporales y que entonces andaban con el viento hácia Levante, corriendo al contrario cuando reinaba Levantes, que corrían hácia Occidente, porque parece que las aguas siguen aquí el curso de los vientos que soplan más.

Con tales contrariedades de mar y de viento, perseguida la armada con tanta fuerza que la tenían medio desmembrada, sin poder ninguno hacer más por los trabajos padecidos, se logró algún descanso en un día ó dos de calma en que vinieron á los navíos tantos tiburones, que casi po-

nían miedo especialmente á los agoreros, puesto que como se dice de los buitres que pronostican donde hay cuerpo muerto y penetran por el olor machas leguas de distancia; esto mismo pensaron algunos que sucede á estos tiburones, los cuales cogen el brazo y la pierna de la persona con los dientes, y la cortan como una sierra, porque tienen dos órdenes de dientes como ella; fué tanta la pesca que hicimos de estos pescados con el anzuelo de cadena, que por no poder matar más, los dejábamos en el agua, y es tanta la golosina suya, que no sólo comen toda carona, pero hasta los paños colorados que se ponen en los anzuelos para pescarlos, y yo ví sacar del vientre de un tiburón una tortuga que vivió después en el navío, de otro la cabeza de un tiburón, que habíamos cortado y echado al mar por no ser buena comida, la que se engulló el tiburón, y nos pareció cosa fuera de razón que un animal se tragase una cabeza, de la grandeza de la suya, pero no es de maravillarse, porque tienen la boca rota casi hasta el vientre, aunque algunos lo tuviesen por mal agüero y otros por mal pescado, todos nos hicieron la honra de comerlos, por la penuria que teníamos de vituallas, pues habían pasado más de ocho meses corriendo el mar, en que se habían consumido todas las carnes y pescados que habíamos sacado de

España, y con los calores y la humedad del mar se había llenado de gusanos el bizcocho, y así Dios me ayude, que ví muchos que esperaban á la noche para comer la mazamorra, por no ver los gusanos que tenía y otros estaban ya tan acostumbrados á comerlos, que aún no quitaban los gusamos aunque los viesen, porque si se detuviesen á esto, perderían la cena.

El sábado, á 17 del mes, entró el Almirante en un puerto tres leguas al Oriente del peñón, que los indios llamaban *Huiva*, era como un gran canal donde descansamos tres días y saltando en tierra vimos á los moradores habitar en las copas de los árboles como pájaros, atravesando algunos palos de un ramo á otro, para fabricar allí sus cabañas, que asi pueden llamarse mejor que casas, y aunque no sabíamos el motivo de esta novedad, juzgamos que procediese del miedo de los grifos, que hay en aquel país, ó de los enemigos, porque en toda aquella costa de una legua á otra hay grandes enemistades. A 20 del mismo mes, partimos de este puerto con bonanza poco segura, porque apenas salimos al mar, cuando volvieron á molestarnos los vientos y las tempestades, de manera que nos vimos precisados á entrar en otro puerto, del cual salimos al tercer día, con muestra de buen tiempo; pero como quien espera al enemigo en algún sitio

para matarle, luego nos embistió mal tiempo, de modo que nos llevó casi al Peñón, y teniendo esperanza de entrar en el puerto donde nos habíamos refugiado primero, como si jugase con nosotros nos embistió á la boca del puerto tan contrario viento, que nos precisó á volver hácia Veragua, y estando parados en la costa del mismo río, volvió el tiempo tan violento que si tuvo alguna prosperidad, fué permitirnos poder tomar aquel puerto, de cuya boca antes nos habíamos retirado el día 12 del mes de Diciembre, y aquí estuvimos desde el día segundo de Navidad hasta 3 de Enero del año siguiente de 1503, que, compuesta aquí la nave Gállega, y la provisión de maíz, agua y leña, volvimos al camino de Veragua con bien malos y contrarios vientos y se mudaban en peores, como el Almirante mudaba su camino; esto fué cosa muy extraña y jamás vista; pero yo no hubiera repetido tantas mutaciones, si además de hallarme presente, no lo hubiese visto escrito por Diego Méndez, el que navegó con las canoas desde Jamáica, de que adelante se hará mención, el cual también escribió este viaje, y en la carta que el Almirante envió por él á los Reyes Católicos, por la cual conocerá el lector, pues está impresa, cuanto padecimos y cuánto persigue la fortuna á los que debía dar prosperidades.

Pero volviendo á las mudanzas y contrariedades de los tiempos y del viaje, que tanto trabajo nos costó entre Veragua y Portobelo, por lo cual se llamó aquella costa después, la Costa de los Contrastes; digo que el jueves de la Epifanía, dimos fondo cerca de un río que los indios llaman *Kiebra*, y el Almirante le llamó *Belén*, porque en aquel día llegaron los tres magos, á aquel lugar y al punto hizo sondar la boca de aquel río y de otro que estaba más á Occidente, que los indios llamaban *Veragua*, y halló su entrada muy baja, y la de Belén con cuatro brazas en plena mar, entraron con las barcas en el río de Belén, y llegaron hasta el pueblo donde tuvieron noticia había minas de oro, aunque al principio, no solo no querían los indios hablar, pero se juntaban con sus armas, para impedir el desembarco de los cristianos, yendo nuestras barcas al día siguiente al río de Veragua, los indios de aquel pueblo hicieron lo mismo que los antecedentes no solo en tierra, sino en el mar, queriendo defenderse con las canoas; pero diciéndoles un indio de aquella costa que iba con los cristianos y los entendía algún poco, que éramos buena gente y no tomábamos nada sin pagarlo, se sosegaron un poco y trocaron 20 espejos de oro y algunos cañoncillos y granos de oro, sin fundir que para darles más estimación, decían que

se cogían lejos de allí y que cuando lo ejecutaban no comían ni llevaban mujeres consigo, que es lo mismo que decían también los de la Española cuando se descubrió.

CAPÍTULO XCV.

Cómo el Almirante entró con sus navíos en el rio de Belen, y determinó fundar un pueblo, y dejar allí al Prefecto, su hermano.

Entramos en el rio de Belen con la Capitana y la Vizcaina, el lunes 9 de Enero, y al instante vinieron los indios á rescatar lo que tenían, especialmente pescado, que á ciertos tiempos entra en aquel río del mar, que parece increible á quien no lo ve, donde trocaron algún poco de oro por vino de manzanas; lo que valía más lo daban por una cuenta ó por una campanilla. El día siguiente entraron los otros dos navíos que no habían entrado antes, que por haber poca agua en la boca, les fué preciso esperar la creciente, aunque no crece allí el mar en la mayor

marea sino media braza, y porque Veragua tenía gran fama de minas y grandes riquezas; al tercer día de nuestro arribo se embarcó el Prefecto en las barcas para entrar por el río é ir hasta el palacio de *Quibio*, que así llaman los indios á sus reyes. Sabida por el cacique la venida del Prefecto, fué con sus canoas por el río abajo á recibirle, y se trataron con mucha cortesía y amistad, dando uno á otro las cosas que más estimaban, y habiendo estado después un gran rato en conversación, se retiró cada uno á los suyos con gran quietud y paz, y al día siguiente fué Quibio á los navíos á visitar al Almirante, y habiendo estado más de una hora en conversación, el Almirante le dió algunas cosas y los suyos rescataron oro por cascabeles, y se volvió sin ceremonia alguna por el camino que vino.

Estando nosotros muy contentos y seguros el martes á 24 de Enero de repente creció el río de Belén, tanto que sin poder repararlo ni echar las gumenas en tierra, hirió la furia del agua á la Capitana con tanta furia que rompió una de sus anclas y se echó con tanto ímpetu, sobre la nave Gallega que estaba á su popa que del golpe que dió la rompió la contramesana y aquí apartándose la una de la otra corrieron á todas partes con tan extraña fúria, que estuvieron en peligro

de perderse con toda la armada; creían algunos que la ocasión de esta creciente fuesen las grandes y contínuas lluvias que hubo aquel invierno en aquella tierra, sin que cesase ni un día, aunque si fuese así, hubiera la creciente engrosado poco á poco y no venir de repente con tanta fúria, por lo cual se sospechaba que fuese algún gran turbión que descargó sobre los montes de Veragua, á los cuales llamó de San Cristóbal el Almirante, porque lo más alto de ellos entraba en la región del aire, donde se engendran las impresiones, por lo cual en su altura no se ven nubes porque están más bajas, y quien le viere dirá que es una hermita, y está por lo menos 20 leguas á tierra adentro enmedio de muchas montañas, y allí creimos haberse originado esta creciente, la cual hizo tanto daño, que el menor peligro fué, que aunque podíamos por la creciente salir á lo largo del mar qne estaba media milla distante, era tan cruel la tempestad, que andaba en él, que si hubiéramos salido en poco tiempo nos hubiera hecho pedazos, y esta tempestad duró tantos días que pudimos asegurar y armar bien á los navíos, y rompían las ondas con tanta fúria contra la boca del río, que no podían las barcas salir de él á correr la costa y reconocer la tierra para saber dónde estaban las minas, y elegir el mejor sitio para fun-

dar un pueblo, porque tenía determinado el Almirante dejar aquí al prefecto con la mayor parte de la gente, para que poblasen y sujetasen aquella tierra, hasta que él fuese á Castilla, para enviarles socorro de gente y vituallas; con este designio, habiendo abonanzado el tiempo á 6 de Febrero, envió al prefecto por mar con 68 hombres á la boca del río Veragua, que distaba una legua de la de Belén, y navegaron por el río abajo otra legua y media, hasta el pueblo del cacique donde estuvieron un día, informándose del camino de las minas; el miércoles siguiente anduvieron cuatro leguas y media, y fueron á dormir cerca de un río que pasaron cuarenta y cuatro veces; el día siguiente caminaron legua y media hácia las minas que les enseñaron los indios que los había dado por guia el Quibio y en el espacio de dos horas después que llegaron, cada uno cogía oro entre las raices de los árboles, que son altísimos en aquel pais y llegan al cielo; estimóse mucho esta muestra porque ninguno de los que iban llevaban instrumentos para sacar el oro, y no siendo su viaje más que para informarse de las minas, se volvieron muy alegres á dormir á Veragua, y el día siguiente los navíos, que aunque es verdad como se supo después, que estas minas no eran de Veragua sino es de *Urira*, que es un pueblo de enemigos,

y que las de Veragua estan más cerca, y porque tienen guerra todos los pueblos, mandó el Quibio para darlos pesar, que fuesen allá los cristianos con sus guías, para que les entrase ánsia de ir á aquellas minas y dejar las suyas.

CAPÍTULO XCVI.

Cómo el prefecto visitó algunos pueblos de la provincia y las cosas y costumbres de los indios de aquella tierra.

Jueves á 26 de Febrero del año referido de 1503, entró el prefecto en la tierra con 69 personas y con 14 por mar en una barca; el día siguiente por la mañana llegaron al río de Urira, que dista 7 leguas del de Belen, hácia Occidente y á una legua del pueblo, cuyo cacique le vino á encontrar con 20 personas para recibirle, y le pres entó muchas cosas de las que comen y se trocaro n algunos espejos de oro; mientras estaban allí el cacique y sus principales se metian en la boca una yerba seca y la mascaban, y á veces tomaban también cierto, polvo que lle-

vaban juntamente con la yerba seca que es mucha barbaridad; habiendo estado después en este sitio un rato, los indios y los cristianos fueron al pueblo donde había mucha gente, que los salía á ver, señaláronles una casa donde se alojasen, presentándoles muchas cosas de comer; de allí á poco vino el cacique de *Dururi*, que es otro pueblo vecino con muchos indios, los cuales también traían espejos para trocarlos, y de estos y de aquellos entendieron que en la tierra adentro había muchos caciques que tenían gran abundancia de oro y de gente armada como nosotros; mandó el Prefecto al siguiente día, que la mayor parte de la gente se volviese por tierra á los navíos y siguió su viaje con 30 hombres hácia *Yubraba* donde había mas de seis leguas de maizales, que son como los trigos y desde aquí fueron á *Çateba*, otro pueblo, y en ambos tuvo buena acogida, y le dieron bastimentos rescatando algunos espejos de oro, los cuales como hemos dicho, son como patenas de cáliz, mayores ó menores, de doce ducados de peso, otros mayores, y muchos menores, los cuales traen al cuello como nosotros el Agnus Dei ú otra reliquia, y porque entonces el Prefecto se había alejado mucho de los navíos sin haber hallado por toda aquella costa, puerto alguno ni río tan grande como el de Belen, se volvió por el mis-

mo camino á 14 de Febrero, para fabricar su habitación con muchos ducados de oro; procedióse con los rescates, al punto que llegó se dió prontamente orden, á que se quedasen con 80 personas y empezaron luego á fabricar casas á la ribera del río Belen, que estaba distante de la boca, un tiro de arcabuz, pasado un foso que está á mano derecha entrando por el río, en cuya boca se levanta un montecillo, las casas eran de madera cubiertas de hojas de palmas, que nacen en la playa; se hizo tambien otra casa grande que sirviese de tienda y almacén, en la cual se puso mucha pólvora, artillería y bastimentos, y otras cosas necesarias para el sustento de los pobladores y de lo que era más preciso como vino, bizcocho, aceite, vinagre, queso y muchas legumbres, porque no había allí otra cosa que comer; estas cosas dejaban aquí como en parte más segura que en la nave Gallega, que había de quedar con el Prefecto para valerse de ella en mar y tierra con todos aparejos de redes y anzuelos y otras cosas necesarias á la pesca, porque como hemos dicho, hay en aquella región mucho pescado y en todos los ríos á los cuales, y á la orilla del mar, van en ciertos tiempos del año, como de paso, ciertas especies de peces, de los cuales toda la gente del país se provee más que de carne, porque aunque hay allí varias es-

pecies de animales, no bastan al ordinario sustento de la gente; las costumbres de estos indios son, comunmente, semejantes á los de la Española é islas vecinas, pero estos de Veragua y del contorno cuando hablan uno con otro, se ponen de espaldas, y cuando comen, mascan siempre cierta yerba, lo cual creemos ser causa de tener los dientes gastados y podridos; su comida es pescado que pescan con redes y con anzuelos de hueso, que los hacen de las conchas de las tortugas, cortándolas á filo y lo mismo hacen en las otras islas.

Usaban de otro modo de pescar algunos peces tan pequeños como los más pequeños, que llaman *Titi* en la Española, éstos á ciertos tiempos concurren con las lluvias á las orillas, perseguidos de los peces mayores, con tanta ansia, que se ven precisados á subirse á la superficie del agua, en la cual los pescan los indios con esteras pequeñas y con redes muy chicas, así cogen cuantos quieren y los envuelven en hojas de árboles del mismo modo, que conservan los boticarios sus confecciones y después tostados en el horno, se conservan por tiempo largo; usan también de una red de pescar sardinas, como hemos dicho de las pescas de otros, porque este pez huye á tiempo de los peces grandes, con tanta velocidad y miedo, que saltan

la playa seca dos ó tres pasos, con que no tienen que hacer más que cogerlos; pescan también de otro modo las sardinas, pues en las canoas, desde la popa á la proa ponen un bulto de hojas de palma, de tres brazas de alto, después van navegando por el río haciendo mucho ruido y dando con los remos en el bordo, porque las sardinas para salvarse del pez que las persigue, saltan la canoa y ponen aquella altura para que caigan en ella y así toman cuantas quieren los *Uris*, las *Lachías* y aún las *Lisas* y de otras suertes de peces, vienen en otros tiempos y es cosa maravillosa ver, que al tiempo del paso por aquellos ríos tomen tan gran cantidad y la conserven tanto tiempo tostada; tienen también para su alimento mucho maíz, que es cierto grano que nace como el mijo, con una espina pitañocha, de que hacen vino tinto y blanco como la cerveza en Inglaterra, y allí echan lo que les parece, según lo que más les agrada y sale de buen sabor; hay vino raspago, hacen otro vino de unos árboles que parecen palmas, y yo creo que sean especies de ellas, aunque son lisos como los otros árboles y tienen en el tronco muchas espinas tan largas como las del puerco-espín, de la médula de estas palmas, son como palmitos, apretándola y esprimiéndola sacan el zumo de que hacen el vino y cociéndole en agua, echándola sus es-

pecies, le tienen por muy bueno y precioso; también hacen otro vino del mismo fruto que hemos dicho, que se halló en la isla de Guadalupe, el cual es semejante á una piña gruesa y la planta se siembra en campos anchos, donde sale un gran pimpollo que echa encima la misma piña, como sucede en los tallos de la lechuga, la cual planta dura tres ó cuatro años, dando siempre fruto; hacen vino también de otras suertes de frutas, especialmente de una que nace en árboles altísimos tan grandes como cedros y cada uno tiene dos, tres y cuatro huesos, al modo de nuez, aunque no es redonda, sino como el ajo ó la castaña, la corteza de este fruto es como la de la granada y. se parece á ella cuando está quitada del árbol aunque no tiene coronilla, y su sabor es como de persigo ó pera muy buena, de éstas unas son mejores que otras, como sucede en las demás frutas y también las hay en las otras islas y los indios la llaman *Mamei*.

CAPÍTULO XCVII.

Cómo para seguridad del pueblo de los cristianos, fué preso el Quibio con muchos principales indios y cómo huyó por negligencia de los que le guardaban.

Ya estaban en orden todas las cosas de la población con diez ó doce casas cubiertas de paja y el Almirante pronto para partir á Castilla, cuando el rio, que antes por la soberbia de las aguas, nos había puesto en gran peligro, ahora nos puso en mayor, por la falta de ellas, que habiendo cesado ya las lluvias de Enero con el buen tiempo, se cerró la boca del rio con la arena, de modo que aunque estábamos dentro tenía cuatro brazas de agua, que era muy poca para la

que se necesitaba; cuando quisimos salir, tenía media braza, conque quedamos encerrados dentro sin remedio alguno, porque era imposible sacar los navíos por la arena, y áun cuando hubiéramos tenido máquinas para hacerlo, estaba el mar tan revuelto, que si la menor ola le arrojase á la orilla, haría pedazos los navíos, especialmente los nuestros, que parecían una colmena agujereados todos por las culebras, por lo que nos encomendamos á Dios, pidiéndole nos diese lluvia, como antes le habíamos pedido serenidad, porque sabíamos que lloviendo, llevaría agua el rio y se abriría la boca, como sucede en aquellos rios y habiendo tenido noticia, por el lengua, de que el Quibio ó Cacique de Veragua había determinado venir en secreto á quemar las casas y dar muerte á los cristianos, que los tenían muy enfadados por haber poblado en aquel río, pareció conveniente prenderle, con todos sus principales y enviarlos á Castilla, para castigo suyo y ejemplo y miedo de los otros y que su pueblo quedase en servicio de los cristianos, y para hacerlo fué el Prefecto con setenta y cuatro hombres al pueblo de Veragua el día 30 de Marzo, y aunque llamo pueblo, es de advertir que en aquella tierra no hay casas juntas, que sus habitaciones son como en Vizcaya, distantes unas de otras.

Cuando el Quibio supo que llegaba el Prefecto, empezó á decir que no fuese á su casa que estaba en una colina sobre el rio Veragua y para que no se huyese de miedo, determinó el Prefecto ir á ella con cinco hombres, dejando orden á los demás, que viniesen detrás dos á dos distantes unos de otros, y que en oyendo disparar un arcabuz, cercasen la casa de manera que no escapase ninguno.

Habiéndose acercado el Prefecto á la casa, le envió otro recado el Quibio diciéndole que no entrase en ella, que él saldría á hablarle, aunque estaba herido de una flecha; esto lo hacen así para que no vean sus mujeres, porque son celosísimos y por esto salió hasta la puerta y se sentó en ella, diciendo que llegase á él, solo el Prefecto el cual lo hizo así, dando orden á los demás de que luego que él le agarrase de un brazo embistiesen.

Habiendo llegado al Cacique, le preguntó por su enfermedad y otras cosas de la tierra, por medio de un indio que tenían, que habían preso más de tres meses antes, cerca de allí y andaba con nosotros doméstica y voluntariamente, el cual tenía entonces gran miedo por el amor que nos tenía, sabiendo que el Quibio deseaba mucho matar á los cristianos, y porque no conocía aún nuestras fuerzas, creía se podría salir

con ello fácilmente, por la multitud de gente que había en la provincia, pero el Prefecto se cuidaba poco de su temor y fingiendo querer ver donde tenía el Cacique la herida, le cogió del brazo y como ambos tenían gran fuerza, el Prefecto le sugetó, hasta que llegaron los cuatro, y hecho esto, mandó disparar el arcabuz y corrieron todos los cristianos de la emboscada, á su casa, donde había cincuenta personas grandes y pequeñas, de que se prendió la mayor parte, sin haber herido á ninguno; porque viendo á su Rey preso no quisieron ponerse en defensa; había entre estos algunos hijos y mujeres del Quibio y otros indios principales que prometían grandes riquezas, diciendo que en un bosque cercano había un gran tesoro y que todo le darían por su rescate, pero no contentándose el Prefecto con aquella promesa, resolvió que, antes que se juntasen los del contorno, se enviase á la nave, preso á Quibio juntamente con su mujer é hijos y con los otros principales, y quedarse ellos allí, con la mayor parte de la gente para ir contra sus vasallos y parientes que habían huido, tratando después con los capitanes y la gente honrada, á quien se debía encomendar la gente que le llevase hasta la boca del rio; se le entregó á Juan Sánchez de Cadiz, piloto y hombre muy estimado, porque se ofreció á condu-

cirle, llevando al Cacique con los pies y manos atadas: y advirtiendo á este que le conducía, que tuviese cuidado de que no se escapase, respondió quería que le pelasen las barbas si huía; tomóle á su cuidado y partió con él, rio abajo de Veragua y estando ya distante media legua, empezó el Quibio á lamentarse mucho de llevar atadas tan fuertemente las manos, de manera que movía á piedad á Juan Sánchez, y le desató del banco de la barca donde iba atado, teniéndole por el cabo, por lo cual viendo Quibio de allí á poco tiempo, que estaba entretenido Juan Sánchez en otra cosa, se echó al agua y no pudiendo tener firme el cabo Juan Sánchez, le dejó por no caer en el rio con él, y llegada la noche con el rumor de los que andaban en la barca no pudieron ver ni oir donde había tomado tierra, de modo que no supieron más noticia de él, como si fuese un peñasco que había caído en el agua y para que no sucediese lo mismo con los otros presos, siguieron su camino las naves, con bastante vergüenza del descuido é inadvertencia. El día siguiente que fué 1.° de Marzo viendo el Prefecto la tierra montuosa, llena de árboles y que no había ya pueblo ordenado, sino una casa en un collado y otra en otro y que sería muy dificultoso andar de una parte á otra buscando los indios, resolvió volverse á los navíos

con su gente sin traer ninguno de los suyos muerto ó herido y presentó al Almirante, los despojos de la casa del Quibio que valdrían 300 ducados en espejos, aguilillas y cañillas de oro que se meten en hiladas en los brazos y alrededor de las piernas, y cordoncillos de oro, que á modo de corona se rodean la cabeza, todo lo cual se partió y sacado el quinto para los Reyes Católicos, repartió lo demás entre los que habían ido á la función y al Prefecto, en señal de la victoria le dió una corona de las que hemos dicho.

CAPÍTULO XCVIII.

Cómo habiendo partido el Almirante para Castilla, asaltó el Quibio al pueblo de los cristianos en cuyo combate hubo muchos muertos y heridos.

Proveidas entonces las cosas pertenecientes al mantenimiento del pueblo y á las constituciones y estatutos que para su gobierno había hecho el Almirante, quiso Dios que lloviese tanto que creció el río de modo que volvió á abrirse la boca, por lo cual resolvió el Almirante partir luego á la Española con tres navíos para enviar socorro con la mayor diligencia, y así esperando bonanza y calma, porque el mar ni rompiese ni batiese la boca del río, salimos con

los dichos navíos llevando las barcas delante, aunque ninguno quedó tan limpio, que no arrastrase por tierra, que si no fuese arena movible sería áun en la bonanza peligroso; hecho esto, al instante pusimos con gran presteza dentro lo que habíamos sacado para aligerar los navíos al tiempo de la salida, y esperando de este modo á la larga costa, á una legua de la boca del río, el tempo para navegar, quiso Dios milagrosamente que hubiese motivo para enviar la barca de la Capitana á tierra, así por agua como por otras cosas necesarias y fué el caso que viendo los indios del Quibio que estando los navíos fuera no podían dar socorro á los que quedaban en la fortaleza, al punto mismo que llegó la barca á tierra, asaltaron el pueblo de los cristianos, no habiendo sido descubiertos por lo intrincado del bosque, hasta que estuvieron á diez pasos de las casas; daban al embestir grandes gritos, tirando lanzas á los que veían y á las casas, que estando cubiertas con hojas de palmas, las pasaban fácilmente de un lado al otro y alguna vez herían á los que estaban dentro, por lo cual estando los nuestros desprovistos y muy ajenos de esta novedad, hirieron cuatro ó cinco, antes de ponerlos en orden para resistir; el Prefecto que era hombre de gran corazón, se opuso á los enemigos con una lanza, animando á los suyos y em-

bistiendo animosamente á los indios, con síete ú ocho que le seguían con tanta pujanza, que los hicieron retirar hasta el bosque, que como hemos dicho, estaba cercano á las casas; volvieron desde él á hacer algunas escaramuzas los indios, tirando sus azagayas y retirándose después como en el juego de cañas hacen los españoles, hasta que concurriendo entonces muchos cristianos fueron los indios castigados con las espadas, y por un perro que los perseguía fieramente con que se pusieron en fuga, dejando muerto un cristiano y siete heridos, y entre ellos al Prefecto con una lanza en el pecho; de este peligro se aseguraron bien, dos cristianos cuyo caso por contar la graciosidad de uno, que era italiano, y Lombardo, por la severidad de otro que era castellano se debe contar y fué así: El Lombardo, llamado Sebastián, iba huyendo furiosamente á esconderse en una casa, á quien dijo Diego Méndez, de quien se hará mención más adelante: «Vuelve, vuelve atrás, Sebastián; ¿dónde vas? á quien respondió déjame andar, diablo, que yo voy á poner en salvo mi persona; el español era el capitán Diego Tristán, á quien el Almirante había enviado con la barca á tierrra, el cual no salió fuera con su gente como si estuviera preso en el río, donde era la bulla y habiéndole preguntado algunos y reprendido de otros, de que no salía a ayudar

á los cristianos, respondió á los que estaban en tierra, porque de miedo no se retirená la barca: si yo me acerco á la ribera, y perecerán todos; pues perdida la barca el Almirante tendrá después peligro en el mar, y por esto no quería hacer sino lo que le habían mandado, que era cargar agua y leña, á lo menos hasta que viese que los de la población tenían más necesidad de su socorro, y queriendo al punto tomar el agua para dar al Almirante cuenta de lo que pasaba, determinó ir por el río abajo á tomarla hasta donde no se mezclaba el agua dulce con la amarga, aunque algunos le protestaron no hiciese aquel viaje, por los grandes daños que podían acaecerle de los indios y sus canoas á que respondió que no temía aquel riesgo y que por esto había tomado tierra, y era enviado del Almirante y así siguió su camino el río abajo, que es muy profundo por dentro y muy cerrado de ambas partes, poblado de árboles que llegan hasta el agua, y tan espesos que apenas se podía tomar tierra, salvo en algunos sitios de los caminos que venían al río, ó donde se acababan las sendas de los pescadores y donde ellos esconden sus canoas.

Al instante que los indios le vieron cosa de una legua el río abajo distante de la fortaleza, salieron de ambas partes, las más espesas, con

sus barquillas ó canoas y con grande grita le asaltaron por todas partes tocando cornetas, con mucha ventaja y atrevimiento, porque siendo sus canoas ligerísimas, que un solo indio basta para gobernarlas y guiarlas á cualquier parte, especialmente las que son chicas ó de pescadores, venían en cada una tres ó cuatro indios, uno bogaba y los otros vibraban las lanzas y los dardos, contra los de la barca, y llámolos dardos y lanzas por el tamaño que tienen, que ellos verdaderamente son astas y como no tienen hierro, las ponen á las puntas espinas ó dientes de pez.

No habiendo en nuestra barca sino siete ú ocho hombres que bogaban con dos ó tres soldados, no podían reparar los golpes de las muchas lanzas que los tiraban, con que necesitaron de dejar los remos, y tomar las rodelas; pero era tanta la multitud de indios que llovía de todas partes, que arrimándose con las canoas y retirándose cuando los parecía hirieron la mayor parte de los cristianos y especialmente al capitán, con muchas heridas, y aunque estuvo siempre firme, animando á los suyos no le ayudó nada, porque le tenían sitiado por todas partes sin poderse mover ni valerse de los mosquetes, hasta que á lo último le hirieron en un ojo con una lanza grande, á cuyo golpe cayó de re-

pente muerto, y á todos los otros les sucedió lo mismo, sino es áun botero de Sevilla, llamado Juan de Moya, cuya buena suerte quiso que enmedio de la batalla cayese en el agua y nadando por debajo salió á la orilla sin que nadie le viese y por entre la espesura de los árboles llegó á la población á contar el suceso de que se espantaron de tal modo los cristianos, que viéndose tan pocos y heridos la mayor parte, y algunos de los compañeros muertos, y estar el Almirante en el mar, sin barca, con el riesgo de no poder llegar á donde pudiese enviar socorro, determinaron de no quedarse donde estaban y así al al instante, sin obediencia, ni otra orden, hubieran partido de allí si no se lo impidiese la boca del río, la cual con el mal tiempo se había vuelto á cerrar, porque no solo no podía salir por ella el navío que había quedado, pero ni una barca, porque el mar lo rompía todo, ni hubo persona que pudiese dar aviso al Almirante de lo que les había sucedido; pero él no corría menos riesgo en el mar, en cuya playa estaba surto, por no tener barca y estar con tan poca gente, por la que le habían muerto, por lo cual él y todos nosotros estábamos en el mismo trabajo y confusión que los que estaban en el fuerte, los cuales por el suceso del combate pasado y por ver venir el río abajo los muertos llenos

de heridas y seguidos de los cuervos que venían sobre ellos graznando y volando, lo tomaron todo por agüero desdichado, con temor de que les sucediese lo mismo que á los otros; mayormente viendo que los indios estaban muy soberbios con la victoria y no los dejaban sosegar un instante por la mala disposición de la población y es de creer que todos hubiéramos sido muy maltratados si no se hubiese tomado por buen remedio ir á una gran playa escombrada á la parte de Oriente, donde fabricaron un baluarte con las botas y otras cosas que tenían, plantando la artillería en lugares convenientes, conque se defendían, porque los indios no se atrevían á salir del bosque, por el daño que recibían de las bombas.

CAPÍTULO XCIX.

Cómo huyeron los indios que estaban presos en las naves y el Almirante supo la derrota de los de tierra.

Mientras sucedían en tierra estas cosas, se pasaron diez dias, los cuales estuvo el Almirante con gran desvelo y sospecha de lo que hubiese sucedido, esperando de instante en instante, que sosegase el tiempo para enviar la otra barca, á saber la ocasión de la tardanza de la primera; pero siéndonos contraria en todo la fortuna, no quiso que supiésemos los unos de los otros y por aumentar el trabajo, sucedió que los hijos y parientes del Quibio, que venían presos en la nave Bermuda para traerlos á Castilla, procuraron libertarse de el modo siguiente: por

la noche los metían debajo de cubierta, y estando la escotilla tan alta que no podían llegar á ella, se olvidaron los guardas de cerrarla, por la parte de arriba, porque encima dormían algunos marineros, lo que dió causa á los indios á discurrir escaparse; así le recogieron poco á poco todos los cantos del lastre, y los pusieron á la boca de la escotilla, haciendo un gran montón, y luego todos juntos subidos en él, y poniendo las espaldas por debajo, abrieron con fuerza una noche la escotilla derribando los que dormían encima, y saltando fuera prontamente; algunos de los principales indios se echaron al agua; pero habiendo concurrido la gente al rumor no pudieron hacerlo otros, y así habiendo luego cerrado la escotilla los marineros con su cadena empezaron á hacer mejor la guarda, por lo cual desesperados los que no se habían podido escapar con los compañeros, los hallaron ahorcados por la mañana con los cabos que pudieron haber, y como tenían poca altura, unos se ahorcaron de rodillas, y otros tirando con los piés el lazo, de modo que de los presos de aquel navío ninguno quedó que no fuese muerto ó huido, y aunque semejante pérdida no fuese de considerable daño de los navíos, sin embargo se temía que pudiese aumentar las desgracias á los de tierra su muerte ó fuga; por si se quedaban en

aquella tierra con los cuales haría paz Quibio voluntariamente para rescatar sus hijos, y viendo que ahora no tenian prenda alguna para hacerlo, se juzgaba que haria fuerte guerra á los cristianos. Hallándonos pues con tantos daños y desgracias muy atribulados y á discreción de los Gumenas, con las cuales estabamos surtos sin saber nada de tierra, no faltó quien se moviese á decir, que pues aquellos indios para salvar solamente la vida, se habían arriesgado á echarse al mar, á una legua de distancia de tierra, ellos por salvarse así mismos, y á tanta gente, se arriesgarían á tomar tierra nadando si con la barca que quedaba, que era la de la nave Bermuda, los llevasen hasta donde las ondas no rompían, solo había aquella barca porque la de la Vizcaina, ya hemos dicho que se perdió en el combate, y en todos los tres navíos no había más que la referida para las necesidades de ellas. Viendo el Almirante el buen ánimo de estos marineros, convino en que ejecutasen su ofrecimiento y la referida barca los llevó hasta un tiro de arcabuz de tierra, á la que no podía arrimarse más sin gran riesgo por lo grueso de las olas que rompían contra la playa, y desde aquí solo se echó al agua Pedro de Ledesma, piloto de Sevilla, y con búen corazón, ya encima ya debajo de las olas llegó finalmente á tierra donde supo el es-

tado de los nuestros, y como oyó que decían á una voz, que de ningún modo querían quedar vendidos, y sin remedio como estaban, suplicando al Almirante que no se fuese sin recogerlos, porque dejarlos era dejarlos condenados á muerte, y más entonces que con las sediciones, ni obedecían al prefecto ni á los capitanes, y que todo su estudio y aplicación era ponerse en órden para cuando abonanzase, tomar alguna canoa y embarcarse, pues con una barca sola que les había quedado, no podían hacer esto cómodamente y que si el Almirante no los recogiese en el navío que les había quedado, hubieran procurado salvar las vidas y ponerse al arbitrio de la fortuna antes que estar á la discreción de la muerte que aquellos indios crudos, carniceros, habrían querido darlos. Con esta respuesta volvió Pedro de Ledesma á la barca que le esperaba, y de allí á los navíos donde contó al Almirante lo que pasaba.

CAPÍTULO C.

Cómo el Almirante recogió su gente que había dejado en Belen y después atravesamos á Jamaica.

Luego que supo el Almirante la derrota, tumulto y desesperación de la gente, resolvió aguardarlos, para recogerlos, aunque no sin gran peligro, porque tenía sus navíos en la playa, sin reparo alguno, ni esperanza de salvarse, si el tiempo empeorase; pero quiso Nuestro Señor, que en el término de ocho días que estuvo allí abonanzase el tiempo, de modo que los de tierra pudieron empezar á recoger sus haciendas en la barca, que tenían en gruesas canoas, puestas bien en orden, y atadas unas con otras, para que no se volcasen, y deseando cada uno, no ser de los últimos, se dieron tanta prisa que en dos días no dejaron en tierra cosa alguna, sino el casco

del navío, que por estar todo agujereado de las culebras, no podía navegar, y así con gran alegría de vernos todos juntos, nos hicimos á la vela llevando el viaje de Levante, la costa arriba de aquella tierra porque aunque los demás pilotos decían, que tomando la via del Norte podíamos volver á Santo Domingo, sólo el Almirante y el Prefecto, su hermano, conocian que era necesario antes de atravesar el golfo que está entre la tierra firme y la Española, navegar un buen pedazo, siguiendo la costa arriba, lo cual tenía muy descontenta á la gente, que les parecía, quería volverse el Almirante á Castilla; camino derecho, sin navíos y bastimentos suficientes al viaje, pero como él sabía mejor lo que le convenía, seguimos nuestros viaje hasta llegar á Portobelo donde nos vimos precisados á dejar la nave Vizcaina, por la mucha agua que hacía, y porque todo su plan estaba consumido y roto por las culebras, y siguiendo la costa subimos, hasta que pasamos el puerto del Retrete y el de una tierra que tenía muchas isletas, á las cuales llamó el Almirante las *Barbas* pero los indios y los pilotos, llamaron á todo aquel contorno, del *Çacique Pocorosa*, desde aquí pasaudo más adelante al fin que vimos de la tierra firme, llamó Mármol, que es el espacio que estaba á diez leguas de las Barbas.

Después, el lunes 1.° de Mayo del mismo año de 1503 tomamos la vía del Norte con vientos y corrientes de la vanda de Levante, porque procurábamos siempre navegar más al viento que podíamos. Todos los pilotos decían que ya habríamos pasado el Oriente de las islas de los caribes; sin embargo, el Almirante, temía no poder surgir en la Española, y esto se verificó porque el miércoles 10 del mismo mes de Mayo, dimos vista á dos islas, muy pequeñas y bajas, llenas de tortugas, de las cuales estaban llenas alrededor, que parecían escollos, por lo cual se llamaron estas islas las *Tortugas* y pasando de largo la vía del Norte, el viernes siguiente por la tarde á treinta leguas de aquí arribamos al jardin de la Reina, que es nna cantidad muy grande de isletas, situadas al Mediodía de la isla de Cuba; estando surtos en este paraje diez leguas distantes de Cuba con bastantes hambres y trabajos, porque no teníamos que comer más que vizcochos y algún poco de aceite y vinagre fatigados de día y de noche, para sacar el agua con tres bombas porque los navíos se iban á fondo por los muchos agujeros que los habían hecho las culebras. Sobrevino de noche una gran tempestad en que no pudiendo la Bermuda mantenerse sobre sus anclas, cargó sobre nuestra nave y rompió toda la proa, aunque no quedó

ella sana del todo, porque perdió casi toda la popa, hasta cerca de la Limeta y con gran trabajo, por la mucha agua y viento, quiso Dios que se apartasen una de otra, y echadas al mar todas las anclas y las gumenas que tenían, nada bastó para afirmar la nave y cuando amaneció, hallamos el cabo tan cortado, que se mantenía solo en un hilo de suerte que si dura una hora más la noche, hubiera acabado de cortarse, mayormente siendo aquel sitio áspero y lleno de escollos, y que no podían huir de dar en alguno, pues los tenían por popa, no obstante quiso Dios librarnos, como nos había librado de otros muchos peligros, y así partiendo de aquí, con bastante fatiga, fuímos á un pueblo de indios en la costa de Cuba, llamado *Maçaca*, donde habiendo tomado algún refresco, partimos á Jamaica, porque los vientos de Levante y las grandes corrientes, no nos dejaban ir á la Española, mayormente estando los navíos tan agujereados, como hemos dicho: pero de día ni de noche no dejábamos de trabajar en sacar el agua con tres bombas, de las cuales, si se rompía alguna, era preciso que mientras se aderezaba sirviesen de lo mismo las calderas, con todo esto la noche antes de la vigilia de San Juan, creció el agua tanto, que no había remedio de vencerla, porque llegaba hasta la cubierta y con gran

fatiga nos mantuvimos así, hasta que venido el día tomamos en Jamaica, el puerto *Bueno*, y aunque lo es para reparar los navíos, ni tenía agua para poder recogerse, ni pueblo alguno alrededor; pero remediando esto lo mejor que pudimos, pasado el día de San Juan partimos á otro puerto más hácia Oriente, llamado *San Gleria* cubierto de rocas y habiendo entrado dentro, no pudiendo sostener más los navíos, los encallamos en tierra lo mejor que pudimos, acomodando uno cerca de otro á lo largo, bordo con bordo, y con muchos puntales á una y otra parte los pusimos tan fijos, que no se podían mover; y así se llenaron de agua hasta la cubierta, sobre la cual en el castillo de popa y en la proa se hicieron estancias, donde pudiese la gente alojarse, con intento de hacernos aquí fuertes si los indios quisiesen hacernos algún daño, pues en aquel tiempo la isla no estaba aún poblada, ni sugeta á los cristianos.

CAPÍTULO CI.

Cómo el Almirante envió en canoas á dar aviso desde Jamáica á la Española y de que se había perdido con su gente.

Estando fortificados los navíos de este modo distantes un tiro de ballesta de la tierra de los indios que era buena y doméstica gente, llegaron luego en canoas á vendernos sus cosas y bastimentos por el deseo que tenían de adquirir las nuestras, para que no hubiese disputa alguna entre los cristianos, y ellos en la compra, ni les llevasen más de lo honesto y tomasen los otros lo que debían haber, nombró el Almirante dos personas que tuviesen cuidado de los rescates que llevasen, y que todos los días los dividiesen por suertes entre la gente del navío,

porque entonces no teníamos en los navíos cosa alguna con que sustentarnos, pues nos habíamos comido la mayor parte de provisiones, la otra se había podrido, y la otra perdido al tiempo de embarcarse en el río de Belén, donde con la prisa y la gana de embarcarse, no se había podido recoger todo lo que se quería y para socorrernos de comida, quiso Nuestro Señor llevarnos á aquella isla, abundante de bastimentos, bastantemente poblada, de indios deseosos de rescatar con nosotros, por lo cual venían de todas partes á traernos cuanto tenían y para que los cristianos no saliesen en cuadrillas por la isla se quiso el Almirante fortificar en el mar, y no acercarse á tierra porque siendo nosotros por naturaleza poco obedientes, ni el castigo ni el Prefecto bastarían á tener quieta la gente, ni aún impedirla que fuese á correr los lugares y casas de los indios, para quitarles lo que habían adquirido, y despreciasen los hijos y las mujeres de donde después nacerían muchas contiendas y tumultos, de que resultaría hacernos enemigos, y quitándoles por fuerza los bastimentos, se padecería entre nosotros gran necesidad y trabajo lo cual no sucedió, porque la gente estaba en los navíos, de donde no podía salir sin licencia, y dejándolo anotado; esto satisfizo mucho á los indios, que por cosas de poquísimo precio,

nos traían cuanto necesitábamos, porque si traían una ó dos hutias, que son como conejos, les dábamos en recompensa un arete de agujeta; si traían hogazas de pan, que llamaban cazabi, hechas de raíces de yerba, les daban dos ó tres cuentas de vidrio, verdes ó coloradas, y si traían alguna cosa en gran cantidad, se les daba una campanilla, y tal vez al Rey y á los caciques un espejillo, algún birrete colorado, ó unas tenazas, lo cual les era cosa muy agradable; con este orden de rescate estaba la gente muy abastecida y abundante de todo lo que había menester, y los indios, sin enfado, en nuestra compañía y vecindad.

Pero siendo necesario buscar modo para volver á Castilla, juntó el Almirante á los capitanes y otros hombres de su mayor estimación, para tratar con ellos el modo de salir de aquella prisión y que á lo menos volviesen á la Española, porque estarse allí con esperanza de que algún navío arribase, era una necedad sin términos algunos de razón, y era imposible pensar en fabricar allí alguno de nuevo, porque ni tenían instrumentos ni maestranza, que bastase á hacer cosa buena, sino es en tiempo muy dilatado ó que no fuese apropósito para navegar, según los vientos y corrientes que reinan entre aquellas islas y van al Occidente; antes se per-

dería el tiempo y procurarían nuestra ruina, en lugar de impedirla, y así después de muchas consultas, determinó el Almirante enviar á la Española á decir que se había perdido en aquella isla y que le enviasen un navío con municiones y bastimentos; para esto eligió dos sujetos de quien se fiaba mucho y que lo ejecutarían con gran puntualidad y con gran corazón, digo con gran corazón, porque parecía temerario el paso de una isla á otra, é imposible hacerle en canoas, como era preciso, porque son barcas de un madero cabado, como queda dicho, y hechas de modo que cuando están bien cargadas, no salen una cuarta sobre el agua, demás que era necesario que para aquel paso fuesen medianas, que si fueran chicas, serían muy peligrosas y si grandes no servirían por su peso á viajes largos, ni podrían hacer el que se deseaba. Escogidas, en fin, dos canoas á propósito para lo que queríamos, mandó el Almirante en Julio de 1503, que fuese en una de ellas Diego Méndez de Segura, escribano mayor de la Armada, con seis cristianos y diez indios, que bogasen, y en la otra envió á Bartolomé Fiesco, gentil hombre genovés, con otra tanta compañía, para que luego que Diego Méndez estuviese en la Española, siguiese sin parar su camino á Santo Domingo, que distaba de donde

estábamos casi 250 leguas y que volviese Fiesco á traer noticia de que el otro quedaba puesto en salvo, para sacar de dudas y temores de si le había sucedido alguna desgracia, la cual debía temerse mucho, considerando como hemos dicho, la poca resistencia de una canoa en cualquiera alteración de mar, y especialmente habiendo dentro de ella cristianos, porque yendo indios solos no habría peligro tan grande, pues son tan diestros que aunque se les aneguen las canoas en medio del golfo, las vuelven á enderezar, nadando, y se meten en ellas; pero porque la honra y la necesidad hacen emprender los mayores peligros, tomaron los referidos su camino por la costa abajo de la dicha isla de Jamáica, navegando hácia Oriente, hasta que llegaron á la punta Oriental de la isla, que llaman los indios *Aamaquique*, por un cacique de aquella provincia llamado así, que está á 34 leguas de *Maíma*, que era el lugar donde nosotros estábamos fortificados, porque para atravesar de una isla á otra era menester navegar 30 leguas sin haber en el camino, sino una isleta ó escollo, que dista ocho leguas de la Española, y fué necesario para pasar por tal golfo, en semejantes bajeles, que esperasen aquí una gran calma, la cual quiso Dios viniese en breve. Habiendo metido cada indio en las canoas su calabaza de

agua y algunas especies de que usan, y el cazabi, y entrando en ella los cristianos, con sus rodelas y bastimentos, que necesitaban, se echaron al mar, y el Prefecto que había ido con ellos al Cabo de Jamáica, por evitar que los indios de la isla no les impidiesen el viaje en algún modo, se estuvo allí hasta que venida la tarde los perdió de vista, y se vino poco á poco á los navíos, persuadiendo de camino á la gente del país á que recibiese nuestra amistad y comunicación.

CAPÍTULO CII.

Cómo se rebelaron los Porras con gran parte de la gente contra el Almirante, diciendo que se iban á Castilla.

Partidas las canoas á la Española, empezó á enfermar la gente que quedaba en los navíos, así de los grandes trabajos que habian padecido en el camino, como de la mudanza de comidas, porque entónces no comían nada de Castilla, ni bebían vino, ni tenían carne fuera de algunas hutias que alguna vez podían rescatar, de modo que pareciendo los que estaban sanos áspera vida y estarse tan largo tiempo encerrados, murmuraban entre ellos diciendo que el Almirante no quería volver á España, porque los reyes le habían desterrado y que á la Española po-

hablar, sospechó lo que podía ser y le respondió con gran disimulación y sosiego, no hallar modo de poder pasar, hasta que los que habían ido con las canoas le enviasen navío en que ir y que más que ninguno deseaba la ida, por su bien particular y general de todos aquellos de quien debía dar cuenta; pero que si pareciese otra cosa, como en otras ocasiones se habían reducido los capitanes y los hombres principales á exponer lo que sentían y conviniese tambien entonces y cuantas más veces fuese necesario, lo mandaría ejecutar, para que cada uno discurriese en este negocio. A que replicó Porras no haber ya tiempo para tantas palabras, sino que se embarcase luego ó se quedarse con Dios y con esto volviendo la espalda, repitió en voces altas: —«Yo me voy á Castilla con los que quisieren seguirme—» á cuyo tiempo todos los secuaces que estaban presentes, empezaron á gritar fuertemente diciendo:--«Queremos ir contigo, queremos ir contigo--» y saltando unos por una parte y otros por otra ocuparon los castillos y las gavias con las armas en la mano, sin orden ni juicio, gritando unos ¡muera! y otros *¡A Castilla, á Castilla!* y otros *señor capitan ¿qué haremos?* y aunque el Almirante entonces estaba en la cama tan postrado de la gota, que no podía tenerse en pié, no pudo contenerse sin dejar de levantarse,

para andar cojeando, por entre aquel rumor, más apenas le vieron tres ó cuatro de los más honrados servidores suyos; cuando se abrazaron á él, porqne la gente sublevada no le matase y le volvieron con gran trabajo á la cama, después fueron al Prefecto que se había opuesto con ánimo valeroso y una lanza en la mano, la cual le quitaron por fuerza, y le llevaron con su hermano, rogando al capitán Porras, que se fuese con Dios y que no quisiese hacer tan malas cosas que tocasen á todos y que bastaba que no hubiese impedimento, ni resistencia para su partida, que si fuese causa de la muerte del Almirante, no podía esperar sino un gran castigo, sin esperanza de utilidad alguna. Sosegado un poco el tumulto, tomaron los conjurados diez canoas que estaban atadas al bordo de los navíos, las cuales había hecho el Almirante buscar y comprar en la isla, para valerse de ellas en lo que fuese necesario por no quitárselas á los indios, ni darles motivo de disensión con los cristianos; embarcáronse en estas con tanta alegría como si hubieran desembarcado en algún puerto de Castilla, por lo cual otros muchos que ignoraban la traición, desesperados de ver que se quedaban como pensaban, abandonados, llevando la mayor parte y los más sanos con sus haciendas, entraron con ellos en las canoas, con tantas lá-

grimas y dolor de los pocos fieles servidores del Almirante y de muchos enfermos que había que imaginaban quedaban para siempre perdidos todos y sin alivio alguno, y no hay duda que si toda la gente hubiera estado sana, no hubieran quedado veinte hombres con el Almirante, el cual salió á confortar su gente con las mejores palabras, que le dieron el tiempo y el estado de sus cosas.

Los rebelados con su capitán Francisco Porras, siguieron en las canoas su viaje hasta la punta de Levante, por donde atravesaron Diego Mendez y Fiesco á la Española y por todas partes por donde pasaban hacían muchas injurias á los indios, quitándoles por fuerza los bastimentos y todo lo que les agradaba, diciéndoles que fuesen al Almirante que se lo pagaría y que si no lo pagase les daban licencia para que le matasen, en que harían lo que más conveniente les fuese, porque no solo le aborrecían los cristianos pero él era la causa de todo el mal de los indios de toda la isla, y que lo mismo haría con ellos, si no se remediaban con su muerte; pues con este designio, se quedaba á poblar aquella isla; caminando de este modo hasta la punta Oriental de Jamaica, al primer buen tiempo y calma se pusieron á pasar á la Española llevando consigo algunos indios que bogasen, pero porque los

tiempos estaban poco firmes y las canoas muy cargadas, navegaban poco y estando á cuatro leguas de tierra se volvió el viento contrario lo cual les causó tan grande miedo que determinaron volverse á Jamaica y sucedió, que como no estaban diestros en gobernar canoas, entró un poco de agua sobre el bordo y tomaron por remedio alijerarlas, arrojando al mar cuanto llevaban sin dejar más que las armas y comida bastante para volver; pero refrescando el viento y pareciéndoles correr algún riesgo, para alijerarlas más, determinaron echar á los indios en el mar, como lo ejecutaron con algunos, y á otros que fiados en saber nadar, se habían echado al mar, por el temor de la muerte y ya muy cansados se llegaban al bordo de las canoas para respirar un poco, les cortaban las manos y les hacían otras heridas y así mataron 18 no dejando vivos sino algunos que gobernasen las canoas, porque ellos no sabían hacerlo y es bien cierto que si la necesidad que tenían de ellos no les precisara á conservarlos, habrían puesto en efecto por entero la crueldad mayor que se puede pensar, no dejando ninguno de ellos vivo, en premio de haberlos sacado con engaño y ruegos para servirse de ellos en tan importante viaje. Llegados á tierra hubo diversos pareceres entre ellos, porque unos

decían que era mejor ir á Cuba y que desde allí donde estaban, podían tomar los vientos Levantes y las corrientes á medio flanco y pasando de esta forma con prontitud y sin trabajo podrían atravesará la Espa ñola, de una tierra á otra, no sabiendo que estaban diecisiete leguas distantes; otros decían era mejor volver á los navíos y ponerse en paz con el Almirante ó quitarle por fuerza lo que había quedado de armas y rescate: otros fueron de opinión que antes que se intentase alguna cosa de estas, se esperase allí alguna bonanza ó calma para volver á aquel paso, lo cual tuvieron por mejor, y permanecieron en aquel pueblo de *Avamachiche*, más de un mes esperando el temporal, y destruyendo la tierra; venida la calma, volvieron á embarcarse otras dos veces, pero sin efecto porque los vientos les eran contrarios, por lo cual desesperados de conseguir semejante paso, de pueblo en pueblo, se fueron hácia Poniente muy disgustados, sin canoas y sin consuelo, comiendo á veces lo primero que hallaban y otros tomándole á discreción, según el poder ó resistencia que hacían los Caciques por donde pasaban.

CAPÍTULO CIII.

De lo que hizo el Almirante despues que los sublevados partieron á la Española y de su advertencia para valerse de un eclipse.

Volviendo ahora á lo que hizo el Almirante, partidos los sublevados, digo que hizo solicitar que á los enfermos que habían quedado con él se les diese el vizcocho que necesitasen para su curación y que los indios fuesen también tratados, que no dejasen detraer las vituallas que nos traían, con amistad y deseo de nuestro rescate, en que se puso tanta diligencia y se atendió tanto al modo, que en breve tiempo, sanaron los cristianos, y algunos de los indios prosiguieron en proveernos; pero porque son gente de poco trabajo para cultivar campos grandes, y consu-

míamos nosotros en un día más que ellos en veinte, habiéndoles faltado entonces el deseo de nuestros rescates que ya estimaban en poco abrazando el consejo de los conjurados, pues veían tan gran parte de los nuestros contra nosotros perdieron el cuidado de traernos las vituallas que necesitábamos, por lo que nos vimos en sumo trabajo pues si queríamos tomarlo por fuerza, era necesario que saliesemos todos á pelear dejando al Almirante que estaba gravemente enfermo de su gota, á gran riesgo en los navíos, y esperar á que de voluntad nos proveyesen era apetecer más miseria cada día, pues les dábamos diez veces más rescate, que al principio, y sabían muy bien hacer su negocio, pareciéndoles tenían muy segura su ventaja por lo cual no sabiamos de qué modo valernos, pero como Dios nunca olvida á quien se le encomienda, como lo hacía el Almirante, le advirtió el modo que debía emplear para estar proveido de todo y fué éste:

Acordóse de que en el tercer día, había de haber un eclipse de luna desde la primer noche y mandó que un indio de la Española que estaba con nosotros llamase á los indios principales de la provincia, diciendo quería hablar con ellos en una fiesta que había determinado hacer; habiendo venido el dia antes del eclipse los caci-

ques, les dijo por el intérprete que nosotros éramos cristianos y creíamos en Dios que habitaba en el cielo y nos tenía por súbditos, el cual tenía cuidado de los buenos y castigaba á los malos, y que habiendo visto la rebelión de los cristianos, no los había dejado pasar á la Española como había pasado Diego Mendez y Fiesco, por que habían padecido los peligros y trabajos que eran notorios en la isla, y lo mismo lo que tocaba á los indios; viendo Dios el poco cuidado que tenían de traer los bastimentos por nuestra paga y rescate, porque estaba tan irritado contra ellos, que tenía resuelto enviarles una grandísima hambre y peste, y porque no le creían, quería darles una evidente señal de esto en el cielo para que más claramente conociesen el castigo que les vendría de su mano, y que si aquella noche estuviesen con gran atención al salir la luna que la verían venir airada, é inflamada, denotando el mal que quería Dios enviarlos; acabado el razonamiento se fueron los indios unos con miedo y otros creyendo sería cosa vana; pero empezando después al salir la luna, el eclipse, cuanto más iba creciendo, se iba aumentando más, tenían gran atención á esto los indios, y les causó tan grande asombro y miedo que venían corriendo por todas partes á los navios cargados de vituallas, con grandes llantos y gritos, rogan-

do al Almirante rogase á Dios en todos modos que no ejecutase su ira contra ellos, prometiendo que en adelante le traerían con gran diligencia todo cuanto necesitase; á que el Almirante les dijo quería hablar un poco con su Dios, y se encerró en tanto que el eclipse, crecía y los indios gritaban que debía ayudarles y cuando el Almirante reconoció acabarse la creciente del eclipse y que volvería á aclarar, salió de su cámara diciendo que ya había rogado á su Dios y hecho oración por ellos, y que le había prometido en su nombre que serían buenos en adelante y tratarían bien á los cristianos trayéndolos bastimentos y las cosas precisas y necesarias y que Dios los perdonaba, y en señal del perdón verían que se pasaba la ira é inflamación de la luna; los indios viendo el efecto correspondiente á sus palabras daban muchas gracias al Almirante y alababan á su Dios; y así estuvieron hasta que pasó el eclipse. De allí adelante tuvieron gran cuidado de proveernos de cuanto necesitábamos, alabando continuamente al Dios de los cristianos, porque los eclipses que habían visto alguna otra vez, imaginaban que sucedían en gran daño suyo, y no sabiendo su causa ni que fuese cosa que ha de súceder á ciertos tiempos, ni creyendo que nin-

guno pudiese saber en la tierra lo que pasaba en el cielo, tenían por cosa ciertísima que el Dios de los cristianos se lo había revelado al Almirante.

CAPÍTULO CIV.

Cómo entre los que habían quedado con el Almirante se levantó otra conjuración, la cual se sosegó con la venida de una carabela española.

Habiendo pasado ocho meses después de la partida de Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, sin que se hubiese tenido noticia de ellos, estaba la gente del Almirante con mucho pesar, sospechando algunos que el mar los había anegado, otros afirmaban que los indios de la Española los habían muerto, y otros que habían perecido en el camino, por enfermedades y otros trabajos porque desde la puerta mas vecina de Jamaica hasta Santo Domingo donde habían de ir á por socorro había más de 100 leguas, de montes ás-

perísimos por tierra y de mala navegación por mar, por las muchas corrientes y vientos contrarios que reinan siempre en aquella costa; y para aumentar más la sospecha alegaban que algunos indios habían visto un navío trabucado y llevado por la fúria de las corrientes por la costa de Jamáica abajo, lo que se había sembrado tanto por los sublevados para cortar del todo la esperanza del alivio á los que estaban con el Almirante; pues teniendo ellos entonces por cierto que no podía llegar socorro alguno, un maestro llamado Bernardo Especial, valenciano, y otros dos compañeros llamados Zamora y Villatoro, hicieron secretamente otra conjuración para ejecutar lo mismo que los primeros, pero viendo Nuestro Señor el gran riesgo en que estaba el Almirante, quiso remediar esta segunda sedición con la venida de un carabelón el cual enviaba el gobernador de la Española: llegó este bajel cierto día por la tarde cerca de los navíos que estaban anagádos, y su capitán llamado Diego de Escobar, fué en barca á visitar al Almirante, diciéndole que el Comendador de Lares Gobernador de la Española se le encomendaba mucho y porque no podía enviarle presto navío que bastase para llevar toda aquella gente, le había enviado á visitarle en su nombre, y le presentó un barril de vino y medio puerco salado, con

lo cual se volvió á la carabela y sin tomar cartas de ninguno se partió aquella noche.

Consolada la gente con esta venida disimuló el tratado que tenía ordenado, aunque se maravillaron y sospecharon mal de la prisa con que vino el capitán, y secreto conque había vuelto, y creyeron fácilmente que el comendador mayor no quería que el Almirante pasase á la Española, el cual valiéndose de esto les decía, que él lo había dispuesto, como había sucedido porque no querían partir de allí, sin llevarlos á todos juntos, á que no bastaba aquella carabela, ni quería que de su estado se siguiesen otras pláticas é inconvenientes por causa de los sublevados; pero la verdad era que el Comendador mayor temía y dudaba que vuelto el Almirante á Castilla, debían restituirle los Reyes Católicos su Gobierno y era necesario que él le dejase; por esto no quiso proveer oportunamente todo lo que pedía, para que el Almirante pasase á la Española, y había enviado á aquella carabela de espía para saber con disimulo el estado del Almirante y de qué modo podría obrar para no perderse, lo que se conoció; de lo que le sucedió á Diego Méndez, el cual envió escrito su viaje con el carabelón, que había sido de esta manera.

CAPÍTULO CV.

Cómo se supo lo que había sucedido en su viaje á Diego Méndez y á Fiesco.

Partiendo Diego Méndez y Fiesco, de Jamáica, en sus canoas aquel día, que tuvieron buen tiempo de calma, con el cual navegaron hasta la tarde, esforzando y animando á los indios á bogar, con aquellas palas de que usan en lugar de remos, y siendo el calor más intenso para refrigerarse y remediarse se arrojaban al mar para nadar un poco y luego volvían frescos al remo, y navegaudo de este modo y cayendo al agua al ponerse el sol, perdieron de vista la erra y mudándose de noche la mitad de los in-

dios y de los cristianos para bogar y hacer guarda, aunque los indios no tenían intención de cometer traición, navegaron toda aquella noche sin parar, de modo que con la venida del día estaban todos muy cansados; pero animando cada uno de los capitanes á los suyos y tomando ellos mismos alguna vez los remos, descansandos algo y restaurando el vigor perdido de la noche pasada, volvieron á su trabajo, no viendo más que agua y cielo, que era bastante para afligirlos mucho, y de ellos podíamos decir lo que de Tántalo, que teniendo el agua una cuarta distante de la boca, no podía quitarse la sed como sucedía á aquéllos, los cuales estuvieron en grandísimo trabajo. Por esto y por el mal gobierno de los indios que con el gran calor del día y de la noche pasada se bebieron todo el agua sin mirar á lo de adelante. Todo trabajo y calma era insoportable cuanto más se levantaba el sol en el día segundo de su partida, tanto más crecía el calor y la sed en todos: de manera que al mediodía les faltaban á todos las fuerzas, y como en tales tiempos deben suplir la falta de los piés y las manos, el cuidado y vigilancia del capitán, hallaron dos barriles de agua con dichosa suerte los capitanes, y con esto socorriendo con algunas gotillas á los indios, los sostuvieron hasta el fresco de la tarde,

alentándolos y asegurándolos que presto llegarían á una isleta llamada *Navaza*, que estaba en el viaje á ocho leguas distante de la Española, porque además de la gran fatiga, de la sed y de haber bogado dos días y una noche, tenían perdido el ánimo, por imaginar que habían errado el camino, aunque según su cuenta, habían navegado entonces 20 leguas y á su parecer debían haberla visto, pero lo cierto es que los engañaba la fatiga y flojedad que tenían, porque bogando muy bien una barca ó canoa, no puede hacer un día y una noche, más viaje que 10 leguas, y porque las aguas desde Jamáica á la Española, son contrarias al viaje, que siempre suele pensarse más dilatado, por el que padece más, de manera que venida la tarde, habiendo echado en el mar uno que había muerto de sed, estando otros tendidos en el plan de la canoa, se hallaban tan atribulados de espíritus, tan débiles y sin fuerzas, que no hacían casi ningún camino, pero sí poco á poco tomando alguna vez agua del mar para refrescar la boca que podíamos decir que es remedio que usó nuestro Señor, cuando dijo *sitio;* siguieron como podían, sin que la segunda noche hubiesen visto tierra.

Pero como eran enviados por los que Dios quería salvar, les concedió la gracia que necesiban en tan gran trabajo, permitiendo que Diego

Méndez viese al salir la luna, que salía sobre tierra, porque la cubría una isleta, á modo de eclipse y de otro modo no hubieran podido verla porque era muy chica y ser la hora que era; esto les causó grande alegría, confortándolos y enseñándolos la tierra, y les dió tan grande ánimo, habiéndoles repartido antes un poco de agua del barril, que bogaron de modo que á la mañana siguiente se hallaron sobre la isla, la cual decían distaba ocho leguas de la Española, llamada Navaza, hallaron que era toda de piedra viva alrededor, y de media legua de circuito, y desembarcados donde mejor pudieron, dieron muchas gracias á Dios por tanto socorro, y porque no había en ella agua dulce viva, ni árbol sino peñascos, anduvieron de uno en otro recogiendo con calabazas el agua llovediza, que hallaban, de que Dios les dió tanta abundancia, que fué bastante para llenar los vientres y los vasos y aunque algunos advertían á los otros bebiesen con regularidad, ansiosos con la sed se hartaron algunos indios y se murieron allí, y otros enfermaron.

Habiendo descansado aquel día hasta la tarde en la isla recreándose y comiendo lo que hallaban en la orilla del mar, porque Diego Méndez había llevado consigo los instrumentos de sacar lumbre con mucha alegría de estar á la

vista de la Española y porque no les diese algún mal tiempo, dispusieron dar fin al viaje, y volviéndose á embarcar, tomaron en derechura hácia el Cabo de San Miguel, donde sin tanto trabajo llegaron al día siguiente, que era el cuarto que habian salido, de Jamáica.

Quería Bartolomé Fiesco volver desde allí, á dar cuenta al Almirante del viaje y suceso de su navegación, como lo había ofrecido; pero los españoles é indios que habian de venir con él se hallaron tan cansados y decaídos del trabajo de los riesgos antecedentes, que ninguno pudo seguirle y Diego Méndez continuó su viaje por tierra con gran prisa, y atravesando muchos montes llegó á la provincia de Suraña donde estaba el comendador de Lares, Nicolás de Ovando, el cual le recibió con muestras de alegría y compasión, ofreciéndole socorrer al Almirante prontamente, dándole á entender con palabras muy sentidas, la lástima que le causaba el estado en que quedaba; pero se conocía que era disimulación, pues dilató mucho tiempo cumplir lo que manifestaban sus palabras, no obstante la continuada importunación de Diego Méndez y las instancias que con diferentes razones hacía todos los días y al fin, después de muchos ruegos le permitió ir á la ciudad de Santo Domingo á comprar un navío, y abastecerle á

costa del Almirante para enviársele, como lo ejecutó Diego Méndez, el cual después fué á Castilla para dar cuenta á los Reyes de nuestra última navegación.

CAPÍTULO CVI.

Cómo los rebelados se volvieron contra el Almirante, no queriendo entrar en ajuste alguno.

Viendo Porras y su gente la mala ventura que se les seguía de estar fuera de la obediencia, y hartos de las iniquidades que hacían contra los indios, los cuales les daban de comer por miedo, determinaron irse al Almirante, y luego que lo supo, previno que no se tratase con ellos, algunos les persuadían que no redujesen á la gente á arrepentirse de lo hecho, imaginando, como en efecto era, que el Almirante les enviaría perdón general; pero no pudo detener tanto la gente que no supiese las novedades, la venida de la carabela, la salud y buen estado de los que

estaban con el Almirante y las ofertas que les hacían, y con efecto, fueron dos ofreciendo el perdón y después de muchos consejos que tuvieron entre ellos, en que concurrían los principales, fué la resolución que no querían fiarse del salvo conducto y perdón que les enviaba, sino que voluntariamente andarían por la isla con quietud, si el Almirante prometiese darles un navío, si viniesen dos, y si no viniese más de uno, la mitad; y entre tanto, porque habían perdido sus haciendas y rescates en el mar, que partiesen con ellos lo que tenían, á que respondieron los que habían huido, que no eran condiciones razonables las que proponían, é interrumpiéndolos, que dijeron que pues esto no se les concedía, por voluntad, que ellos lo tomarían por fuerza á discreción suya, con lo cual dieron licencia á los embajadores para que se fuesen, interpretando en mala parte las ofertas del Almirante y diciendo á sus secuaces, que era hombre cruel y vengativo, y que aunque no debiesen temer dél, que tuviese atrevimiento para hacer ninguna cosa en su daño por los favores que tenían en la córte, con todo eso era razonable quisiese tomar venganza de los otros, so color y con nombre de castigo, y que por esto Roldán y sus amigos no se habían fiado de él ni sus ofertas en la Española, y les había salido

bien, habiendo sido tan favorecidos, que le enviaron con grillos á Castilla y que no tenían ellos menos causa ó esperanza de hacerlo, y para borrar cualquier concepto, que se formase en la venida de la carabela con las novedades de Diego Mendez, daban á entender á todos que la que había venido no era carabela verdadera sino fingida y fabricada por Nigromancia, por que el Almirante sabía mucho de aquel arte y era verosimil que si realmente fuese carabela, no hubiese tratado más la gente que venía en ella, con la del Almirante ni que se desapareciese tan presto, antes también era creible que cuando fuese carabela se hubiese embarcado en ella el Almirante, con su hermano y su hijo; con estas y otras semejantes palabras dirigidas al mismo propósito, volvieron á confirmarse en su rebelión, y se apresuraron después á resolverse á ir á los navíos y tomar por fuerza lo que hallasen, haciendo prisionero al Almirante.

CAPÍTULO CVII.

Cómo habiendo llegado los rebeldes cerca de los navíos, salió el prefecto á darlos batalla y los venció prendiendo al capitán Porras.

Perseverando los rebeldes en su mal ánimo y propósito, llegaron hasta un cuarto de legua de los navíos á un pueblo de indios llamado *Maima*, donde después se pobló una ciudad llamada *Sevilla*. Entendida por el Almirante la intención conque venían, resolvió enviar contra ellos al Prefecto su hermano, para que con buenas palabras los redujese á juicio y arrepentimiento; pero con compañía bastante para que si quisiesen ofenderle, pudiese resistirlos; con esta determinación sacó el Prefecto 25 personas bien

armadas, dispuestas á pelear en cualquier caso; habiendo llegado á un tiro de ballesta del pueblo marchando por una colina, descubiertos por los rebelados, enviaron á los dos que habían ido con la embajada, primero para que volviesen á protestarles la paz, y que sin hacer daño se abocase él capitán con ellos quietamente, porque no era ménos el número de los rebeldes, ni inferiores en valor á los otros, por ser casi todos marineros, se persuadieron los rebeldes á que los que venían con el Prefecto fuese gente débil que no se atrevería á darlos batalla, por lo cual no quisieron que les hablasen los embajadores antes con las espadas desnudas y las lanzas que tenían en las manos, hechos un escuadrón, empezaron á dar gritos diciendo, *¡mata, mata!* y asaltando al escuadrón del Prefecto, habiendo jurado seis de los rebelados que eran tenidos por los más valientes, de no apartarse uno de otro, sino juntarse contra la persona del Prefecto, porque muerto él no había que hacer cuenta de los demás; pero quiso Dios que todo les sucediese al contrario, porque fueron también recibidos, que al primer encuentro cayeron en tierra cinco ó seis, la mayor parte de los que venían conjurados contra el Prefecto, el cual dió sobre los enemigos con tanto valor que en poco tiempo fué muerto Juan Sanchez de

Cádiz, de quién huyó Quibio, y un Juan Barba, que fué el primero á quien yo ví sacar la espada después de su rebelión; y otros muchos quedaron en tierra mal heridos y preso el capitan Francisco de Porras. Viéndose tan mal tratados, como gente vil y rebelde echaron á huir á quien más podía; el Prefecto quiso seguir al alcance, pero algunos de los principales le dijeron que era bueno el castigo, pero no con tanta severidad y no convenía matar muchos, porque los indios no entrasen en consideración de poder dar sobre los vencedores pues ya se habían todos puesto en arma, esperando el suceso del combate, sin arrimarse á una, ni á otra parte; teniendo por seguro este consejo recogió su gente el Prefecto y se volvió á los navíos con el capitán y otros presos, donde fué bien recibido del Almirante su hermano y de los que habían quedado con él, dando muchas gracias á Dios de tanta victoria precedida de su mano, en que los soberbios y malos aunque eran muy fuertes, habían recibido su castigo y perdido la soberbia sin que de nuestra parte hubiese herido alguno, sino es el Prefecto en una mano, y un maestresala del Almirante, que de una herida leve de una lanza, murió.

Pero volviendo á los rebelados, digo que Pedro de Ledesma, aquel piloto de quien diji-

mos que había ido con Vicente Yáñez, á Honduras, y que fué á tierra nadando en Belén, cayó el día de la batalla por unos barrancos abajo y estuvo oculto hasta el siguiente por la tarde, que no sabiendo nadie de él, sino los indios, é ignorando éstos cómo cortaban nuestras espadas, le abrían con las flechas las heridas, de las cuales tenía una en la cabeza, que se le veían los sesos, otra en la espalda, de que tenía colgando el brazo, otra en un muslo, casi cortado el hueso, y otra en el pié, como si le hubieran cortado una soleta, desde el carcañal á los dedos del pié; con tantos males, cuando le enfadaban los indios los decía: *dejadme, porque si me levanto haré*, etc., y con estas amenazas huían los indios de miedo; pero habiéndose sabido esto en los navíos fué traido á una casa de paja, cerca de ellos, donde los mosquitos y la humedad bastarían á acabarle aquí. En lugar de trementina que era necesaria, le quemaban con aceite las heridas, que eran tantas, demás de las que hemos referido, que juraba el cirujano que en los primeros ocho días que le curó, siempre hallaba nuevas heridas, y por último sanó, habiendo muerto un maestresala de quien no se temía esta desgracia. El día siguiente que era el lúnes 30 de Mayo, los que habían huido enviaron un memorial al Almirante suplicándole

humildemente que usase con ellos de misericordia porque estaban arrepentidos de lo que habían hecho y querían volver á su obediencia; concediólo el Almirante á todos y los dió perdón general con calidad de que el capitán quedase preso como lo estaba, para que no diese causa á nuevo tumulto y resolvió enviar á un capitán con mercaderías á rescatar por la isla y á mantenerla en justicia hasta que viniesen los navíos que se esperaban acompañados de esta gente, porque si se juntaran con los de los navíos habría frecuentes palabras desagradables entre unos y otros, de que nacen ruídos y hacen revivir las injurias olvidadas ó disimuladas, de que resultan después nuevas cuestiones y tumultos y además de esto porque no parecía posible, que se pudiese alojar, con conveniencia, tanta gente en los navíos, ni mantenerse porque empezaban á padecer mucho por falta de bastimentos los que estaban allí.

CAPÍTULO CVIII.

Cómo el Almirante pasó á la Española y de allí á Castilla, donde fué Nuestro Señor servido de llevarle á su Santa Gloria en Valladolid.

Reducidos á la obediencia los cristianos y los indios, tuvieron estos cuidado de proveerlos por rescates en que pasaron algunos días y se cumplió un año, que habiamos llegado á Jamaica. En este tiempo llegó una nave que había comprado Diego Méndez y abastecido en Santo Domingo, con caudal del Almirante, en el cual se embarcaron, amigos y enemigos y á 28 de Junio nos hicimos á la vela con bastantes trabajos, por ser muy contrarias continuamente las corrientes y los vientos como hemos dicho, que lo son siempre al volver de Jamaica á Santo Domingo,

en cuyo puerto entramos con el mayor deseo de descansar á 13 de Agosto de 1504 donde el gobernador referido, hizo gran recibimiento al Almirante, y le dió su casa para alojarse y como si esta fuese la paz del Escorpión, por otra parte dió libertad á Porras, que había sido cabeza de la rebelión y procuró castigar á los que intervinieron en su prisión y quiso entrometerse á juzgar otras cosas y delitos que solo tocaban á los Reyes Católicos, que eran los que habian enviado al Almirante por capitán general de la armada. Hacía el gobernador estos obsequios al Almirante con falsas risas y disimulos en su presencia y duró esto hasta que se compuso nuestro navío y se fletó una nave, en que se embarcaron el Almirante, sus parientes y criados, quedándose la mayor parte de la otra gente en la Española.

Haciéndonos á la vela á 12 de Septiembre, salimos por el rio dos leguas al mar, donde se hundió el árbol del navío hasta la cubierta y nosotros seguimos el viaje á Castilla, en el cual habiendo tenido buen tiempo, casi al tercio del golfo, nos embistió tan terrible tempestad, que puso á la nave en gran riesgo, y el día siguiente sábado 19 de Octubre, habiendo ya bonanza y estando descansados, se rompió el árbol mayor en cuatro pedazos, pero el valor del Prefecto y el ingenio del Almirante que se hallaba enton-

ces en la cama postrado de la gota, hallaron remedio haciendo un árbol más chico de una entena, y fortificando la mitad del quebrado, con cuerdas y madera de los castillos de popa y de proa, los cuales deshicimos. En otra tempestad se nos rompió la contramesana y así quiso Dios que navegásemos unas 700 leguas, al fin de las cuales, llegamos al puerto de San Lucar de Barrameda y de allí fuímos á Sevilla donde descansó algo el Almirante de sus trabajos, hasta el mes de Mayo de 1505, que fué á la corte del Rey Católico, porque ya el año antecedente había pasado á mejor vida la gloriosa Reina Doña Isabel, infelicidad que sintió el Almirante con grandes desmostraciones, porque era la que le mantenía y favorecía, habiendo hallado siempre al Rey poco apacible, aún contrario á sus negocios, lo cual se vió más claro en la acogida que entonces le hizo, pues aunque en la apariencia le recibió con buen semblante y fingió volverle á poner en su estado, tenía voluntad de privarle totalmente, si no lo hubiese impedido la vergüenza que como dicen tiene gran fuerza en los ánimos nobles.

Su alteza misma y la Serenísima Reina, le enviaron cuando partió á su viaje; pero dando entonces las Indias y sus cosas, muestra de lo que habían de ser y viendo el Rey Católico la mucha par-

te que en ellas tenía el Almirante, en fuerza de lo capitulado con él, intentaba quedarse con el absoluto dominio de ellas, y proveer á su voluntad los oficios que le tocaban, por lo cual empezó á mandar se le propusiesen nuevos capítulos de recompensa, á lo cual no dió lugar Dios, porque entonces el Serenísimo Rey Felipe I, vino á reinar á España y al tiempo que el Rey Católico salió de Valladolid á recibirle, el Almirante quedó muy agrabado de gota y otras enfermedades que no era la menor el dolor de verse caído de su posesión, y en estas congojas dió el alma á Dios el día de su Ascensión á 20 de Mayo de MDV, en la referida villa de Valladolid, habiendo recibido antes todos los Sacramentos de la iglesia y dicho estas últimas palabras: IN MANUS TUAS, DOMINE, COMENDO SPIRITUM MEUM, el cual por su alta misericordia y bondad, tenemos por cierto que le recibió en su gloria; *Ad quan nos perducat. Amen.*

Su cuerpo fué llevado después á Sevilla y enterrado en la iglesia mayor de aquella ciudad con pompa fúnebre y de orden del Rey Católico, se puso para perpétua memoria de sus maravillosos hechos, en el descubrimiento de las Indias, un epitafio en Español que decía:

A Castilla y á León
nuevo mundo dió Colón,

Palabras verdaderamente dignas de gran consideración de agradecimiento, porque ni en antiguos ni modernos se lee de ningunos, que haya hecho esto, por lo cual quedará memoria eterna en el mundo, de que él fué, el primer descubridor de las Indias Occidentales, como también que tiempos después fueron á la tierra firme Hernando Cortes y Francisco Pizarro, descubriendo muchas otras provincias y reinos grandísimos, pues Cortés descubrió la provincia de *Yucatán* llamada Nueva España, con la ciudad de Méjico poseídas entonces del Gran Motezuma, Emperador de aquellas tierras y Pizarro descubrió el reino del Perú, que es grandísimo y de muchas riquezas, usurpado por el gran Rey Atabalipa, de cuyas provincias y reinos se conducen á España tantos navíos cargados de oro, plata, brasil, grana, azucar y otras muchas cosas de gran valor fuera de las perlas, y otras piedras preciosas por las cuales España y sus Reyes florecen con abundancia de riquezas.

LAUS DEO

ÍNDICE

VOLUMEN PRIMERO

	PÁGINAS.
Proemio del autor.....	1
CAP. I.—De la patria, origen y nombre del Almirante D. Cristóbal Colón.....	3
CAP. II.—De los padres del Almirante y su condición, y la relación falsa de cierto autor, llamado Justiniano, sobre los ejercicios que tenía antes que fuese Almirante.....	7
CAP. III. — De la disposición del cuerpo del Almirante y de las ciencias que aprendió.....	14
CAP. IV.—De los ejercicios en que	17

PÁGINAS.

se ocupó el Almirante antes de venir á España..... 16
CAP. V.—De la venida del Almirante á España y lo que le sucedió en Portugal, de que resultó el descubrimiento de las Indias, que hizo.. 21
CAP. VI.—La principal razón y causa que movió al Almirante á creer que podían ser descubiertas las Indias..... 27
CAP. VII.—La segunda causa que movió al Almirante á descubrir las Indias..... 31
CAP. VIII.—La tercera razón que movió al Almirante en cierto modo, á descubrir las Indias..... 42
CAP. IX.—Que los españoles no han tenido ningún antiguo señorío en las Indias, contra la opinión de Gonzalo de Oviedo, que procura probar lo contrario..... 49
CAP. X.—El Almirante rompe con el Rey de Portugal, sobre la proposición que le había hecho de descubrir las Indias..... 57
CAP. XI.—Sale de Portugal el Almi-

PÁGINAS.

rante, pasa á Castilla y proposiciones que hizo á los Reyes Católicos D. Fernando y D.ª Isabel..... 61
CAP. XII.—Como no quedando de acuerdo el Almirante con el Rey de España, determinó ofrecer á otro su empresa..... 65
CAP. XIII.—Cómo el Almirante volvió al campo de Santa Fé, y no habiendo conseguido nada de los Reyes Católicos, se retiró..... 67
CAP. XIV.—Cómo los Reyes Católicos mandaron volver al Almirante, y le otorgaron lo que pedía..... 70
CAP. XIV.—Cómo el Almirante armó tres carabelas para hacer la empresa de su descubrimiento..... 73
CAP. XV. —De cómo el Almirante llegó á Canarias donde proveyó á sus navíos de todo lo que necesitaban. 75
CAP. XVI.—Cómo el Almirante salió de la isla de Canaria á seguir su viaje ó dar principio á su descubrimiento y lo que le sucedió en el Occeano y observaciones primeras de la variación de la aguja..... 79

PÁGINAS.

CAP. XVII.—De las aves y otras señas, que denotaban tierras cercanas, que encontró el Almirante en su viaje..... 82
CAP. XVIII.—Del cuidado con que todos procuraban ver las señales en el mar, y el deseo de tomar tierra..... 85
CAP. XIX.—Cómo la gente murmuraba con deseo de volverse y viendo otras señales y muestras de tierra, navegó á ella más alegre..... 89
CAP. XX.—Cómo prosiguieron viendo los indicios y señales ya referidos y otros mejores con que tuvieron algún consuelo..... 94
CAP. XXI.—Cómo el Almirante vió la primer tierra, que fué una isla llamada de los Lucayos..... 99
CAP. XXII.—Cómo el Almirante tomó tierra y posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos..... 102
CAP. XXIII.—De la calidad y costumbres de aquella gente que vió el Almirante en la isla referida..... 104
CAP. XXIV.—Cómo el Almirante pasó

PÁGINAS.

de aquella isla y fué á ver otra.... 108
CAP. XXV.—Cómo el Almirante pasó á otras islas, que desde la Fernandina se veían..... 113
CAP. XXVI.—Cómo el Almirante descubrió la isla de Cuba, y las cosas que en ella halló..... 116
CAP. XXVII.—Cómo volvieron los cristianos y lo que dijeron haber visto..... 119
CAP. XXVIII.—Cómo el Almirante dejó de seguir la costa occidental de Cuba y se volvió á Occidente hácia la isla Española..... 123
CAP. XXIX.—Cómo el Almirante volvió á seguir el camino hácia Oriente, á la isla Española, y que uno de los navíos se apartó de su compañía..... 126
CAP. XXX.—Cómo el Almirante atravesó la Española, y de lo que vió en ella..... 130
CAP. XXXI.—Cómo el principal Rey de aquella isla vino á los navíos, y de la grandeza con que venía..... 135
CAP. XXXII.—De cómo el Almiran-

PÁGINAS.

te perdió su navío en algunos bajíos por negligencia de los marineros y de lo que le ayudó el Rey de aquella isla..... 139
CAP. XXXIII.—Cómo el Almirante resolvió poblar en la tierra de aquel Rey y la llamó el pueblo de Navidad..... 144
CAP. XXXIV.—Cómo el Almirante partió á Castilla y encontró la carabela de Pinzón..... 149
CAP. XXXV.—Cómo hácia el golfo de Samaná sucedió la primer batalla entre indios y cristianos.... .. 153
CAP. XXXVI.—Cómo el Almirante partió á Castilla, y por tempestad se apartó de su compañía la carabela «Pinta»..... 158
CAP. XXXVII.—Cómo el Almirante llegó á las islas de los Azores y los moradores de Santa María le quitaron la barca con la gente..... 164
CAP. XXXVIII.—Cómo el Almirante padeció otra tempestad y al fin recuperó la gente con la barca..... 167
CAP. XXXIX.—Cómo el Almirante

PÁGINAS.

partió de la isla de los Azores y llegó con tempestad á Lisboa..... 173
CAP. XL.—Cómo los de Lisboa iban á ver al Almirante como cosa maravillosa, y cómo fué á ver al Rey de Portugal..... 176
CAP. XLI.—Cómo el Almirante se partió de Lisboa para venir á Castilla por mar..... 180
CAP. XLII.—Cómo se determinó que el Almirante volviese á poblar la isla Española con gruesa armada y se alcanzó la aprobación de la conquista, del Papa..... 183
CAP. XLIII.—Privilegios concedidos por los Reyes Católicos al Almirante..... 185
CAP. XLIV. — Cómo el Almirante partió de Barcelona á Sevilla, y de Sevilla á la Española..... 197
CAP. XLV.—Cómo el Almirante partió de la Gomera, y atravesando el Occéano, halló las islas de los Caribes..... 200
CAP. XLVI. — Cómo el Almirante descubrió la isla de Guadalupe, y

PÁGINAS.

lo que vió en ella..... 203
CAP. XLVII.—Cómo el Almirante partió de la isla de Guadalupe, y de algunas islas que encontró en el viaje..... 210
CAP. XLVIII.—Cómo el Almirante llegó á la Española y supo la muerte de los cristianos..... 213
CAP. XLIX.—Cómo el Almirante fué á la isla de Navidad y la halló quemada y despoblada, y cómo habló con el Rey Guacanagari..... 216
CAP. L.—Cómo el Almirante dejó el puerto y ciudad de la Navidad y fué á poblar la que llamó Isabela.. 221
CAP. LI.—Cómo el Almirante fué á la provincia de Cibao, donde halló las minas de oro y fabricó la fortaleza de Santo Tomás..... 228
CAP. LII.—Cómo el Almirante se volvió á la Isabela y halló ser muy fértil aquel terreno..... 232
CAP. LIII.—Cómo dejando el Almirante bien dispuestas las cosas de la isla, fué á descubrir la de Cuba, creyendo era tierra firme..... 238

PÁGINAS.

CAP. LIV.—Cómo el Almirante descubrió la isla de Jamáica..... 242
CAP. LV.—Cómo el Almirante volvió de Jamáica á seguir la costa de Cuba, creyendo todavía que fuese tierra firme..... 245
CAP. LVI.—Del gran trabajo y fatiga que tuvo el Almirante navegando entre infinitas islas..... 250
CAP. LVII.—Cómo el Almirante dió vuelta á la Española..... 254
CAP. LVIII.—De la grande hambre y trabajos que padeció el Almirante con su gente y cómo volvió á Jamáica..... 258
CAP. LIX.—Cómo el Almirante descubrió la parte Meridional de la Española, hasta que volvió por Oriente á la villa de la Navidad... 262
CAP. LX.—Cómo el Almirante sojuzgó la Española y dió providencia para que fuese útil..... 267
CAP. LXI.—De algunas cosas que se vieron en la isla, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios..... 276

PÁGINAS.

Escritura de fray Román (Pane) del orden de San Gerónimo.—De la antigüedad de los indios, la cual, como sujeto que sabe su lengua, recogió con diligencia, de orden del Almirante..... 281
§ I.—De qué parte vinieron los indios, y de qué modo..... 282
§ II.—Cómo se dividieron los hombres de las mujeres..... 283
§ III.—..... 284
§ IV.—..... 284
§ V.—Que llevaron después otra vez mujeres de la Española..... 285
§ VI.— Que Guagugiona volvió á Canta, de donde había sacado las mujeres..... 286
§ VII.—Cómo fueron mujeres otra vez á la isla de Ahiti, ó Española. 287
§ VIII.—Cómo hallaron medio para que fuesen mujeres..... ... 288
§ IX.—Cómo dicen fuese hecho el mar..... 289
§ X.—..... 290
§ XI.—De lo que pasó á los cuatro hermanos cuando huyeron de Jaya. 291

PÁGINAS.

§ XII.—Como dicen que andan vagando los muertos y como son, y de lo que hacen..... 293
§ XIII.—De la forma con que se tratan los muertos..... 294
§ XIV.—De donde procede lo referido, y por qué lo creen..... 295
§ XV.—De las observaciones de estos indios Buhutibus, y cómo hacen profesion de medicina, y enseñan á la gente y la engañan en las curas. 296
§ XVI.—De lo que hacen los Buhitibus..... 297
§ XVII.—Como algunas veces se han engañado los dichos médicos..... 300

VOLUMEN SEGUNDO

§ XVIII.—Cómo se vengan los parientes, sabida la respuesta de los muertos..... 1
Cómo saben lo que quieren, de los

PÁGINAS.

que queman y cómo se vengan.... 2
§ XIX.—Cómo hacen y tienen los Cemis de piedra, ó de palo..... 3
§ XX.—De los Cemis, Bugía y Braidama..... 6
§ XXI.—Del Cemis de Guamorete.. 7
§ XXII.—De otro Cemis, que se llamaba Opigielguoviran..... 8
§ XXIII.—De otro Cemis que se llama Guabancex..... 8
§ XXIV.—De lo que creen de otro Cemis que se llama Taragubaol... 9
§ XXV.—De lo que afirmaban..... 10
§ XXVI.—De lo que sucedió con las imágenes, y el milagro que Dios hizo para mostrar su poder..... 17
CAP. LXII.—Cómo el Almirante volvió á España á dar cuenta á los Reyes Católicos, del estado en que había dejado la isla..... 21
CAP. LXIII.—Como el Almirante partió á Castilla desde la isla de Guadalupe..... 26
CAP. LXIV.—Cómo el Almirante llegó á la corte y de la expedición que le encomendaron los Reyes Católi-

PÁGINAS.

cos á su vuelta á las Indias..... 30
CAP. LXV.—Cómo el Almirante salió de Castilla á descubrir la tierra firme de Paria..... 34
CAP. LXVI.—Cómo el Almirante partió de las islas de Cabo Verde, á buscar la tierra firme, y del gran calor que padeció y la claridad que daba el Norte..... 41
CAP. LXVII.—Cómo el Almirante descubrió la isla de la Trinidad y vió la tierra firme..... 45
CAP. LXVIII.—Cómo el Almirante fué á la punta del Arenal, y vinieron á hablarle en una canoa..... 49
CAP. LXIX.—Del peligro que corrieron los navíos al pasar por la Boca de la Sierpe, y cómo se descubrió Paria, que fué el primer descubrimiento de la tierra firme..... 52
CAP. LXX.—Cómo se hallaron en Paria muestras de oro y perlas y gente de buena conversación..... 55
CAP. LXXI.—Cómo el Almirante salió de la Boca del Dragón, y del riesgo en que se vió..... 59

PÁGINAS.

CAP. LXXII.—Cómo el Almirante atravesó desde la tierra firme á la Española 63
CAP. LXXIII.—De la rebelion y sublevaciones que halló el Almirante en la Española, por la maldad de Roldán, á quien había dejado por juez general en ella 67
CAP. LXXIV.—Cómo Roldán intentó sublevar la ciudad de la Concepción, y saqueó la Isabela 71
CAP. LXXV.—Cómo Roldán incitó á los indios de la tierra contra el Prefecto, y se volvió con su gente á Suraña 76
CAP. LXXVI.—Cómo llegaron navíos de Castilla con bastimentos y socorros 80
CAP. LXXVII.—Cómo los tres navíos que el Almirante envió desde Canarias, llegaron donde estaban Roldán y los rebelados 83
CAP. LXXVII.—Cómo los capitanes hallaron al Almirante en Santo Domingo 87
CAP. LXXIX.—Cómo Roldán fué á

PÁGINAS.

ver al Almirante y no quiso entrar en ningun acuerdo con él..... 96
CAP. LXXX.—El ajuste hecho entre el Almirante, Roldán y los amotinados..... 99
CAP. LXXXI.—Cómo después del ajuste se fueron á Suraña los rebeldes, diciendo que querían embarcarse en los dos navíos enviados por el Almirante..... 105
CAP. LXXXII—Cómo los rebelados mudaron de propósito, en ir á Castilla é hicieron nuevo ajuste con el Almirante 108
CAP. LXXXIV.—Cómo vuelto Ojeda del descubrimiento ocasionó nuevos alborotos en la Española..... 113
CAP. LXXXV.— Cómo por informaciones falsas y fingidas quejas de algunos, enviaron los Reyes Católicos, un jüez á las Indias para saber lo que pasaba..... 121
CAP. LXXXVI.—Cómo el Almirante fué preso y enviado á Castilla, con grillos juntamente con sus hermanos..... 126

PÁGINAS.

CAP. LXXXVII.—Cómo el Almirante fué á la corte, á dar cuenta de sí, á los Reyes Católicos..... 131
CAP. LXXXVIII.—Cómo el Almirante salió de Granada para ir á Sevilla, á hacer la armada necesaria para su descubrimiento..... 136
CAP. LXXXIX.—Cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje y descubrió las islas de los Guanacos..... 143
CAP XC.—Cómo el Almirante no quiso ir á la Española, sino volver hácia Oriente, bajando á Veragua y al estrecho de tierra firme..... 151
CAP. XCI.—Cómo el Almirante pasó la costa de Oreja por el Cabo de Gracias á Dios y llegó á Caria y de lo que vió é hizo allí..... 156
CAP. XCII.—Cómo el Almirante partió de Cariai y fué á Zerabora y Veragua, navegando hasta que llegó á Portobelo, cuyo viaje fué por costa moy fructífera..... 164
CAP. XCIII.—Cómo el Almirante llegó al puerto de Bastimentos y al

PÁGINAS.

Nombre de Dios, y estuvo hasta que entró en el del Retrete..... 170
CAP. XCIV.—Cómo volvió el Almirante hácia Occidente, por la fuerza de los temporales, á saber de las minas é informarse de Veragua.... 174
CAP. XCV.—Cómo el Almirante entró con sus navíos en el rio de Belen, y determinó fundar un pueblo, y dejar allí al Prefecto, su hermano..... 182
CAP. XCVI.—Cómo el prefecto visitó algunos pueblos de la provincia y las cosas y costumbres de los indios de aquella tierra..... 185
CAP. XCVII,—Cómo para seguridad del pueblo de los cristianos, fué preso el Quibio con muchos principales indios y cómo huyó por negligencia de los que le guardaban. 193
CAP. XCIII.—Cómo habiendo partido el Almirante para Castilla, asaltó el Quibio al pueblo de los cristianos en cuyo combate hubo muchos muertos y heridos..... 199
CAP. XCIX.—Cómo huyeron los in-

PÁGINAS.

dios que estaban presos en las naves y el Almirante supo la derrota de los de tierra..... 206
CAP. C.—Cómo el Almirante recogió su gente que había dejado en Belén y después atravesamos á Jamáica..... 210
CAP. CI.—Cómo el Almirante envió en canoas á dar aviso desde Jamáica á la Española y de que se había perdido con su gente..... 213
CAP. CII.—Cómo se rebelaron los Porras con gran parte de la gente contra el Almirante, diciendo que se iban á Castilla..... 221
CAP. CIII.—De lo que hizo el Almirante después que los sublevados partieron á la Española y de su advertencia para valerse de un eclipse..... 229
CAP. CIV.—Cómo entre los que habían quedado con el Almirante se levantó otra conjuración, la cual se sosegó con la venida de una carabela española..... 234
CAP. CV.—Cómo se supo lo que ha-

PÁGINAS.

bía sucedido en su viaje á Diego Méndez y á Fiesco..... 237
CAP. CVI.—Cómo los rebelados se volvieron contra el Almirante, no queriendo entrar en ajuste alguno. 243
CAP. CVII.—Cómo habiendo llegado los rebeldes cerca de los navíos, salió el Prefecto á darlos batalla y los venció prendiendo al capitán Porras..... 246
CAP. CVIII.—Cómo el Almirante pasó á la Española y de allí á Castilla, donde fué Nuestro Señor servido de llevarle á su Santa Gloria á 20 de Mayo de MDVI..... 251

—

TOMOS PUBLICADOS

I. Xerez, *Conquista del Perú* (1534) 2 pesetas.

II. Acuña, *Nuevo descubrimiento del gran rio de las Amazonas*, 4 pesetas.

III y IV. Rocha, *Tratado del origen de los Indios occidentales del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile*, 2 volúmenes, 6 pesetas.

V y VI. *Historia del Almirante de las Indias don Cristóbal Colón*, escrita por D. Fernando Colón, su hijo; 2 volúmenes, 6 pesetas.

EN PRENSA

VII. Ruiz Blanco, *Conversión del Piritú, de indios Cumanagotos y Palenques.*

VIII. *Arte gramatical de la lengua yunga que hablan los indios de los valles de Truxillo, en el Perú*, por D. Bernardo de la Carrera. (Lima 1644.)

IX. Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias.*

Se acabó de reimprimir este segundo volumen
de la *Historia del Almirante de las Indias
Don Cristobal Colón*, en Madrid, en la
imprenta de Tomás Minuesa, calle
de Juanelo, número diez y nueve
á veinte y tres días del mes de
Marzo de mil ocho-
cientos noventa
y dos.